

Harén

Diane Carey

Era un día americano. Había una bruma inglesa, y flores silvestres inglesas en un paisaje inglés; pero el día era absolutamente americano. Los caballos que estaban en las cuadras percibían la sutil diferencia. También las palomas. Incluso las chinitas lanzadas contra la cristalera de la ventana de la Mansión Greyhurst sonaban ese día con un repiqueteo especial. Mientras el sol comenzaba a iluminar las suaves y verdes colinas de Inglaterra, las chinitas siguieron tintineando contra el cristal, una tras otra, hasta que se agitaron las cortinas de volantes y dejaron ver un rostro.

Una joven, sacudiendo el pelo rubio, abrió la ventana de par en par. Le iluminaba la cara una sonrisa que no había perdido la alegría de la adolescencia. Sus ojos conservaban también un centelleo de picardía mientras miraban al joven delgado que, con traje de montar, permanecía en pie bajo la ventana.

-¿No le gustaría a Madame cabalgar un rato antes del desayuno? -preguntó con igual comedimiento que si se acabara de encontrar con ella en la puerta de entrada.

-Charles Wyndon -le acusó la joven, dando al nombre la inflexión de un epíteto-, ¿qué estás haciendo aquí tan temprano? Creía que los diplomáticos se quedaban en la cama hasta la hora del té.

La sonrisa de Charles se hizo aún más amplia al oír la voz de ella, su parrafada americana, clara y sin acento, tan diferente de su propio inglés titubeante, peculiar de los altos estratos sociales de Inglaterra. A Charles le agradaban las diferencias melódicas entre sus dos voces. Le gustaba hablarle sólo para poder oírla hablar a ella. Su tez tenía la tonalidad rosada de una cara inglesa, sus ojos tenían el mismo azul que se entreveía a través de los árboles; pero el sonido de su voz era por completo americano, tan agreste e independiente como la propia América. No había muchas cosas por las que sintiera un especial cariño, pero Jessica Grey representaba la parte más preciosa de su vida. Se vio obligado a salir de su ensimismamiento para poder contestar. Jessica se asemejaba a Julieta en la ventana, con su camisón de puños de encaje y el pelo alborotado...

-Serán los diplomáticos viejos -le contestó-. Los jóvenes con bellísimas prometidas están en pie antes de apuntar el alba.

Jessica apoyó la barbilla sobre la mano.

-Iré contigo si puedo montar el alazán.

Él rió.

-Te desafío a una carrera hasta las cuadras. El que llegue antes se quedará con el alazán.

-¡Ahora mismo bajo!

Desapareció de la ventana y Charles supo que había jugado bien sus cartas. Jessica era incapaz de resistirse a un desafío, pero..., ¿hasta dónde llegaría con tal de ganar? Tras un segundo de reflexión le gritó:

-¡Más vale que te vistas antes!

La hierba era de un verde brillante y destellaba con el rocío; Los jóvenes celebraban su juventud con cada zancada mientras corrían despreocupados por los alrededores, riendo hasta quedar sin aliento. En realidad, Charles tenía que correr de firme para mantenerse a la altura de ella. La figura de Jessica, con su impecable traje de montar verde, lucía como una esmeralda tallada. Charles le echó una rápida mirada y vio cómo el cabello se le desbordaba sobre los hombros al caérsele las horquillas. Ello le obligó a espabilarse al haber quedado algo rezagado. Se lanzó de nuevo para alcanzarla. Jessica volvió la vista al situarse Charles detrás de ella. Cuando al fin se dispuso a pasarla, lo cogió por el borde de la chaqueta. Él intentó soltarse inclinándose hacia la izquierda, pero ya habían llegado a las cuadras. La gran edificación de piedra olía a estiércol fresco y a caballo, estimulando los sentidos de cualquiera que tuviese sangre inglesa en las venas.

-¡He ganado!

Jessica se detuvo ante el gran portalón, y su voz sonó como un clarín.

-Nada de eso -jadeó Charles-. Te adelanté media cabeza.

Como Jessica no estaba dispuesta a dejarse apabullar, acorraló al mozo de cuadra que tenía mas cerca, y le preguntó:

-Tú lo viste. ¿Verdad, Tommy?

El muchacho asintió alzando sus pobladas cejas.

-Me ha parecido un empate, señorita -dijo cauteloso, con una prudente sonrisa.

-¡Estás ciego, Tommy! -le acusó Charles-. He ganado por un cuerpo.

Jessica se detuvo a recoger una horquilla que se le había caído en el último instante.

-Hace un momento era por media cabeza; ahora es por un cuerpo. ¡Puff! Si tía Lily pudiera verme, seguro que se desmayaría. -y se volvió a Tommy amonestándole-. Ni una palabra, ¿eh?

El mozo sonrió.

-Claro, señorita.

Jessica se recogió el pelo en un simulacro del perfecto moño que se hiciera poco antes y, con dos horquillas en la boca, habló a Charles.

-Dice que las mujeres de los diplomáticos han de cuidar la dignidad.

Charles le alargó otra horquilla.

-Y tiene toda la razón.

-Pero no soy yo todavía la mujer de un diplomático -dijo ella con ligereza; luego, dirigiéndose a Tommy, hizo un ademán de cabeza indicando las cuadras.

-Haz el favor de traer la yegua nueva a Mr. Wyndon. Yo montaré el alazán.

Tommy desapareció entre las sombras de la cuadra. Charles se enfrentó a Jessica.

-¿Que vas a montar el alazán? ¿Por qué razón, si me permites preguntarlo?

Frunció los labios con aviesa sonrisa. Era formidable tener veintitrés años y llevar la voz cantante.

-Porque tú eres un caballero inglés -le dijo-. Porque eres galante. Porque me quieres... y yo te quiero. Y porque me gustaría que nos casáramos mañana en vez de tener que esperar tres largos meses.

Su mirada se hizo ensoñadora y Charles se sintió sumergido en sus ojos. Levantó la mano, con los dedos todavía calientes por la carrera, y le rozó la cara. Se inclinó hacia ella. Jessica esperó imperturbable.

El resonar de los cascos de un caballo les hizo apartarse bruscamente. Charles intentó recuperar su compostura, tratando de encontrar algo inane que decir delante de Tommy; pero los ojos de ella le cortaron la respiración. En momentos como aquél, se sentía en un plano de desigualdad frente a su prometida. La acompañó en silencio hasta el vigoroso caballo alazán cuyas riendas le entregaba el mozo.

La pradera destellaba al reflejar el rocío la luz del sol en aquella despejada mañana del verano de 1909. Junto a los setos recortados, la tranquila yegua y el gran alazán pasaban con perezoso galope corto, contentos con las manos amables que sostenían sus bridas. Los buenos jinetes eran muy apreciados por aquellos caballos que todavía tenían la boca blanda, y los animales marchaban a paso largo, plácidamente y sin resistencia, ajenos a la conversación que tenía lugar sobre sus monturas.

-Yo quiero saber.

-Ya llegará el momento.

-Pero quiero saber ahora. Háblame más de Constantinopla. Cuéntamelo todo.

Se inclinó hacia delante en la silla, intentando concitar toda la atención de él. Se moría por conocer, por ver las maravillosas cosas del mundo, sin que el lomo de un libro las hiciera prisioneras entre sus páginas. Estaban ahí afuera, esperándola. Y ella había sido lo bastante afortunada para enamorarse de un hombre cuyo destino era viajar hasta los lugares más alejados del mundo. Todo lo que ella había visto hasta entonces era un rincón de América y otro de Inglaterra. No le parecía bastante. Quería más. Deseaba con ardor paladear el aroma del mundo como un áspero vino montañés.

Charles puso al paso su caballo, deseoso de encontrar una manera de rebajar algo el entusiasmo de Jessica.

-Bueno... resulta algo difícil de describir. Desde luego no se parece en nada a esto. Hace mucho calor y hay una gran sequedad.

Jessica movió la cabeza decepcionada. No le interesaba un boletín meteorológico. ¿Cómo podría hacer comprender a Charles las visiones que tenía, las esperanzas y las imágenes que acariciaba respecto a la excitante vida que tenían ante ellos? ¿Cómo es que él no veía todas las apasionantes posibilidades? Parecían muy evidentes.

-Me refiero a las gentes -dijo despacio-. Dime cómo son.

-Las mujeres van siempre con la cara cubierta -explicó Charles vacilante, sin saber muy bien lo que ella quería-. Los hombres llevan...

-No me importa lo que llevan. Lo que quiero es saber cómo son. ¿Es todo muy exótico? ¿Hay verdaderos derviches? ¿Bailan las mujeres con indumentaria compuesta sólo de abalorios?

Charles se echó a reír para disimular su incomodidad.

-Jamás he conocido a una joven que haga tantas preguntas: Te aseguro que he perdido el hilo.

-Derviches.

-Bueno, supongo que existen. Nunca he conocido a ninguno -suspiró-. Confío en que serás feliz allí.

Jessica le sonrió tranquilizadora.

-Contigo seré feliz en cualquier parte.

Charles la sorprendió frunciendo el ceño inesperadamente.

-Me alegra oírte decir. No sabía cómo comunicártelo.

-¿Comunicarme? ¿El qué?

-Me han cambiado de destino. Me envían a la Antártida.

-¿Cómo? ¡Pero si allí no hay nada!

-Quieren abrir una embajada británica para empezar a establecer relaciones con los pingüinos.

Existe un gran interés por averiguar dónde adquieren sus smokings...

-¡Aaaaah! Te estrangularé. Vuelve aquí, Charles, para que pueda estrangularte.

Pero él ya se había alejado galopando en ángulo recto, atravesando la pradera. Jessica enrolló inmediatamente las bridas en sus manos, dio rienda al caballo de la más inadecuada manera americana y lanzó al alazán a una carrera enloquecida.

-Una boda dentro de tres meses. Es imposible hacerlo todo como es debido.

Lily Grey tomaba pequeños sorbos de té, como si eso pudiera salvarla de verse arrollada por la rusticidad americana. La lista que tenía ante ella, sobre la mesa, había triplicado su longitud en los últimos minutos. Se recostó en su asiento y se quedó mirando, por encima del opulento seno, el trozo de papel. Tachó dos cosas. Era evidente que no habría tiempo.

-Empieza a disfrutar de su permiso dentro de tres meses -dijo con calma su hermano, con un tono que no comprometía a nada.

Arthur Grey echó otro vistazo al periódico y mordisqueó el segundo *muttin*, negándose a reconocer la severa desaprobación de su hermana. En su bigote plateado quedó un poco de mermelada de melocotón cuando al fin dio cuenta del dulce.

-Después de todo hace ya un año que están prometidos -concluyó ella.

-Sabes muy bien lo que quiero decir.

Con la pluma de ganso, Lily se dio unos golpecitos en la oreja, y empezó a refunfuñar irritada, al enganchársele en la redecilla del pelo. Se esforzó por soltarla.

-Las invitaciones -continuó-, las fiestas, los vestidos, la lista de invitados... Es interminable.

-Entonces haz algo sencillo, Lil.

-Es tu única hija. ¿No quieres que se case como corresponde?

Al oír aquello, Arthur alzó la vista del periódico. Sus rubicundas mejillas se transformaron en redondeados mofletes al hacer a su hermana una sonriente mueca por encima de los lentes que usaba para leer.

-Sólo me importa que sea feliz.

Lily, desarmada ante su sinceridad, hizo una profunda inspiración y fijó la mirada en el exuberante jardín que se extendía ante la reluciente fachada en piedra de Greyhurst.

-Es una pena que su madre, Dios la tenga en su santa gloria, no esté aquí para ver a Jessica casada. ¿No crees que es injusto que una madre se pierda la boda de su hija...?

Arthur tenía la mirada clavada en el periódico; pero veía algo muy distinto.

-Sí -murmuró-. No tengo que decirte lo que ha supuesto tu ayuda. Jessica necesitaba la influencia de una mujer.

Su buen talante se esfumó al apresurarse Lily a asentir.

-Hay que reconocer que carece de autodisciplina. No es culpa tuya, Arthur. Lo lleva en la sangre. Sabes que yo quería a Katherine, Dios la tenga en su santa gloria, pero, ¿por qué tuviste que casarte con una americana...?

Apenas proferidas aquellas palabras, se dio cuenta de que no podía retirarlas. La triste sonrisa de Arthur le reveló que jamás llegarían a un acuerdo sobre su vieja desavenencia de veinticinco años atrás. Hacía mucho tiempo que su hermano había dejado de discutir con ella sobre la cuestión, y sabía que no daría su brazo a torcer.

-¿Quién viene a la fiesta de esta noche? -preguntó Arthur, alisando la servilleta de hilo que tenía al cuello, a fin de preparar el camino para un bollo más.

Lily buscó entre sus papeles y sacó otra lista.

-He invitado a nuestros primos de Manchester. Jane tiene tres hijas, una de ellas de la misma edad que Jessie, y he pensado que pasen con nosotros el fin de semana. Desde luego.

-Buenos días, papá.

Se volvieron al mismo tiempo, y vieron a Jessica, que entraba como un vendaval, vistiendo todavía su traje de montar.

-Buenos días, tía Lily -canturreó la joven después de dar a su padre un leve y afectuoso beso en su rojiza mejilla.

-Cielo santo, Jessica. Ve arriba a cambiarte -la apremió Lily-. Hueles como un mozo de cuadra. ¡Y estás toda mojada! ¿Qué ha ocurrido?

Jessica, retrocediendo, juntó las manos a la espalda, buscando refugio en el súbito desinterés de su padre, el cual apartó la mirada haciendo girar las pupilas.

-Charles y yo dimos un salto sobre el agua -reconoció.

La barbilla de la tía Lily se hundió con fuerza en su pecho en un gesto de severa desaprobación.

-¿Charles y tú habéis ido a cabalgar? ¿Solos?

Arthur se aclaró la garganta.

-Lily.

-¡No es correcto!

Arthur se volvió hacia Jessica.

-¿Te caíste?

Jessica abrió mucho los ojos al descubrir en el plato de su padre una rebanada de pan con mermelada, y se apresuró a robársela.

-No. Fue Charles. Hube de ayudarlo a salir. Está arriba cambiándose. ¿Sabes una cosa? Jamás pensé que un diplomático conociera tantas palabrotas.

-Jessica -bufó Lily.

Satisfecha de sí misma, ya que le encantaba comprobar hasta dónde era capaz de excitar a la tía Lily, Jessica murmuró:

-Lo siento. No quisiera decepcionarte, papá.

-Tú jamás me decepcionas -le aseguró Arthur pese a la expresión reprobadora de Lily-. Charles va a encontrarse con una buena tarea cuando le haga entrega de tu persona en matrimonio. Entonces le corresponderá a él justificarte en toda Inglaterra.

-Me encanta Inglaterra, papá -le aseguró Jessica-. Puedes dejar de preocuparte por ello. No lamento en absoluto que me trajeras aquí.

Arthur emitió un quejido y se quedó mirando la hierba.

-Te traje aquí a causa de mi debilidad, no de la tuya.

-Porque tu pasado está aquí. Y por eso te sientes cómodo. Tallahassee te recordaba a mamá. ¿Crees acaso que no lo entiendo?

Charles apareció de repente al lado de Jessica.

-Ahí lo tienes, Arthur. ¿Y tú te preocupas por esta chica? Es natural. Al fin y al cabo, todos tenemos algo de palomas mensajeras. Tú retornas a Inglaterra, y quizás algún día Jessica y yo regresemos a Tallahassee... por una temporada.

Jessica le dio con el codo, en actitud divertida.

-¿Por una temporada?

Charles se echó a reír.

-Bien, cariño. Me siento capaz de explicar tu personalidad a toda Inglaterra; pero no estoy muy seguro de poder explicarla a Tallahassee.

Jessica observó su indumentaria impecable y atisbó un nuevo ramalazo de desaprobación de tía Lily. Sin embargo tuvo tiempo de robar otra rebanada de pan antes de decir:

-Voy a cambiarme. Divertios hablando de mí mientras estoy ausente.

Desapareció en los viejos vestíbulos por los que pasaran tantas generaciones dejando tras de sí un fastuoso rastro de recuerdos.

La observaron alejarse.

-Está bien, si sigue por ese camino jamás se integrará del todo en la auténtica sociedad inglesa- auguró la tía Lily.

Charles se sentó junto a Arthur mientras ambos veían desaparecer por las vetustas escaleras la falda de montar, salpicada de barro, de Jessica.

-Santo cielo -exclamó entre dientes-. Esperemos que así sea.

-En realidad no debería estar haciendo eso. De veras, señorita.

-Caramba, Mary, no seas tan envarada. Es divertido. Si no aprendo a hacerlo yo misma, jamás podré aleccionar a la servidumbre cuando me haya casado.

Jessica se lamió un poco de alcorza que se le había quedado en el dorso de la mano, y siguió decorando la tarta, mientras la cocinera encargada de la repostería la observaba dubitativa. Detrás de ella, se arremolinaban dos de las primas visitantes de Jessica, fascinadas por su ingobernable pariente americana. La cocina era un emporio de actividad. Los sirvientes entraban y salían y las responsables de la cocina proseguían con sus quehaceres. Todos se hallaban algo incómodos por la presencia de Jessica. ¿Acaso su sitio no estaba en el vestíbulo principal recibiendo a los invitados? Después de todo, era su fiesta de esponsales.

Jessica se dio cuenta de las desconcertadas miradas y supo que estaban intentando leer sus pensamientos más allá de su vestido de fiesta cuajado de volantes; pero no le importaba. En realidad, le gustaba arrojar un guijarro de vez en cuando en medio de aquellas quietas aguas conformistas. Desde que llegó a Inglaterra con su padre, había escuchado susurros y murmullos. En efecto, su madre era americana. De acuerdo, actuaba de manera muy impulsiva. Pero, ¿desde cuándo eran palabrotas los términos «americana» e «impulso»? Jessica conocía las inferencias de ser medio americana. En la vieja y alegre Inglaterra, todos esperaban que apareciese a tomar el té calzando mocasines y vistiendo chaqueta de ante, masticando carne cruda y abrumándoles con historias de tramperos. ¿Qué daño podía hacer asumir algo de esa imagen? Disfrutaba por estar a punto de embarcarse en la grande e insondable aventura del matrimonio con un hombre auténtico, desbordante de vida y apasionamiento. Ello le daba ventaja sobre sus primas, las jóvenes que habían de ser sus damas de honor y que la rodeaban, no para verla decorar tartas, sino para oír la historia que había empezado a contar de cómo conoció a Charles. La prima Charlotte, apartando a la cocinera de repostería, la apremió.

-Continúa, Jessica. Cuéntalo todo.

-Fue en la Embajada británica en Washington -prosiguió la joven-. Se celebraba una gran fiesta en honor de Lord no sé qué...

-Cuidado, señorita... -la alertó la cocinera, señalando una tarta que estaba recibiendo una porción extra de alcorza.

-¿Qué llevabas? -la interrumpió Charlotte.

Jessica levantó un instante la vista.

-No me acuerdo.

-No ponga demasiada, señorita.

La cocinera intentó hacerlo, pero Victoria, la hermana de Charlotte, la apartó.

-¿No te acuerdas de lo que llevabas cuando conociste a Charles?

-Recuerdo lo que llevaba él -repuso Jessica con sonrisa picaresca.

-Bah, eso es fácil. Llevaba esmoquin -se burló Victoria.

Jessica se disponía a contestarle cuando apareció en el umbral la prima más joven, Emily.

-Jessica, tía Lily te está buscando y se halla a punto de explotar -dijo de sopetón.

La cocinera retrocedió un paso al tiempo que recibía de manos de Jessica elartilugio para decorar pastelería. Se recobró a tiempo de gritarle:

-¡El delantal, señorita!

Jessica giró como un torbellino y un montón de fino tejido enharinado aterrizó sobre la cabeza de la cocinera.

La fiesta era inequívocamente inglesa. Una cena apropiada, seguida de un adecuado brindis por la pareja, durante el cuál Jessica desconcertó al pobre Charles plantándole, con toda intención, un impropio beso en plena boca, delante de todo el mundo. Luego, los hombres se encaminaron, con gran propiedad, a la biblioteca para fumar y beber brandy mientras las mujeres chismorreaban tomando té y pastas. Todas se dedicaron a adular a Jessica hasta que ella, aburrida hasta el sopor, se deslizó hacia la puerta de la biblioteca desde donde podía escuchar la conversación de los caballeros. Disfrutaba con su conversación y aspiraba el agradable aroma de los cigarros y las pipas, pensando en lo cómoda que la hacía sentirse. Le recordaba su hogar, a su padre cuando su madre aún vivía, aquellos días en que, todavía muy pequeña, la acostaban al ponerse el sol y sus padres se retiraban al porche para mecerse en el agradable asiento columpio. Tenía tantos recuerdos... y sabía que ahora se encontraba a punto de empezar a acumular recuerdos de su marido y de la familia de él. Si al menos hubiera una forma de hacer las cosas rápidamente. En Inglaterra todo parecía eternizarse.

Se acercó más a la puerta, sigilosa, disfrutando con la posibilidad de oír a hurtadillas. Charles escuchaba la voz cansada del anciano Lord Henredon que decía:

-El Imperio otomano era muy exótico, con aire misterioso, los turbantes y todo eso. Pero hoy día no se lee otra cosa que relatos de matanzas sangrientas, una tras otra.

Jessica se hizo a un lado, ocultándose en la cortina de la arcada al acercarse el mayordomo que, tras una breve mirada, entró en la biblioteca.

Atenta a las voces de los hombres, hizo caso omiso de la mirada desaprobadora del sirviente. Escuchó a Charles que hablaba, sentado en un extremo del pesado diván de cuero.

-No tengo intención de defender los actos del sultán Hasán, pueden creerme. Sólo la posición diplomática de Inglaterra. Deben comprender que es muy difícil enjuiciar una cultura tan distinta a la nuestra.

Querido Charles, siempre tan generoso y tan perceptible. Jessica sonrió con cariño y escuchó atenta, aun cuando lo que oyó no fue el tono tranquilo de Charles, sino el cloqueo de tía Lily detrás de ella.

-Jessica, querida. Ya es hora de que vosotras, las jóvenes... ¿Qué estás haciendo aquí? .

-Bueno..., en realidad nada. Me estaba arreglando las enaguas.

-Bien, es hora de irse a la cama. Charlotte, Victoria y Emily ya están arriba, y tú también deberías estar. Vamos, despabila.

Charlotte, Victoria y Emily, en efecto, estaban ya arriba; pero, al igual que Jessica, sin la menor intención de dormir. Cuando ella llegó a su dormitorio, sus primas se habían puesto ya el

camisón y habían abierto el armario donde Jessica guardaba su ajuar. Se estaban atiborrando de entremeses que se habían llevado de contrabando, y Emily olisqueaba todos los frascos de perfume que había sobre el tocador de Jessica como intentando descubrir cuál de ellos la convertía en una novia.

-Y luego me llaman a mí indisciplinada -comentó burlona, deteniéndose en la puerta.

-¡Aaah, Jessica! -exclamó Victoria al tiempo que salía rodando de la cama, cogiendo la palomilla de la que colgaba una especie de nube de seda, y corriendo hacia ella, que había empezado a quitarse el vestido-. Mira esto. Es maravilloso, Jessica. ¿Cuándo lo llevarás?

Charlotte, con la boca llena de arenque, le informó.

-En la cama. Es un camisón, boba.

-Con tantos bordados -canturreó Victoria-, y nadie lo verá.

Charlotte giró los ojos.

-Charles lo verá.

Jessica hizo una seña en dirección a Emily, intentando hacer callar a su prima mayor.

-Lo sé todo sobre el matrimonio. No tenéis por qué callaros -puntualizó inmediatamente Emily.

-Tú no sabes nada -afirmó Victoria, dando a entender que ella sí que lo sabía.

-Más que tú.

Después de sacarle la lengua a su hermana con un gesto ya habitual, Victoria se volvió hacia Jessica.

-¿Estás enamorada?

Charlotte se esforzó para tragar los arenques, a fin de disfrutar del privilegio de contestar.

-Claro que lo está. Y deja ya en paz ese camisón.

-¿Cuándo lo supiste? -insistió Victoria-. Quiero decir que estabas enamorada. ¿Cuando él te besó?

Jessica se dirigió a la cama, cepillándose el pelo con un estilo muy adulto... Todo cuanto hiciera en adelante sería muy adulto. Se dejó caer sobre el grueso edredón. Sus primas la rodearon anhelantes.

-Puedo deciros el momento exacto. Estábamos jugando al bridge... Charles, mi padre, alguien de la Embajada francesa y yo. Es una bobada, pero la cuestión es que levanté la vista. Charles miraba las cartas con el ceño fruncido porque es un jugador abominable. De veras. Y entonces lo miré... y lo supe.

Victoria frunció el entrecejo.

-¿Eso es todo?

Jessica sonrió mientras recordaba.

-Debió sentir que le estaba mirando, porque alzó la vista. Y sonrió como si pudiera leer mis pensamientos.

-No es muy romántico que digamos.

Charlotte mostró su desacuerdo en voz queda.

-Sí que lo es.

-¿Con el tío Arthur allí y algún francés viejo?

Emily se introdujo en el círculo de sus hermanas mayores.

-Charlotte tiene un enamorado: Andrew. Los he visto besándose.

Victoria dio su opinión.

-Andrew es demasiado bajo. No pienso casarme con un hombre que no sea altísimo. Tiene que montar a caballo, hacer esgrima, bailar como los ángeles...

Levantándose de un salto de la cama, empezó a acompañar su lista de exigencias con grotescas pantomimas. Las chicas reían a carcajadas ante su representación cuando se abrió la puerta y apareció tía Lily. Victoria detuvo en seco sus giros y, por un instante muy fugaz, las cuatro jóvenes vieron el reflejo de un tiempo muy lejano en las facciones cenicientas de la tía Lily, una época en la que también ella era joven y soñaba con posibles amores, quedándose hasta muy tarde y conspirando con otras muchachas de su edad para alcanzar el paraíso. El ramalazo se esfumó, sustituido por una actitud apropiada, cultivada durante mucho tiempo con minuciosa meticulosidad.

-¿Qué estás haciendo levantada, Emily? Todas a la cama. ¡Y con comida en los dormitorios! Tendréis pesadillas comiendo tan tarde. ¡Vamos, fuera! Cada una a su cuarto.

Las primas de Jessica le hicieron una mueca de complicidad mientras desfilaban por delante de la tía Lily, dándole unas buenas noches contritas, en tanto que seguía amonestando a Jessica.

-Es más de medianoche, y has de levantarte temprano para una prueba. ¿Quieres que Charles te vea con grandes ojeras? ¿Y qué hace esto en la silla?

Recogió el camión de seda y dio un leve manotazo a Jessica al intentar ella coger la lujosa prenda bordada.

-¿Puedo preguntarte algo, tía Lily? -empezó a decir Jessica.

-No debes dejar así, tiradas sobre una silla, las prendas de seda, querida.

-¿Cómo es?

-¿Cómo es qué, querida?

-Estar casada. Ya sabes.

La tía Lily vaciló, se quedó inmóvil y permaneció con la cara vuelta hacia el armario para que Jessica no se diera cuenta de su incomodidad. Jamás fue madre y sabía que Arthur había regresado a Inglaterra a fin de que Jessica se moviera en un ambiente femenino cuando fuera a casarse y se encontrara bajo otra influencia que la de un maduro caballero inglés que había infringido el protocolo casándose con una americana. Pero Lily jamás se había encontrado en una situación semejante. ¿Podría encontrar la respuesta? A ella nadie le había explicado nada... Desconocía las palabras adecuadas. Claro que, con el paso del tiempo, fue descubriendo las espinosas verdades de lo que ocurría entre hombres y mujeres en la intimidad del matrimonio; pero en cuanto a las palabras... en realidad no existían. Había aprendido a sumergirse en historias mágicas dejando de lado las realidades físicas, a crear ensoñaciones como acababa de ver que hacían sus sobrinas, a descubrir cosas a su manera en el momento propicio. Y ahora una joven sin madre recurría a ella y le hacía la pregunta para

la que ella no tenía palabras adecuadas. Lily luchó para no traicionarse a sí misma, al tiempo que hacía honor a la confianza que Arthur depositara en ella.

Abrió la boca intentando hablar y trató de volverse hacia el anhelante rostro juvenil; pero algo se le heló en el fondo de su ser. Trató de colgar el camisón de seda en el abarrotado armario.

-Tienes... una obligación con tu marido, Jessica -dijo; pero no pudo continuar-. Ya hablaremos de ello en otro momento. Buenas noches, querida. Que duermas bien.

Tía Lily apagó la luz, salió presurosa de la habitación, y cerró la puerta, huyendo de las palabras que no era capaz de encontrar.

-Buenas noches -murmuró Jessica en voz tan queda que nadie hubiera podido oírla.

Volvió a encender la luz. El cálido resplandor amarillo iluminó el mar de volantes de organdí, faldas de tafetán y mangas con encajes que se agitarían libres el día de su boda. Salió de la cama y se dirigió al gran espejo, con marco y pie dorado, que se encontraba junto al armario. Se contempló, con el camisón de algodón que llevaba en ese momento, preguntándose qué aspecto tendría su cuerpo con aquella transparente seda que no se le permitía ponerse hasta que fuera Mrs. Wyndon. ¿Sería tan diferente aquella noche? ¿Cambiarían las cosas de manera tan absoluta que acaso no viera a Charles bajo la misma luz que ahora, cuando le miraba y veía su expresión seria y lo orgulloso que se sentía de ella? Jessica tenía veintitrés años, pero apenas conocía lo que se ocultaba debajo de aquellos pliegues de algodón que contemplaba en esos momentos. Se aconsejaba a las jóvenes que no se miraran en el espejo hasta estar completamente vestidas. Desde luego era una tontería; pero jamás había pensado seriamente en ello hasta esa noche. Y la tía Lily no había querido hablar sobre lo que ocurriría después del matrimonio. En realidad, Jessica lo sabía todo sobre el amor y cómo se hacía. Chicas mucho más jóvenes que ella lo aprendían de otras jóvenes, quienes, a su vez, lo aprendían de muchachos que no se pensaba que conocieran. Nada se desarrollaba con la tranquilidad que hubieran deseado las matronas de las clases altas. Las jóvenes tenían recursos para enterarse de esas cosas.

Siguió mirándose en el espejo durante mucho rato, sin lograr encontrar las respuestas.

Como venía ocurriendo desde hacía un siglo, el día apuntó tranquilo en la zona de Greyhurst. La propiedad parecía poseer una magia que hacía que, en su horizonte de espinos y cerezos, aparecieran albas maravillosas. Lo único que interrumpía la tranquilidad era el chico de los recados pedaleando en su bicicleta por el camino. Atravesó la ancha cancela de la verja y llegó a la vetusta puerta de roble. Empezó a golpear con la aldaba contra la madera hasta que apareció el mayordomo, al que entregó un telegrama de la Embajada británica. El hombre, a su vez, prosiguiendo con el orden perfecto de los acontecimientos, presentó el mensaje a Mr. Wyndon, el cual se encontraba desayunando con el dueño de la casa en el ala occidental. Charles cogió el telegrama y, antes de abrirlo, esperó a que se retirara el mayordomo. Tardó bastante en decidirse. Tenía un presentimiento.

-Me pregunto qué estará haciendo Jessica que tarda tanto en bajar -murmuró, rasgando con inquietud el sobre.

-Se está probando un traje -le dijo Arthur, mientras untaba un bizcocho con mermelada de melocotón..., la verdadera razón de su regreso a Inglaterra-. ¿Algo va mal?

Charles leyó el telegrama, y lo dejó después sobre la mesa.

-Me han cancelado el permiso. Presentía que algo estaba bullendo. Quieren que vuelva inmediatamente a Damasco.

-¿Nuevos disturbios?

-El embajador Grant quiere un informe de primera mano. No sé por qué. Hace ya años que tienen lugar esas insurrecciones.

Arthur movió su canosa cabeza.

-Y seguimos apoyando al sultán.

-Ya sabes que la Embajada no puede hacer juicios, Arthur.

-¿Cuándo te irás?

-Mañana por la mañana, maldición.

-¿Irte a dónde?

En el silencio matinal sonó clara la voz de Jessica. Charles miró a Arthur, pero no tenía salida posible.

-Las noticias no son muy buenas, cariño.

-Adelante. Espero que podré soportarlas, querido.

-Acabo de recibir un telegrama del Cuerpo Diplomático -dijo Charles, presuroso-. Quieren que haga un recorrido por el Imperio otomano antes de presentar mi informe en Constantinopla. Supongo que se trata de una lección visual de geografía. ¿Cómo lo expresan? ¡Ah, sí! Para comprender mejor la diversidad de los súbditos del sultán Hasán.

Arthur, con gesto cansado, llenó de nuevo la taza de té de Charles, aunque para él vertió una dosis del medicamento contenido en un frasquito y se lo bebió de un trago.

-Deberías estar muy contento -le dijo en cuanto consiguió tragar la viscosa medicina-. Esta misión parece indicar que tienen grandes planes para tu carrera.

Jessica sabía por qué su padre decía aquello. Pensaba que había que aplacarla.

-Estoy encantado -dijo Charles, aunque con un tono muy poco convincente-. Y, por supuesto, halagado. Sólo que...

Arthur le interrumpió, sabiendo que a su hija le gustaba cuidarle y que era la mejor oportunidad para Charles y para él de mantenerla bajo control.

-Ya lo ves, pequeña. Habrá que aplazar la boda.

-No veo por qué -dijo Jessica con incuestionable decisión-. Voy a ir contigo.

-El barco zarpa mañana, Jessica -le advirtió su padre. Jessica le pasó el brazo por los hombros.

-Tú también vendrás. Todos nos iremos. Los tres. Charles y yo podemos casarnos en Constantinopla. Antes de que digáis nada, considerad las posibilidades. Tú necesitas

distraerte, papá. Y si yo voy a convertirme en la mujer de un embajador, necesito familiarizarme con el Oriente.

-Ni hablar -rechazó rotundo Charles-. Es demasiado peligroso.

-Pero Damasco no está ardiendo -insistió Jessica-. Se trata sólo de algunos disturbios. Tú mismo lo has dicho.

-No estoy dispuesto a exponerte a un levantamiento político.

-Pero sí me dejarás aquí, ahogándome entre pequeñas y sonrosadas damas de honor.

-Vamos, Jessica -intentó convencerla Charles, que ya empezaba a flaquear-, debes comprender que no tengo elección. He de irme.

-Pues claro. Y yo debo ir también, como la futura esposa de un embajador.

-No soy embajador -alegó Charles sin demasiada fuerza.

-Pero lo serás algún día -afirmó Jessica, irradiando confianza en él-. ¿Qué pasará si las cosas empeoran? ¿Si no te dejan volver durante meses y meses? Por favor, Charles -dijo arrojándose junto a él en una actitud que estaba segura de que le desarmaría-, no puedo soportar la idea de estar separada de ti durante tantísimo tiempo.

-Si no fuera por lo peligroso de... -se lamentó él.

-No lograrás asustarme para mantenerme lejos de tu lado.

Abrió los ojos todo lo que pudo.

Él se quedó mirándola, realmente asombrado.

-¿De veras no estás asustada?

-Me has dicho que en el Imperio otomano siempre existe riesgo. ¿Hay alguna diferencia entre que vaya contigo ahora o lo haga dentro de seis meses o de un año? La situación será igual de peligrosa. Todo se reducirá a haber perdido un precioso tiempo de estar juntos. ¿Y qué puede ser más apropiado que una boda en la Embajada? El final perfecto de nuestros viajes.

Charles frunció el ceño. Luego, se aclaró su expresión y musitó al tiempo que enarcaba las cejas:

-Una boda en la Embajada...

-Algo muy íntimo -siguió diciendo Jessica, con los ojos clavados en los de su padre-. Por favor, papá... No puedo soportar la idea de que se vaya ahora sin saber cuándo volverá.

Miró anhelante a su resignado padre, dándose cuenta de que hacía varios minutos que no había dicho palabra.

Arthur ladeó la cabeza.

-Nunca he estado en Constantinopla -musitó.

Jessica, levantándose de un salto, se sentó en el brazo de la butaca de su padre y estrechó sus hundidos hombros.

-Habrás de admitir que ha sido una idea fulgurante.

-Por el comienzo. Por Siria.

-Y por una gran aventura -añadió Jessica al brindis de Charles.

Tintinearón las copas de champaña. Con las últimas luces del ocaso, el barco era apenas visible en el azul cristalino del cielo, sobre las tonalidades albaricoque del litoral de Siria. La sirena de vapor emitió un prolongado ulular, a modo de propia celebración. El salón de baile del barco rebosaba de trajes de noche, fracs y parejas que giraban incansables. El protocolo y tía Lily siempre le habían asegurado que no resultaba apropiado que una mujer tomara parte en una conversación política. Pese a lo cual, Jessica escuchaba atenta la conversación de los hombres mientras simulaba contemplar el mar. Aquellos jóvenes diplomáticos se disponían a intervenir en la Historia y muy pronto Jessica sintió gran interés por sus palabras. Después de todo, aquello iba a constituir también su propia vida. El tema, naturalmente, eran Turquía, el sultán Hasán, Siria, el sultán Hasán, Bulgaria, el sultán Hasán. Se apoyó sobre la borda y siguió escuchando.

El diplomático francés -a Jessica siempre se le resistían los nombres franceses- estaba comentando, o más bien incitando.

-¿Cómo es posible tomarlo en serio? En el desierto siempre hay perturbaciones de un tipo o de otro.

El representante ruso, sentado a la derecha del francés, alegó:

-Se han perdido dos mil vidas sólo en cuatro días. -Se inclinó hacia Charles-. Los franceses siempre se niegan a admitir la evidencia -añadió con un tono lo bastante alto para que el francés lo oyera, pues formaba parte del juego-. Yo creo que en esas insurrecciones es posible que esté latente el germen de una revolución. ¿Qué opina usted, Mr. Wyndon?

Charles resopló de forma ostensible.

-Para una revolución, es necesario que haya un frente unido, un esfuerzo conjunto. No lo veo por ninguna parte en el Imperio otomano.

-¿Y qué me dice del movimiento revolucionario? No puede negarse que existe -objetó el ruso.

-Un insignificante grupo de jóvenes disidentes turcos no será capaz de derribar a una dinastía que se ha mantenido durante siglos -observó Charles.

Jessica estuvo a punto de intervenir. Había abierto ya la boca, pero, luego, prefirió permanecer callada antes que evidenciar la diferencia de su punto de vista con el de Charles. Estaba claro que él hablaba desde un posicionamiento absolutamente inglés. Era incapaz de comprender que un sistema dinástico instituido pudiera ser derrocado por un puñado de arribistas. Pero Jessica, como americana, sabía mejor cómo andaban las cosas y pensaba de forma distinta. La simple realidad de tener derecho a llamarse a sí misma americana y no súbdita británica, era una demostración patente. Cerró la boca mientras Charles seguía hablando, pero, durante mucho tiempo, no pudo apartar de su mente aquella diferencia tan notoria.

-Jamás llegarán a unirse las diferentes nacionalidades del Imperio -siguió diciendo Charles-. Kurdos, griegos, albanos, armenios, búlgaros..., todos ellos hablan lenguas diferentes, adoran a dioses distintos y no tienen casi nada en común. Son, ante todo, nacionales de su propio país y, en segundo lugar, otomanos.

-Pero tienen un lazo común -arguyó el ruso-: el deseo de derrocar al sultán.

-Ni siquiera eso es suficiente para unificar a grupos tan dispares -argumentó Charles-. No, yo creo y, lo que es más importante, Inglaterra cree, que el sultán Hasán aplastará esas insurrecciones.

El ruso respondió, indignado:

-Lo que Inglaterra quiere es conservar su paso a la India y, por lo tanto, prefiere creer que se mantendrá el *statu quo*.

Charles, inclinándose un poco, contraatacó:

-Y acaso Rusia prefiera creer en una revolución porque con ella sería posible que llegara a colmar sus ambiciones sobre Constantinopla.

Touché, querido. Jessica dio media vuelta y se cogió del brazo de Charles. Era una oportunidad perfecta para asegurarse de que él dijera la última palabra.

-Y yo estoy comprobando que se ha desvanecido todo mi encanto. Ha pasado más de una hora y nadie me ha invitado a bailar.

Los diplomáticos hicieron una breve inclinación al iniciar ella la retirada con Charles. Luego, éste sonrió orgulloso al tiempo que decía:

-Les ruego que me perdonen, señores.

Una vez en el interior, mientras giraban con elegancia en el salón de baile, Charles hizo una pausa antes de decir:

-Lo siento, cariño. Seguramente te estás aburriendo.

-En realidad, no es aburrimiento, pero los diplomáticos siempre parecen creer que los problemas internacionales pueden solucionarse hablando mucho y fumando puros -admitió Jessica-. Prefiero verte en acción intentando resolver esas dificultades y haciendo algo sobre ellas. Tú serás un diplomático que pase a la acción, ¿verdad? Moverás las cosas un poco.

-Bueno..., desde luego que lo haré. Pero no olvides que aún me queda mucho camino por recorrer para tener ese poder que me permita actuar, cariño. Todavía he de adquirir mucha experiencia antes de poder ponerme a flote. Y que una persona haga mella no es tan fácil como tú crees.

-Excusas -bromeó ella-. La Historia rebosa de relatos sobre individuos que hicieron mella.

-Tal vez. Ya veremos.

Charles jamás reconocería lo aliviado que se sintió al ver aparecer junto a él a Arthur Grey, el cual le dio una palmada en el hombro.

-¿Me permites que te robe la pareja? -le preguntó.

-Desde luego. Iré a ver al sobrecargo para asegurarme de las reservas en el tren de mañana.

Jessica pasó a los brazos de su padre sin perder el ritmo ni un instante. Después de todo, fue su padre quien le enseñó a bailar.

-Creía que estabas descansando -le dijo.

-No hacía más que pensar en lo mucho que te pareces a tu madre en la época en que ella y yo asistimos a nuestro primer baile juntos. Sentí la necesidad de venir aquí para verte.

-Me estás dando coba.

-Ah..., y también por otro motivo.

-Eso me pareció. ¿De qué se trata?

-He estado pensando que debí haber invitado a tu tía Lily a que nos acompañara.

Jessica retrocedió.

-¿Para qué?

-Pues para que terminara tu educación y te dijera lo que necesitas saber..., para que te ayudara a conocer todas las cosas que debe saber una esposa... Bueno, ya me entiendes.

-Eso es ridículo, papá.

-No veo que tenga nada de ridículo. Después de todo, he echado una ojeada al libro que tanto te absorbe durante nuestro viaje transatlántico.

Por un instante, Jessica se sintió algo culpable. Pero, ¿qué había de malo en que le interesara más la carrera de su futuro marido que las pruebas de trajes franceses y las damas de honor?

-No es más que un libro.

-¿Y cuál es el tema de ese no-es-más-que-un-libro?

-¿Eso qué importa?

-Quiero oírtelo decir, Jessica.

-Es un tratado sobre los efectos del nacionalismo en la política global.

Arthur rió entre dientes.

-¿Quién va a ser el diplomático? ¿Charles o tú?

-Pero..., supuse que te gustaría.

-Me gusta. Pero..., a veces, me preocupa pensar que pueda haberte perjudicado preparándote para una vida de libros y viajes. Temo no haberte dado la formación adecuada para que seas una perfecta esposa.

Jessica dirigió la mirada hacia la centelleante y exótica costa de Siria. Luego, dijo de modo atolondrado:

-¿Qué dificultad puede haber en comportarse como una esposa? He visto cómo lo hacen, sin el menor esfuerzo, las chicas más estúpidas.

Imposibilitado para cambiar el pasado, Arthur movió la cabeza recordando a su mujer. No había exagerado al decir que Jessica le recordaba a la encantadora americana con la que se casó. Por aquel entonces, descubrió también en él un inesperado ramalazo de desafío. Los auténticos caballeros ingleses no se van de repente a América y vuelven a casa desposados con plebeyas. Pero Katherine había sido algo fuera de lo corriente, al igual que Jessica. Arthur tuvo una vida maravillosa con su mujer y su preciosa hijita, sin saber nunca lo que cada una de ellas iba a hacer. Empezó a pensar que la impetuosidad le mantenía vivo, siempre a la espera del día siguiente, de la hora inmediata. Sólo cuando la muerte le quitó a su mujer llegó a comprender su propia condición mortal.

La sirena del barco ululó de nuevo y le libró de aquellos pensamientos, haciéndole sobresaltarse.

Siete horas después, se escuchó un silbido diferente en la interminable extensión del desierto, acompañado del ruido de las ruedas del tren que se deslizaba por los interminables raíles

tendidos por gente anónima en aquella árida inmensidad. Jessica contemplaba a través de la ventanilla aquella estéril belleza que no podía ofrecer otra cosa que la promesa de algo más allá. Su concentración quedó interrumpida al abrirse la puerta del compartimiento en el que su padre y ella se encontraban sentados. Charles hizo pasar a una mujer encantadora, de elegancia impecable, que rondaba los cincuenta. Tenía una sonrisa graciosa y enigmática, tan natural como todo su cuerpo, vestido a la moda de París. Los dos monos Rhesus que la acompañaban iban casi tan bien vestidos como ella, con sus chaquetillas rojas y sus turbantes. Detrás de ella o, más bien, detrás de los monos, había todo un séquito de sirvientes.

-Mr. Arthur Grey. Miss Jessica Grey -empezó diciendo Charles-. Tengo el placer de presentaros a Lady Ashley. Le he pedido que nos acompañe. No encontraremos ninguna amistad mejor en Oriente.

Arthur se esforzó por ponerse en pie en el oscilante compartimiento.

-Encantado. Estamos..., estamos muy...

Hizo lo posible por mostrarse amable en tanto que uno de los monitos empezaba a trepar por él.

Lady Ashley le salvó.

-Vamos, preciosos -dijo a los simios-. Tenéis que ir con Paulie. Por favor, Paulie, llévatelos.

Un sirviente negro entró en el compartimiento, acorralando a uno de los animales y lanzándose luego a atrapar al otro.

Lady Ashley ocupó el asiento junto a Jessica y la observó con gran atención.

-Su prometido ha tenido la amabilidad de ofrecerme refugio. Parece que en mi compartimiento no hay sitio suficiente para acogernos a todos.

Jessica le devolvió la sonrisa de modo instintivo. Lady Ashley parecía muy diferente de las demás mujeres inglesas, aunque fuera británica de pies a cabeza, a juzgar por su acento y sus modales.

-¿Entonces es nuestra compañera de viaje? -preguntó Jessica, esperanzada.

-Siempre, querida. Aunque tengo una casa en Damasco. Incluso en el desierto son necesarias las raíces.

La dama aceptó una copa de vino que le ofrecía Arthur y se arregló la falda, más para hallarse cómoda que por cuestiones estéticas. Jessica sintió un segundo impulso de simpatía. Se disponía a decir algo cuando uno de los monitos se le escapó a Paulie de las manos en el momento en que el sirviente intentaba atravesar la angosta puerta del compartimiento. El animal se lanzó hacia Charles.

-No deje que le agarre la pierna -le advirtió Lady Ashley-. Puede resultar muy molesto.

Un momento después, se había hecho con el animal, colocándoselo a Paulie en el hombro. Esta vez parecía seguro.

Charles, haciendo caso omiso de aquel inminente desastre, observó:

-Hay quienes dicen que resulta más fácil que el propio sultán Hassan le reciba a uno en audiencia que lograr una invitación para una de las veladas que usted celebra en su azotea.

-Mírenlo -bromeó Arthur, sonriendo-. Tiene la sutileza de un bisonte.

Charles no le hizo caso.

-Lady Ashley es, tal vez, la mujer inglesa más famosa de toda Siria.

Lady Ashley se dirigió a Jessica.

-Se está mostrando en exceso cortés. «Difamador» sería una expresión más apropiada. Y me sentiré muy feliz de ver les a todos ustedes en el próximo festejo en mi azotea.

-Ya estoy muy impaciente -reconoció Jessica, dominada por su excitación juvenil.

Iba a añadir algo más, algo muy americano, ya que no se sentía en modo alguno cohibida, cuando se vio interrumpida por una conmoción fuera del tren. Parpadeó. ¿Fuera del tren? ¿Cómo era posible que...?

Como estaba sentada junto a la ventanilla, miró a través de ella.

-¡Dios mío!

Caballos, caballos del desierto, delgados y vigorosos, tan veloces como el *harmattan* que soplabla sobre sus cabezas. Los jinetes del desierto, envueltos en sus túnicas... y salvajes. Qué gesto tan simpático el de ir a recibir al tren...

-Beduinos -les informó Lady Ashley-. *Djerid* a caballo.

Se refería a la forma en que cabalgaban y no a los caballos, como Jessica creyera en un principio. El beduino avanzaba violentamente, de una manera más demencia! que en cualquier exhibición del salvaje Oeste. Iban colgados de los estribos, con las riendas en la boca. ¿Cómo podían mantenerse sobre un animal de esa manera y a tal velocidad?

Jessica los miraba casi sin respirar, con la mejilla contra el cristal, hipnotizada.

Arthur corrió las cortinillas del lado de su ventana.

-Echa la cortina, Jessica.

Pero la joven se encontraba cabalgando con un beduino. Pasando el brazo por delante de ella, Lady Ashley cerró discretamente la cortinilla. El tren dio una fuerte sacudida, haciendo que todos estuviesen a punto de caer de sus asientos.

-Escombros en la vía -dijo con calma Lady Ashley-. Están intentando detener el tren.

-¡Dios mío!

Jessica aspiró profundamente. De súbito, la aventura pareció perder algo de su emoción.

Tarik Pasha se sentía observado. Su caballo tenía mal paso cuando corría a gran velocidad; pero él le azuzó, sabedor de que un semental del desierto correría hasta derrumbarse. No se parecía en nada a los tranquilos purasangre que montara en Cambridge. Claro que había dejado tras él todo cuanto se relacionara con Cambridge. En el desierto, nada se asemejaba ni remotamente a las ordenadas hileras de edificios universitarios. Cabalgando por las tierras de su juventud, Tarik supo que era turco de pies a cabeza, salvo en su educación y el perfecto corte británico de su pelo. Conservaría la educación; el aspecto de su cabello desaparecería con el tiempo.

Alguien seguía observándole. Miró por encima de las blancas y agitadas crines de su nervioso caballo, sujetando todavía las bridas con la boca, e intentó localizar los ojos que lo vigilaban. Lo único que vio fue una mano echando la cortinilla en un compartimiento del tren. Bien. Turistas curiosos, o acaso... su auténtico objetivo.

Tarik se olvidó en seguida de la ventanilla del tren. A él le correspondía la tarea de registrar los compartimientos. Estaba ya acercándose a la locomotora. Giró en su montura con los dientes doloridos de sujetar las bridas coral y plata. Apartó el borde de su ondeante capa azul de beduino. A través del cortante viento, sintió el sol sobre su tez, intensamente bronceada. Con un alarido, obligó a su espumeante caballo a correr junto a la locomotora.

-Detén el tren -gritó en árabe.

El maquinista, un hombrecillo tocado con turbante, se le quedó mirando aterrado; pero siguió apretando el acelerador con gesto desafiante. Tarik, aunque lo respetaba, no podía perder tiempo. Después de todo, él habría hecho lo mismo en su caso. Se lanzó por debajo del vientre de su caballo para ofrecer una imagen terrífica, mientras blandía una ligera, aunque mortífera, lanza.

Tarik pensó: «Un hombre valiente. No es mala manera de morir.»

Pero no acabó con él. La lanza voló atravesando el turbante del maquinista y quitándose de la cabeza. Pero le dejó vivo. Tarik había logrado su objetivo. Sonrió.

Los beduinos abordaron al punto el tren, sin alardes de alegría ni de excusa. En su compartimiento, Arthur Grey esperaba junto a los demás lo que la suerte pudiera depararles. Chascó el picaporte, y la puerta se abrió.

-Permanezcan callados... y no hagan ni el más mínimo movimiento -les susurró Lady Ashley en tono apremiante.

Entraron los beduinos, examinando las caras. Un viejo canoso, con los ojos brillando de impudicia desde las profundidades de su indumentaria, farfulló algo al otro beduino. Con su mano nudosa y morena aferró el puño de una daga de más de una cuarta de longitud, y se quedó mirando a Jessica con los ojos brillantes de entusiasmo. Su compañero se adelantó; pero el vejestorio permaneció inmóvil, sin apartar de Jessica su mirada obscena. Ella empezó a sentirse molesta.

Charles se agitó. La joven supo de manera instintiva que ya empezaba a estar cansado y que iba a lanzarse a arrebatarse la daga. Pero ella se había quedado helada. Miedo, curiosidad, reacción primitiva..., lo que quiera que fuese la dejó paralizada. Por fortuna, intervino Lady Ashley, que parecía haber adivinado también los pensamientos de Charles.

-*Nahnu malihin* -le dijo, con tono tajante, al viejo. Al principio, Jessica pensó que aquellas palabras significaban tan poco para el hombre de la daga como para ella; pero, al cabo de un momento, su sonrisa se hizo más amplia bajo todos aquellos mantos, y salió del compartimiento haciendo reverencias.

-Gracias a Dios -masculló Arthur, secándose la frente.

-¿Qué podemos hacer? -reflexionó Charles poniéndose en pie.

-Nada -le amonestó Lady Ashley con tono enérgico-. Es evidente que están buscando a alguien o algo específico. Tranquilícense. Estamos completamente a salvo.

La puerta chascó al cerrarse. Jessica apartó las cortinillas.

-Mirad. Son turcos.

Observó a un grupo de soldados turcos, a los que identificó por su fez rojo y sus guerreras. Los beduinos los conducían junto a unos caballos.

-Son hombres del sultán Hasán -les explicó Lady Ashley.

-No lo comprendo -dijo Jessica atisbando a través de las cortinillas-. ¿Qué pueden querer de soldados turcos?

-Imagino que se trata de una venganza por el incendio de un campamento beduino -supuso Charles.

-¿El ejército de Mustafá incendió un campamento? -inquirió Arthur con voz cascada.

-Algunos dicen que el sultán está castigando a los beduinos por una serie de insurrecciones.

-Los beduinos se rebelan contra cualquiera que trate de mandarles -añadió Charles-. Forma parte de su tradición.

-Pero debe de tener alguna explicación -arguyó Jessica.

-Desde luego -la tranquilizó Lady Ashley-. Hay quienes dicen que el sultán Hasán está castigando a los beduinos en un intento por retornar a los viejos tiempos, cuando el Imperio otomano era grande y temido. Y no estoy segura de que sean los beduinos quienes se encuentran detrás de esas represalias.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Charles, captando algo de lo que Jessica no se había dado cuenta.

Lady Ashley lo miró.

-¿Qué le parecería si le dijera que algunos de esos hombres que acabamos de ver no son beduinos, sino un grupo de jóvenes rebeldes turcos? Fíjese bien: turcos.

-Imposible -rechazó Charles; pero, en el fondo, parecía creerlo.

-Es sólo una teoría -siguió diciendo Lady Ashley -pero algunas personas creen que son esos jóvenes rebeldes los que están detrás de todas las insurrecciones que han tenido lugar durante los tres últimos años.

-Entonces, son revolucionarios -sugirió Arthur. Lady Ashley le sonrió.

-Desde luego. Una revolución sería imposible sin ellos, ¿verdad?

Jessica se volvió de manera automática hacia Charles, por la tendencia a confiar en él que ya se había convertido en algo natural en ella. Le gustaban su naturalidad, su seguridad en cuestiones de naturaleza política; le encantaba su interés por todo cuanto habría de convertirse en el trabajo de su vida. Estaba segura de que tendría una respuesta, una explicación, y la expondría de manera refinada.

Charles no la decepcionó.

-En el transcurso de seiscientos años, nadie ha sido capaz de reunificar a las distintas gentes del Imperio otomano con la fuerza suficiente para incitarlas a una revolución contra el sultán Hasán.

-Pero estos rebeldes son diferentes -observó Lady Ashley-. Han estado en el extranjero, están influidos por ideas occidentales. Han visto otros modos de vida y quieren llevarlos a los suyos...

-¿Es de verdad tan mala la situación aquí? -interrumpió Jessica.

-La gente está sometida a los caprichos de un solo hombre, que tiene derecho a decidir sobre la vida o la muerte. El pueblo pasa hambre, porque sus cosechas están destinadas al sultán. Se han destruido poblaciones enteras, las matanzas se cuentan por centenares, porque uno se negó a incorporarse al Ejército.

Lady Ashley calló un momento, y dio a Jessica unas palmaditas en la mano.

-Sí -continuó-, a nosotros nos cuesta comprenderlo. Tenemos un sistema que garantiza derechos humanos básicos. Pero aquí carecen de recursos y derechos. No poseen ninguna esperanza.

Eran patentes las simpatías de Lady Ashley, tanto como la comprensión y la decisión que se leían en sus ojos.

Se interrumpieron al dar el tren un bandazo y ponerse de nuevo en marcha. Un general suspiro de alivio puso fin a la tensión que habían estado disimulando con su conversación.

Charles intervino de nuevo en el debate.

-Y habrá de creerme si le digo que, durante los últimos tres años, han estado asumiendo la identidad de búlgaros, griegos y, ahora, beduinos.

-Sin lugar a dudas -aceptó Lady Ashley, a quien aquello no le pareció en modo alguno improbable-. Esos revolucionarios son muy inteligentes. Camaleones. Unos auténticos maestros del disfraz. Poseen una astucia sorprendente en hombres tan jóvenes.

Arthur Grey se aclaró la garganta, miró con fijeza a Charles mientras esperaba su reacción, pero se abstuvo deliberadamente de decir ni una palabra.

Charles, con todas las miradas fijas en él, sintió también un peso moral desacostumbrado. Midiendo sus palabras con cuidado, dijo:

-Naturalmente no intento, en modo alguno, justificar las acciones del sultán Hassan. Sólo que la postura diplomática de Inglaterra...

-¿Cuál es? -dijo Arthur, incitándole a proseguir.

-Que los revolucionarios no tienen la fuerza ni el respaldo suficientes para derrocar al sultán. No se le oculta, Lady Ashley -dijo, dirigiéndose a ella-, que esa teoría suya provocaría risas en la Embajada.

Lady Ashley hizo una sonriente mueca, gozosa de tal notoriedad.

-Puedo asegurarle que es algo a lo que ya estoy acostumbrada. Entre usted y yo, estoy perfectamente enterada de que los revolucionarios lucharon hombro con hombro con los búlgaros hace tres meses.

-Parece ser que usted sabe mucho más de lo que nos cuenta -dijo Arthur con tono ligero, inclinándose hacia ella.

-Bueno..., me entero de cosas. -Lady Ashley sonrió de nuevo-. Verá, tarde o temprano, todos llegamos a Damasco.

Tarik empezaba ya a relajarse. Las hogueras del campamento tenían esa noche un claro centelleo baduino, un recordatorio deliberado de nomadismo. Lo había echado en falta mientras estuvo en Europa y, en aquellos momentos, saboreaba su libertad. Eran fogatas de campamento, destinadas a brillar en la noche y a apagarse con la llegada de la mañana. Las llamas, en movimiento perpetuo, brillaban semejantes a estrellas rojas en la noche del desierto. Buscaba a Salim, aunque sin demasiado empeño. Después de la incursión de aquel día al tren, había pensado en no molestar en modo alguno a su amigo. Pero aún quedaban cosas por planear. De manera que... «encuentra a Kala e inmediatamente habrás encontrado a Salim». Salim se había fijado en Kala desde que Tarik y él regresaron de Gran Bretaña. Y, en efecto, allí estaban. Ella se hallaba preparando la cena en uno de los fuegos del campamento, mientras Salim charlaba en árabe con ella, diciéndole, evidentemente, algo salaz. Incluso con sus mantos y velos, Kala era bella. Tenía unos movimientos elásticos debajo del beduino ropaje azul, que hacían flotar las telas. A la luz de las llamas, se veía cómo sus nobles ojos negros reían con las palabras de Salim. Tarik reflexionó y tomó al fin una decisión. Se situó detrás de su amigo, recordando situaciones semejantes en Cambridge. Busca a las mujeres y encontrarás a Salim. El apuesto Salim. El zalamero Salim.

-Quién tuviera otra vez veinte años -farfulló Tarik.

Salim miró en derredor suyo.

-Claro, eres tan viejo. Mucho más que yo, ¿verdad? ¿Un año? ¿Tal vez dos?

-De manera que has abrazado este estilo de vida, Salim. ¿O lo único que quieres abrazar es a la mujer? -añadió, indicando con la cabeza a Kala.

Salim sonrió, se inclinó el sombrero de manera significativa y dio a Tarik un ligero golpe en el estómago.

-Siempre es preferible una mujer a un camello. ¿No te parece, amigo? ¿O acaso te mantienes caliente por la noche con tu retórica revolucionaria?

-En ninguno de tus libros has escrito nunca sobre el amor -dijo Tarik-. ¿Acaso va a ser ése tu próximo tema?

Salim sonrió con cierta timidez.

-Un escritor debe aprovechar la inspiración donde la encuentre.

Entonces, de manera inesperada, los caballos relincharon en dirección al horizonte. En un santiamén, Tarik y Salim se pusieron en pie, espalda contra espalda enarbolando cada uno un arma hasta entonces invisible. Tarik cogió dos túnicas beduinas y lanzó una a Salim. Se las endosaron de prisa y, una vez más, dirigieron sus armas hacia los ruidos que se escuchaban en el perímetro del campamento. Pero sólo eran armas blancas, inútiles frente a los rifles que empezaban a alinearse en el horizonte.

-Maldición... -exclamó Tarik, sintiéndose furioso consigo mismo.

Los hombres del Imperio se estaban perfeccionando en el juego. No tenían salida.

En cuestión de un instante, toda la tribu, hombres, mujeres, niños e infantes, quedaron rodeados, convirtiéndose en eje de una gran rueda de armados soldados imperiales. El jefe turco se volvió hacia su segundo en el mando, Murat, un hombre alto con bigote..., que podía hablar en árabe a aquellos bárbaros.

-Diles que el sultán Hasán no desea hacer daño a sus súbditos beduinos -le instruyó con estoicidad-; que respeta su desierto. Diles que el sultán no tiene nada en contra de los beduinos.

Hizo una pausa examinando a aquella gente que, evidentemente, consideraba unos salvajes, mientras el intérprete iba traduciendo sus palabras, luego, prosiguió:

-El sultán sólo quiere a los revolucionarios que se encuentran entre vosotros. Dadnos sus nombres y nada le pasará a vuestro pueblo.

Esperó de nuevo a que el intérprete tradujera todo el exordio, y quedó a la espera de la respuesta. Las caras de los beduinos, incluso las de los niños, permanecieron impasibles.

-Seguramente alguien ha de tener esa información.

Echó a andar examinando las polvorientas caras.

Salim se sobresaltó al ver que el jefe turco se paraba junto a Kala. Esta vez la belleza de la joven iba a descubrirla y él se encontraba demasiado lejos para poder hacer algo.

-No te muevas -le advirtió Tarik con un murmullo al darse cuenta de que Salim se ponía rígido.

Como era inevitable, el turco cogió por el hombro a Kala.

-Dime dónde se esconden los revolucionarios.

Al no contestar ella, le arrancó el velo de la faz y la humilló haciéndola volverse de cara a su tribu.

-Un rostro muy hermoso. Contemplad qué rostro tan bello...

El jefe apartó por la fuerza las manos de Kala con las que se cubría el semblante, obligándola a mostrarse ante su gente.

-Una cara como ésta no debería quedar desfigurada.

No era en modo alguno una burla cruel. Hablaba con toda seriedad. Y seguidamente dijo al intérprete:

-Tradúceles lo que acabo de decir. Explícales lo que le ocurrirá a esta mujer si se niega a decirme lo que quiero.

Murat reprimió un estremecimiento al tiempo que protestaba:

-Pero, señor...

-Explícaselo.

Murat suspiró y tradujo las siniestras palabras. Los ojos negros de la muchacha reflejaron el pánico. El jefe se dio cuenta y le habló con firmeza.

-No te estoy pidiendo que traiciones a tu pueblo. Sólo que me des los nombres de los revolucionarios que están entre vosotros.

Kala forcejeó; pero hubo de ceder a la férrea sujeción.

-No te diré nada -gritó en árabe.

Sus palabras no necesitaban de la traducción. El jefe turco la soltó y, por un instante, Salim respiró más tranquilo. Tal vez aquel bastardo dejara en paz a Kala y prosiguiera con otros...

El enorme turco rechinó los dientes al tiempo que sacaba la espada de su vaina y trazando con ella una amplia curva la dirigió con fuerza hacia el cuello de Kala.

El intérprete parpadeó ante la explosión de sangre. La cabeza de la muchacha cayó a sus pies. Antes de que el cuerpo de Kala se derrumbara, el furioso alarido de dolor de Salim se convirtió en un grito de batalla. Enloquecidos por la furia, los beduinos se lanzaron contra sus opresores. Su única arma era la sorpresa. Los turcos aún no estaban acostumbrados a la rebelión después de la captura y además calcularon mal la furia de la lealtad beduina.

En medio del fragor de la lucha nocturna, Tarik disparó un revólver con una mano mientras enarbolaba una espada con la otra. Aunque no tenía una gran experiencia, había tantos turcos que, por fuerza, daba en el blanco de vez en cuando. Siguió disparando y manejando la espada. Sólo cuando vio a dos niños a punto de ser desmembrados, sus disparos y su espada tomaron una dirección definida. Se lanzó a través de una hoguera, provocando un fulgor de chispas y llamas, al prenderse su capa y desperdigar trozos de leña ardiendo. El turco soltó a los dos niños, sorprendido ante aquella increíble imagen; pero, antes de que pudiera reaccionar, Tarik se aferró a él lanzándolo contra una enhiesta lanza clavada en el suelo. El hombre lanzó un alarido agarrando la lanza que emergía de su cuerpo e intentando llegar al punto donde le había roto la columna. Pero, en cuestión de minutos, le sobrevino la muerte misericordiosa. Tarik apretó los dientes con fuerza. Su intención no había sido mostrarse magnánimo. Recogió a los dos pequeñajos que se apretaban contra su humeante capa.

-Radik, Radik. Ven aquí..., rápido.

Radik surgió de debajo de una tienda con los ojos desorbitados.

-Ven aquí -le ordenó Tarik-. Coge a los niños y llévatelos a la sierra. A aquéllos de allí también. ¡En marcha!

Radik, mudo por el terror, condujo a media docena de niños beduinos lejos del centro de la batalla. Tarik formaba una barrera de un solo hombre entre los turcos y los niños. En él ardían las más diversas emociones. Cada uno de esos sentimientos, aislados, hubieran sido impotentes. Pero juntos dieron resultado.

A la mañana siguiente, en lo alto de la sierra, Tarik apartó los anteojos de campaña y se los dio a Radik, el cual los enfocó hacia las dunas.

-¿A dónde los llevarán? -se preguntó el viejo, recorriendo la larga fila de revolucionarios capturados que eran conducidos a través de la arenosa extensión. Y a cada lado, una larga columna de soldados turcos a caballo los vigilaba estrechamente. Los prisioneros iban encadenados y con grilletes, vestidos de harapos beduinos. Al frente, marchaba Salim con la cabeza muy erguida...

Tarik se enfureció consigo mismo.

-Al sultán Hasán.

Dominó el deseo de volver a mirar con los prismáticos. El estoico orgullo de Salim sólo le produciría pena. Y la sangre en sus tobillos, a causa de los grilletes, hubiera podido ser muy bien la de Tarik.

-Son demasiados soldados -dijo Radik bajando los anteojos-. No podemos luchar contra ellos.

-¡Pero no puedo dejar que los lleven a la muerte!

Tarik se dio una fuerte palmada en el muslo, furioso ante su impotencia, irritado por los ropajes beduinos que vestía. Era un sentimiento racional, aunque vigoroso.

-No hay nada que podamos hacer -comentó Radik-. Al menos... hasta que lleguen a Constantinopla.

Tarik se volvió rápido hacia él, adivinando, por el tono de voz del viejo, que le apuntaba una idea.

-¿Qué dices? ¿Tienes algún plan?

-No podemos luchar por sus vidas -repuso Radik-. Pero podemos negociar su libertad.

-¿Con qué?

Una sonrisa desdentada floreció ante Tarik. Radik disfrutaba con su propia inventiva.

-Dime una cosa. ¿Qué es lo que Hasán aprecia sobre todo? ¿Dónde pasa la mayor parte de su tiempo?

Tarik se encogió de hombros.

-En el harén imperial.

-¡Exasto! Tiene un apetito insaciable y, desde que se han cerrado los mercados de esclavos, la oferta es muy limitada.

Tarik le miró con el ceño fruncido. Radik se apresuró a defenderse:

-Es verdad. Conozco a un hombre que dice que la Kislar Agha tiene grandes dificultades para encontrar nuevas jóvenes para el harén. Afirman que el sultán Hasán está cada vez más aburrido y que la Kislar comienza a perder su influencia. Por un tipo de joven que sea algo muy especial, por una muchacha como ésa, la Kislar estaría dispuesta a pagar cualquier cantidad. Si quieres, puedo ocuparme de los arreglos.

Tarik contemplaba de nuevo el desolador panorama del desierto a sus pies. Se sentía muy descorazonado. Tanto en Siria, como en Grecia y Turquía, las mujeres eran básicamente las mismas.

-¿Qué tipo de arreglos? -farfulló.

-Un trato -le explicó Radik-. Una joven por veinte prisioneros.

-¿Pero dónde encontraremos a una mujer que nos pueda dar semejante poder para el trato?

Poner en práctica aquel plan era un sueño realmente apasionante; pero el sultán Hasán poseía ya las mujeres más hermosas, más eróticas y divinas que había en muchos kilómetros a la redonda. Por ello a Tarik le resultaba en extremo difícil creer en la posibilidad de éxito de semejante plan, cuando Radik le dio con su huesudo dedo en el hombro y la desdentada sonrisa reapareció en su campo de visión.

-Yo he visto a esa mujer -le informó Radik.

Radik deambulaba por las abarrotadas calles de Damasco, como una figura más entre los centenares de monocromáticas indumentarias árabes, concebidas, no con fines de elegancia, sino para protegerse del abrasador sol sirio. Su anonimato le llenaba de satisfacción, pues era perfecto para su tarea. A su avanzada edad, se sentía muy orgulloso de la confianza depositada en él por Tarik, revitalizada ante la oportunidad de convertirse en un importante eslabón de esa cadena política. Ciertamente Alá le sonreía al permitirle aliarse con un hombre como Tarik Pasha, el cual pulimentaría esa confianza hasta hacerla brillar.

El tren entró en la estación. Damasco se convirtió al punto en un deslumbrante bazar de tintineante música oriental, haciendo rebosar el aire de distintos sonidos eróticos. Carillones, redobles de percusión tan sensuales como los giros de las caderas de una mujer, cuerdas vibrantes y esa combinación, que penetra hasta los huesos; de pandereta, cítara, platillos, mandolina y clarinete. En el andén, una muchacha muy joven, que ni siquiera se había hecho todavía mujer, bailaba siguiendo el ritmo de la música, con la esperanza de que los turistas dejaran caer algunas monedas en los pliegues del velo que tendía hacia ellos. Radik observó cómo un inglés fornido, de aspecto cansado, daba a la joven un puñado de monedas...

Demasiadas, a juicio de Radik, para una danza que no era más que de aficionada. Pero un instante después dejó de prestar atención al inglés. Las morenas muñecas y las delgadas manos de la joven aleteaban más cerca de la cara del hombre, el cual parecía incómodo. Una ristra de brazaletes de cobre tintinearón en los brazos de la muchacha, que dio al viajero las gracias con todo su cuerpo. Éste parpadeó y apartó la mirada, incapaz de aguantar los movimientos eróticos con la misma indiferencia que el resto de la multitud. A Radik aquello le pareció divertido. La joven había aprendido tales movimientos en las rodillas de su madre, y todas las mujeres de su raza los conocían de manera innata, era una reacción natural a las cadencias de la música oriental. Un hombre de su país no habría apartado la mirada, porque sabía apreciar esas cosas. Al no mirar, el inglés se estaba perdiendo una danza muy buena.

En el andén apareció una visión, de un blanco centelleante, con cintas azules y, en la cintura, un cordón dorado. El rostro de alabastro de la joven brillaba como un diamante entre las oscuras y veladas caras de la muchedumbre siria. No sólo su ropaje la colocaba en un plano distinto, sino que, al quedar su semblante iluminado por el sol, hacía parecer insípida esa misma indumentaria. El velo amarillo oro le caía largo y suelto, y ninguna mujer árabe tendría el valor de exhibirse así.

Radik mostró su sonrisa desdentada. Desde luego tenía ante sus ojos una prenda que bien valía la vida de veinte hombres.

Desde su puesto entre la multitud, observó al inglés y a la joven reunirse con otro hombre y otra mujer..., una pareja tan dispar como la otra, pero esta vez la mujer era más vieja que el hombre. Tal vez formarían una sola familia, pensó Radik mientras observaba cómo subían a un coche en cuanto el equipaje estuvo bien seguro arriba. Al sacudir el cochero las riendas e

iniciar los caballos un trote lento a través de la multitud, Radik sonrió de nuevo y se apresuró a tomar la misma dirección.

-Estoy encantada de que puedan acudir a mi fiesta -dijo Lady Ashley al saludar a Jessica y a Charles a la entrada de su palacio en el centro de Damasco-. Puedo asegurarles que mi invitación fue sincera, y no porque me forzaran a hacerlo.

Sonrió a Charles con aire de broma. Tanto él como Jessica la miraron maravillados. Lady Ashley había sufrido una absoluta transformación. Ya no se mostraba inexorablemente inglesa con su moda europea, sino que llevaba la indumentaria azul del beduino. Sus inmensos ojos azules resaltaban aún más con los gruesos trazos de *kohl* negro, a la manera oriental, y llevaba su pelo claro recogido en la nuca con una trenza. Iba con los pies desnudos.

¡Descalza!

Jessica logró dominarse.

-Mi... mi padre le presenta sus excusas. Se encuentra exhausto tras el viaje en tren.

-¿Está enfermo? -preguntó solícita Lady Ashley.

-No lo ha dicho; pero la verdad es que nunca lo dice.

Jessica miró a Charles preguntándose si su futuro suegro le había hablado alguna vez acerca de su salud. A pesar de que ella había interrogado a su padre interesándose por sus misteriosas fatigas y por la medicina que tomaba, no había sido capaz de sonsacarle nada que mereciera la pena. Se limitaba a decir que el médico no estaba demasiado contento de cómo le circulaba la sangre por aquellos días. Un poco espesa, decía. E insistía en que no era nada serio.

Charles intervino.

-Nos ha asegurado que, con unos cuantos días de reposo absoluto, se recuperará por completo. Lamentó el hecho de que hombres con dagas les dejaran prácticamente indefensos.

Lady Ashley se echó a reír al tiempo que cogía a cada uno de un brazo.

-Es natural. Ahora vengan conmigo. Quiero enseñarles mis jardines.

Les condujo, a través de un portal, a unos espacios abiertos. De repente, se encontraron transportados del Damasco de 1909 a la Inglaterra shakesperiana. Árboles frutales bordeaban el sendero de grava por el que avanzaban, rodeados de carraspique y minutisa; arriates de tomillo, campanillas de Canterbury, espliego, manzanilla, junquillos y muguete. Conforme pasaban, Lady Ashley iba dando el nombre de los arbustos florales y, por un instante, a Jessica le pareció encontrarse de nuevo en Inglaterra. Sintió una especie de estremecimiento glacial. ¿Nostalgia? ¿Presentimiento? Experimentó una necesidad apremiante de alejarse de Lady Ashley y atisbar más allá de las malvalocas, ya que estaba segura de encontrar allí Greyhurst.

Caminaron dejando atrás violetas y rosas de Damasco, y llegaron a una esquina. Al girar, se encontraron ante algo totalmente opuesto. Jessica, se detuvo en seco.

Ante ellos se extendía un campamento de beduinos, descansando en medio de un auténtico jardín inglés. Los beduinos se quedaron mirando a la muchacha tranquilamente. Ella les contempló a su vez, desconcertada, preguntándose qué estarían haciendo allí aquellos salvajes.

Lady Ashley puso una mano sobre el brazo de Jessica.

-Debí de haber les advertido. Después de lo ocurrido ayer, no me extraña su sobresalto.

-¿Conoce a esos hombres? -preguntó la joven entornando los ojos.

-Bueno, se detienen aquí de vez en cuando. Son parientes.

-¿Parientes?

-Por parte de mi marido, por supuesto.

-¿Su marido? -preguntó Jessica volviendo la mirada a Lady Ashley-. ¿Ese hombre espantoso del tren con el que usted habló... era también un pariente? ¿Por eso nos dejé tranquilos?

-Tu actitud es descortés, Jessica -le advirtió Charles.

-No tiene importancia -le tranquilizó Lady Ashley, volviéndose luego hacia Jessica-. Nos dejó en paz por lo que le dije. -Hizo una causa y con mucha diplomacia condujo de nuevo a Jessica y Charles hacia la casa-. *Nahnu malihin*. Significa: «somos compañeros de sal». Se refiere a la ceremonia sagrada de romper sal juntos, la cual hace que los viajeros se encuentren a salvo entre todas las tribus. Como verás, entre los beduinos, incluso los viejos espantosos conservan una especie de caballerosidad. -Miró hacia delante-. Bien. Aquí está.

En lo alto de una amplia escalera, se erguía un hombre asombroso. Jessica quedó aturdida ante la sexualidad visceral que emanaba mientras permanecía en pie dominándoles, tanto de forma literal como simbólica... Un príncipe beduino salido de la leyenda. No hizo el menor movimiento hasta que ellos llegaron al último peldaño de la escalera y se encontraron junto a él. Lady Ashley tendió un puente social entre aquella leyenda y sus invitados.

-Jessica, Charles -empezó diciendo-, deseo que conozcáis a mi marido, Sheikh Medjuel.

El jeque hizo una leve inclinación con su majestuosa cabeza. Sus ojos no se apartaron ni un instante de Jessica. Charles apenas existía.

-Me siento honrado.

Jessica no lo puso en duda ni por un momento. Charles y ella les siguieron mientras la leyenda y su suave y dicotómica mujer les conducían a un espléndido salón octogonal. Quedaron prácticamente boquiabiertos ante una soberbia colección de recuerdos que reflejaban años de viajes y en los que se entremezclaban el gusto europeo y el oriental. Jessica jamás había visto dos culturas fundidas de manera tan positiva. Los samovares de cobre no desentonaban de la porcelana de Dresde y de un elegante juego de té en plata. Mesas Luis XIV descansaban sobre bizantinas alfombras de oración. Un retrato de la reina Victoria parecía encontrarse en su marco natural colgado de una pared de azulejos, que asemajaba la de una mezquita.

Los invitados que pululaban por el salón eran también diversos. Los únicos elementos comunes eran las copas de flauta en las que paladeaban champaña. Beduinos, griegos, árabes, británicos y otras personas no identificables charlaban tranquilas mientras Lady Ashley

acompañaba a su marido junto a un asociado de negocios y volvía a reunirse con Jessica y Charles.

-Ahí está Mrs. Pendleton sentada con su marido -dijo, indicando con discreción a una mujer pequeña, de rebeldes mechones canosos, sentada en un diván turco-. Son arqueólogos. Una gente fascinante. Deben hablar con ellos. Pero no les digan nada de sus cómodos zapatos.

Con sonrisa maliciosa, empujó a Jessica hacia donde se encontraban los Pendleton y, excusándose, fue a atender a otros invitados.

Tal como les aseguró Lady Ashley, y Jessica empezaba a creer que no podía equivocarse en nada, resultó que los Pendleton eran en efecto fascinantes. Ella se negaba con gran tenacidad a cambiar su té por champaña, mientras él apuraba feliz la copa de su mujer, una vez se hubo bebido la suya.

-Sí, mañana iniciamos nuestra excursión a las ruinas de Palmira -estaba diciendo Mrs. Pendleton-. Siempre me he sentido atraída hacia esa parte del mundo..., un imperio construido sobre las ruinas de otros imperios. Se pueden ir retirando las capas del pasado... Los cristianos, los musulmanes, los romanos. Es un lugar que cambia constantemente. Incluso ahora, Occidente empieza a introducirse en él.

Como era típico en él, Charles observó:

-Pero supongo que se darán cuenta del peligro que corren al deambular por ahí. Ayer mismo asaltaron nuestro tren.

Jessica intervino.

-No nos asaltaron. Atacaron a los soldados turcos -declaró, dándose cuenta al propio tiempo de la inconsecuencia-. A nosotros sólo nos molestaron.

Cuidó de minimizar el peligro, pareciéndole que así obtenía una ventaja.

Mrs. Pendleton no se mostró sorprendida ni desconcertada por las palabras de Charles.

-Me arriesgaría contenta a cualquier molestia o ataque con tal de ver las columnas rosa de Palmira irguiéndose en la quietud del desierto. No hay en el mundo otro espectáculo semejante.

Jessica hizo una profunda inspiración, absorbiendo, no el aire de Damasco, sino el de Palmira.

-Parece maravilloso.

Mr. Pendleton tomó un sorbo de su tercera..., ¿o era la cuarta?, copa de champaña al tiempo que comentaba:

-En realidad, es... tedioso. -y se volvió hacia Charles esperando encontrar respaldo en otro hombre-. Tener que clasificar los restos y todo eso. ¿Me comprende?

Su mujer se dirigió a Jessica.

-Es un buen hombre, pero no tiene el menor sentido de lo romántico. Así que yo me lo construyo a mi manera. Es lo único que puedo hacer. ¿No le parece?

Jessica asintió con la cabeza; sin embargo, no alcanzó a expresar lo profundo de su sentimiento.

-Verá. Nunca esperé encontrar aquí a alguien como usted.

-¿Quiere decir en casa de Lady Ashley?

Sin saber cómo contestar de forma cortés, Jessica se limitó a asentir con la cabeza de modo discreto.

Mrs. Pendleton hizo, a su vez, un ademán de asentimiento.

-De acuerdo. En Inglaterra no sería muy bien aceptada. Pero aquí, en Oriente, se da de lado a muchas cosas. Basta con que sea inglesa.

Cuatro horas después, Jessica y Charles se encontraban sentados sobre un colchón de brocado, uno de los muchos colchones y divanes de cojines distribuidos por la terraza para los pocos invitados que quedaban. Ambos estaban absolutamente hipnotizados. Delante de ellos, se hallaba, regiamente sentado, el jeque Medjuel, fumando su narguile. En un plano más bajo, Lady Ashley lavaba los pies a su marido. Increíble.

Sólo sus palabras daban cierto sentido a sus demenciales acciones, a juicio de Jessica y Charles.

-El objetivo de los árabes en la vida es ser -les explicó-. Ser libre, ser valiente o, sencillamente, ser. Es todo lo contrario a la forma en que yo fui educada. El objetivo era tener. Dinero, conocimiento, lo que fuera. Y también es diferente de otros, como el de nuestros jóvenes revolucionarios, quienes creen que basta con hacer. Movimiento, la acción por sí misma.

De forma algo brumosa Jessica sopesó aquellas palabras.

-Ser, tener, hacer..., ¿dónde está su preferencia?

Lady Ashley sonrió mientras sumergía la toalla que estaba utilizando para lavar los pies del jeque en un cuenco de cerámica lleno de agua con especias.

-Sólo cuando se ha saboreado la quietud del desierto puede saberse lo que es ser. Y una vez que se haya comprendido eso, la poesía de la vida jamás podrá hundirse en la prosa.

Jessica alzó los hombros pensativa y se quedó mirando el cielo estrellado que lucía sobre el desierto. Se levantó, muy conmovida, y se acercó a la baranda de la terraza, abarcando con la mirada el extenso panorama nocturno de Damasco. Sintió despertar en ella una inesperada ansia de ver las cosas que esperaban más allá de aquel lejano horizonte, de palpar y experimentar las maravillas con las que gentes como los Pendleton se enfrentaban todos los días. Las conversaciones en tono menor que le llagaban desde otros puntos de la terraza, se convertían en vehículos para su imaginación. De súbito, se halló en miles de lugares a la vez.

-¿Te encuentras bien?

La voz de Charles le llegó por la izquierda. Jessica no se dio cuenta de que la había seguido.

-¿Por qué los hombres se preocupan siempre que una mujer se dedica a reflexionar? -preguntó medio en broma.

-No sé -reconoció Charles, que no estaba dispuesto a levantar demasiado alto el pabellón de la masculinidad-. ¿Sobre qué reflexionas?

-No puedo evitar preguntarme lo que tía Lily opinaría de Su Señoría -repuso ella, sin saber cómo decirle la verdad, ya que no estaba segura de que la comprendiera.

Charles se apoyó en la balaustrada de la terraza.

-No le parecería demasiado bien -aseguró Charles divertido.

-Creo que prefiero aquellos lugares donde no se da tanta importancia a las cosas -musitó Jessica, volviendo a sentir aquella impresión glacial que le asaltara en el jardín, por lo que se abrazó desesperadamente a Charles, perturbada al ver la sorpresa de él-. Te quiero, Charles, por haberme traído aquí, por compartir esto conmigo.

Él le rodeó la cintura con los brazos, experimentando la sensación de que estaban solos en el mundo dos amantes enmarcados por los minaretes de Damasco.

Pero no llegó a comprender lo que Jessica murmuraba.

-Es un tiempo perfecto para los comienzos. ¿No te parece?

Y tuvo la sensación de que le dejaba atrás.

Arthur Grey despertó de un sueño inquieto, el primero desde hacía semanas, e intentó ignorar la opresión que sentía en el pecho. Se desperezó mientras se incorporaba, y se fue acomodando a los ruidos del bazar que le llegaban desde abajo. Algo muy diferente de los trinos de los pájaros en Greyhurst. Cada vez le resultaba más difícil recordar que ya no estaba en Inglaterra, que la madre de Jessica hacía mucho tiempo que había muerto y que pronto se encontraría solo. Si hubiera sido un hombre más egoísta, habría intentado encontrar algún motivo socialmente aceptable para declinar la petición de Charles de que le concediera la mano de Jessica. Pero ella no estaba hecha para ser la enfermera de su padre, suerte que, de cualquier modo, no se merecía. Enfermeras siempre pueden encontrarse; pero hijas no. Como tampoco yernos excelentes.

Arthur se pasó la mano por el pelo mientras se sentaba en el borde de la cama. Luego, tomó un trago de su medicina. Al dejar de nuevo el frasco sobre el tocador, se dio cuenta de la nota. Sabía lo que diría, en esencia, sin necesidad de leerla. La escritura de Jessica era fácil de leer incluso a la débil luz matinal. Sintió el pecho oprimido por un presentimiento. Su hija sólo escribía notas cuando sabía que le mostraría su desaprobación. Y también sabía que no se quedaba para recibir una reprimenda.

En cuanto estuvo fuera de la cama, leyó:

Querido papá... No te enfades conmigo, por favor; pero tenía que ir a ver las columnas rosa de Palmira.

Lady Ashley se encontraba saboreando el aromático café turco cuando Charles irrumpió en el salón, acalorado, sin esperar siquiera a que le anunciaran. Estaba cubierto de pies a cabeza de polvo sirio. Era evidente que había estado recorriendo las calles y, desde luego, no con mucho cuidado. Iba despeinado, sin afeitarse y se le veía exhausto.

-Le ruego me perdone esta irrupción inesperada, Lady Ashley; pero se trata de algo urgente. ¿Sabe usted algo acerca de esto?

Le agitó ante la nariz la nota de despedida.

Lady Ashley sabía que su intención no era mostrarse acusador.

-Ante todo, tome asiento y tranquilícese. Y luego veremos qué es lo que sé.

Lady Ashley esperó a que se hubiera sentado y luego leyó la nota. Al no dar la más leve muestra de sorpresa, Charles frunció el ceño.

-Comprendo -murmuró ella-. Jessica no me dijo nada de una excursión a Palmira; pero tal vez haya tenido usted suerte.

Charles se puso de nuevo en pie de un salto, casi fuera de sí.

-¿Cómo puede decir que he tenido suerte? Se ha ido en esa excursión demencial y es responsabilidad mía. Estoy loco de preocupación. Y su padre se halla desesperado.

-No existe motivo de preocupación, Charles. Palmira es una antigua ciudad, al nordeste de Damasco, a un día o dos en caravana. Se encuentra en los límites del desierto sirio y el viaje no es arduo de acuerdo con las normas orientales. Jessica se quedará allí hasta que se canse de las aburridas tareas arqueológicas y entonces regresará. Concédale una semana. La necesita.

Charles apretó los labios.

-Una semana... A veces me siento incapaz de entenderla.

-Eso ya lo sé -alegó Su Señoría, aumentando el nerviosismo de él-. Jessica necesita una aventura. Acaso sea ésta. Y, por suerte, todo acabará ahí.

-Desearía entender por qué había de irse.

-No me está escuchando. Todas las jóvenes necesitan navegar por sí solas durante un tiempo. Cuando yo tenía la edad de Jessica, abandoné a un perfecto caballero inglés, con una perfecta fortuna inglesa, para fugarme con un conde ruso que se embarcaba para Tahití. Así que, ya lo ve, usted ha tenido suerte. Después de todo qué puede ser mejor, Charles, que una aventura bajo los auspicios de una mujer de mediana edad que calza zapatos cómodos.

-Muy bueno, señora. Luce muy bueno en usted.

El buhonero, retrocediendo unos pasos, contempló el largo talle que tenía ante él, haciendo un ademán de aprobación, ante lo bien que se adaptaba. El cinturón de metal trabajado a mano, a modo de ajorca de plata, con sus minúsculas pinturas de animales sobre bullones de cerámica, parecía fuera de lugar sobre aquella falda de algodón británica. Pero a la mujer le gustaba, a juzgar por la sonrisa en su pálido rostro. Además, le había pagado un generoso precio por él. El buhonero contuvo una risotada victoriosa ante la altanera expresión de la mujer. Aquellos británicos... miraban a su gente de arriba abajo; sin embargo, no tenían ni la menor idea de lo que era regatear.

Al buhonero le brillaron los ojos al recibir sobre la sucia palma de su mano el precio en monedas.

-Muy bonito -dijo mientras hurgaba en busca de un brazalete hecho con cúpulas de plata del tamaño de un penique unidas por una intrincada red de hilos de plata y cobre-. Yo *dash* a usted esto.

-¿*Dash*?

La mujer se mostró extrañada mientras el buhonero le ceñía el cinturón alrededor de su esbelta cintura.

El vendedor intentaba encontrar las palabras inglesas para poder explicárselo, cuando se dirigió hacia ellos una señora de cabellos blancos y hombros hundidos, vestida de caqui. Detrás de ella iba un hombrecillo con salacot y pantalones cortos de gurja.

-Le está haciendo un regalo -le explicó Mrs. Pendleton-. Por la compra del cinturón. Acéptelo. Si lo rechaza, lo considerará un insulto.

-Ah, bueno; muchísimas gracias -murmuró Jessica.

El buhonero hizo una reverencia al tiempo que decía:

-*Allah minakh*.

-Sí... y también a ti.

Jessica, volviéndose hacia los Pendleton les mostró su nuevo cinturón:

-¿Verdad que es exótico? Me siento como una bailarina de la danza del vientre o algo por el estilo. Fíjense en esta pieza de artesanía. ¿Cómo es posible que alguien pueda trabajar con unos hilos tan finos? Y vean..., incluso han hecho cuentas minúsculas de plata. Estoy tan contenta de haber venido...

Recorrió, junto con los arqueólogos, el bazar central de Damasco, pasando ante el vendedor de miel y los de alfombrillas para rezos, artículos de cerámica y teteras pintadas con brillantes colores. Caminaba a través de un universo de azulejos y mosaicos, cúpulas y arcadas. ¿Era posible que Inglaterra estuviera en el mismo mundo que aquel lugar?

-¿Son sirios todos estos vendedores? -preguntó. Mrs. Pendleton le contestó con voz entrecortada.

-No, querida. De ningún modo. Estos bazares los componen gentes de todo el Oriente Medio. Sirios, mesopotámicos, mercaderes hausa, turcos, árabes, búlgaros, armenios... Puede oír hablar en una docena de lenguas diferentes, sin llegar a estar nunca segura de cuál es el idioma o el dialecto que escucha.

-Jamás se acostumbrará a ello -le advirtió Mr. Pendleton-. No lo intente.

Jessica le sonrió. Pese al cinismo del que intentaba alardear Mr. Pendleton, ella se había dado cuenta de que, en realidad, disfrutaba hablando con aquella gente, y no le importó lo más mínimo que le hicieran un «dash» de un hermoso aunque inútil incensario de cobre después de haber comprado aquella mañana una bandolera de cuero. Ahora ya llevaba puesta la bandolera, con el incensario colgando de ella, lo que se compaginaba mal con el corraje militar y el atuendo de gurja. Mrs. Pendleton dio una palmadita a su marido al tiempo que le amonestaba.

-No la desalientes. Una o dos lenguas nuevas le vendrán bien.

Luego, volviéndose hacia Jessica le dijo:

-Esta gente recorre todo el Oriente comprando y vendiendo. Damasco, especias, azúcar, limones, objetos de cobre, piezas de artesanía, muselina, ámbar y marfil, joyas confeccionadas con todos los materiales imaginables, como puede comprobar. Y ahora, Jessica, hemos de comprar algunos odres de agua a aquel mercader de allí. No se aleje demasiado..., volvemos en seguida. Ese tipo siempre pide el doble de lo que valen sus odres, y le gusta un buen regateo.

Si hay algo que a una joven americana pudiente, con un padre inglés pudiente, le encante hacer y lo haga bien, es ir de compras. Jessica deambuló por el bazar, aunque no compró otra cosa que el cinturón que llevaba. Le bastaba aspirar los nuevos olores, palpar los tejidos exóticos, imaginarse a sí misma envuelta en aquellas sedas tan leves como la propia bruma, con centelleantes bordes dorados, examinar los cuencos y los vasos de metal, tan densamente pintados representando intrincadas escenas, hasta el punto de que, a primera vista, parecían de porcelana.

Al apartarse de un puesto de frutas para dirigirse hacia un carro cargado de faldas confeccionadas en todos los colores del universo, se dio de manos a boca con un viejo sarmentoso y desdentado que le sonreía con impudicia. Jessica se hizo a un lado para poder seguir su camino; pero el viejo volvió a ponerse delante de ella impidiéndole pasar. Había algo en él, y en la forma en que la miraba, que le resultaba en extremo insultante. No estaba dispuesta a tolerarlo. Se retiró hacia el otro lado y se lo encontró de nuevo obstaculizándole el paso.

-Apártese de mí -le dijo con firmeza. La desdentada sonrisa se hizo más amplia. El hombre no se movió y aunque Jessica le llevaba casi la cabeza, siguió allí inconmovible. No había forma de que pudiera pasar airoso junto a él y no sintiéndose realmente preparada para un enfrentamiento, la joven dio media vuelta. Las faldas podían esperar. Por el momento pasaba sin bordes con volantes.

Se dio cuenta de que el hombrecillo la seguía, más por instinto que porque oyera sus pisadas en el ruidoso bazar. Sabía que estaba allí y se obligó a andar despacio y con precaución. Una especie de instinto le advertía que correr sería peor, ya que revelaría temor y debilidad. Pero el pánico que empezaba a dominarla cesó a la vista de Mr. y Mrs. Pendleton que se dirigían hacia ella con un montón de odres de piel de cabra llenos de agua. Se apresuró a reunirse con ellos.

-Ya veo que conoces a Radik, Jessica -le dijo Mrs. Pendleton a modo de saludo.

Jessica giró en redondo, menos sorprendida al ver que el viejo fósil estaba allí, que por el hecho de que Mrs. Pendleton conociera su nombre.

-Nos han dicho que es un guía de la máxima experiencia -prosiguió Mrs. Pendleton.

El viejo continuó mirándola lascivo con su desdentada sonrisa.

-Yo el mejor -admitió-. Yo hacer los mejores sobornos. Conmigo usted a salvo.

Jessica aspiró hondo, se cuadró de hombros y se volvió para seguir a Mrs. Pendleton, que se dirigía a su caravana.

-Sólo quiero que se mantenga alejado -le dijo.

Como se había vuelto de espaldas, no pudo ver la gran sonrisa de la desdentada boca.

Al atardecer, se encontraba prácticamente rebozada en polvo. El cinturón de centelleante plata blanca sin refinar, se había vuelto opaco. Soportó la larga caminata sin inmutarse, sintiéndose cada vez más contenta por haber acostumbrado y fortalecido su cuerpo con largos paseos y duras cabalgadas. Ahora, le venía de maravillas mientras avanzaba penosamente junto a su camello, una de aquellas desagradables bestias, tan tercas como vacas sin ordeñar. Pero decidió dejar de pensar mientras seguía avanzando con trabajo. Todo lo que Mrs. Pendleton pudiera hacer podía hacerlo también ella. Y le convenía mucho, ya que aquella caminata con la mente en blanco le impedía pensar en su padre y en Charles. Seguramente, ya se habría aplacado su enfado. Acabarían comprendiéndolo. Todavía no estaba segura de lo que necesitaba, de por qué se sentía impulsada a actuar por sí misma, ni siquiera de lo que esperaba encontrar o sentir. Lo único que sabía era que a Charles le hacía falta una esposa que supiera arreglárselas sola en este mundo violento y que su padre tenía que saber que su hija era capaz de afrontar el cambio de culturas. Bien, de acuerdo. Acaso estuviera intentando disimular su preocupación por los dos hombres de su vida; pero estaba convencida de que ellos no tenían lo que en ese momento necesitaba. Acaso lo tuvieran los Pendleton. De lo que estaba segura era de que se sentía desbordadamente viva, como si se hallara al borde de algo desconocido y emocionante. Incluso sus doloridos músculos se estremecían de anhelo mientras seguía avanzando terca junto a su camello.

-Missy..., missy..., ¿quiere agua?

Radik. Jessica sintió que se le ponía carne de gallina.

-Esperaré al pozo -le contestó por encima del hombro.

-¿Por qué no monta? -le preguntó el viejo, y Jessica sabía que se estaba burlando de ella.

-No quiero cansar al animal -repuso con sequedad. Radik se le plantó delante riendo de su ridiculez.

-¿Y qué la cansa a usted? -le preguntó con aspereza.

Jessica lo esquivó y siguió avanzando hacia el horizonte. Caminaron durante toda la noche. Es más lógico viajar por el desierto de noche que bajo el abrasador sol del mediodía. Cuando por detrás de las lejanas montañas orientales apuntaba el alba rosa y amarilla, el equipo de arqueólogos, su joven invitada americana y el único hombre que llevaban contratado, empezaron a montar el campamento. Jessica observaba con una mezcla de curiosidad, admiración y repugnancia cómo Mrs. Pendleton acaricaba el cuello del estúpido camello.

-Vamos, vamos, pequeño. Deja que la bajemos.

El inmenso animal se dejó caer gruñendo.

Jessica movió la cabeza. Camellos. Por mucho que los adornaran con cuentas y borlas y los cubrieran con bonitas alfombras, seguirían pareciéndole estúpidos.

Se detuvo un momento a contemplar el sereno desierto, aquella gran extensión de belleza estéril. La pálida luminosidad del sol naciente, que no parecía anunciar en modo alguno la luz cegadora y abrumante que luego vendría, coloreaba el desierto con un místico tono ámbar. Dormiría bien. Hoy se sentía satisfecha. Hoy...

Miró a lo lejos con los ojos entornados. ¿Era aquello una nube de polvo? Sí; pero se movía con excesiva rapidez para deberse a un fenómeno natural. Y se dirigía hacia el campamento. Esperó hasta que empezó a adquirir forma. Hombres, caballos a todo galope. Al parecer, Mrs. Pendleton había pasado en el desierto demasiados años para no darse cuenta de algo antes de que se lo comunicaran. Surgió junto a Jessica observando cómo la nube tomaba forma.

-¿Qué es? -preguntó la joven.

-Nada de que alarmarse. Estoy segura -dijo la arqueóloga; pero sólo un niño hubiera dejado de observar su tono de preocupación-. Estamos completamente seguros. -Al parecer consideraba a Jessica como a una niña-. Radik ha pagado todos los sobornos necesarios... Así y todo, no estaría de más consultarle.

Dicho lo cual se alejó. Jessica siguió observando cómo se acercaban los jinetes. Detrás de ella, surgió la confusión en el campamento. Miró en derredor suyo y vio a Mrs. Pendleton que iba de tienda en tienda.

-¿Pasa algo, Mrs. Pendleton? -le preguntó.

La redonda cara de la mujer tenía un tono ceniciento a la luz del alba.

-Ha desaparecido... Se ha esfumado. No lo entiendo.

A Jessica se le encogió el corazón. Vio acercarse a los jinetes. Ya no cabía la duda, se trataba de una banda de merodeadores beduinos cabalgando *djerid*. Un instante después, convirtiendo su pánico en acción, corrió a través del campamento hasta donde se encontraba su camello. Empezó a rebuscar entre los suministros hasta encontrar los utensilios para comer entre los que había un cuchillo bien afilado, seguramente para cortar la cecina que había de ser el principal alimento durante aquella aventura. Así armada, permaneció en pie. Luego, al volverse, se quedó de piedra.

En el centro del campamento, se alzaba de manos un esbelto caballo blanco del desierto con bridas coral y plata, cubierto con unas telas a rayas. Un hombre inquietante montaba aquel agreste ramalazo de viento, configurando una estampa de violencia y elegancia. Vestía las túnicas azules, tradicionales de los beduinos; pero ni siquiera aquella envoltura podía ocultar su imagen desconcertante; el espumeante caballo se alzaba y encabritaba sin que por ello se alterara la postura del jinete mientras miraba fijamente a... Jessica.

El campamento era un hervidero alrededor suyo. Gente, camellos, beduinos, caballos y pánico. Él era una roca entre las brumas.

Jessica se quedó petrificada. Sentía el cuchillo en la mano, oculto entre los pliegues de la falda. Con un destello de triunfo en la mirada, el jinete beduino levantó en alto las adornadas riendas y apretó con las rodillas los hombros del caballo. El animal se lanzó adelante en dirección a Jessica.

Saliendo del trance, ella se echó hacia la izquierda, tratando de alcanzar un hueco que había entre dos tiendas.

Sintió estremecerse la tierra al ver que el caballo galopaba detrás. Una gran forma azul pasó por su lado, a través de la tienda que estaba a su derecha, la cual se hundió formando un montón de lona. Jessica se escurrió por debajo y, dando media vuelta, tomó otra dirección. Oyó

el relincho del caballo al ser obligado por el jinete para que girase. Entonces, Jessica comprendió la horrible realidad. La perseguía a ella.

Volieron a sonar los cascos sobre la tierra. Jessica corrió.

Una fuerza le cortó la respiración al ceñirla por la cintura. Sintió que sus pies abandonaban el suelo y percibió olores a sudor y espumarajos. Ahora, sólo veía cascos. La habían capturado.

Intentó pensar con lucidez. Cogiendo el cuchillo con ambas manos, se revolvió pese a la fuerza férrea que la atenazaba, empuñándolo hacia arriba. El jinete se estremeció. Le cayó la sangre por la cara, empapando el tejido que le cubría la boca. El caballo pareció sentir el cambio de peso y corrió aún más veloz. Desapareció el campamento y ante ellos se extendió la inmensidad del desierto.

La moral de Jessica se derrumbó. Sentía el corazón como una bola dura y palpitante dentro del pecho, demasiado destrozado para mantenerla viva. No había conseguido que el jinete la soltara. Aún la tenía aferrada. Y ella jamás podría llegar a liberarse de tan brutal sujeción. Se dio cuenta de que el cuchillo había desaparecido. ¿Se lo había hecho tirar él? Sí, ahora lo recordaba. Sólo le quedaban, pues, los puños; y los tenía atenazados con firmeza por lo que, al parecer, era una pierna de su secuestrador.

Jessica se sintió perdida entre tantos pliegues de tela. Pero, incluso por debajo del tejido, sintió la fuerza de músculos y huesos. Se había apoderado de ella. Y no iba a soltarla. Lo único que podía hacer era aferrarse al furioso caballo y pensar en cómo escapar.

Los demás jinetes beduinos arrasaron las tiendas del campamento, a fin de impedir todo intento de persecución. Una advertencia cortés, como quien dice. Cuando el alto jinete del blanco caballo árabe se alejó con Jessica bien asegurada a la grupa, los asaltantes lanzaron alaridos de triunfo y se alejaron veloces, levantando nubes de polvo.

Mrs. Pendleton quedó en pie junto al precipicio donde habían levantado el campamento, viendo impotente cómo Jessica y sus raptos desaparecían en el horizonte.

-Jessica...

4

La tienda tenía el olor de los cigarros puros de su padre entremezclado con los extraños aromas del bazar. El cuerpo de Jessica se hallaba dolorido por la larga cabalgada a todo galope. Sólo un caballo del desierto era capaz de soportarlo. Reconocía sin bachorno que, desde luego, ella no. Al menos, todavía. Intentó olvidar lo humillante que había sido el que hubiese estado tan desfallecida que su aprehensor hubiera tenido que llevarla hasta la tienda. Pero ahora ya se le había despejado la cabeza. Retornó, sobresaltada, a la realidad al dejarla caer él sobre aquel montón de cojines. Lo miró con fijeza a los ojos negros como el carbón al inclinarse peligrosamente sobre ella, una cercanía mucho más peligrosa que la de la cabalgada que realizaron juntos. Intentó hacerse fuerte. Sabía que había llegado el momento.

Iba a violarla. A un salvaje del desierto no se le ocurriría hacer otra cosa con una mujer blanca. Ella lo sabía. Se estuvo preparando para ello desde el momento en que comprendió que no podría escapar de él. Tendría de soportarlo. Acabar con ello y sobrevivir.

La miró con fiereza. La herida había dejado de manar; pero tenía la mejilla izquierda cubierta de sangre seca. Jessica respiró con fuerza, oliendo el sudor que despedía el grueso ropaje de él. Los ojos que la miraban parpadearon. El beduino se apartó de ella.

Jessica se vino abajo. ¿Se retiraba? Aquello resultaba todavía más aterrador que la idea de que la violara. Significaba que estaba maquinando alguna otra cosa. Y como ignoraba lo que era, no podía prepararse.

Jessica intentó incorporarse entre el muelle montón de cojines. Él se encontraba ahora al otro lado de la tienda, lavándose la sangre de la cara, humedeciendo una tela dorada en una tetera de cobre y utilizando el agua con cautela, costumbre habitual en el desierto. Charles le había hablado de ello, de que la gente que había crecido en el desierto jamás llegaba a acostumbrarse a gastar agua en abundancia, ni siquiera después de vivir en Inglaterra durante años.

Jessica trató de serenarse, admitiendo el hecho de que, al menos por el momento, se encontraba a salvo. Se puso en pie, intentando dominar sus temblorosas piernas para que se pusieran en movimiento y se acercó a él, aunque no demasiado.

-¿Qué... va... a hacer... conmigo? -preguntó acompañando sus palabras con gestos.

El hombre se quedó mirándola y luego siguió lavándose la cara, pasando el paño alrededor de la boca. No dijo ni una palabra.

-*Nahnu malihin* -probó ella-. *Nahnu malihin*.

Nada. Ni siquiera un parpadeo. Jessica entornó los ojos.

-*Nahnu malihin*. He dicho *nahnu malihin*.

El hombre, una vez se hubo secado la cara se enderezó, mientras se quitaba los últimos rastros de polvo y sangre. Era de una belleza sombría; con un estilo exótico muy viril, salvaje como el caballo que montaba. Jessica le odiaba por todo ello. Su aborrecimiento fue mayor aún al oírle decir:

-Lo siento. Mi árabe está algo enmohecido.

Ella retrocedió desconcertada.

-¿Cómo se atreve a ponerme en ridículo?

Tarik inició un movimiento hacia la joven, imitando lo mejor que pudo a una cobra en acecho.

-El orgullo es lo que menos debe preocuparle, créame. Verá; en primer lugar, no soy beduino. Y además, tampoco soy muy caballeroso. Téngalo siempre presente, y le recomiendo que haga con toda exactitud cuanto yo le diga.

Cogió un montón de ropas beduinas y comenzó a ejercer su advertencia ordenándole:

-Póngase esto. Partimos dentro de una hora.

Le arrojó la vestimenta en los brazos; pero ella la dejó caer sobre la alfombra que les separaba. Se quedó mirándole con rencoroso desafío.

Tarik recogió paciente las prendas y se acercó peligrosamente a la muchacha.

-Puede elegir entre ponerse esta ropa o que se la ponga yo.

Y desde luego lo haría. Se veía en su expresión. Tenía ante sí a un hombre a quien el decoro no le importaba lo más mínimo. Utilizaría contra ella su buena crianza, y Jessica sabía que podía convertirse en un arma formidable. Lo mejor sería no darle la oportunidad. Le quitó las prendas de los brazos.

-Eso le gustaría; pero no pienso hacer nada que le satisfaga -le dijo.

Pareció satisfecho con aquella primera victoria.

-Ya lo supuse -murmuró.

Luego, la dejó sola cavilando sobre lo que había querido decir. Diez minutos después, se abrió la tienda y apareció Jessica vistiendo la indumentaria azul, con capucha, tradicional en los beduinos. Sobre sus hombros, flotaba una capa blanca. La intención era evidente. Si alguien la buscaba, como estaba segura de que estaban haciendo, tratarían sin duda de localizar a una mujer con indumentaria inglesa, y no vestida a la manera beduina. Al cabo de unos días, tendría la cara bronceada, y sería un miembro más de la tribu.

Los brillantes destellos del sol la hicieron parpadear y se quedó mirando a las dos figuras que tenía delante y que habían sido sorprendidas en su conspiración. Allí, ante ella, estaba el hombre que la había secuestrado entregando una bolsa de monedas al maldito de Radik. Ya todo estaba claro.

-De manera que fuiste tú -le acusó Jessica, acercándose a ellos con audacia-. Cometiste una equivocación, Radik. Mi padre te hubiera pagado más.

Radik la humilló de nuevo con una de aquellas sarcásticas risas que estremecían su boca insolente y desdentada, y se alejó renqueando. Se acercaron otros dos árabes para conducirla junto a un par de caballos árabes enjaezados con gran riqueza... Uno era el blanco corcel del jinete que la había capturado, al que acompañaban una airosa yegua baya. Radik, volviéndose gritó a su secuestrador:

-El pelo rubio trae mala suerte, amigo mío. Cuidate de ésta.

Jessica rió despreciativa, mientras Radik desaparecía entre el eco de sus carcajadas. Su secuestrador se le acercó y le preguntó con calma:

-¿Sabe montar?

-Lo suficiente.

De haber pensado con rapidez, lo hubiera negado.

-Entonces, la baya es suya.

Uno de los árabes le estaba atando las muñecas con una áspera cuerda. Una vez que hubo terminado, Jessica alzó las manos ante la mirada del hombre que había preparado aquella excursión para ella.

-No hay motivo para eso. ¿Por qué habría de intentar escapar? No sabría cómo sobrevivir en el desierto. Ignoro dónde se encuentran los pozos... Ni siquiera sé qué dirección tomar para llegar a una ciudad. Sin usted, es seguro que moriría.

Él la miró a los ojos sin inmutarse, y Jessica pudo adivinar sus pensamientos. Sólo la creía a medias por auténticas que fueran sus palabras. Una leve sonrisa alzó la comisura de su boca.

Estaba por ver si aceptaría o no su lógico razonamiento. La muchacha esperó conteniendo el aliento.

Con ademán inesperado, sacó una daga curva. La cuerda cayó a los pies de la prisionera.

Ella tragó con dificultad.

-Gracias.

Con actitud sumisa, montó la yegua, saludando con la cabeza a su secuestrador, que permanecía en pie, con expresión de suficiencia. Mala suerte. Despertó en ella la curiosidad. Le hubiera gustado llegar a conocerle mejor... en circunstancias muy diferentes.

Con un grito salvaje, espoleó violentamente a su caballo. El animal reaccionó sobresaltado, lanzándose a galope tendido. Las túnicas árabes desfilaron en confuso borrón junto a Jessica que se reclinó sobre la cruz del animal acercando su cabeza a la yegua. La capa blanca flotaba detrás de ella. Jessica ajustó las piernas a la montura y se dispuso a cabalgar como jamás lo hiciera en su vida. Conocía bien las llanas arenas de Florida o el ondulado verdor de Inglaterra; pero las dunas que se alzaban y descendían delante de ella eran una cosa muy diferente. No se trataba de algo que un jinete pudiera conocer sobre la marcha. Tendría que confiar en el caballo. No intentó en modo alguno dirigir a la yegua mientras dunas y valles se alzaban y hundían bajo los cascos del animal. El ascenso de cada duna era una auténtica lucha. Jessica sintió la tensión en el cuerpo del caballo; pero el animal trasladó con habilidad el peso de ella hacia sus cuartos traseros, bajando la cabeza en busca del equilibrio frente a las móviles arenas. Cada cima era como caer por una cascada. La muchacha se aferró a las bridas, pensando en lo que estaba por venir, y negándose a imaginar que volvieran a capturarla. La cabalgada era agotadora. Todo sucedió dentro de un ángulo. La yegua casi hubo de sentarse para poder deslizarse por la empinada duna sin caer hacia delante. Jessica hubo de mantenerse erguida en los estribos a fin de evitar que su propio peso hiciera perder el equilibrio a la yegua. Jamás hubo de luchar con tal denuedo por mantenerse en la montura.

Pero era libre. Libre. Las dunas se iban haciendo más anchas y empinadas. Concentró todos sus esfuerzos en aprender a cabalgar de esa forma, en mejorar la actuación de su caballo con cada subida y cada bajada. Cuando empezaba a lograrlo, surgió a su lado un remolino de arena y ropajes. Al volver la cabeza para indagar su origen, recibió en pleno rostro un montón de arena levantada por los cascos del ya familiar caballo blanco. Y la cara de aquel hombre de impresionantes ojos, se mantenía firme junto a la suya. La mano de él se abalanzó.

Jessica golpeó antes de que pudiera hacerse con sus riendas, acertando a darle sobre el corte de la cara. El jinete lanzó un grito de dolor y perdió terreno. Impulsó con más fuerza todavía a la yegua. Pero ahora ya sabía Jessica por qué se la había dado él. Desde luego era un hermoso animal; pero el caballo blanco era más rápido, y el hombre pronto volvió a alcanzarlas. Esta vez soltó sus propias riendas y la aferró por la cintura con ambos brazos. A semejante velocidad, nada podía hacer Jessica para librarse de aquella sujeción férrea y mantenerse al mismo tiempo en su caballo. El instinto la obligó a alejarse. Se vio traicionada por la gravedad y la fuerza centrífuga.

Cayó del otro lado de su caballo arrastrando consigo a su secuestrador. Entre un remolino de ropajes beduinos, rodaron por una escarpada hendedura, recalaron en la arena y cayeron a trompicones hasta el pie de la duna.

Jessica escuchó el sonido de su propio jadeo y se dio cuenta de que había estado actuando con más dureza y luchando con más denuedo de lo que nunca se creyera capaz. Sintió el tacto eléctrico de su raptor al agarrarla con fuerza, y también sus ojos. Masticó arena. Parpadeó para quitársela de los ojos y se encontró de frente con la cara de él. ¿Se estaba divirtiendo? Acaso su furia era auténtica.

-Ha hecho una tontería -gruñó atrayéndola hacia sí a modo de castigo-. Y ahora me ha hecho cometer a mí otra. Así que estamos en paz.

Apartándola de un empujón se puso en pie. Sacó una cuerda de la manga. Era evidente que había esperado necesitarla. Volvió a atarle las manos, disfrutando al dar a la cuerda una vuelta adicional, haciendo luego un nudo semejante al que le enseñaron los marineros en el barco.

Ella permaneció con las manos atadas durante todo el largo día de viaje. A diferencia de los arqueólogos, a aquel hombre y a sus secuaces no les importaba en absoluto viajar bajo el abrasador sol del desierto. Jessica pronto se sintió amodorrada y acalorada, dándose cuenta de que se apoderaba de ella la debilidad a causa del monótono caminar del caballo y la luz cegadora. La cuerda le laceraba las muñecas. Se negó a manifestar el dolor que sentía, el cual acabó embotando sus sentidos. Todo cuanto podía hacer era seguir el ritmo de la yegua, en lugar de luchar contra ella, y soportar la tortura. Por el movimiento del sol, supuso que se dirigían hacia el Norte; pero al cabo de tantas horas perdió el sentido de la dirección, después de dar vueltas y revueltas a través de dunas interminables y riscos yermos. Dejó caer la cabeza, se le cerraron los ojos y se desplomó sobre la silla insensible al tiempo que pasaba.

Al cabo de lo que le pareció un siglo, los brazos frescos de la noche del desierto le rodearon los hombros y la ayudaron a deslizarse del caballo. Bajo sus pies, la tierra parecía extraña, enemiga; pero el cambio de posición la despabiló, parpadeó y abrió los ojos. Sintió en los labios algo con agua y bebió con avidez hasta que se lo retiraron.

-Si bebiera demasiada, se pondría enferma -dijo la voz de él. Ella sabía que era su voz, la reconocía con toda claridad entre las demás voces que parlotaban alrededor de ella.

-¿También me pondría enferma con la comida? -contraatacó. Sin embargo, estaba menos interesada en comer que en evitar cualquier esfuerzo por andar. Tal como sentía las rodillas y las caderas estaba segura de que se caería de bruces si tratara de ponerse en movimiento. Pero jamás permitiría que él se diera cuenta.

-¿Acaso tiene nombre? -preguntó con deliberado tono condescendiente.

-No necesita conocer mi nombre -repuso él sin embages.

-Afloje al menos esta cuerda. Mis muñecas están desolladas.

Él le miró los ensangrentados brazos y aspiró con fuerza.

-No tenía idea. Se la quitará en seguida, naturalmente...

-Gracias.

-Pero la ataremos con muselina -añadió con tono firme. Jessica le miró agresiva.

-Gracias -repitió reticente.

-No hay de qué darlas. He de proteger mi inversión.

-Se refiere a mí, claro.

-Me refiero a usted.

Una hora después, Jessica se encontraba mordiendo sin la menor delicadeza un trozo de carne seca, conservada a base de fuertes especias que hacían arder sus labios y encías. Se obligó a tragar lo más posible, pues sabía que en el desierto los alimentos eran escasos y necesitaba de todas sus fuerzas cuando se presentara el momento de poder escapar. Ante ella crepitaba una hoguera beduina. Al otro lado se encontraba sentado el hombre que había dicho no ser beduino.

-No habrá enviado una nota de rescate, ¿verdad? -le preguntó Jessica.

Emitía con dificultad las palabras a causa de sus labios tumefactos. Tenía la impresión de que su lengua era dos veces su tamaño normal y además sentía en ella un cosquilleo. El hombre se limitó a atizar el fuego sin decir nada. Al cabo de un rato, la joven llegó a la conclusión de que aquello se debía a que ella ya conocía la respuesta. Era posible que la secuestraran para pedir un rescate; pero jamás se hubieran molestado en llevarla tan lejos. El paisaje había cambiado de forma drástica. Se encontraban en un lugar muy distante.

-Me está llevando lejos de Damasco, ¿verdad?

El hombre seguía mudo. Jessica dio otro bocado a la carne roja y fuerte.

-Tal vez carezca de un plan establecido -sugirió-. Acaso esté actuando de acuerdo con las circunstancias.

El hombre la miró impasible.

-¿Le ha dicho alguien que su conversación es fascinante? -le preguntó ella-. Me sorprende. Siempre había pensado que los Jóvenes Turcos eran más bien intelectuales.

Aquello atrajo su atención con su suposición. Todo parecía estar claro.

-¿Qué sabe de los Jóvenes Turcos? -le preguntó.

-Sé que quieren derrocar al sultán Hasán.

-Lo que quieren es que el Imperio otomano entre en el siglo XX -contestó él a la defensiva.

Jessica se enderezó y su mirada le revelaba con toda claridad que se había descubierto y que ella estaba disfrutando.

-Así que usted es uno de ellos. Un revolucionario.

Él se recostó de nuevo en su cojín.

-Jamás he dicho semejante cosa.

-No es necesario.

El hombre ocultó su enfado tras una cerilla que acercó a la punta de un cigarrillo tuareg enrollado a mano.

-No tengo la menor intención de discutir mis ideas políticas con usted.

-¿Por qué no? -le provocó-. Evidentemente yo soy víctima de ellas.

-Porque la mayoría de los europeos no comprenden nuestra complicada herencia. Estamos formados por docenas de nacionalidades que se entremezclan constantemente. Somos judíos,

musulmanes, cristianos, estadistas, hombres de las tribus, mercaderes..., apenas existe límite para tantas diferencias. Nuestro imperio no es sólo un país o un pueblo. Es la cualidad de una idea. Y ello significa que no tenemos por qué enconarnos con la plaga de nacionalismos que invade Europa.

Jessica rebuscó en su agotadamente, intentando recordar lo que Charles le contara sobre aquella gente.

-Pero aquí también existe el nacionalismo -alegó-, incluso entre los revolucionarios. «Ante todo turcos.» ¿No es así?

Incómodo, cruzó las piernas al tiempo que hacía un gesto casi de asentimiento.

-Hay algunos que piensan así. Pero están equivocados.

Muy bien, un punto flaco. Estupendo. Cuanto Jessica necesitaba era hurgar en él.

-Si forma parte de los Jóvenes Turcos, está ligado a ellos, y esto le plantea un dilema ético. ¿Es cierto?

-Sí, pero después... ¿Qué sabe usted de dilemas éticos?

-Sé que pueden ser injustos. Usted, al menos, sabe cuál es su dilema. El mío se me escapa.

Se suavizó la mirada de los ojos negros, incluso bajo la dura luz amarilla anaranjada del fuego de campamento. El cielo se oscureció un poco antes de que él volviera a hablar.

-Vaya a dormir, Jessica.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila.

Quedó atónita. Pensar que admitiera su identidad, que pensara en ella como una persona, la sobrecogió y se sintió conmovida por la ternura de su voz. ¿Era así como un secuestrador pronunciaba el nombre de su prisionera? Si al menos pudiera leer el mensaje que se escondía en aquel momento detrás de su mirada, un mensaje ensombrecido por el humo de la fogata de campamento y la inexplicable tristeza que viera en él. No le estaba diciendo nada, pero le hubiera agradado poder decírselo. Eso estaba claro. Jessica sabía reconocer el pesar cuando lo veía, cuando lo escuchaba... y lo había oído en la suavidad con la que los labios de él dijeron su nombre. Se prometió a sí misma:

Lo descubriré. Antes de que esto haya terminado, sabré lo que siente cuando pronuncia mi nombre... Porque él me lo dirá.

Vio a su secuestrador tumbarse encogido, dándole la espalda. Lo miró durante largo tiempo. Cuando por fin el sueño rozó con sus suaves dedos a Jessica, haciéndola caer sobre la arena, su promesa se había convertido en un verdadero voto.

Un día después la libraron por completo de las ligaduras. Y Jessica supo con absoluta certeza que cualquier intento de huida significaría una muerte prolongada, espantosa, en el polvoriento desierto. El hombre que ahora andaba junto a ella mientras conducían sus caballos a través de los yermos parajes también lo sabía. Se detuvieron en un oasis de baobabs, bajo el sol ardiente de la tarde. Tarik apenas se reconocía a sí mismo.

Sacó agua de un minúsculo estanque bajo el grupo de árboles e hizo caso omiso de todos sus principios al acercar la taza a los resecaos labios de Jessica. Su gesto revelaba la pena de tener que hacerle aquello. Ella le había hablado del dilema ético. Apretó los labios hasta formar una

línea recta e intentó olvidar que Jessica era una persona inteligente y valerosa. Trató de pensar en su valor como elemento de negociación. Se acordó de Salim y de los demás. Una a cambio de veinte. Tenía que pensar en eso.

Sentía crecer en él la furia frente a las tradiciones primitivas de negociación que le obligaba a hacer tal cosa a una mujer civilizada. Jessica no había llorado ni una sola vez. Nada de lamentos. Ni siquiera una queja. Sería la víctima de aquellos modos y maneras patéticos, anticuados, que él mismo estaba intentando desterrar. Y en cambio, no sólo estaba permitiendo que le sucediera a ella, sino que incluso él mismo los estaba perpetuando con sus propias manos.

-¿Era cuanto se sentía capaz de devolver a la civilizada cultura europea que le había educado? ¿Acaso sólo podía escupirle a la cara condenando a esta valiente joven a los imperdonables sistemas de su cultura? Por el momento, no había más que una respuesta. Él la conocía. Y la detestaba.

Tarik intentó no mirar la enrojecida cara y los ojos azules. No obstante, la miró.

La voz de la prisionera le hizo estremecerse.

-Necesito saber qué va a pasarme -manifestó-. No le tengo miedo a usted; pero... sí temo lo que vaya a hacer conmigo. Me hace falta saberlo. Necesito prepararme.

Hizo una pausa intentando dominarse y formuló la pregunta más dura de todas:

-¿Volveré a ver alguna vez a mi padre?

Tarik sintió que se le paralizaba el corazón. Pensó en Salim..., en todos los que dependían de él, y se redobló el pesar de la separación. Sólo se consolaba diciéndose que el padre de aquella joven no estaba en peligro; pero desde luego sus amigos lo estaban con toda seguridad.

Se quedó mirándola con los labios apretados. Su silencio equivalía a una respuesta. Jessica no pudo reprimir el llanto. Tarik lo vio y hubo de alejarse.

Charles se sentía más limpio; pero no mejor, sino al contrario, mucho peor. A su derecha, en el diván, Arthur Grey parecía haber envejecido diez años. Frente a él, se encontraba sentada Lady Ashley, desempeñando el papel de anhelada ancla de salvación en medio de aquel vórtice, mientras Mrs. Pendleton sostenía en la mano una taza de té frío del que no había tomado ni un sorbo. El fino cabello de la arqueóloga parecía aún más alborotado que la última vez que Charles la viera. Tenía la mirada apagada, sin brillo.

-Nos soltaron después de que pagáramos un pequeño rescate -les explicó Mrs. Pendleton tras haberles comunicado que los beduinos derribaron su campamento y luego se fueron igual que un enjambre; volviendo a la mañana siguiente para llevarse la comida y el agua, obligándoles de ese modo a regresar a Damasco.

-Pero no quisieron decirnos nada de Jessica.

-¿Y no han vuelto a verla? -preguntó Charles con aspereza. Todos se sintieron muy abatidos cuando la dama hizo un gesto negativo con la cabeza.

-Me siento terriblemente responsable. Lo lamento..., lo lamento de todo corazón.

Lady Ashley aprovechó aquel momento de silencio para escanciar brandy en las copas, dándose cuenta de que los dos hombres necesitarían bebidas fuertes que les ayudasen a superar aquel momento de desolación.

-Les respeto a ustedes demasiado para mentirles. Estoy muy preocupada, porque esto no encaja con ninguna norma establecida. No puedo explicarme lo ocurrido a Jessica, pero temo que se encuentre muy lejos de nosotros y en gran peligro.

Arthur se derrumbó visiblemente. Charles intentó dominar la situación diciendo algo...

-He intentado recabar ayuda a las autoridades, aquí en Damasco; pero no están dispuestos a facilitar ningún tipo de ayuda.

Lady Ashley, al tiempo que le alargaba su brandy, esperó a que él levantara la mirada, hasta que pudiera encontrarse con la suya.

-Mucho me temo que llegue a descubrir que ésa es la regla y no la excepción. Aquí las autoridades no sirven de nada; pero tiene algo en su favor.

Charles se irguió.

-¿Qué es? Dígamelo.

-Algo muy sencillo. En el Imperio otomano no existe nada que no pueda comprarse. Como tampoco secreto alguno que no pueda venderse.

Nada más se dijo. Pero Arthur y Charles comprendieron perfectamente el significado de las palabras de Lady Ashley, las cuales despertaron en sus corazones una gran esperanza por la joven a la que ambos tanto querían. Arthur, tras una rápida despedida de Lady Ashley y de la desolada Mrs. Pendleton, arrastró a Charles de nuevo al hotel. Sin detenerse, abrió un cajón y violó una confianza tan antigua como el propio amor. Frente a la puesta de sol, roja como la sangre, que entraba por la ventana, abrió un cofre, del tamaño de una hogaza de pan, y mostró a Charles su contenido.

-Jessica pensaba que era muy anticuado -le dijo-. Pero esto había de ser su dote. Naturalmente, la mayor parte de las joyas pertenecieron a su madre.

-Hay una verdadera fortuna -dijo Charles asombrado y maravillado ante aquella mezcolanza de tesoros: gargantillas de rubíes, zafiros engarzados en platino y oro, un broche cuajado de brillantes, con una esmeralda tallada en el centro... e infinidad de collares de perlas.

-Hay suficiente para comprar a todos los espías del Imperio.

Venciendo cualquier vacilación, Charles tomó posesión del cofre, despacio y con cuidado.

-Si eso es lo que hay que hacer, lo haremos -murmuró. Luego, añadió con voz más potente, ahora que tenía en las manos la salvación de Jessica:

-La encontraremos. Lo prometo.

Hubo un tiempo en que se llamó Bizancio. En épocas ya lejanas, palpó en derredor suyo un vasto imperio. Por toda la ciudad se alzaban las cúpulas y las puntiagudas arcadas de su pasado esplendor; los edificios construidos con inapreciables azulejos e inscripciones rúnicas grabadas; kilómetros y kilómetros de mosaicos, alminares, frisos y motivos orientales. Y, por encima del edificio más alto, se alzaba la Gran Mezquita de Solimán el Magnífico, con sus torres en forma de agujas; y otras semejantes a nabos; nichos de oración, *mihrabs*... apuntando todos hacia La Meca; recordando a cuantos pasaban por allí, que aquél era el centro de la Tierra, donde las culturas se aunaban; donde el mar Negro se encontraba con el mar de Mármara; donde la Humanidad alcanzaba toda su grandeza.

En siglos pasados, acudía allí todo el mundo para comerciar y comprar, para contemplar deslumbrados los espléndidos mosaicos y arcadas y para palpar la maravilla de un antiguo imperio capaz de fusionar a un enjambre de tribus nómadas dándoles la identidad de un solo pueblo. Allí estaba el foco del ansia de poder otomana. E incluso cuando los destellos ya se extinguían, perduraba la belleza.

Dominando el estrecho del Bósforo, entre el mar Negro y el de Mármara, se alzaba un inmenso palacio, lo bastante esplendoroso para hacer perder la cabeza el propio Solimán.

Dentro de los grandes muros con espirales, entre esos mismos muros y el propio palacio, existía una auténtica floresta de jardines exóticos. A un lado, había una pajarera, dentro de un enrejado, casi tan grande como un palacio. Tras el siguiente muro, un domador hacía chasquear un látigo ante un desafiante tigre de Bengala, adquirido en la India a un alto precio. El tigre se mostraba acobardado por los chillidos de los papagayos que estaban en el aviario.

Fuera de la jaula, por un sendero de madreperla, caminaba un hombre solitario, que contemplaba impasible al tigre y a su domador. Vestía una sencilla levita y se tocaba con un fez que sólo se diferenciaba de los demás de palacio por un broche de diamantes que sujetaba una pluma de garceta. Aunque había pasado ya de los cincuenta, los años le daban una pátina de tristeza en lugar de la marchitez de la edad, y no había olvidado la juventud. Su rostro era regio y se mostraba hastiado. El tigre se quedó mirándolo. El domador empezó a sudar y chasqueó el látigo con más fuerza; pero el tigre se negaba a moverse y seguía mirando fijamente al observador, como si estuviera reconociendo en él a uno de su misma índole.

El observador cruzó las manos a la espalda, saludó al domador con un movimiento de cabeza y siguió su camino. Pasó a través de puertas arqueadas, sobre suelos entarimados e inapreciables alfombras y tapices de Esmirna y Persia, que los artesanos habían pasado décadas tejiendo. Sillas tapizadas de damasco rojo destacaban contra las paredes recubiertas de mosaicos que representaban escenas al pastel, dando la impresión de un forcejeo entre Oriente y Occidente. El sultán Hasán tuvo la sensación de que el Mundo Nuevo se le venía encima, mientras atravesaba el gran salón de recepción, entre filas de hombres que esperaban que les concediera audiencia: los moderados cortesanos encabezados por el Gran Visir, consejeros de su gabinete oficioso, reaccinarios al frente de los cuales se encontraba el astrólogo de la Corte y el gran eunuco negro Agha, que era el Kishlar, el jefe de los eunucos y vigilante del harén imperial. Detrás de ellos, se arremolinaban un auténtico circo de payasos,

juglares y derviches, practicando cada uno de ellos sus habilidades..., pantomimas, malabarismos o piruetas.

Con un suspiro de cansancio, Hasán se reclinó en el diván e indicó que se acercara a Murat, que era la cara con grandes mostachos que eligiera entre toda aquella cohorte de asistentes.

Murat se adelantó incómodo y, antes de hablar, hizo un ceremonioso *salaam*.

-Hemos estado sugiriendo a los prisioneros que nos revelaran el nombre de su líder.

Tanto Murat como el sultán pensaban que los chillidos de los papagayos así como los demás ruidos, contribuían a apagar otro tipo de ruidos: los alaridos que llegaban de las cámaras de tortura del palacio.

-¿Y qué? -quiso saber Hasán.

-Los prisioneros han confirmado nuestras sospechas. El grupo de jóvenes rebeldes que está detrás de los diversos disturbios que tienen lugar en el Imperio, es el mismo que ha impulsado la incursión de los beduinos contra el tren, en Siria.

-¿Y qué ayuda puede representar esa información para el Ejército en su tarea de solucionar el problema, teniendo en cuenta los escasos resultados positivos en su lucha contra los rebeldes?- siguió preguntando el sultán.

Era a todas luces evidente la pulla. Murat respiró hondo y siguió diciendo.

-Esta mañana, uno de los hombres decidió compartir el nombre con nosotros. El líder de los revolucionarios es Tarik Pasha. Él fue quien encabezó la incursión en Damasco.

-Muy bien. Y ese Pasha, ¿se encuentra entre los prisioneros?

-No, Majestad Imperial. Suponemos que escapó durante la última batalla -dijo Murat estremeciéndose, muy a su pesar.

-Todo el ejército del Imperio sólo es capaz de capturar a veinte prisioneros -dijo con calma Hasán-. Y entre ellos ni siquiera se encuentra el líder. Acaso el problema no resida en los revolucionarios sino en el propio Ejército.

-Con todo el respeto, Majestad -se atrevió a manifestar Murat-, hay que decir que los ejércitos luchan mejor cuando se les paga.

El sultán Hasán alzó el brazo con la mirada centelleante.

-Resulta difícil controlar a un grupo que va de un lugar a otro disfrazado... -se apresuró a añadir Murat, optando por cambiar de conversación-. Un grupo que es impredecible, que no opera al estilo militar.

El Gran Consejero Bey dio un paso adelante al comprender que se había presentado una oportunidad digna de ser aprovechada.

-Con todos los respetos, no creo que la solución a este problema sea de carácter militar.

-¿Y cuál sugeriría?

-Tal vez si se diera a los rebeldes una oportunidad para hablar...

El soberano estudió a Bey con sus ojos que parecían de hematites.

El Kislár dio un paso adelante; pero sólo uno.

-Acaso a Vuestra Majestad Imperial le interese lo que tienen que decir.

El sultán Hasán lo miró con dureza.

-¿Y qué sabes tú lo que a mí me interesa?

El Kislár quedó mudo. Toda la corte conoció su humillación.

-Tu sugerencia, pese a ser razonable -dijo el sultán a Bey-, plantea un problema difícil. Habríamos de escuchar a todo aquel que tenga algo que decir... si sus palabras pueden ser efectivas. Pero esos hombres con su «visión» de los cambios que introducirían... -se interrumpió moviendo la cabeza.

Hasán volvió a recostarse en el diván, de nuevo aburrido.

-¿Qué es eso? -preguntó indicando los papeles que Bey llevaba bajo el brazo.

-Los escritos de uno de los prisioneros. Un hombre llamado Salim. En ellos explica los objetivos políticos de los revolucionarios.

Entregó los papeles a Hasán, incapaz de ocultar su decepción al no ser él el primero en leerlos.

-Prosigue -le ordenó el sultán después de colocar los papeles sobre el diván junto a él, en un ostensible gesto de posesión-. ¿Cuál es tu solución?

Bey se humedeció los labios.

-La razón. Creo que esos revolucionarios quedarían satisfechos si Vuestra Majestad aceptara una constitución que garantizase los derechos básicos de todos los ciudadanos del Imperio.

El Kislár Agha se inclinó hacia delante añadiendo:

-Esa constitución también tranquilizaría a nuestros críticos europeos.

El soberano lo fulminó con una mirada incisiva. El resto de la corte tampoco la pasó por alto. Kislár Agha y cuantos le rodeaban, desde el sultán imperial hasta el más bajo juglar, se dieron cuenta de que los manejos de la política palaciega estaban en plena ebullición. Quedaba por ver quiénes saldrían de aquella audiencia con el favor del sultán Hasán y quiénes habrían caído en desgracia con Su Majestad.

-Los revolucionarios están adquiriendo fuerza -siguió diciendo Bey aprovechando la ventaja-. De cualquier modo, hay que hacer algo con ellos.

El sultán Hasán estiró la pierna izquierda.

-¿Matarlos? ¿Razonar con ellos? ¿O tal vez ignorarlos?

Con un ademán de frustración, dio un manotazo a los escritos del prisionero que estaban sobre el diván. Los papeles salieron desperdigados por el aire, cayendo luego lentamente al suelo. Todos los cortesanos contuvieron el aliento. Al cabo de una inquietante pausa, Hasán prosiguió:

-Al parecer, la mayoría de vosotros estáis a favor de esa constitución. Muchos la consideráis adecuada.

La sensación tampoco fue tranquilizadora. Mostrarse de acuerdo con esa declaración era una invitación a la muerte. El sultán observó a sus cortesanos con mirada glacial. Luego, volvióse hacia el astrólogo, le ordenó:

-Díselo.

El astrólogo, un hombre pequeño y seco, con un tic en el ojo derecho, asintió y declaró remachando las palabras.

-No puede haber otra ley que la voluntad del sultán.

Hasán volvió a contemplar todos los rostros que tenía ante sí y se encogió de hombros burlón.

-¿Cómo es posible, pues, que tengamos una constitución?

Satisfecho de sí mismo por haber resuelto un problema tan complejo, alargó la mano hacia un cuenco lleno de higos. Los cortesanos se dispersaron.

El consejero Bey y el Kishlar se apartaron de la multitud de asistentes mientras abandonaban el salón de audiencias.

-Estamos perdiendo influencia con el sultán Hasán -comentó Bey-. Sólo oye lo que quiere oír. Hace tres meses que el Ejército no recibe su paga. Cada día que pasa, los soldados se muestran más descontentos y menos dispuestos a luchar por un soberano que sólo les recompensa con hambre. La lealtad ya no es suficiente y, como cada semana aumentan los ataques de los rebeldes, necesita de sus soldados más que nunca.

La inmensa cara de ébano de Agha permanecía impassible.

-Sólo gasta el dinero en placeres. Obsequia a su harén con joyas y extravagancias que exceden todos los límites. Jamás ve a sus soldados, y por ello no le interesan. Sin embargo, visita el harén a diario.

-¿Es que no se da cuenta del peligro? ¿No percibe lo que está ocurriendo alrededor suyo?

-Lo educaron haciéndole creer que es invencible. Hubo un tiempo en que me escuchaba.

-Hubo un tiempo en que llevabas ante él a las jóvenes más hermosas del mundo -le recordó Bey-. He oído decir que ahora es su mujer quien lo hace.

-Esto va a cambiar.

Aquel día también estaban cambiando otras cosas en palacio. Se decidían y sellaban otros destinos. Entre ellos, el de Murat. Permanecía en pie delante de su sultán que se encontraba sentado junto a una mesa china baja, y se atiborraba de *pilaf*.

-Creo que el Ejército Imperial debe tener al mando hombres que luchen por convicción y no por lo que se les paga -dijo el sultán Hasán entre bocado y bocado-. Eso es lo que me ha inducido a ascenderte. -Esperó a ver la expresión de complacencia de Murat antes de añadir-: Serás comandante en jefe del Tercer Cuerpo de Ejército en Macedonia.

A Murat se le desorbitaron los ojos por el asombro.

-¿Macedonia? Hay quien diría que se trata más bien de un exilio que de una promoción.

El sultán se encogió de hombros.

-Hay quien diría que has sobrevalorado la fuerza de los revolucionarios a fin de proteger tu propia incompetencia. -Tomó otro bocado de *pilaf* y agitó la mano dando por terminada la audiencia-. Eso es todo.

-¡Arthur! -Charles irrumpió en la habitación, en penumbra, de Arthur Grey, excusándose en su fuero interno por interrumpir el único momento de sueño que el anciano disfrutaba desde hacía días. Habían contratado a un espía tras otro, sin que hasta aquel momento hubieran logrado nada. Finalmente, al cabo de tanta ansiedad, tensiones y preocupación, tenía algo tangible que

comunicar al padre de Jessica. Al menos podría decir a Arthur que la joven estaba viva. Había sido secuestrada con un propósito determinado, y no pensaban matarla. Por un momento, Arthur y él habían considerado la espantosa posibilidad de que algún loco hubiera raptado a Jessica y que después de someterla a sevicias la matara. Charles se estremecía ante el atisbo de esperanza que aquella mañana recibiera de uno de los nativos que había contratado.

-Un espía me ha traído noticias, Arthur -dijo Charles, jadeante, intentando orientarse en la oscuridad-. No es mucho; pero algo para empezar.

Pasando junto a la cama, corrió los pesados cortinajes que hasta aquel momento habían impedido que entrara en el cuarto la cegadora luz de la mañana.

-Ya no está en Damasco. La han sacado de Siria.

Al no observar el menor movimiento en el montón de sábanas que cubrían a Arthur, Charles comprendió que estaba profundamente dormido, por lo que se acercó a la cama y le sacudió por el hombro.

-Arthur..., despierta. ¡Arthur!

Charles volvió a sacudirle, esta vez con más fuerza, lo que hizo que Arthur rodara por la cama, quedando boca arriba. Sus ojos estaban abiertos, vidriosos, como piedras en la arena.

-¡Arthur!

Piedras en el desierto.

Un alarido hendió el aire de la mañana. Jessica se incorporó, jadeante. Al punto, le cubrieron la boca unas manos rodeadas de velos... Aquello era una auténtica pesadilla. Unas respiraciones profundas le revelaron que las manos pertenecían a un grupo de mujeres veladas. ¿Cómo había llegado hasta allí? Fueron tan confusos los últimos días. Pero no se trataba de un sueño, ya que seguía vistiendo la polvorienta indumentaria beduina. Sí, había ocurrido... y seguía ocurriendo. No recordaba de qué modo llegó a aquel lugar. Las últimas horas del viaje se le aparecían ya como una mancha borrosa. Recordaba vagamente la primera vez que vio dibujarse la ciudad en el horizonte y las manos de su aprehensor dejándola suavemente sobre el camello cuando, al final, se derrumbó exhausta. Después de aquello, no recordaba nada más. Se despertaba allí, en aquel momento sin la menor idea de dónde estaba ni por qué se encontraba allí.

En derredor de ella, las mujeres charlaban entre sí en turco e indicaban con gestos a Jessica que tenía que meterse en una gran bañera de madera y, luego, ponerse las ropas que ellas tenían en las manos.

La joven americana se puso en pie con un ademán de asentimiento, intentando parecer dispuesta a cooperar. Una vez que la hubieron soltado, siguió a una de las mujeres hacia el baño, esperando hasta el último momento posible. Aquella bañera primitiva parecía demasiado pequeña para el cuerpo humano. Necesitaba algo para demostrarlo. Bien, la mujer que iba delante de ella era humana, ¿no?

Avalanzándose hacia delante, Jessica empujó a la desprevenida mujer, haciéndole caer de cabeza en la bañera. Luego, se lanzó hacia la puerta que se encontraba al otro extremo de la habitación. Esquivó con facilidad a varias mujeres, que retrocedieron ante su expresión decidida, característica que les era ajena, de no ser en el rostro de un hombre. Aferrándose a la puerta, la abrió de golpe. Pero sólo le sirvió para darse de manos a boca con un muro de musculosos guardias turcos.

Cuando regresó junto a la bañera, las mujeres estaban esperándola. Empezaron a desnudarla con toda calma.

-Decidme cómo se llama -preguntó Jessica con firmeza-. El que me trajo aquí. Decidme cómo se llama.

Las mujeres se miraron entre sí, pero su expresión no era interrogadora. La cautiva observó que más bien parecían miradas culpables y, de repente, comprendió que entendían sus palabras, aunque no se hubieran dirigido a ella en inglés. Probablemente, les habían dicho que no debían hablarle. Entornó los ojos.

-Sé que me entendéis -manifestó enérgica-. Merezco al menos saber cómo se llama el hombre que controla mi vida. Ya que no puedo tener la libertad, dejadme conservar el honor.

Era evidente que se había expresado en términos que ellas comprendían: una antigua consagración oriental a la pureza del alma. Si las mujeres dejaban que abandonara aquel lugar sin honor, se llevaría consigo a alguna de ellas.

Varias jóvenes desviaron la mirada. Luego, una de las de más edad, que estaba al menos en la veintena, tragó para aclararse la garganta. A continuación, susurró:

-Te lo diré -aceptó, temerosa de que la irradiara el poder de aquella mujer de pelo claro que actuaba como un hombre-. Se llama Tarik Pasha. Tarik Pasha -repitió.

-¿A dónde me lleva? -insistió Jessica. Esta vez la muchacha la miró de frente.

-No lo sé, señorita. Nadie lo sabe.

Y volvió a bajar los ojos.

-Ya está -dijo Radik a su jefe, en la penumbra de una habitación interior situada debajo de donde la cautiva, que había de pagar el precio, esperaba su destino-. Te reunirás con el Kislar esta misma tarde.

Tarik asintió; pero seguía con la mirada fija en la ventana que había estado contemplando durante casi media mañana.

-¿Qué pasa? -le preguntó el viejo.

Tarik sacudió la cabeza, hipnotizado por alguna cosa invisible.

-Esto está mal. Yo no puedo...

-No puedes ¿qué? -preguntó con tono sarcástico-. Tal vez le estés haciendo un favor a ella.

¿No te parece?

Tarik se volvió rápido.

-¿Qué derecho tenemos a hacer lo que estamos haciendo?

-¿Quieres que liberen a tus hombres?

La respuesta estaba clara en la mirada de Tarik. El viejo movió afirmativamente la cabeza.

-Entonces, nos preocuparemos de derechos después de la revolución. Y, ahora, ven. Tengo la ropa de un gitano para que te la pongas.

Jessica seguía sin saber cuál era su destino, incluso mientras su secuestrador la conducía por las calles angostas de Constantinopla. Tarik Pasha, como la joven le había dicho que se llamaba, iba disfrazado de gitano con unos pantalones bombachos y una faja multicolor, en la que ocultaba una colección de pistolas y de *yataganes* afilados como navajas de afeitar. Jessica, vestida ya como cualquier otra mujer turca, se sentía incómoda con su flotante capa *feridje* y el *yashmac* que le cubría la cabeza. Llevaba el rostro cubierto hasta el punto de que apenas podía moverse; pero supuso que aquello formaba parte del plan de él. Debajo de aquella indumentaria, le habían vuelto a atar las manos. Al llegar a una esquina, tras la que dejaron la atestada calle principal, su secuestrador la cogió del brazo y la obligó a refugiarse en un oscuro rincón entre dos edificios.

Jessica se ocultó allí al aparecer un hombre negro, alto y elegante, que se acercó a ella. Iba espléndidamente vestido, con brocados y sedas; en su fez ostentaba un valioso alfiler con piedras preciosas. Tenía la cara ancha y los ojos grandes, brillándole el blanco mientras la contemplaba.

A su espalda, oyó una voz tranquilizadora, a pesar de que era la de su secuestrador.

-No diga una palabra pase lo que pase. Su vida depende de ello.

Jessica le creyó. El hombre negro indicó el callejón entre las dos casas y se reunieron allí. Jessica esperó paciente; se puso nerviosa, al tener que aguantar una discusión entre ambos hombres, siempre en turco. La polémica, en lugar de perder fuerza y llegar a un precio equitativo, iba haciéndose cada vez más áspera. Pronto se evidenció que los dos hombres no se pondrían de acuerdo sobre el precio. Hasta que, al fin, Tarik Pasha, un hombre cuya integridad había llegado a perturbar en gran manera a Jessica durante los últimos días, quedó callado. El negro llegó a su oferta final, y no era suficiente.

Como si aquella humillación no hubiera sido bastante, su aprehensor la hizo todavía más profunda al apartar lentamente el velo de su cara. Jessica percibió el efecto que producían en el hombretón del fez sus rasgos occidentales, sus ojos azules y su brillante pelo rubio. Ella alzó una ceja en reconocimiento de su propia valía. Mucho mayor de lo que nadie pudiera pagar. Además, sabía lo impresionado que el hombre quedaría por su seguridad en sí misma, por su absoluta indiferencia a que le desvelaran el rostro. A pesar de estar pasando de mano en mano, le era imposible dejar de irradiar aquella confianza. Tal vez decidiera su suerte, pero también era posible que la salvara.

La belleza de todo aquello se esfumó de repente cuando el hombretón negro le cogió la cara y la puso a la luz. Lo hizo todo salvo mirarle los dientes. Jessica, furiosa, apartó el rostro, saltándose con fuerza de las manos que lo retenían. En mala hora le había gustado.

El hombre negro dio un paso atrás.

-De acuerdo, entonces -dijo en turco-. Todos los prisioneros por la joven.

Tarik Pasha hizo un gesto de asentimiento. El corpulento negro salió del callejón y dio unas palmadas llamando a alguien.

Jessica giró rápidamente, enfrentándose con su raptor.

-¿Qué ha hecho usted? ¿A quién va a entregarme?

Cinco hombres blancos aparecieron en el callejón; pero Jessica pudo ver con toda claridad el pesar que invadía los ojos oscuros de su raptor. Su rostro se contrajo por el remordimiento y las disculpas, mientras los cinco hombres se la llevaban. La joven volvió la cabeza y estuvo mirándole durante todo el tiempo que le fue posible, con la vana esperanza de que acaso él cediera a ese remordimiento.

-Tarik... -murmuró en voz lo bastante alta para que él pudiera oírla.

Al recibir de nuevo el impacto de la luz del sol, su única esperanza quedó anclada en el callejón, acabando por desaparecer.

Hacía mucho tiempo que Salim se había preparado para la muerte, desde los tiempos en que Tarik y él tomaron la decisión crucial de abandonar la confortable vida de Inglaterra; la atmósfera civilizada de erudición y cultura de Cambridge, para regresar al torbellino de su patria. Habían esperado sosegar de algún modo ese torbellino, adaptarlo a fines mejores, y sabían que existía el mayor número de posibilidades de que no vivieran para ver el triunfo absoluto de su causa. Cuando llegaron los guardias turcos y le quitaron los grilletes arrastrándole fuera de la cámara de tortura del sultán Hasán, supuso que había llegado su hora. ¿Podría ser la muerte peor que los latigazos que, al igual que los demás prisioneros, había estado recibiendo? ¿Y por qué a él precisamente? Supuso que su muerte había sido sentenciada como un ejemplo para los otros cautivos. Sintió como si se le parase el corazón cuando su exhausta mente llegó a tal conclusión, porque ello significaba que su fin iba a ser muy cruel. Hacía días que había estado escuchando los chillidos de los papagayos en la pajarera, un ruido destinado a ahogar los alaridos de un cargamento mucho más valioso dentro de los muros del palacio. Los hombres del sultán conocían ya el nombre de Tarik; uno de los torturados había cedido. Salim no sentía desprecio por el hombre que se mostró débil. Lo único que lamentaba era no haber podido informar a Tarik de que el secreto ya no lo era.

Dejó su mente en blanco. Hacer cábalas acerca de la muerte que le tenían preparada sólo servía para aumentar el suplicio. Sentía lástima por los otros Jóvenes Turcos que tendrían que escuchar los detalles de su muerte, incluso tal vez les obligaran a contemplar su destrozado cuerpo. Trató de hacerse fuerte; pero tenía las manos y los pies helados por un miedo

incontrolable cuando los dos hombres le arrastraron hasta la cámara de audiencias central de palacio. Salim se obligó a levantar la cabeza. Se forzó a mover las piernas heridas y los tobillos hinchados y de repente se encontró caminando hacia el propio sultán Hasán.

Aquello le sobresaltó y se le doblaron las rodillas, haciendo que los guardias tuvieran que arrastrarle de nuevo, hasta que lo arrojaron a los pies del sultán.

Salim pugnó por erguirse.

El soberano esperó hasta que ambos pudieron mirarse de frente.

-Cuando estés libre...

-¿Libre?

Salim tragó saliva. Era una broma cruel.

-Cuando estés libre -empezó a decir de nuevo Mustafá con tono intencionado-, espero que continúes con tus escritos. -Sus grandes manos, blandas y bien cuidadas, arrojaron el montón de papeles a la alfombra, junto a Salim-. Tienes mucho talento que no debe ser desperdiciado; así que quiero que continúes. En esos escritos puedes hablar de todo.

Salim esperaba, reacio a hablar. Algo había detrás de todo aquello. Sólo un loco podría creer otra cosa.

-De todo -siguió diciendo el sultán-. Salvo, naturalmente, de revolución, libertad, derechos del pueblo, derechos de las mujeres, del harén, de la política exterior e interior, de nacionalismo, de asuntos internacionales, constituciones, conjuras, bombas, de la media luna, de la Cruz, de Mahoma, de Jesús o de Moisés.

Salim, que empezaba a comprender, mantuvo erecta su debilitada espalda, apoyando las manos sobre los muslos.

-¿Y podría preguntar a Vuestra Majestad Imperial qué queda sobre lo que pueda escribir?

El sultán Hasán sonrió.

-Absolutamente todo, hijo mío: la lluvia, el buen tiempo, los perros en la calle. Puedes escribir sobre el sultán. -Se llevó una mano al pecho cubierto de brocado-. Siempre que sea para cantar mis alabanzas. En resumen, tienes completa y absoluta libertad para hablar de todo lo que te parezca bueno.

Pero de nada que te parezca malo. La advertencia era suficientemente clara.

-No os comprendo -jadeó Salim, agotado por el esfuerzo-. ¿Me ponéis en libertad?

-Y te sugiero que recuerdes quién te está liberando.

-Llévoslo -terminó diciendo Hasán.

Mientras Salim era conducido de nuevo junto a los demás prisioneros, facilitándole luego a todos ropa mucho más decente, la carroza dorada del Kislar Agha iba acercándose a los terrenos al borde del Bósforo, hasta llegar junto al muro de piedra de casi siete metros de altura y custodiado por guardias. Las puertas de mármol blanco, centelleante por los ornatos de oro, se abrieron despacio hasta quedar de par en par. El carruaje descendió lentamente por un camino zigzagueante y en fuerte pendiente, en dirección al palacio de Yidiz, que era una auténtica maravilla en mármol, con fuentes, columnas y patios abiertos. Parecía haber caído de las nubes sobre la más alta escarpadura que daba al estrecho donde se encuentran los dos

mares. Las enredaderas cubrían los muros y las celosías que separaban los jardines de los patios; la residencia de las mujeres de la pajarera; y ésta de las cámaras de tortura. Tan sólo las aves, revoloteando por las alturas, podían ver la relación entre la serenidad y la brutalidad.

El carruaje se detuvo en la cima de la colina, delante de las verjas interiores que conducían al serrallo. El portero, adelantándose, abrió presuroso las puertas del vehículo. Alargó la mano vacilante y se la tomó otra mano suave dentro del coche.

Jessica descendió y parpadeó deslumbrada. El sol, reflejándose en los muros de mármol, la cegó por un instante, y tuvo que bajar la vista hasta que sus ojos se acostumbraron. A sus pies, vio el Bósforo, azul y rápido, fluyendo entre las costas de Europa y Asia. Se quedó con la boca entreabierta por el asombro. Aquello no se asemejaba en nada a la zarrapastrosa escena que dejara atrás en el bazar de Constantinopla. Sólo echó a andar cuando la empujaron hacia delante media docena de hombres con túnicas.

Flanqueándola por ambos lados, la condujeron a través de un laberinto de jardines y patios, dejando atrás espacios rodeados de rejas y también la pajarera. El movimiento hizo que las aves aletearan alrededor de las demenciales manchas de color y graznaran furiosas por la intromisión. Jessica siguió caminando con calma. Aquél no era todavía el momento.

Las aves que no se encontraban atrapadas en la pajarera, y que volaban libres por encima del palacio, trazaban círculos confusos. Habían escuchado los alaridos de los hombres torturados y podían distinguir el sonido de la muerte de los chillidos de otras aves. Vieron detenerse el carruaje, salir a la mujer, y al séquito caminando por los jardines. Y también vieron, aunque nadie más lo hiciera, una procesión de veinte jóvenes quebrantados vistiendo ropa nueva, que avanzaba en dirección contraria a la de la mujer y sus acompañantes, aunque por el otro lado del muro de mosaicos. Mientras conducían a la muchacha hacia el serrallo, los mozos del otro lado continuaban caminando hacia las verjas y la libertad. Los papagayos seguían chillando.

6

-Ya están aquí -dijo Misha desde la terraza, dirigiéndose hacia las penumbrosas profundidades del escondrijo.

Tarik escuchó la voz del joven, trémula por la excitación, y también él se estremeció ligeramente, preguntándose qué era lo que atravesaría aquella puerta. Los métodos de tortura del sultán Hasán eran efectivos y a menudo permanentes. A través de una serie de espías, supo que Salim vivía; pero, ¿en qué condiciones? También estaban vivos los demás Jóvenes Turcos, lo que indicaba que su muerte no estaba incluida en los planes del sultán, lo cual demostraba que, en realidad, había otro plan en curso, cuyo objetivo sería con toda probabilidad el propio Tarik. Y los últimos días ya habían sido bastante difíciles intentando paliar el sentimiento de culpabilidad de lo que las atrasadas tradiciones de su nación le habían obligado a hacer. ¿Puede un hombre traicionar los principios para cuyo establecimiento está arriesgando su vida? Pero, por otra parte, ¿podía dejar que murieran veinte hombres cuando podía salvar sus vidas actuando, una vez más, de acuerdo con el viejo sistema?

La mujer llamada Jessica le atormentaba. Veía su cara en sueños, en la puesta de sol y cuando amanecía. La veía en el vino que bebía, y escuchaba su voz en el fondo de sus propias palabras cuando mencionaba la libertad y los derechos humanos; cuando hablaba de avanzar hacia el siglo XX. La había condenado a los grilletes del pasado, pese a sus propias palabras audaces y a todos sus ideales. La había sacrificado, había tomado decisiones por ella, la había condenado. No era ni más ni menos que una condenación, y la joven americana se había mostrado digna de mejor trato.

Tarik apretó los puños, intentando conservar la calma. Sonó el picaporte de la puerta y entraron tres hombres. El segundo de ellos era Salim.

Tarik se dirigió a él, aspirando profundamente al ver las heridas en el rostro de su amigo; pero, cuando empezaba a pensar en ello, Salim le tenía abrazado. Rodeó con sus brazos los maltratados hombros y sintió estremecerse a Salim, pese a lo cual no pudieron evitar estrecharse con fuerza. Tarik se apresuró a soltarle dándose cuenta de que, probablemente, le habían azotado con el látigo y todavía sentía el dolor.

-Salim -dijo Tarik con voz áspera, afirmándose la realidad de que su amigo había sobrevivido-, cuéntame todo.

Cogiendo a su amigo por el brazo, lo examinó. Salim hizo un ademán de asentimiento, sintiéndose aún débil, dispuesto a abandonar al fin la actitud desafiante que, tanto él como los demás, habían logrado mantener, todavía no sabía cómo, mientras les conducían a la libertad. Buscó el apoyo y el contacto humano de Tarik al tiempo que decía:

-Conocen tu nombre. Ahora eres el objetivo visible. Tu vida corre gran peligro, acaso excesivo para que puedas sernos de utilidad alguna durante cierto tiempo. Yo mismo hablé con el sultán Hasán, Tarik.

-¿Que hiciste qué? -Tarik condujo a Salim hasta una desvencijada silla, junto a una mesa aún más desvencijada, le hizo sentarse, y él tomó asiento a su lado. Misha y los demás hombres les rodearon para escuchar la increíble historia-. ¿Con el propio sultán? -preguntó.

-En toda su gloria -afirmó burlón Salim-. Ha leído mis escritos. Me dijo que podía escribir sobre todo, salvo sobre revolución, política interior, constituciones, Mahoma, Moisés... En realidad, me alentó a seguir escribiendo, y eso pienso hacer.

Tarik sonrió.

-¿Y de qué vas a escribir?

-Bueno..., sobre revolución, política interior, constitución, Mahoma...

Estallaron risas generales y pareció desaparecer la tensión.

-¿Intentaste razonar con él? -le preguntó Misha.

-No es hombre con el que se pueda razonar -le contestó Salim.

-Sigo sin comprender por qué no podemos presentar al sultán Hasán una lista de nuestras peticiones y...

-Hemos pasado demasiado tiempo pidiendo al sultán los derechos que todo hombre debe tener desde que nace -interrumpió Tarik con tono cortante, y luego se volvió de nuevo hacia Salim-.

Y también hemos pasado demasiado tiempo luchando en Bulgaria, Damasco y lugares lejanos de Europa.

Se puso en pie y se dirigió hacia un rincón oscuro, vuelto de espaldas a los otros. Transcurrió largo rato mientras analizaba una y otra vez sus propios pensamientos. Luego, volviéndose, puso las manos sobre los hombros doloridos de Salim.

-Ya es tiempo de traer la guerra a casa.

Sin embargo, para quienes vivían en el serrallo, al borde del Bósforo, la inminente guerra entre su sultán y los revolucionarios, tenía escaso significado. Rara vez alcanzaban los asuntos de Estado a quienes se ocupaban del harén imperial. El Kislár Agha vivía con un pie en cada uno de los mundos, tanteando algo los asuntos de Estado, haciendo ciertos malabarismos con la política interna de Palacio. Mientras caminaba por el patio del serrallo para acudir a un encuentro que acaso restableciera su influencia sobre el sultán, pensaba que la mujer rubia podía crearles problemas. Las negociaciones para la libertad de los veinte revolucionarios no habían resultado demasiado fáciles. Tuvo que recurrir a influencias y recordar favores pendientes, hasta el punto de que casi se había quedado sin recursos; la mujer americana tenía que complacer al sultán más que cualquiera otra le hubiera complacido desde la Kadin. La vida de Agha dependía de ello. Y también la de la joven.

Incluso a un eunuco, la contemplación de la Hazinedar Usta producía una trémula sensación en sus ijadas..., más un recuerdo que realmente una sensación. A pesar de que ya estaba en la cuarentena, seguía siendo una mujer hermosa, una oscura gema del Islam. Atravesó el patio y se acercó. Llevaba un exquisito vestido europeo y una gargantilla de perlas blancas con un broche en el que lucía una esmeralda.

-¿La has visto? -preguntó el Kislár, una vez que estuvieron juntos.

Empezaron a pasear por el jardín sin rumbo fijo. Era más seguro mantenerse en movimiento que quedarse quietos para hablar.

Usta asintió.

-Bueno, ¿qué te parece? -insistió el elegante negro.

-Es encantadora; pero aún sigue estando aquí contra su voluntad. Se le ve en la cara.

El artista comenzó su actuación.

-Necesita una profesora especial.

Usta lo miró con experimentada coquetería.

-¿Y a quién propones para que sea su maestra?

El Kislár la miró de una forma igualmente experta.

Usta agitó su ahusada mano oscura haciendo brillar las sortijas bajo el sol.

-Pero yo sólo fui la amante del sultán. Nunca su mujer..., jamás la Kadin.

-Eras su favorita.

-¿Tan mal están las cosas para ti?

El Kislár se contuvo para no suspirar..., pues era muy poco digno.

-Día a día aumenta la influencia de la Kadin sobre el sultán, al tiempo que la mía se debilita.

-Y recuperarás tu posición dando a Hasán la mujer perfecta. ¿No es así?

Agha se encogió levemente de hombros.

-Con tu ayuda. -Después se volvió hacia ella, añadiendo-: Me debes tu posición en el harén. Yo hice que el sultán se fijara en ti. Y te protegí.

Usta no se amilanaba con tanta facilidad.

-Y yo hice que tú siguieras siendo poderoso al mantenerme como favorita.

Se alzaron las comisuras de los gruesos labios del Kislár. Cogiéndola suavemente por el brazo, empezaron a caminar de nuevo.

-Nuestros destinos se entrelazan, como siempre. Tienes que ayudarme.

El sol se reflejó en las joyas de la mujer.

-Lo pensaré.

En las viviendas de las concubinas, el objeto de preocupación del Kislár zarandeaba un barrote de la ventana, que pareció moverse un poco. Jessica, vistiendo ya un sencillo traje turco, se aferraba a la barra de hierro sacudiéndola con decisión. Detrás de ella, sobre una alfombra, una joven de dieciocho años la observaba con curiosa incompreensión.

-Déjalos... -le aconsejó la muchacha-. Esos barrotes están ahí para protegernos.

Jessica giró en redondo.

-¿Para protegernos? -Nada convencida, cruzó la habitación para ir a sentarse junto a la esbelta joven-. Si me ayudas, Geisla, podremos quitar los barrotes. Y entonces escaparíamos juntas.

Los inmensos ojos castaños se abrieron desmesurados.

-Yo no quiero escaparme.

-¿No quieres volver a casa?

-Pero si estoy en casa. He vivido aquí desde que tenía diez años.

-Entonces, ¿para qué estamos en este lugar? ¿Qué pretenden que hagamos?

Geisla se encogió de hombros.

-Hemos de esperar. Al sultán Hasán.

-¿Quieres decir que hemos de quedarnos sentadas aquí, esperando a que nos tome el sultán, o a que nos viole el Kislár o...? -Jessica calló, mientras Geisla reía con ganas-. ¿Qué te resulta tan divertido?

Geisla intentó calmarse.

-En el serrallo son posibles muchas cosas; pero no figura entre ellas que te viole el jefe negro de los eunucos.

-¿El Kislár es eunuco?

-Todos los hombres que hay en el harén lo son.

Aquella afirmación confirmó el hecho de que, por ridículo que pareciera, Jessica se encontraba encerrada en un harén. Algo absolutamente bárbaro. Se levantó, y volvió a intentar forzar el barroto. No iba a quedarse allí hasta que empezara a llamar a aquella jaula dorada «su casa».

Geisla se estiró, perezosa. Luego, se alzó y se acercó a Jessica.

-No seas tonta. Estás perdiendo el tiempo. -Esperó a que Jessica se volviera hacia ella y luego dijo, marcando bien las palabras-: Escúchame. Escaparte por esa ventana no te servirá de nada. El serrallo no es más que uno de los palacios del sultán Hasán. Todo el recinto está rodeado de aguas peligrosas. Y, además de cien eunucos, hay dentro de los muros del palacio un millar de los más feroces soldados del Imperio. Nadie puede entrar. Y nadie puede salir.

Jessica se estremeció ante la indiferencia con que en aquella cultura se repartían los destinos. Y ella era un peón... Se daba cuenta de ello. Para alguna persona, o para varias, ella representaba algo más que dinero. Debía de haber en juego otra cosa más importante que el dinero para arriesgarse a secuestrar a una mujer a la cual era tan fácil distinguir entre las oscuras cabezas orientales. El Consulado británico tendría algo que decir sobre esa cuestión, y quienquiera que hubiese preparado aquello estaba dispuesto a arriesgarse a las iras de Inglaterra. Charles no se quedaría sentado alimentando un duelo impotente. No era probable que su padre tolerara semejante ultraje a súbditos británicos, invitados del Imperio del sultán, sin presentar dura batalla... Todo ello si tuvieran la menor idea de dónde se encontraba ella. El palacio del sultán Hasán era como un pequeño país, y les resultaría fácil ocultarla en él durante años.

Geisla interrumpió los pensamientos de Jessica.

-Ven, vamos a la casa de baños -la invitó.

Jessica reflexionó.

-Bueno, eso casi parece atrayente -dijo, al tiempo que seguía a Geisla.

Un baño humeante, tranquilizador, relajante, sería maravilloso. La fortalecería y en modo alguno podía perjudicarla.

Y, naturalmente, la casa de baños resultó decepcionante. Desde luego no podía decirse que no fuera lujosa..., toda construida en mármol, con grifos de oro manando agua en inmensas bañeras redondas de madera, con taburetes de oro para entrar en ellas. Y mujeres, muchas mujeres. Todas ellas apenas vestidas con finas camisolas de hilo, empapadas por el vapor y que se adherían de forma indecente a las formas de los jóvenes cuerpos femeninos. Tejidos transparentes colgaban de senos redondeados como melones, cayendo sobre vientres lisos. Un grupo de muchachas pasó junto a Jessica y Geisla. Charlaban en francés y se salpicaban unas a otras con agua contenida en urnas de cerámica. La naturalidad con que exhibían sus cuerpos hizo que Jessica reparara en el suyo propio. Sin detenerse a pensarlo, Geisla se quitó el vestido y se quedó mirando a Jessica con curiosidad.

-¿Qué te sucede, Jessica? No te dé vergüenza. Pasamos aquí horas. A veces, días.

Desconcertada ante aquella estúpida actividad, Jessica preguntó:

-¿Por qué?

Geisla se encogió de hombros.

-Porque algo tenemos que hacer.

Jessica movió la cabeza.

-¿Y el bañarse continuamente significa hacer algo?

En aquel momento se les acercó una joven algo mayor, aunque apenas hubiera superado la adolescencia. Llegaba presurosa de la otra habitación y dijo algo en árabe a Geisla. Luego, ésta se volvió hacia Jessica.

-El Kislár te está esperando en el patio. Dice que la Kadin quiere verte.

-¿Por qué? ¿Qué es una Kadin?

Hay cosas que vale más ignorarlas; pero cuando la Kadin exige ver a alguien, ese alguien tiene que ser visto. Jessica pronto descubrió eso y tomó plena conciencia de ello mientras la conducían, de la casa de baños, a una habitación de mármol con una rebuscada cúpula de cristal.

Allí se encontraba ya el Kislár Agha, quien la observó con mirada crítica mientras se acercaba a un inmenso diván tapizado de seda verde, en el que descansaba una pasmosa mujer. A juzgar por sus facciones, parecía griega. Tenía un rostro de líneas clásicas y llevaba el abundante pelo castaño oscuro recogido sobre la coronilla y sujeto con diamantes. Detrás del diván, había una fila de mujeres de más edad, elegantemente vestidas; y más arriba, sobre una plataforma, se encontraban unas cuantas esclavas que vestían túnicas de brocado o chaquetas de seda cortas sobre sus camisolas de baño. A un lado, una joven entonaba con voz aguda una canción oriental, acompañándose con una mandolina.

Por doquier, se respiraban aromas de mujer. Todo el territorio era femenino. Tan sólo los eunucos, siempre silenciosos, daban algún indicio de que aquello era un matriarcado dentro de una estructura más amplia.

Todas las miradas convergieron en Jessica, que, sin muestra alguna de temor, se acercaba a la mujer reclinada en el diván. Finalmente, se detuvo ante ella, en actitud de sutil desafío.

La Kadin la contempló con mirada vacía; luego, eligió un dulce de una bandeja de cobre rebotante de *pilaf*, de carne picada enrollada en hojas de vid y fruta escarchada. Se lo metió en la boca de labios perfectamente delineados y masticó con calma. Hasta que no se lo tragó y decidió no tomar otra golosina, no habló a Jessica. Le dijo algo en turco que dejó a todos impasibles.

Al fin, pensando que se había dirigido a ella, Jessica habló.

-No sé turco -alegó.

La Kadin se incorporó de repente.

-Acércate más -le ordenó-. ¡Hummm..., no sé si me gustas! Quítate la ropa. Déjame verte.

-¿Qué? -Jessica cuadró los hombros.

-Como esposa del sultán Hasán, su *única* esposa -remarcó la Kadin-, yo decido quién le dará satisfacción. Quítate la ropa.

En ese momento, se adelantó el Kislár Agha, haciendo oír su voz sonora.

-Mi trabajo es el de proveer el harén imperial de jóvenes nuevas.

-Ya no -le cortó la Kadin casi bostezando-. Quítate la ropa -repitió.

Al mantenerse ella en sus trece, la Kadin hizo una indicación con la mano a sus esclavas, y dos de ellas se apresuraron a cogerla por los brazos y empezaron a desnudarla.

Jessica miró furiosa a la Kadin. Se le pusieron tensos todos los músculos del cuerpo; pero no sólo por la humillación. Uno de sus hombros quedó desnudo al tirar la esclava del vestido, y Jessica se sintió dominada por un sentimiento de afirmación propia. Apartó violentamente a las dos esclavas, una a cada lado. En la sala se hizo un silencio de muerte.

El Kislar Agha parecía preocupado, según pudo apreciar Jessica mirando por el rabillo del ojo, aunque se esforzó en mantener la mirada clavada en la Kadin. Se llevó los dedos a los botones de la pechera y los desabrochó. Primero cayó el vestido. Luego, una a una, las prendas interiores. De nuevo se hizo el silencio en el salón. Jessica alzó la barbilla, aunque muy levemente, ante la Kadin.

Jamás en la Corte del sultán había brillado una desnudez tan especial, tan semejante al alabastro, como una escultura en mármol debajo de una cara bronceada, también con un tono muy peculiar. La piel de Jessica era pálida y tenía un hermoso brillo matizado que relucía bajo la luz que llegaba a través de la bóveda. En el interior de sus brazos, de sus muslos y sus senos, podían verse finísimas venas azules. Su pechos, protegidos durante años por prendas rígidas, aparecían increíblemente firmes y suaves, más pálidos que los más pálidos huevos de la más delicada ave canora. Bajo los rayos del sol que penetraban desbordantes por la cúpula, el hermoso vello platinado relucía en el cuerpo de Jessica semejante a una aurora, rodeándola como un halo. Para aquella gente, acostumbrada a la tez oscura, y al áspero pelo negro, Jessica era algo deslumbrador. Todos los ojos estaban clavados en ella. Incluso las mujeres mayores, que se habían pasado la vida viendo cuerpos femeninos, permanecían maravilladas ante aquel premio de marfil que permanecía valerosamente en pie ante la poderosa Kadin. Jessica cuadró los hombros y dobló un poquito una rodilla. Luego, con evidente deliberación, alzó apenas la barbilla, y clavó resuelta la mirada en los ojos oscuros de la Kadin.

-Es muy corriente -dictaminó su examinadora-. Libraos de ella.

Debatiéndose entre la esperanza y el insulto, Jessica se quedó mirando con la boca abierta a aquella increíble mujer.

Y entonces se adelantó otra de más edad, con estudiada paciencia.

-A mí me conviene. Necesito a una joven para que me ayude a ocuparme del vestuario -dijo inclinándose hacia la Kadin, mientras Jessica se preguntaba qué interés podía tener en ella aquella mujer-. Espero que no me niegues a esta joven... -añadió-. Ya que es evidente que tú no tienes el menor interés por ella.

La Kadin se veía obligada a tomar una decisión en público. Negar la joven a Usta sería como admitir que se sentía amenazada.

Una vez más, se agitó la enojada mano.

-Haz lo que te parezca.

Una vez en la vivienda de Usta, Jessica se vio rodeada por una bandada de jóvenes del harén, las cuales abrían anhelantes unas cajas que sacaban de un inmenso arcón recién llegado de Europa. El apartamento en que se encontraba estaba amueblado al estilo europeo. Era

evidente que Usta se había mostrado experta en sus nuevas maneras de complacer al sultán..., maneras europeas a juzgar por cuanto la rodeaba y el vestido que llevaba puesto. Alrededor de Jessica, las jóvenes se mostraban fascinadas por los tesoros que contenían aquellas cajas: trajes de noche de faldas ondulantes en oro y plata, enaguas con volantes, chaquetas cortas, chalecos de tafetán y turbantes bordeados con plumas de águilas pescadoras. Eran difíciles de soportar los chillidos de alegría. Jessica, frunciendo el ceño, intentó retirarse.

Geisla llegó corriendo junto a ella y, cogiéndola de un brazo, agitó un corsé de ballenas.

-¿Tienes idea de lo que es esto?

-Más te vale no saberlo. Es la única cosa de Inglaterra que no echo en falta -le dijo Jessica compasiva.

Mientras Geisla intentaba imaginarse qué sería aquello, otra joven, alta y pelirroja, llamada Rosemary, llegó junto a Jessica, llevando en la mano un libro abierto.

-¿Puedes leer, Jessica? Dinos qué dice aquí.

Jessica miró por encima del hombro de Rosemary.

-¿Te refieres a la inscripción? Dice: «Gloria al Señor, que adornó con senos el pecho virginal y que hizo de los muslos de la mujer yunques para la punta de lanza del hombre...» ¡Santo Cielo!

-¡Aaaah! Creo que aprenderé a leer -declaró Rosemary como un arrullo.

-A mí me gusta más ver las pinturas -aseguró otra de las muchachas.

Entonces, se atrevió Jessica a mirar el grabado, lo que le hizo salir corriendo del salón con la cara como un tomate.

Usta la siguió.

-Requerirá tiempo -dijo la mujer mayor con calma, cerrando las puertas que separaban aquella cámara de la otra-. Yo puedo entrenarte. Te enseñaré lo que sé para complacer a los hombres y aprenderás cómo lograr poder dentro del serrallo.

Jessica dio media vuelta furiosa.

-¿Entrenarme? ¿Enseñarme? -gritó-. ¡No estoy dispuesta a ser una de sus prostitutas!

-Claro que no -le dijo Usta en tono tranquilo-. Ni el Kislár ni yo tenemos intención de que suceda tal cosa. Serás una joven muy especial. De la misma manera que un día yo fui muy especial.

-No puedo ser como tú.

-Aprenderás a ser *exactamente* como yo.

-¿Has olvidado tu pasado? -la acusó Jessica-. ¿Ya no recuerdas lo que es ser libre?

Usta le había hablado, le había dicho que hubo un tiempo en que conoció la libertad del mundo exterior, que recordaba la belleza de Europa y la arrolladora vitalidad de las costumbres occidentales. En tiempos, fue libre, la habían educado en Francia y tenía planeada una vida a su gusto... hasta que llegó el momento del cambio. Las dos tenían mucho en común, le había dicho a Jessica, ya que también a Usta la raptaron para introducirla en el harén. Por supuesto que se había resistido, y que pasó horas interminables lamentándose por la pérdida de la

independencia. Pero aquello sucedió hacía muchísimos años, y había llegado a ser otra persona.

Dándose cuenta de que necesitaría recurrir a otro sistema más convincente, Uta se acercó a ella y, cogiéndola de la mano, la hizo sentarse a su lado.

-Absolutamente. Sé que debes sentirte como esas aves encerradas... Pero tienes que aprender a volar dentro de la jaula.

Jessica volvió la cabeza y se encontró mirando, a través de una ventana de alféizar muy bajo, el agitado Bósforo.

-Es degradante.

-¿El qué?

-Las cosas de que hablan esas chicas.

-¡Ahh! Te asusta el sexo...

-No me asusta -se defendió Jessica-. Pero sé que eso está mal.

-¿Qué puede haber de malo en el conocimiento?

-Esas cosas se producen por sí solas -dijo Jessica como si se tratara de una lección aprendida, tal como se lo habían enseñado-. Con el hombre adecuado y en el momento oportuno...

Uta ladeó la cabeza, intentando encontrar las mejores palabras.

-No es cuestión de costumbres ni tampoco de moral. El problema reside en la forma en que te han educado. Se dice que los ingleses son los que tienen las mujeres más bellas de Europa y los que menos saben cómo utilizarlas. Acaso sea ése el motivo de que prefieran mantenerlas tan ignorantes.

-Yo no soy del todo inglesa -alegó Jessica con tono beligerante-. Soy medio americana. Y no tengo miedo. No pienso renunciar a mis principios morales.

Uta movió la cabeza.

-No te han traído aquí para bailar una pequeña danza o para cantar una cancioncilla. Aprenderás cómo hacer el amor a un hombre. -y se acercó un poco más para hablarle con tono íntimo-. Repites mucho que quieres tu libertad; pero jamás serás libre hasta que no liberes el alma en tu interior..., hasta que dejes de luchar contra las diferencias. Aprenderás cómo dar placer a un hombre más allá del placer. Aprenderás el estúpido tirón de la carne y cómo obligarla a someterse a tu propia voluntad. Hacer el amor a un hombre es un arte especial, Jessica. Sólo las mujeres poseen el don del tacto y de la caricia que le hacen olvidarse de sí mismo. Tú ya posees ese poder. Sólo tienes que utilizarlo para poner a un hombre fuera de sí y mostrarle un oleaje más intenso que el del océano. Yo puedo enseñarte esas cosas. Puedo ayudarte a hacer realidad el regalo que hay dentro de tu cuerpo, esperando la reacción de un hombre. Aprenderás esas cosas, Jessica. Es una promesa que te hago. -Uta se acercó a un armario, sacó una gran redoma de cobre, y dijo volviéndose hacia Jessica:- Empecemos la lección.

Abrió la redoma y dejó caer sobre la mano una pequeña cantidad de polvo de oro. Luego, dejando la redoma, empezó a extenderlo cuidadosamente por sus brazos, desde la muñeca hasta el hombro, cubriendo por completo la piel, que adquirió un brillo especial con el

centelleante polvillo. Luego, se lo aplicó en las manos, en las palmas, en cada dedo, entre ellos, en los nudillos.

-Mira cómo realza las líneas del cuerpo -dijo moviendo con gracia sus manos y brazos dorados-. Cuando te mueves, es como si se viera cada músculo. Secretos milenarios que hacen que un hombre gima de deseo... Mira, contempla mis manos, mis brazos... Observa lo que un hombre vería a la luz de las velas. Pero tú no estás destinada a cualquier hombre, Jessica Grey. Tú serás la joya del sultán Hasán, el hombre entre los hombres, el soberano del Imperio, el que ha conocido a las mujeres más bellas, los cuerpos más sutiles, las seducciones más tentadoras. Ése será el regalo que te dará cuando tú misma te des. Es la encarnación de todos los amantes orientales y hará de ti su obra de arte. Antes de que te acuestes con el sultán, aprenderás a moverte con experimentada gracia, como una danzarina en un jardín. Ven- dijo Usta cogiendo la redoma de cobre y dirigiéndose hacia Jessica-. Dame tu brazo y déjame enseñarte cómo puede una mujer hacer cantar su piel.

Perturbada por aquella verdad universal, Jessica se puso en pie y se dirigió hacia el borde de la terraza. Allá, muy abajo, rugía el Bósforo.

-Os he elegido a todas vosotras para entregaros a mi marido.

La Kadin paseaba con aire indiferente entre las mesas de mármol sobre las que yacían treinta jóvenes a las que los eunucos estaban dando masaje y perfumando. Andaba con pasos largos y lentos, manteniendo una aureola de separación divina.

-Esta noche, os convertiréis en mis manos, mis senos, mi propia alma. Y le daréis un placer como jamás haya conocido -siguió diciendo con un tono sin inflexiones-. Ahora levantaos y seguidme a vuestro destino.

Con el acompañamiento de las discordancias y punteado de música oriental, la Kadin condujo a su fila de mujeres elegidas, ya que habían dejado de ser muchachas, y eran verdaderas mujeres, hasta la cámara de inspección del sultán Hasán, donde el soberano de su imperio se encontraba reclinado en un diván, fumando su pipa de agua sabedor de que pronto se convertiría en el centro del universo. Algunos de los cuerpos jóvenes que pasaban ante él iban vestidos con la indumentaria tradicional turca; otros, con vestidos europeos, pero todos desfilaban con su mejor y más seductor porte. Por una o dos veces, alzó las cejas; pero aparte de eso no mostró el menor signo de interés. Cuando pasó la última de las mujeres, fue a colocarse en la fila formada detrás de la Kadin, la cual permanecía erguida como un junco del Nilo.

-Eres descendiente de Solimán *el Magnífico* y harás el Imperio todavía mayor -salmodió.

El sultán se apartó la pipa de agua de los labios.

-¿Y para quién voy a engrandecer el Imperio? ¿Para mí o para tu hijo?

La Kadin alzó la cabeza aún más, si era posible.

-Nuestro hijo.

El soberano se encogió de hombros. La Kadin, con un ademán, hizo acercarse a varias jóvenes, las cuales lo rodearon y empezaron a acariciarle: la frente, las manos, los brazos... y una de ellas los pies. Mientras ponían en práctica su magia, la Kadin intentaba trabajar por su cuenta, susurrando obscenidades al oído del sultán, el cual, apartándose, se la quedó mirando.

-¿Negarías que el muchacho puede hacerte grande? ¿A ti, que serías el sultán Vadide?

La Kadin se mostró asombrada.

-Tú fuiste mi pasión antes de concebirle a él. Eso es el principio y el fin de todo.

Por un instante, algo pasó entre ellos..., algo lejano que jamás se borraría.

-Acaso todavía me ames. Tal vez no sea tan imposible -dijo Hasán.

La Kadin se le acercó aún más.

-La mujer no es como el hombre. El poder no es suficiente.

Su murmullo era provocativo.

El sultán Hasán volvió a levantar las cejas.

-A veces me lo pregunto.

Se volvió hacia las muchachas que le acariciaban y observó algo peculiar en la joven que le frotaba los pies. Encima de sus pantalones de harén, llevaba un corsé de ballenas. Muy... atrayente.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó.

-Geisla.

Hasán casi pudo oír los latidos del corazón de la muchacha cuando él se puso en pie y le cogió la mano.

-Escribe el nombre de Geisla en el gran libro -dijo a la Kadin.

Geisla salió del salón tras el sultán, vacilante tan sólo el tiempo de ver cómo la Kadin escribía su nombre en el gran libro.

Horas después..., largas horas..., Geisla paseaba orgullosa por los jardines con Jessica, soñando con futuras grandezas.

-¿No lo comprendes? -intentaba hacer entender a la mujer americana-. Cuando escriben tu nombre en el gran libro se hace oficial.

-¿Qué se hace oficial? -preguntó Jessica, aunque ya casi lo había adivinado.

-Que el sultán Hasán es el padre de mi hijo.

-¿Qué hijo? -Por el tono de su voz, Jessica parecía dar a entender que Geisla estaba haciendo las cuentas de la lechera, por así decirlo.

-El hijo que voy a tener dentro de nueve meses.

-No puedes estar segura. Es demasiado pronto. Hace sólo unas horas.

-Claro que estoy segura. Tiene que ser un chico -dijo Geisla soñadora-. Los varones se convierten en herederos y sus madres en Kadins. Pero las niñas no valen nada. Las matan o, lo que es aún peor, las venden como esclavas.

Jessica suspiró con el rostro contraído por un terrible pesar.

-¿Es que no puedes entenderlo, Geisla? Eso es lo que somos tú y yo. Esclavas.

Y en su mente resonó la palabra como un eco.

-Hace dos años, sólo nos habrían escuchado veinte personas. Mira ahora.

Siguiendo su propia sugerencia, Salim dirigió la vista hacia la plaza del mercado donde se apiñaban una asombrosa cantidad de gente. Era como si se hubiesen abierto los cielos y la Humanidad hubiera caído a la tierra. Todos habían acudido aquel día para escuchar una promesa que sólo a Salim le cabía la esperanza de que pudieran llegar a cumplirla. Junto a él, también Misha contemplaba el asombroso espectáculo, dándose cuenta del poder de atracción de aquel hombre al que había decidido seguir en una búsqueda a vida o muerte. La multitud guardaba absoluto silencio, hipnotizada por el carisma de un hombre que confiaban pudiera dirigirles como les estaba prometiendo.

Tarik se encontraba en la terraza de un edificio decrepito en la plaza del mercado central de Constantinopla, flanqueado por la erosión que motivaban las reclamaciones que hacía y el Gobierno al que condenaba. Hablaba despacio y con claridad, con la cabeza descubierta para que la gente pudiera ver su corte de pelo europeo y se diera cuenta de que había conocido otros mundos, otras formas de vida y que acaso supiera algo que ellos ignoraban. Intentó no pensar en las semanas transcurridas desde que él mismo se comprometiera, así como en los auténticos principios que había asegurado abrazar, al entregar a Jessica Grey a unas gentes que abusarían de ella y la degradarían para el resto de su vida. Sin embargo, la gran traición que se hiciera a sí mismo se imponía en su mente mientras tejía grandes frases y hacía aquellas audaces promesas.

-Hemos vivido demasiado tiempo sin esperanzas -les dijo-. Hemos aceptado la opresión como una forma de vida. Yo he visto otros lugares de este mundo, en los que la gente vive libre, con esperanza, en vez de con resignación. Promesas, en lugar de desesperación. Libertad y no esclavitud. -Hizo una pausa para dejar que las palabras ahondasen, para que la gente formara en sus mentes la visión de un lugar semejante sobre la Tierra-. Existen sitios donde el hombre tiene elección, goza de voz para decidir el gobierno de su nación. Hay países donde las mujeres viven sin miedo. Hay gobiernos que dan a su pueblo escuelas para sus hijos. ¡Los nuestros fallecen de hambre! ¡Nuestros hombres mueren! Nuestras mujeres están de duelo. ¡Ya es hora de romper la cadena de la opresión! ¡Ha llegado el momento de que se nos escuche! ¡Tenemos que luchar!

En la plaza del mercado, resonaron con fuerza los aplausos y los vítores. Tarik intentó encontrar la mirada de todas las personas que pudo, y esperó a que se calmara la oleada de entusiasmo.

-Yo creo en el Imperio otomano -declaró con voz que resonó con un gran eco, llegando hasta los extremos más lejanos de la muchedumbre, por los edificios de piedra que se alzaban a los lados de la plaza-. Creo en su gente... en *toda* su gente. Creo que podemos vivir todos juntos como judíos, cristianos, musulmanes..., que todos podemos ser uno bajo leyes justas, incluso estando separados dentro del seno de nuestras familias y de nuestra fe. -Hizo una pausa para

dejar que penetraran sus palabras, permitiéndose el contacto visual con la multitud-. Creo que, para vivir libre, el hombre debería nacer a la libertad. Haremos... lo que debemos hacer.

Se detuvo de nuevo, captando algunos aplausos dubitativos que se escucharon en la plaza mientras la gente se miraba entre sí para comprobar si todo el mundo aprobaba. Tenía que atraerlos. Ahora o nunca...

-Presentaremos resistencia al sultán Hasán de todas las maneras posibles. Resistencia en todos los frentes. Resistencia pasiva..., resistencia activa... La que haga falta; porque actuaremos como deba ser. ¡Diremos no al recaudador de impuestos que pide más de lo que deberíamos pagar! Nos introduciremos en el propio ejército para convencer a los soldados de que se nieguen a atacar al pueblo. ¡Haremos lo que debemos hacer! Hemos aceptado la opresión como un modo de vida. ¡Pero no seguiremos aceptándola! Y cuando llegue el momento, si no hay otro camino, nos levantaremos en armas contra los actos de opresión porque... ¡haremos -una pausa ardiente, larga y efectiva- lo que *debemos... hacer!*

La muchedumbre estalló en violentos vítores y aplausos, una aclamación furiosa de entusiasmo agresivo, espontáneo, feroz. Sí. Como había dicho, haría lo que tenía que hacer y, si él lo hacía, también lo harían ellos. La gente había captado su integridad por encima y más allá de su habilidad para expresarla con palabras. Comprendían que estaba dispuesto a morir por ellos; y no le permitirían morir solo.

A Tarik se le iba enrojeciendo la cara por la emoción. Miró a Salim y se le humedecieron los ojos; pero se negó a sonreír... Una sonrisa convertiría en feliz un momento que debía ser intenso y desafiante. Ya habría luego tiempo de sonreír. Pero Salim, que conocía a Tarik demasiado bien, pese a todo, le guiñó un ojo.

No oyeron el resonar de los cascos sobre los adoquines hasta que fue demasiado tarde. El ruido se confundía con el griterío de la multitud. También tardaron en oír los disparos. Algunas balas rebotaron contra la piedra de los edificios antes de que la gente empezara a comprender lo que estaba sucediendo.

La expresión ardorosa de Tarik ante su gente se desvaneció, convirtiéndose en una mueca de confusión, al desplomarse varias personas entre el gentío. Se inclinó sobre la baranda de la terraza, intentando comprender lo que estaba pasando.

El sonido parecía llegar de las propias entrañas de la tierra. Desde todas las direcciones, desde cada avenida o calle que desembocaba en la plaza del mercado... Un murmullo ominoso. En un principio, la multitud lo intuyó. Luego, al quedarse más quieta, alertada por la sospecha, lo oyó.

Tarik se puso rígido. Sentía algo. El ruido era como un huracán que se acercara desde el desierto. Se aferró a la baranda.

A sus pies, la gente vio algo que él no podía distinguir y empezaron a dispersarse en todas direcciones. Su propio número les impedía moverse. Y de esa manera se vieron atrapados entre sí cuando desde las calles y callejas empezaron a llegar en todas direcciones algo semejante al rugido de leones, vomitando al propio tiempo una oleada de tropas imperiales a caballo. Centenares de soldados... con las bayonetas caladas, los fusiles en posición,

enarbolando pistolas y espadas. Era un océano de feces rojos y uniformes imperiales..., un estruendo de cascos y acero sediento.

Desapareció el entusiasmo creciente de la multitud. La intrusión se convirtió en un aparato mortífero al arrollar las legiones a todos cuantos se encontraban en su camino, disparando libremente desde la inexpugnable situación de sus monturas y derribando a infinidad de gente indefensa.

Tarik se quedó helado, asombrado, paralizado por el horror. En un principio, su mente se mostró incapaz de asimilar la carnicería que estaba teniendo lugar abajo. Creyó estar soñando. Debió de quedarse dormido después de beber con exceso o de haber comido carne en malas condiciones. Vefía, atónito, cómo los turcos reducían a la multitud de hormiguero a montón... y sólo comprendió que era real al ver una pierna humana atravesar volando la plaza semejante a un ave deformada.

Los soldados seguían llegando de forma incesante por todas aquellas calles que hubieran facilitado la huida de la gente, una marea de personas y caballos, presa fácil para la mutilación. El gentío se concentró, dominado por un pánico ciego. Los soldados lanzaron a sus relinchantes monturas contra la multitud, disparando y golpeando al azar, a la caza de Tarik, el cual contemplaba impotente cómo la gente caía a montones por las calles ante la barrera de hombres bien entrenados en la lucha. Sintió subirle la bilis a la garganta y encogerse el estómago mientras mujeres y niños perecían igual que los hombres, sin que existiera la menor piedad por parte de los turcos. A centenares. A miles. Muriendo porque se habían atrevido a escuchar. Y cuando su mirada encontró el cuerpo contorsionante de un niño de apenas seis años. Tarik sintió que se le paraba el corazón.

Rebuscó en su indumentaria y, embotado, sacó su revólver.

-¡Tarik! -La voz de Salim apenas era audible en el pandemónium de abajo-. ¡Tarik! ¡No!

Salim sabía que Tarik permanecería allí luchando, dispuesto a morir, como había prometido. Pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, se hizo realidad la posibilidad más horrible... Tarik retrocedió tambaleante, debido al impacto de una bala en el hombro. Agitó la mano y luego cayó. Salim, apretando los dientes, trepó desde la plaza hasta la terraza, pasando de ventana en ventana. Una vez allí, se arrodilló junto a Tarik. Levantó a su jefe y amigo, quitándole el arma del contraído puño y le obligó a ponerse en pie.

-¡Misha! -llamó Salim. Pero ya se aproximaban otros a la terraza. Inmediatamente, aparecieron nuevos revolucionarios para ayudarlo a llevarse a su jefe. No estaban dispuestos a perderlo, aunque él se hallase preparado para sacrificarse ante la carnicería causada por su presencia. Lo bajaron de la terraza, sin volver a entrar en el edificio, ya que, de haberlo hecho así, habrían caído en una trampa. Los soldados iban de camino, unas unidades selectas de Turcos Imperiales intentando abrirse camino hasta la terraza a través de la multitud. Querían a Tarik Pasha. Vivo o muerto, estaría en sus manos antes de terminar el día.

-¡Por aquí -Salim tiró del brazo ensangrentado de Tarik mientras los demás revolucionarios le empujaban y arrastraban a través de los callejones. La gente dejaba paso al hombre que

creían que iba a liberarles de la opresión, lo que era tanto como suicidarse para que Tarik Pasha pudiera vivir.

-No puedo dejarles -jadeó Tarik, tratando de retroceder hasta el lugar de la matanza, con los sentidos embargados de empatía e intensa lealtad. Se apretó con la mano la herida del hombro y quiso volver atrás.

-No podemos hacer nada por ellos -insistió Salim-. Ya llegará la hora, Tarik. Tenemos que irnos. ¡Deja ya de forcejear!

Salim y el pequeño grupo de revolucionarios lograron obligar a Tarik a abandonar la plaza del mercado, mientras las calles empezaban a enrojecer con la sangre. Se deslizaron entre los puestos y la gente dominada por el pánico, con el terrible eco de los alaridos retumbando en sus oídos. Tras ellos, surgiendo de aquel caos, los soldados del Imperio espiaban sus movimientos y espolearon a sus caballos, entre la gente, en dirección al hombre que era su objetivo principal.

Tarik aceptó las palabras de Salim con renovada angustia. No sólo tenía que encontrar alguna forma de sobrevivir a aquella brutalidad, sino que también había de superarla para convertirse de nuevo en el jefe. Avanzaron pegados a los muros de viejos edificios, a través de polvorientos sótanos y de apestosas defecaciones de animales en las acequias, siempre perseguidos por los crecientes alaridos en la plaza del mercado. Los soldados les perseguían; pero una vez dejaron atrás la multitud, incluso el mejor de los rastreadores hubiera quedado desorientado en la zigzagueante ruta por la que los revolucionarios le llevaban. A Tarik y sus hombres les impulsaban más el pesar y la furia que la desesperación. Vivirían incluso en aquella orgía de muerte. Vivirían para retornar, para continuar la lucha y para hacer saber al sultán Hasán que los ideales no se cercenan con tanta facilidad como los brazos y las piernas. En la plaza del mercado, que ya había quedado muy lejos, proseguía el ataque indiscriminado. Cuando los soldados comprendieron que habían perdido a Pasha, desahogaron su frustración en la gente de la calle. Crecieron los montones de cuerpos. Algunos alcanzaban la misma altura de los hombres a caballo. A los ciudadanos que huían, les derribaban con los sables o les disparaban haciéndoles caer junto a sus vecinos muertos. Estaban indefensos; pero sus héroes servirían de ejemplo.

La carnicería se prolongó durante dos horas largas. El viejo imperio había elegido aquella oportunidad para restablecer su supremacía. Mucho antes de que los turcos hubieran dado fin a la matanza, el hedor de muerte empezó a extenderse por Constantinopla.

Muchos habían perecido. Otros se hallaban mutilados esperando el momento de expirar. La sangre corría por los adoquines. El coro de lamentos se hacía todavía más fuerte que los vítores de aprobación que unas horas antes habían lanzado por el hombre que hablara a sus corazones. Todos los que pudieron escapar lo habían hecho ya y quedaban sólo quienes habían de morir. El inesperado ataque se convertiría en el tema de los comentarios callejeros durante los años siguientes. Así había sido planeado.

El comandante en jefe de las tropas imperiales turcas contempló la carnicería con mirada impávida. Luego, hizo seña a la multitud de mendigos y carroñeros que desde las callejas le observaban.

-Llevaos cuanto queráis -les dijo-. Y haced correr la voz de dónde habéis obtenido vuestro botín.

Hizo una seña a sus jinetes y se alejaron con paso tranquilo. Los mendigos entraron en acción y empezaron a vaciar los bolsillos de los muertos agonizantes.

El comandante en jefe no se sentía en modo alguno victorioso, aunque su ataque hubiera dejado bien establecida su premisa. En aquel momento, se daba cuenta de su error. La salvaje ofensiva había demostrado, con toda claridad, al pueblo quién tenía las riendas; pero le había hecho perder su presa, Tarik Pasha. A menos que fuera capturado pronto, la matanza se convertiría en símbolo de martirio. Aquella victoria sería una derrota patente si la gente seguía teniendo un líder. El populacho se levantaría de nuevo en seguimiento de Tarik Pasha, quien utilizaría aquella matanza a modo de trampolín emocional. Un hombre como Pasha sabría manejar bien aquel arma.

El comandante en jefe suspiró, reflexionando acerca de la efectividad con que los muertos pueden establecer el futuro para los vivos. La próxima vez tendría que mostrarse más sutil. Y desde luego habría una próxima vez con Pasha. Los hombres como él se sentían espoleados por ese tipo de derrota.

Pero, de momento... estaba el sultán. Un deber en modo alguno atrayente, tener que informar a Su Majestad.

-¿Y qué... hay... de Tarik Pasha?

La ira tensaba los músculos del cuello del intuir lo que estaban a punto de comunicarle. El comandante en jefe se puso rígido.

-Ha escapado.

Hasán se inclinó hacia delante con una ceja semejante a una lanza a punto de ser arrojada.

-¿Otra vez? -El insulto dio en el blanco-. Ya veo. ¿Acaso ese hombre es un ser sobrenatural? ¿Está hecho de algo que no sea carne y sangre?

El comandante en jefe respiró hondo para calmarse, reacio a explicar su fracaso. Ya era suficiente que Pasha hubiera escapado. Los detalles sólo servirían para empeorar su problema. Tenía plena conciencia de la presencia de otros en el salón..., el astrólogo de la corte y el Kislár Agha, dos hombres que siempre estaban rivalizando por el favor del sultán.

-¿Hasta qué punto puede resultar difícil encontrar a un hombre? -se preguntó el Kislár.

Aquello formaba parte de un antiquísimo juego... Haz resaltar tu valía poniendo en evidencia a otro. El comandante en jefe le miró hiriente.

Pero fue el astrólogo quien se encargó de rebajar al Agha.

-Evidentemente, tan difícil como enseñar a una mujer -observó.

Alzó siete dedos de sus aceitosas manos, indicando el número de semanas que la joya americana permanecía en el harén madura pero sin que nadie la recogiera.

El sultán los miró ceñudo.

-¿Dónde podrían esconder los revolucionarios a ese Pasha? -preguntó.

-En los alrededores del Imperio -supuso el comandante, dominándose para no encogerse de hombros-. En Siria..., Bulgaria..., Chipre... o Macedonia.

-Buscad por todos esos sitios.

-Pero es... Sí, Majestad, al punto.

Después de todo, valía la pena sacrificar algo por una retirada rápida.

En Macedonia, envuelto en las sombras del anochecer mediterráneo, Murat atravesaba el campamento militar ansioso de quitarse el uniforme y dormir un poco. Aquel puesto avanzado era corriente y aburrido y disponía de mucho tiempo para meditar, acaso de demasiado. Pensó en el Imperio y en el extraño sistema de su gobierno... un sistema que olvidaba al pueblo para ocuparse tan sólo del sultán y de sus militares. Durante las interminables y oscuras noches como aquella, Murat solía decirse que la mente de un soldado no debería estar ocupada hasta tal punto con la política. Después de todo, acaso su elección de la vida militar hubiera sido equivocada.

Al escuchar aquella voz susurrante que llegaba desde los pliegues de una tienda contigua, pensó que era su conciencia llamándole al orden. Pero, reflexionando mejor, se levantó y sacó el revólver.

-Tú eres Murat... -musitó de nuevo la voz.

Murat escudriñó en la oscuridad.

-Sal adonde pueda verte.

La tienda crujió. A la luz de un rayo de luna que había logrado atravesar las nubes, apareció un hombre joven, un forastero.

-¿Por qué quieres hablarme? -dijo Murat apoyando el cañón del arma contra el cuello del joven.

-No necesitas el revólver. Estoy desarmado.

Murat apretó el arma con más fuerza. Tal vez debía llamar a los guardias.

Misha se puso rígido, intentando convencerse de que Tarik no le hubiera enviado allí a menos que tuviera una excelente razón. Tragó con dificultad y siguió diciendo:

-Hay otros muchos como tú. Muchos que piensan que el sultán Hasán debería estar al frente de sus ejércitos y no retirado en su harén.

Murat apartó el revólver.

-¿Y tú cómo sabes lo que yo pienso?

-Tus soldados te respetan -dijo Misha- pero también conocen tus ideas. Tu actitud es transparente.

Murat frunció el ceño mientras recapacitaba. Era una extraña manera de decirlo. Meditó acerca de lo que aquel forastero decía... y no decía.

-¿Y dónde encuentro a esos hombres que piensan como yo? -preguntó midiendo las palabras.

Misha se volvió hacia él.

-Yo puedo conducirte hasta allí.

La reunión tuvo lugar en la hondonada de una colina cobijada en el corazón de la tierra. Dos jinetes se acercaron a un tercero que les esperaba. Se observaron mutuamente desde una distancia suspicaz. Luego, Misha se alejó con su caballo cumplida su misión.

Ambos jefes quedaron solos bajo la luna de Macedonia. El cabestrillo en el brazo de Tarik era la única prueba de la herida sufrida en la plaza del mercado. Todavía se hallaba débil, pero se negaba a revelarlo. Los dos cabalgaron hacia el abrigo de la colina. Como si estuvieran de acuerdo, desmontaron al mismo tiempo y empezaron a caminar junto con sus caballos mientras hablaban.

-La primera vez que nos encontramos fue en Siria, cuando capturaste a Salim y a los otros -dijo Tarik hablando despacio-. Pero lo que mejor recuerdo es cómo te seguían tus hombres. No es habitual tanta lealtad.

-¿Por qué has venido a Macedonia? -le preguntó de pronto Murat.

-Para averiguar si aún te siguen.

Los dos hombres empezaron a conversar. Lo hicieron durante media noche, mientras ardían los fuegos de campamento bajo un cielo que cada vez se hacía más oscuro. Tarik despertó la sensibilidad de Murat al hablarle, en primer lugar, de la matanza en Constantinopla. No le ahorró detalle alguno, porque habían de ser fuertes y aquel horror podía infundirles fortaleza.

-Asesinaron a centenares de personas. Fue algo imperdonable, y no pienso perdonarlo -dijo con un nudo en la garganta.

Finalizó así su larga y penosa historia, que le resultaba aborrecible recordar. Pero Murat debía conocerla.

-¿Hubo muchos turcos entre las víctimas? -preguntó al cabo de una larga pausa.

Tarik se encogió de hombros, sin llegar a comprender la intención.

-En su mayoría eran búlgaros, kurdos y albanos.

Murat se echó hacia atrás.

-Entonces, la pérdida fue más aceptable.

Asombrado ante aquella descarada insensibilidad, Tarik replicó con tono seco:

-No existen pérdidas aceptables cuando mujeres y niños yacen muertos por las calles.

Murat clavó en él una mirada vacua.

-¿Cómo vas a proteger a las mujeres ya los niños cuando provoques una insurrección general? Si te dispones a derrocar al sultán Hasán, deberás aprender a pensar como un soldado.

Tarik, forzado a dominarse, se humedeció los labios antes de contestar.

-El pueblo está con nosotros, pero no puede luchar contra los ejércitos del sultán. Tenemos hombres esparcidos por todo el Imperio, hombres preparados para pelear, dispuestos a la lucha. Pero, sin el respaldo del ejército, no podemos adoptar una decisión. Ése es el motivo de

que esté aquí. Necesitamos verdaderos soldados. Así que dime honradamente... ¿Te seguiría el Tercer Cuerpo de Ejército contra el sultán?

-No estoy seguro. Algunos sí lo harían -admitió Murat halagado por la idea.

-¿Y se lo preguntarías a ellos?

-Si llegamos a un acuerdo y si considero el momento oportuno... -Hizo una pausa y prosiguió-. Las vidas desaparecidas en la batalla son pérdidas aceptables cuando se alcanza la victoria; pero no arriesgaré a mis hombres en ejercicios políticos.

Tarik asintió.

-Te comprendo. Haré cuanto esté en mi poder para que esto sea algo más que un ejercicio político. Los días del viejo Imperio están contados. Lo juro por mi vida.

Cuando se hubo ido Murat y apuntaban en el horizonte macedónico los primeros rayos de sol amarillos y rosa, Salim encontró a Tarik todavía junto a las brasas, con la cabeza entre los brazos, que tenía enlazados alrededor de las rodillas. Salim, sentándose junto a él le zarandó con suavidad descubriendo que no dormía.

-Bueno, ¿qué piensas? -le preguntó.

Tarik suspiró.

-Su actitud resulta irritante. Es un fanático.

-Os parecéis mucho -observó Salim.

-¿Cómo puedes decir tal cosa? Es un nacionalista turco. Puede ser que rechace la supremacía del sultán; pero sigue afirmando la supremacía turca.

-¿Y qué? -Salim le dio un empujón con el hombro-. Tú crees en los derechos de todos los otomanos. De acuerdo con la retórica de la revolución, es una distinción insignificante.

Tarik, malhumorado, se quedó mirando el alba.

-Tuve la sensación de que vendería a su propia madre.

-Y tú me venderías a mí si hubieras de hacerlo -observó Salim.

Tarik lo miró.

Salim no sonreía. No estaba bromeando.

-Te quiero como a un hermano, Tarik pero sé que siempre estás dispuesto a sacrificar el individuo a la causa.

La verdad de aquello dejó sin argumentos a Tarik, que se volvió para seguir contemplando el cielo al amanecer. En él, vio el pelo rubio, los ojos azules y el valor indomable que había sacrificado a la causa.

El pelo rubio apenas brillaba a través del ondulante velo. Llevaba los ojos bordeados con *khol*, como es habitual en el estilo oriental, lo que hacía resaltar de forma asombrosa sus pupilas azules. Jessica se encontraba sentada, con inesperada complacencia, junto a Usta en su carreta, a la que seguían otras diecinueve carretas arrastradas por bueyes jóvenes con llamativos adornos, todas ellas recorriendo el bazar. Dominando la procesión las vetustas

agujas de la ciudad, hablaban de pasadas grandezas y victorias desvanecidas, mientras los frisos, mosaicos y azulejos describían las magníficas conquistas del pasado.

En cabeza de la comitiva, se erguía el Kislar Aghar, montando un vigoroso semental negro de fornidas patas y paso corto. En cada carreta iban dos conductores y viajaban varias mujeres del harén imperial, engalanadas con *yashmacs* hechos de tejido dorado con abalorios en los bordes y sujetos a la cabeza con coronas de piedras centelleantes. Sobre los hombros llevaban capas *teridje* de gruesos brocados de vivos colores. Al lado de cada carreta cabalgaban cuatro eunucos.

Los mercaderes del bazar empezaron a pregonar sus mercancías, confecciones y tesoros con superfluas florituras, mientras la procesión desfilaba lentamente entre los puestos y los carros. A las mujeres del harén les mostraron una variedad infinita de piezas de tela, chucherías de cobre de la India, abalorios de cristal, alfombras persas, cerámica y alfarería. Todo cuanto pudiera venderse se encontraba allí.

A Jessica le encantaba todo lo que veía. No porque deseara aquellas cosas, sino porque cada pieza, cada vendedor ambulante, cada pulgada que dejaban atrás las carretas, ponían una mayor distancia entre ella y el Palacio de Yildiz. Conocía el plan. Y conocía su sitio. Haría compras contenta, como se esperaba de ella. Lograría que Usta se sintiera orgullosa. Orgullosa e incauta.

Desde primeras horas de la mañana hasta la última hora de la tarde, las mujeres del harén del sultán Hasán recorrieron de punta a punta el bazar satisfaciendo sus caprichos. A pesar de que Usta seguía muy de cerca a Jessica, al final empezó a vagar, alejándose más cada vez que algo llamaba su atención. Jessica parecía florecer con aquella excursión de compras, animarse con la salida. Las dos caminaban despreocupadas por el bazar, seguidas de dos eunucos que llevaban los paquetes de sus adquisiciones.

-Si estuvieras en Inglaterra, tendrías que mirar los precios -dijo Usta a Jessica mientras examinaban una exposición de sortijas y brazaletes-. Pero aquí no se te niega extravagancia alguna. Las mujeres orientales controlan sus propias fortunas. Cualquier cosa que quieras es tuya.

Jessica aspiró profundamente, como si en realidad estuviera intentando asimilar aquella idea, acostumbrarse a ella y aprender a disfrutarla. Usta parecía complacida.

Jessica miró por encima del hombro.

-Hemos pasado junto a una tela... de un verde exquisito, como el mar cuando el sol lo ilumina en el punto exacto. Creo que podría hacerse un maravilloso camisón.

-Enséñamela.

Jessica guió a Usta y a los eunucos a través de los puestos, lejos del resto de las mujeres y sus servidores, echando un vistazo en derredor para calcular la distancia que había entre ella y las demás mujeres del harén.

-Creo que era por aquí. Usta la siguió dispuesta a darle gusto, tras hacer una seña a los eunucos de que las siguieran. Fueron tras Jessica por el bazar, dando vuelta a una esquina y

dirigiéndose hacia uno de los mercaderes de tejidos. Jessica cogió la primera pieza de tela verde que encontró a mano.

-Ésta es, Usta. Ésta es la que vi.

Usta farfulló algo en turco al comerciante que se encontraba en el puesto. El hombre del turbante sacó la pieza de entre las demás y se la mostró a las dos mujeres. Tenía la impresión de que iba a hacer una sustanciosa venta.

Jessica cogió entre sus brazos la pesada pieza.

-Mira que tacto, Usta. Es realmente... ¡maravillosa!

Usta recibió de pleno la pesada pieza, lanzándola contra los eunucos que perdieron el equilibrio a causa de los muchos y grandes paquetes que llevaban. Usta y los dos servidores cayeron hacia atrás sobre un vistoso muestrario de cuencos y jarrones de estaño pintados, que al caer sonaron como una alarma.

Jessica saltó por encima de la mesa en que estaban las piezas de tela y cayó al otro lado, en el siguiente corredor. Se puso rápidamente en pie y echó a correr veloz tratando de poner a salvo su vida y su libertad. Detrás de ella, Usta llamaba a gritos al Kislár. Sus voces hicieron que Jessica acelerara la carrera, derribando urnas y mercancías tan pronto como podía agarrar lo que se le ponía al alcance. Detrás de ella, crecía el desorden, lo que obstaculizaba la marcha de los eunucos que la perseguían siguiendo las órdenes del aterrado Kislár.

-¡Encontrad la!

La estentórea voz del Kislár resonó en aquellas vetustas calles. Una hilera colgante de ollas de cobre y chucherías la ocultaba perfectamente mientras atisbaba entre la batería de cocina y veía cómo los eunucos registraban el bazar a conciencia buscándola. Estaban haciendo preguntas a los mercaderes. Estupendo... eso significaba que habían perdido por completo su rastro.

Vigilaba, sin apenas respirar, los movimientos de los eunucos. Comprendiendo que aún se encontraba demasiado a la vista, optó por buscar un escondrijo mejor. Pronto se pondría el sol. En la oscuridad de la noche, podría escapar. Buscaría un caballo y cabalgaría hacia la libertad. Al desaparecer los eunucos detrás del siguiente edificio, salió sigilosamente de su escondite y bajó presurosa la calle en sentido contrario, deslizándose entre las hileras de puestos del bazar, haciendo caso omiso de las aterradas miradas de los hombres que no se atrevían a mirar la cara de una mujer desvelada. Dio la vuelta a una esquina y se dio de bruces contra el costado de un puesto. Rehaciéndose, intentó alejarse, pero descubrió que algo le tiraba del cuello.

-¡Maldición! -jadeó. Su *yashmac* se había enganchado en una astilla de madera. Tiró de él; pero sólo logró empeorar la situación, ya que el velo se enredó en un clavo flojo hundiéndose en las grietas de la madera. Sintió que se le oprimía el corazón. Empezó a respirar demasiado deprisa, tirando desesperadamente del velo, y cada tirón la hacía jadear más. Le templaban las manos cuando decidió soltar el broche que sujetaba el *yashmac* que llevaba sobre la cabeza a la tira de seda anudada a la garganta. La presión empezaba a ahogarla; pero siguió tirando. La

mercancía que había en el puesto eran juegos de té de cobre, los cuales empezaron a moverse, tintineando por la violencia de su desesperación.

Su garganta emitió un grito ahogado al sentirse retroceder, y transcurrieron algunos angustiosos minutos hasta que se dio cuenta de que había quedado libre. El velo le colgaba muy corto sobre los hombros. Lo habían cortado.

El cuchillo que realizara la hazaña aún brillaba al sol delante de ella. Un hombre, con atuendo musulmán, una cicatriz en la cara y el ojo izquierdo encogido, se encontraba frente a ella. Con una mueca, alargó el brazo cogiéndola de la mano.

-Tú vienes conmigo -dijo.

Jessica le dio un puntapié e intentó soltarse; pero la tenía bien cogida.

-Suéltame -dijo con voz ahogada.

Él la sujetó con más fuerza todavía.

-Te llevaré a la Embajada británica. A Charles.

Jessica se quedó quieta, mirándole. ¿Charles? ¿Cómo era posible que aquel montón de harapos conociera a Charles?

Los eunucos se estaban acercando. Jessica los presentía; los vio. Y tomó una decisión.

El espía musulmán la condujo por el laberinto de los puestos del bazar, con los perseguidores pisándoles casi los talones. Se dirigían hacia las calles abiertas, llenas de gente, donde podrían mezclarse con la multitud. Cuando estaban a punto de alcanzar las calles, el espía musulmán se paró de repente y la hizo retroceder.

-¿Qué pasa? -preguntó Jessica-. ¿Qué estás haciendo? Llévame con Charles. ¿Me oyes?

-No puedo -dijo el hombre-. Mira.

Tenían el camino bloqueado por las carretas del harén imperial, que habían sido colocadas rodeando el bazar.

Jessica empezó a temblar. El espía musulmán le hizo señas de que se cobijara entre los restos de una tienda medio derribada. Allí esperaron.

Jessica se acurrucó entre los pliegues de la tienda e intentó dejar de jadear. Charles... Charles la estaba buscando. Sabía que lo haría. No había perdido la fe. No le importaba lo que hubiera podido pasarle durante todas aquellas semanas. No le importaba la reputación que pudiera tener cuando, en Inglaterra, se hubiera corrido la voz de su cautiverio en un harén oriental. Libertad. Libertad. Sería otra vez dueña de sí misma. Había poseído riquezas y joyas y tuvo la oportunidad de traer al mundo a un hijo que gobernara una nación; pero nada podía compararse a poder ser dueña de la propia vida. *Libertad*.

-¡Atención! ¡Atención!

Jessica se sobresaltó. Era la atronadora voz del Kislar hablando en inglés.

-Hay una recompensa por esa mujer que se oculta entre vosotros. Una recompensa que os hará ricos. Jamás tendréis que volver a vender mercancías en el bazar. Miradme y decid si no puedo pagaros la recompensa de que os hablo.

Cediendo a la tentación, el espía musulmán atisbó desde su escondrijo y vio, en efecto, la magnificencia del brocado del Kislár que cabalgaba entre los puestos sobre su valioso y bien alimentado caballo.

-Esa mujer pertenece a vuestro soberano, el sultán Hasán -siguió diciendo el Kislár-. Y nadie podrá pagar un precio más alto.

-Charles le pagará más -susurró Jessica inclinándose hacia el espía.

Pero sabía de antemano que había perdido. La cara del musulmán se iluminó con una expresión exultante. Nadie en el Imperio podía superar la oferta del sultán. Y mucho menos un empleado de Embajada.

-¡No! -exclamó Jessica con aspereza-. ¿Dónde está su sentido del honor?

El hombre la agarró por la muñeca.

-En mi bolsa.

La arrastró fuera de la tienda.

-¿Es ésta la que están buscando? -le gritó al Kislár. El Kislár hizo dar la vuelta a su corcel negro. Sonrió.

8

-¿Por qué he de verlo? ¿De qué servirá?

Jessica intentó soltarse de la mano férrea del Kislár mientras la obligaba a caminar por un corredor de mármol hacia las cámaras de la Kadin. ¿No era suficiente que estuviera de nuevo en aquel mundo de jaulas? ¿Tenía que verse también sometida a otra audiencia de la Kadin? Pero, a medio camino del corredor, el Kislár se detuvo e hizo una seña a los tres eunucos que les seguían. Obligó a Jessica a pararse. Inmediatamente, los tres servidores apoyaron los hombros en una sección del muro. Jessica pensó que se habían vuelto locos hasta que el muro empezó a moverse. Un pasadizo oscuro y lúgubre conducía... ¿a dónde?

-¿Qué va a hacer conmigo? Exijo que me lo diga.

La voz trémula de Jessica daba al traste con cualquier intento de parecer enérgica.

-Tú no puedes exigir nada -le dijo el Kislár-. Si tu pelo fuera oscuro, es posible que ni siquiera estuvieses viva.

El pasadizo estaba oscuro y frío, al apoyarse Jessica en el muro húmedo para recuperar el equilibrio, lanzando al Kislár una mirada entre contrita y despreciativa. Él la siguió. La columna de mármol giró tras ellos. De la oscuridad habían pasado a las tinieblas.

-Camina.

Jessica se irguió.

-¿Cómo? Si no veo nada.

Avanzó palpando el muro, con la carne de gallina por la sensación de líquen y lógamo y la proximidad del Kislár. Pronto empezaron sus ojos a adaptarse... Al dar vuelta a una esquina, vio brillar una luz. Avanzó presurosa hacia ella.

Recortada en las sombras, apareció una cara con destellos amarillos. Jessica ahogó con ambas manos un chillido y retrocedió tropezando con el Kislár.

-Pase lo que pase, veas lo que veas, no hagas el menor ruido -le dijo una profunda voz femenina-. Y no te derrumbarás.

-Usta -musitó Jessica, distinguiéndola finalmente a través de la distorsión creada por la llama de una vela que la mujer llevaba en la mano.

La condujeron por el corredor hasta un mundo de pesadilla. Al final del pasillo, había luz y una pantalla enrejada sobre las cámaras abovedadas de la Kadin. Jessica no se había dado cuenta de que el pasadizo ascendía; en aquellos momentos, se encontraban sobre el salón de audiencias de la Kadin, mientras abajo tenía lugar un juicio.

La Kadin estaba examinando a Geisla que permanecía eél pie ante la elegante mujer griega, flanqueada por dos eunucos que doblaban la estatura de la joven.

-Corren rumores de que estás embarazada -se hallaba diciendo la Kadin.

Se puso en pie, se alisó sus voluminosos ropajes y avanzó hacia Geisla. Contempló a la joven para ponerla en su sitio y luego, apartándole la capa de los hombros, le puso la mano sobre el abdomen.

-Acaso sean sólo rumores.

Geisla cayó de rodillas en un saludo de subordinación.

-Hace más de dos meses. Estoy segura de que llevo un hijo.

En su elevado cubículo, Jessica aspiró lentamente. ¿Dos meses? A ella le parecían más bien dos años; pero dos meses eran ya mucho tiempo para que nadie hubiera acudido en su busca y no hubiera ocurrido nada que propiciara sus oportunidades de libertad. Tan sólo el espía traidor en el bazar ofrecía algún indicio de que Charles estaba interesado en encontrarla y demostraba de forma concluyente que no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Tenía que arreglárselas por sí sola.

La Kadin ladeó la cabeza y, con movimientos elásticos, se dirigió de nuevo a su diván, reclinándose en él al tiempo que comentaba:

-Debes ser muy feliz.

Geisla hizo un gesto enfático de asentimiento.

-Lo soy. Muy feliz.

La Kadin sonrió. Aquella sonrisa estremeció a Jessica.

-¿Y quién es el padre? -preguntó la Kadin.

La expresión de Geisla era un mundo de sobresalto escandalizado.

-¿Qué quieres decir?

La Kadin se volvió perezosamente hacia las otras mujeres que se encontraban en la habitación.

-Debe de haber habido tantos que la muchacha no sabe a ciencia cierta quién es el padre -les dijo.

Las damas rieron; pero sus miradas parecían heladas, aterradas.

Jessica engarfió los dedos en el enrejado y se esforzó por ver mejor. Las manos se le habían quedado repentinamente frías.

Geisla se levantó y dio dos pasos calculados en dirección a la Kadin. Parecía más adulta que cuando cayera de rodillas.

-No hay más que un padre. Sólo puede haber un marido...

La Kadin la interrumpió.

-¿Marido? No puede haber marido alguno hasta que no hayas tenido un hijo.

-Cuando lo tenga, todo el mundo sabrá que el padre es el sultán -anunció Geisla con su voz clara y juvenil-. Nuestra unión está registrada en el gran libro. Por lo tanto, estoy protegida, incluso de ti.

Los gruesos labios pintados de la Kadin se fruncieron de forma desagradable.

-Traedme el gran libro.

Jessica sintió correrle el sudor por debajo de los ropajes. ¿Funcionarían las... reglas? Tenían que funcionar.

Presentaron el gran libro a la Kadin. La mujer lo dejó en el diván junto a ella y, con aire indiferente, fue volviendo las páginas, después de examinar cada una de ellas.

-No encuentro nada... no existe registro alguno tuyo, querida.

Un doloroso asombro desorbitó los ojos de Geisla.

-¡Pero tiene que estar! ¡Yo misma vi cómo escribías la entrada!

La Kadin encogió un hombro.

-Acaso se me haya escapado. Deja que vuelva a mirar. Acercaos, vosotras, ¿Veis a Geisla registrada en alguna parte?

Las mujeres se arremolinaron alrededor del libro, examinando las páginas. Una tras otra fueron retrocediendo con un ademán negativo de cabeza.

-¡Pero si ni siquiera saben leer! -chilló Geisla. Los eunucos la hicieron retroceder. La Kadin cerró de golpe el libro.

-Acaso alguna de vosotras recuerde la noche en que Geisla llamó la atención del sultán. ¿Recuerda alguien aquella noche?

Nuevos movimientos negativos de cabeza.

Jessica, aferrándose a la reja, abrió los labios para proclamar la verdad pero una mano seca le tapó la boca.

-Aquí no tienes poder alguno -musitó a su oído el Kislár-. En el palacio del sultán Hasán, la muerte es un recurso fácil. Mantente tranquila y es posible que no mueras.

La terrible realidad la dejó inmóvil, La voz de Geisla se hizo tenue.

-¿Por qué me hacéis esto?

-Me limito a seguir la ley -dijo la Kadin.

-¡Pero si tú eres la Kadin primera! ¡Nadie puede quitarte ese derecho!

-No existe registro de tu unión con el sultán Hasán. Y eso te convierte en infiel o en embustera. Tal vez ambas cosas.

-¡Mi hijo no representa amenaza alguna para ti!

Los eunucos arrastraron a Geisla a través de la cámara, en dirección a la inmensa bañera de mármol de la Kadin, mientras las damas de la Corte formaban en fila de ceremonial. Geisla gemía. Le quitaron la camisola y la alzaron sobre un costado de la bañera, con la mayor gentileza. Incluso desde el segundo piso, Jessica pudo escuchar los suaves sollozos de su amiga, como si se encontrara cerca de ella.

Al recordar la advertencia del Kislár, Jessica permaneció silenciosa. Se mordió los nudillos hasta hacerlos sangrar. Geisla gritó.

Los eunucos la obligaron a meter la cabeza en el agua perfumada. Luego, llegó el espantoso y aterrado chapoteo. Otro grito... éste seguido de angustiosos gorgoteos. Jessica dio media vuelta con los brazos enlazados alrededor de la cabeza, temblando como los abalorios en la muñeca de una danzarina. En su cerebro, seguía oyendo el grito, el chapoteo.

Se hizo un silencio terrible. La paz dentro de una paz inexistente.

Unas manos la ayudaron a levantarse y la condujeron de nuevo al pasadizo. Apenas se daba cuenta de que caminaba y sólo tenía conciencia de sus propios sollozos desgarradores.

De entre las sombras, le llegó la voz de Usta que la hizo volver a la realidad.

-Ponte en pie. Domínate. Todo ha terminado. Debes aprender ¿Comprendes ahora que *tienes* que aprender?

Jessica se apoyó en el limoso muro y se exigió a sí misma dejar de sollozar. Sus ojos, ahora enrojecidos, se quedaron mirando la tenue luz de la única vela.

El Kislár se colocó junto a ella.

-Ya sabes lo que les pasa a las jóvenes sin protección.

Parecía como si Kislár Agha fuera el amo de la realidad, al menos por el momento. Jessica sentía arder la furia en su interior, una ira incontenible frente a la Kadin y frente a las extrañas costumbres que daban el poder a quienes eran lo bastante listos para utilizarlo. En cuanto a ella misma se refería, sólo sentía desprecio. Jamás sería libre actuando fuera de aquel sistema. Y no podía proteger a sus amigos, como Geisla hubiera necesitado que la protegieran. O protegerse a sí misma. Había que introducirse en el sistema. El poder se ofrecía por todas partes, semejante a manzanas de oro listas para que las cogiera el más sabio, el más astuto... Su miedo y su repugnancia la hicieron estremecerse. Pero se esforzó en mantenerse fría, prometiéndose a sí misma permanecer así.

Se volvió a Usta y al Kislár con una expresión de convincente sumisión.

-Enseñadme lo que necesito saber.

Necio es el hombre que intenta gastar sólo una cara de la moneda. El espía musulmán se solazó tumultuosamente con su recién adquirida fortuna y pronto imaginó una forma de aumentarla. Sin vacilar ni un momento, se alejó del Kislár y tomó el camino de la Embajada inglesa, donde encontró a Charles Wyndon lejos de su escritorio, mirando a través de una ventana.

Al abrirse sigilosamente la puerta, Charles se volvió y observó ansioso que su espía había entrado solo.

-¿Hay algo?

-Sé dónde está -le dijo el hombre.

-Siéntese -le indicó Charles-. Y dígame lo que sabe.

El espía siguió en pie.

-Primero el dinero -exigió. Inmediatamente, se llevó a cabo la transacción, sin preguntas ni vacilaciones. Aquello resultaba satisfactorio para el musulmán, que se guardaba mucho de intentar que le pagaran sus semejantes sin haber entregado antes la mercancía. Pero estos ingleses eran tontos y resultaba fácil manejarlos. De manera que le contó cuanto sabía, dejando de lado los detalles que no le convenía revelar.

Sin detenerse a pensarlo ni un momento, Charles llevó ante su superior la costosa información, seguro de que ahora tenía una ventaja.

El embajador Grant se encontraba sentado en actitud patriarcal en su impecable sillón tapizado de terciopelo detrás, de su también impecable escritorio. Resultaba fácil mantenerla despejada, ya que era Randolph, su agregado, quien hacía casi todo el trabajo. Randolph se encontraba sentado también cerca de la mesa, tomando notas. Levantó la vista al interrumpirle Charles.

-Le ruego que me perdone, señor -se apresuró a decir Wyndon-. Lamento interrumpirle; pero tengo noticias muy importantes.

-Entonces adelante -le animó Grant, enarcando sus cejas blancas y abundantes; su tono revelaba cortés simpatía, un instrumento siempre preparado.

-Acabo de recibir noticias del paradero de mi prometida.

-¿De veras?

-La retienen contra su voluntad en el palacio del sultán.

Cayó el silencio como una losa.

Grant se aclaró la garganta y miró a Randolph.

-Siéntese -dijo a Charles, y esperó hasta que su invitación, o más bien orden, fue aceptada-. Ahora dígame dónde ha obtenido la información.

-Contraté a un hombre. A un nativo.

-Un nativo. Ya veo...

-Supuse que alguien conocedor de la zona tendría más posibilidades de aportar una información exacta que...

-¿Y cuánto pagó por esa supuesta prueba?

Charles se sentó de nuevo, captando la mirada de advertencia de Randolph.

-Mucho, señor.

-Esto es muy inquietante. Realmente muy inquietante -dijo al tiempo que descargaba todo su peso sobre el codo apoyado en la piel que revestía la mesa.

-¿Qué piensa hacer?

-¿Hacer?

-Ahora tengo pruebas de que Miss Grey se encuentra prisionera, señor -repitió Charles, presintiendo la evasiva-. Naturalmente, hemos de disponernos a pedir su liberación.

El embajador Grant habló midiendo sus palabras.

-No podemos actuar sobre la base de tan grave acusación a menos de que estemos completamente seguros. Y su «prueba», como usted la llama, es discutible en el mejor de los casos. Quiero decir, Charles..., ¿podemos aceptar la palabra de un hombre que se gana la vida vendiendo secretos, que pide dinero por su información? -Hizo una mueca de desagrado-. ¿Un musulmán? No, hemos de proceder con cautela. Sugiero que continúe la búsqueda y trate de encontrar una prueba más positiva de que Miss Grey se encuentra, siquiera, en palacio. Y ahora, si me perdona, tengo un compromiso para almorzar. ¿No es así, Randolph?

Randolph se levantó.

-Sí, señor. Con Mrs. Bridesley y su sobrino.

Grant se puso en pie con cierta pesadez y se arregló la corbata ante un espejo con marco dorado que había detrás de su escritorio.

-¿Su prometida es americana, Wyndon?

Hizo la pregunta como si aquello formara parte del motivo de la desaparición de Jessica Grey.

Tal inferencia sacó de sus casillas a Charles.

-Su padre es... era inglés.

-Ah, sí. -El embajador Grant se dirigió hacia la puerta-. Claro.

Se movía despacio, con meticuloso aplomo; pero tuvo buen cuidado de cerrar la puerta tras él dejando una fatal impresión en los dos hombres que permanecían en el despacho.

Charles cerró los ojos y los puños.

-Puedes decirle a ese asno presuntuoso y altanero que le traeré su prueba.

Randolph se guardó la pluma en el bolsillo y miró a Charles con una mueca de auténtica simpatía.

-¿Lo quieres de forma oficial u oficiosa?

Charles se volvía hacia él para contestarle cuando de nuevo se abrió la puerta. La voz del embajador Grant le hizo pararse en seco.

-Creo que he olvidado mis cigarros.

-Están en el cajón de arriba, señor -se apresuró a decir Randolph-. A la izquierda, me parece.

Cambió una mirada culpable con Charles, mientras el embajador rebuscaba en su escritorio..

-Aquí están. -Grant se enderezó con una caja de cigarros turcos de una mezcla especial-. Le aseguro, Charles, que cuando pueda presentar una prueba irrefutable este «asno presuntuoso» comenzará en seguida las negociaciones para que Jessica sea liberada.

La cara de Charles se puso del color del terciopelo del sillón e hizo un gesto de asentimiento. Antes de que el embajador hubiera abandonado por segunda vez la habitación, ya había concebido un nuevo plan.

La ladera de césped, bien abonada, cuidada y recortada, brillaba con una tonalidad perfecta verde jade bajo el sol del mediodía, y presentaba la base para un anfiteatro natural. Arriba, entre la hierba y el sol, los hombros atezados de los trabajadores relucían por el sudor mientras iba tomando forma una monstruosa jaula de pájaros, que debía quedar terminada, en un plazo fijado, para ser luego encalada y engalanada con parras y dispuesta para albergar al harén completo del sultán Hasán. Allí se sentarían sus concubinas reales para ver los ensayos del conjunto de baile en el teatro que había abajo. Los operarios trabajaban sin descanso, indiferentes a los relucientes cuerpos de muchachos todavía impúberes ensayando una danza sensual cuyo significado aún no comprendían. Dentro de ocho días, sería el cumpleaños del sultán y sus celebraciones alcanzarían hasta los lugares más recónditos del Imperio, llevando alegría o condenación.

Dentro del palacio, se realizaban otros preparativos. Otros ensayos.

En una habitación en penumbra, iluminada sólo por los destellos rosados de un único fanal, Jessica se encontraba sentada en el borde de la acolchada cama de Usta, observando a su mentora practicar una danza sensual, con el cuerpo envuelto en una gasa transparente, de un dorado trémulo bajo la luz. Las ondulaciones que mostraba a Jessica hablaban por sí solas. Como aula de aprendizaje, aquellas cámaras tenían esa noche un ambiente peculiar de sumisión: la de Jessica a su aprendizaje; la de la mujer al varón. Usta no profirió una sola palabra, pero describía las formas de un hombre con sus bellísimas manos. Debajo de la tenue gasa, un cuerpo que una vez tuviera la firmeza de la juventud, se amoldaba ahora a un hombre imaginario con la elegante habilidad de la experiencia. La edad se convertía en algo deseable, ya que ninguna jovencita sería capaz de moverse con esa fascinación especial. Incluso para otra mujer, los movimientos eran excitantes tentadores.

Usta se arqueaba, se inclinaba y giraba con experta gracia. Jessica se exigió a sí misma una absoluta firmeza... Se resistió a ruborizarse o apartar la mirada. Desde luego aprendería lo que hiciera falta para alcanzar poder dentro de la estructura de la política de palacio. Si no lograba su libertad bajo mano, la obtendría por el poder. Para ello tenía que ganarse al sultán Hasán, y Usta conocía la fórmula. Durante los próximos días, acaso durante semanas, Jessica Grey olvidaría su crianza civilizada y se retiraría a un mundo del pasado donde se imponían los hombres y mujeres de mayor carisma.

Observó atenta la poesía sexual y grabó cada acto en su memoria, forzándose a imaginarse a sí misma en aquel papel, con el sultán debajo de su cuerpo. Adivinó las formas del cuerpo del sultán Hasán mientras las manos y las piernas de Usta describía lo que más hacía disfrutar al soberano. Jessica captó todos aquellos movimientos, grabándolos en su memoria, haciéndose fuerte para lo que habría de venir.

-Es una cosa agradable -dijo por fin Usta, en voz baja-. Puedes conseguir que te guste hacer el amor aunque no ames al hombre. Es algo inherente a la mujer, Jessica. Echate en la cama, cierra los ojos y te lo diré.

Jessica se tumbó incómoda entre los cojines de brocado e intentó relajarse.

-Cierra los ojos -repitió Usta en tono cariñoso- y escucha lo que vale la feminidad. Está bien..., está bien. Yo no soy nada y tú eres todo el futuro, querida. Como mujer, aprenderás sobre ti misma... cómo sentir placer mientras das placer a un hombre. Descubrirás el dominio especial que poseemos sobre los varones. Ellos creen que nos hacen el amor; pero... no. Es todo lo contrario. Como ser sensual, la mujer lleva en sí la plenitud de la vida y todos sus frutos. Sin ella, jamás puede haber amor. Todo es tuyo para utilizarlo como quieras, para guardarlo en tu corazón... ¡Ah, es tan glorioso! El conocimiento asusta. Lo sé. Pero sin él no hay nada. Una mujer inteligente sabe cómo y cuándo utilizar cuanto posee... su mente, sus piernas, sus muslos, sus senos, sus manos dedo a dedo. Es una sinfonía, Jessica, una sinfonía.

La muchacha sentía un cosquilleo en los brazos mientras escuchaba esparcirse en derredor suyo con los ojos cerrados, todas las emociones de Usta. Aquella mujer tenía un pasado increíble que compartía, y aún corría la savia por la planta. La voz de Usta todavía se escuchaba trémula de excitación ante la perspectiva de la feminidad, de hacer el amor a un hombre como un arte muy especial.

Con aquellas imágenes en la mente, Jessica evocó al hombre que la había llevado allí: Tarik Pasha, un perturbador nombre extranjero para un hombre tan perturbadoramente civilizado. Hablaba de entrar en el siglo XX; sin embargo, retrocedía al pasado para poder esclavizarla con vistas a ciertos beneficios. Pero no le gustaba actuar así... Jessica había pasado con él el tiempo suficiente para estar segura de ello. La había tratado con amabilidad, con pesar. Se había referido en tono sombrío y con amargura a su casa, y ella dejó de pensar que el beneficio que pudiera obtener del sultán Hasán fuera económico. Alguna otra cosa estaba en juego en aquel trueque, algo por lo que él consideraba que valía la pena cambiarla. Si ella fuera capaz de descubrir lo que había al otro lado de la negociación, acaso consiguiera comprar de nuevo su libertad. Para ello necesitaba... poder. Debía alcanzar ese poder dentro del propio palacio.

Usta dio unas palmadas sacando a Jessica de sus pensamientos. Al levantar la vista, vio a varias esclavas que entraban en fila a las órdenes de Usta.

-Ahora te darán masaje -dijo ésta a Jessica-. Te perfumarán. Te cuidarán en todos los sentidos. Permanecerás aquí durante una semana, querida. Lo primero que tienes que aprender es a sentarte a gusto, con tu propio cuerpo, a relajarte con tu desnudez. Jamás te hallarás cómoda con un hombre hasta que aprendas a estarlo contigo misma. Y ahora empecemos.

Dos esclavas se acercaron a Jessica. Usta se apartó, juntando sus largas manos con gesto de aprobación. Las jóvenes dejaron caer la túnica de Jessica, la cual cerró los ojos al sentir sus senos desnudos ante personas extrañas.

Aquella noche, los tableros de frío mármol de los baños imperiales turcos conocieron un ambiente especial, algunas velas más, nuevas especias en las engañosas aguas, el crujir de camisolas de hilo... mientras comenzaba el ritual de convertir a una joven en mujer. Jessica yacía sobre uno de los mármoles, entre abatida y desesperanzada. Unas esclavas le daban masaje en los hombros, relajaban los grandes músculos de su espalda, le acariciaban los

muslos, le pasaban los nudillos por las pantorrillas. Poco a poco empezó a calmarse su tensión.

El segundo día, las esclavas hicieron antiguas mezclas de harina de arroz y aceite, y se apresuraron a llevarla a los baños antes de que se enfriara, como si la fórmula hubiera consistido, desde siglos, en correr a los baños del harén. Embadurnaron el cuerpo marfileño de Jessica con aquella mezcla, extendiendo la cremosa sustancia sobre su estómago, senos, hombros, cara, incluso en la planta de los pies. Luego Jessica volvió a recostarse, y cerró los ojos, incapaz de resistirse a aquel cálido cosquilleo. Junto a ella, las esclavas mantenían el agua humeante en grandes recipientes para conservar caliente y flexible aquella mascarilla.

El tercer día, empezaron a darle masaje en las manos y en los pies. Le frotaban el cuello y pasaban sus jóvenes dedos por debajo de la barbilla. Jessica ya no eludía su contacto. Era extraño lo deprisa que se había acostumbrado a ello. Ahora podía dejar que la tocaran sin resistirse. Sus ojos se cerraban a impulso de la sensualidad que recorría su cuerpo como la sangre en las venas.

Al cuarto día, se sumergió en el baño con pétalos de rosa, mientras las manos de las esclavas le recorrían el cuerpo por debajo del agua. No veía sus caras mientras se agitaban junto a ella. Allí la fragancia era embriagadora, induciendo a las ensoñaciones. Dejó caer la cabeza y soñó.

Al quinto día, flotaba en los baños sin que la indujeran a ello. Se tumbaba en el diván de seda como si siempre lo hubiera hecho. Recordó a Tarik Pasha con menos desprecio, con más indulgencia, pensado en tocarle y tentarle con su propio estilo de captura, tal como él la había lanzado a su mundo sin darle siquiera una oportunidad. Soñaba en los baños, inhalando los afrodisíacos compuestos de hierbas, hasta que los ojos de Tarik brillaban como dos perlas negras en su mente. Un amante oriental... El amor puede ser un tipo de venganza.

Cuando terminó la semana, Jessica se erguía igual que una reina sobre sus esclavas. La túnica recogida en los hombros, descubría su espalda. Las esclavas se la cubrieron igual que los brazos, con polvo de oro, que extendieron de modo uniforme sobre la piel marfileña, a la que otorgaba un aspecto muy diferente que a la bronceada de las mujeres orientales. En Jessica, el destello dorado brillaba como un topacio y tenía una densidad distinta. Al levantar el brazo, relucía a la luz del sol de mediodía. Sí. Muy bien. Se sentía complacida. Hizo un leve movimiento de cabeza a las esclavas mostrando su satisfacción y alzó la vista hacia los rayos solares en franco desafío.

Era el cumpleaños real. La semana de furiosos preparativos, de ensayos, de afanes culinarios, había llegado a su momento culminante.

Una vez que el conjunto de baile terminó los ensayos, cuando el sol empezaba a ponerse, se encendieron largas filas de antorchas así como faroles de gas, para iluminar el escenario y la zona donde el sultán Hasán se sentaría y donde su harén imperial reposaría dentro de las rejas de la jaula.

Usta, ahora ya velada y vestida de modo adecuado, caminaba junto al Kislár Agha, asegurándose de que se encontraban fuera del alcance de los oídos de los trabajadores que

seguían afanándose en terminar los últimos detalles del escenario y de las plataformas desde las que se contemplaría el espectáculo.

-¿Está preparada? -preguntó el Kislár.

-¿Para que el sultán la vea? Sí -contestó ella-. ¿Para que el sultán se acueste con ella? -Usta se encogió de hombros.

Jessica parecía dispuesta a aprender a hacer el amor a un hombre... Tal vez demasiado ansiosa para parecer realmente sincera o para aprender por su propio bien. Pero había prestado atención y no se había mostrado reacia.

-No es el tipo de joven a la que se conoce a primera vista -declaró-. No puedo saber cómo se comportará en la cámara del sultán. No puedo garantizar nada.

-Debe comportarse bien -dijo pensativo el Kislár-. El precio que pagué por ella pone en peligro mi vida si llega a disgustarle. Si hubiera entregado joyas o monedas, las cosas no estarían tan mal. Ha de darle la pasión que él quiere, o correrá la sangre... La suya, la tuya y la mía.

-Esperemos, pues.

Usta alargó el paso para mantener el ritmo del Kislár. Siempre que estaba nervioso andaba más de prisa; Usta intentó que acoplara la marcha a la suya para que nadie se diera cuenta de su tensión.

-Ahora la están preparando. Las esclavas la han perfumado y empolvado, y ha aceptado los sutiles velos que mostrarán su cuerpo al andar. Habremos de esperar a conocer su interior.

-¿Qué llevará esta noche?

-El color que mejor le sienta: un intenso verde pavo real... Irá toda cubierta de seda. Sin joyas -advirtió Usta-. Sólo unos rubíes en el tocado. -Miró ante sí, a las parras vírgenes que se volvían color magenta bajo la luz del sol poniente-. Cuando yo era la amante del sultán, jamás lucía mis joyas. Dejaba que las llevaran mis esclavas. Me seguían completamente desnudas, portando bandejas de diamantes y rubíes. -Sus labios esbozaron una sonrisa y alzó una ceja-. Era de gran efecto.

El Kislár inclinó hacia ella su cabeza de ébano.

-Aún sigues siendo efectiva -le dijo.

Poco después de la puesta de sol, empezaron a llegar los invitados del sultán Hasán. Se les acomodó en sus asientos para presenciar el baile, al otro lado de la gran plataforma en la que se instalarían el soberano y sus consejeros, a la izquierda de la impresionante jaula de doradas rejas, con sus espesas parras vírgenes destinadas a ocultar a las mujeres del harén. Aquellas misteriosas mujeres, motivo de leyendas y rumores, aparecerían sólo como relámpagos de ondulados velos multicolores entre las ramas de parra y los barrotes. Los invitados eran en su mayoría europeos residentes en Constantinopla, y había entre ellos muchos miembros de la Embajada británica, que ocupaban asientos preferentes.

Mientras Charles seguía al embajador Grant hasta su lugar, dirigió la vista, escudriñador, a la jaula del harén. Randolph, que iba detrás, le empujó con suavidad para que siguiera andando. Miraba la jaula de modo obsesivo.

-Tal vez no debiera haber venido -sugirió el embajador a Charles, al tropezar éste con él sin darse cuenta de que habían llegado a sus puestos.

Charles apretó los labios con fuerza.

-Está ahí. Puedo sentirlo. Y acaso ella sienta también de alguna forma que estoy aquí... que no me he dado por vencido.

La orquesta, albergada en un amplio cubículo al pie del escenario, atacó los primeros compases de una turbulenta marcha oriental y empezó el espectáculo. Todos menos Charles se sintieron cautivados ante el desfile de gentes con diversos atuendos que atravesaron armoniosamente el escenario y, al llegar al centro, descendieron hasta el público para pasar por el pasillo central.

El espectáculo había sido concebido para exhibir la heterogeneidad del Imperio del sultán Hasán, y allí estaba representada la totalidad de los grupos, desde los elementales griegos a los nómadas del desierto. Servia, Siria, Bulgaria, Arabia, Armenia, Turquía... todos se hallaban presentes aquella noche, enmarcados con gran boato; cada indumentaria era presentada por la más bella o el más apuesto de aquella raza. El público se mostraba deslumbrado. Todos salvo un joven con traje a rayas.

Seguía sin apartar la vista del sultán, con una mirada de rencoroso desprecio.

Hasán contemplaba el deslumbrante espectáculo con estudiado hastío regio. Sobre su túnica negra, centelleaban numerosas medallas y condecoraciones carentes de significado, contrastando de forma acusada con la gigantesca pluma blanca de garceta prendida en su fez rojo por un conjunto de diamantes y zafiros.

Charles miraba con fiereza. Randolph empezó a sentir sudores y dio con el codo a Charles al cambiar la música, indicándole el escenario donde iba a representarse un fragmento de *Madame Butterfly*. Intervenían en él ágiles cuerpos jóvenes empolvados de un blanco rosado. Bajo las crudas luces del escenario, se agitaban primorosos trajes orientales y todo cuanto Charles pudo decir fue un indiferente:

-Sí, son encantadoras...

El embajador Grant esbozó una sonrisa bajo su bigote.

-En realidad son muchachos -murmuró disfrutando con su escandalosa información.

Charles se volvió para mirar de nuevo a Hasán. Se levantó de un salto. El sultán había desaparecido. Desesperado, escudriñó el abarrotado anfiteatro hasta divisar la pluma blanca de garceta moviéndose entre un círculo de feces hacia la dorada jaula del harén, así como a los guardias que acompañaban a su soberano. Charles apretó los puños.

-Espero que no estará pensando en hacer ninguna tontería -le advirtió el embajador Grant, imponiéndose con dureza de su tono.

Charles, otra vez rígido como una bayoneta, ocupó otra vez su asiento.

El sultán Hasán desapareció en el interior de la dorada jaula. Entre el grupo de mujeres, las más deslumbrantes del Imperio y acaso también de fuera de él, hubo un movimiento de excitación. Se ondulaban semejantes a un océano velado, centelleando su variedad indescriptible de joyas al dejar caer inmediatamente sus velos y adoptar las expresiones más seductoras.

Siguiendo un movimiento reflejo, Jessica se dispuso a quitarse el velo. Usta, con ademán sutil la detuvo. Pronto la pregunta silenciosa de Jessica dio paso a la comprensión.

Incluso los eunucos negros que formaban la gran fila observaron su presencia. La única mujer velada en un mar de bellezas. Ni la Kadin, rodeada a modo de cebo, de jóvenes impúberes casi desnuda no podía competir con aquella táctica sutil. A través del ondulante panorama, el sultán miró a Jessica.

Y también la Kadin. Así como el eunuco. Jessica seguía con la mirada baja, contemplando el baile. Sintió fijos en ella los ojos del sultán y se esforzó en contener los aprensivos latidos de su corazón, aunque sin apartar un momento la vista del escenario.

El sultán, que se había detenido cerca de la Kadin, cambió de dirección entre aquella manada de mujeres. Avanzó, hipnotizado hacia Jessica. Sólo cuando estuvo junto a ella, la joven levantó los ojos.

-¿Por qué sigues con la cara cubierta? -dijo el sultán.

Se preguntó si su voz revelaría su aprensión.

-¿No os complace?

-Me complacería ver tu cara.

Sonrió, cambiando la expresión de sus ojos y, con un gesto único y elegante, apartó el ondulante tejido que le cayó sobre el hombro. Quedó al descubierto lo que antes ocultaba el centelleante velo tejido con hilos de oro. Un rostro deslumbrante por su sencillez y su pureza marfileña, con una luminosa tonalidad rosada en las mejillas. Desde donde se encontraba, el Kislar hizo un imperceptible ademán afirmativo a Usta. Las demás mujeres del harén ahogaron un leve grito de asombro al tomar asiento el sultán junto a Jessica.

La Kadin contenía silenciosa su ira.

Abajo, la danza continuaba. Lanzaron al cielo, sobre el harén un solo cohete multicolor que estalló en un millón de estrellas variopintas.

Jessica se esforzó en permanecer tranquila. La presencia del sultán Hasán junto a ella era electrizante. Sentía la curiosidad y la excitación del soberano, percibía el amargo aborrecimiento de la Kadin, notaba la envidia y el asombro de las demás mujeres del harén. Le parecía estar sentada en el centro de un vórtice de energía potencial. Podía ahogarla o acaso impulsarla a grandes alturas, muy por encima de las amenazas que la rodeaban abajo. Pero, como había dicho Usta, todo dependía de las habilidades de Jessica como mujer, tanto en el aspecto sensual como en el intelectual. Debía practicar aquel juego con todo su ser, o perdería. Apenas vio las evoluciones del baile, aunque estuvo casi toda la noche con los ojos fijos en él. Sólo dos veces cedió a la tensión y miró al sultán Hasán. En ambas ocasiones, el soberano

volvió la vista hacia ella. Sí, era tan consciente de su presencia como Jessica de la de él, pero de forma diferente.

Terminó al fin la larga velada. Sin decir una palabra, el sultán Hasán se levantó, dio media vuelta y salió de la jaula del harén para presidir de nuevo las celebraciones. Jessica le vio alejarse. De repente, se sintió sin fuerzas. Se hallaba como exhausta, asombrada de que el sultán pudiera pasar la velada junto a alguien, y luego se marchara sin haber dicho una sola palabra. Y ahora ¿qué? ¿Había terminado todo? ¿Había estado haciéndose fuerte para nada? Sacudió ligeramente la cabeza. No entendía nada. Las mujeres del harén fueron escoltadas de nuevo hasta el serrallo, no permitiéndoseles participar en los festejos que seguirían la actuación del cuerpo de baile. Jessica sintió las miradas curiosas de la gente que presenciaba el espectáculo. Todo aquello debía parecerles muy extraño, tal vez incluso más extraño de lo que era para ella. Agotada emocionalmente, regresó al serrallo sin la menor protesta, ya que era evidente que éstas no la sacarían de allí.

Se fue a sus habitaciones con las otras jóvenes, y cayó dormida con todos sus velos, moviéndose apenas cuando Lanie acudió para ayudarle a cambiarse de ropa.

Despertó bruscamente y se incorporó. Cuatro eunucos blancos la estaban mirando impasibles. Menos que impasibles... sus caras eran como las de los muertos. Se encogió atemorizada.

-¿Qué hacéis aquí? ¿Dónde está Usta?

La sacaron de la cama y luego de los apartamentos de Usta. Salió arrastrando su camisón de encaje blanco por el suelo de mármol.

-¿Quién os ha enviado? -exigió saber Jessica, esperando que esa nueva táctica le diera algún resultado; pero no fue así-. Por favor, dejadme hablar con Usta... ¿Adónde me lleváis?

En su mente, surgió la imagen de Geisla. Oyó de nuevo sus gritos tan agudos como latigazos, mientras el agua se cerraba sobre ella. Uno de los eunucos le sonrió maligno... ¿Sería aquello lo último que viera? La empujó a través de una puerta con mosaicos.

Jessica esperaba ver aparecer ante ella una cámara de tortura; ollas con aceite hirviendo, verdugos manejando látigos y cuchillos.

En lugar de ello se encontró con un enjambre de esclavas llevando flores, adornos, bandejas con redomas de cristal llenas de perfumes y agua de rosas, y un mobiliario tan suntuoso como el que pudiera tener el rey Eduardo. En medio de todo aquello, el Kislar Agha reposaba en un diván tapizado de seda, sobre un fondo de grandes tapices y colgaduras de oscuros e intrincados diseños persas. El Kislar saboreaba uvas y dirigía a los trabajadores con actitud casi femenina.

-Esos tarros hay que llevarlos al baño... Las flores allí. Las teteras de cobre y el samovar se han de colocar junto al juego de té... -Levantó la vista al entrar Jessica con paso inseguro-. ¡Ah! Espero que te guste. He tenido que tomar un montón de decisiones con bastante premura.

Jessica se quedó mirándolo.

-¿Por qué no me dijeron que eras tú quien me necesitaba? Me he llevado un susto de muerte.

¿Qué quieres decir con eso de que esperas que me guste?

El Kislar se puso en pie.

-Aquí es donde vivirás ahora. Son tus nuevos aposentos.

-¿Míos? No lo entiendo.

No se fiaba de las apariencias. El Kislár se acercó a ella.

-Has atraído la atención de Hasán. Estuvo sentado junto a ti durante todo el tiempo que duró el baile.

-Sí, unos veinte minutos. Cómo puede eso...

-Tú eres *guzdeh*. Especial a los ojos del sultán.

La condujo al dormitorio y abrió dos puertas de más de tres metros de anchura. Vestidos..., una interminable colección de vestidos, más lujosos de lo que cualquier realeza se atreviera a desear. Organdí, seda, tafetán, brocado, satén, organza. Las manos de Jessica se sintieron atraídas. Acarició los tejidos. Llegó a la conclusión de que eran una realidad, e intentó encontrar palabras para aquella extraña situación. Poder...

-Ser *guzdeh* significa que no serás convocada como las demás para tomar parte en una orgía cualquiera -le explicó el Kislár-. Significa que serás tratada de manera especial.

-¿Todo esto es mío?

Jessica se volvió con tono acusador, como intentando cogerle desprevenido y descubrir así la verdad.

-Todo esto y mucho más. -Por primera vez el Kislár Agha se acercó a ella con una expresión de genuina ternura y le puso su inmensa mano sobre el hombro-. En tu cámara de baño, están esperándote café y una bandeja de golosinas. Encontrarás también una bañera de mármol rosa, más lujosa incluso que la de Usta, con fuentes que vierten agua con los más delicados aromas. Sólo tienes que pedirlo y te llevarán cuanto desees. No ha habido una mujer *guzdeh* desde... hace mucho tiempo.

Jessica pagó su amabilidad mirándole a los negros ojos con su primera expresión de sinceridad, con la primera mirada desprovista de suspicacia y aversión.

-¿Cuándo querrá verme el sultán?

El Kislár se encogió de hombros.

-Acaso mañana; tal vez dentro de un mes. Cuando le plazca. Entretanto, tu placer será el objetivo de cuantos te rodean.

Jessica asimiló poco a poco toda la realidad, el proceso de poder en el interior del serrallo. Había aprendido que, con ese poder, llegaban también las obligaciones y el terrible y agotador proceso de la espera, que puede hacer envejecer a una mujer.

Hechizada por cuanto le rodeaba y sus implicaciones, Jessica se dirigió como hipnotizada a las aguas perfumadas de su cámara de baño.

-Sí -murmuró en un tono que dejó confuso al Kislár-. En el harén, entendemos el vocabulario del placer...

Los canarios cantaban alegres en la exquisita jaula que Lady Ashley llevaba en la mano al entrar en una de las habitaciones del interminable laberinto del serrallo del sultán Hasán. Caminó sobre los opulentos rojos, los marrones, dorados y azules de los mosaicos persas; pasó junto a divanes bajos, tapizados con lujosas telas y costosos bordados que representaban escenas de la vida oriental; bordeó mesas taraceadas; pero lo ignoró todo en su afán por saludar a la Kadin. La elegante esposa griega del sultán, reclinada sobre un cojín de seda, cuyos hilos de plata captaron la luz de sus ojos al levantarse para recibir a la invitada. Se puso en pie con estudiada resolución, realizando un movimiento lento y gradual, destinado a proclamar su estilo de vida y a poner de manifiesto su posición.

-Lady Ashley -dijo la Kadin, con tono quejoso profesionalmente social-. Ha pasado demasiado tiempo.

-Demasiado..., demasiado tiempo, desde luego -contestó Lady Ashley alargándole la jaula.

-¡Qué delicia! -exclamó la Kadin.

-La ha hecho un artesano a quien un día conocí muy bien. Ahora vive en Viena.

-Cuánto debe sentir su ausencia.

La sonrisa de Lady Ashley fue de las que suelen esbozar las mujeres cuando saben más de lo que dicen.

-Así es de vez en cuando.

Ambas se besaron en las mejillas y se sentaron juntas en el diván más cercano. La posición estaba concebida para dar relieve al enjovado peinado de la Kadin y los intensos reflejos rojizos de su pelo, destacándose sobre una bruñida reja dorada que había detrás de ella.

-¿Un cigarrillo? -le ofreció la Kadin.

-Por favor -aceptó Lady Ashley-. Los suyos son únicos. En Damasco no hay nada parecido.

-Haré que le envíen inmediatamente dos docenas.

La Kadin llamó con un gesto a una esclava joven, desprovista de identidad, que se encontraba en un rincón. Acudió presurosa junto al diván e, inclinándose hacia Lady Ashley, le encendió el largo cigarrillo turco.

La dama esperó paciente mientras la muchacha intentaba manejar un nuevo tipo de encendedor, luchando contra el deseo apremiante de mirar hacia la puerta cuando le pareció oír pasos. En realidad, hallar a Jessica en aquel entresijo de habitaciones hubiera sido una auténtica hazaña. Lady Ashley sabía muy bien a lo que se estaba arriesgando... Encontrar allí a la prometida de Charles podía resultar más peligroso que no encontrarla. Todo dependía de la reacción de Jessica. Una situación delicada... y espinosa.

-Tal vez le gustaría tomar un baño -estaba diciendo la Kadin-. En esta época del año, el viaje desde Damasco resulta muy polvoriento.

-¡Ah! Sí, querida -Lady Ashley se apresuró a aceptar-. Desde luego que sí. Además, por la frontera hemos venido siguiendo, durante varios kilómetros, a una caravana de elefantes..., unos animales realmente malolientes. Mi ropa aún conserva su... aroma.

-La limpiarán en seguida. Venga. -La Kadin se levantó con un movimiento ondulado, alargando el brazo a su invitada-. En unos momentos se habrá olvidado de los elefantes -prometió.

Hizo honor a sus palabras. Las esclavas del vestuario imperial retiraron prontas y con delicadeza el hermoso vestido y el chal de Lady Ashley. Al poco, ambas mujeres, iguales en el porte aunque no en su posición, recorrieron cogidas del brazo el laberinto de la zona de baños. Lady Ashley miró como al azar a los delicados rostros que la rodeaban, saludando con gesto altivo a alguna muchacha con la que se encontrara su mirada. Ninguna de ellas era Jessica. Siguió caminando con la Kadin, manteniendo una huera conversación.

-De manera que el jeque Madjuel no ha tomado otra esposa... cuando hubiera podido tener cuatro -observó la Kadin, no precisamente con la intención de halagar a Lady Ashley-. Lo ha hecho muy bien.

La dama apretó el brazo de la Kadin.

-¿Yo? ¿Y qué me dice de usted? La única Kadin. Numerosas mujeres en toda Europa se preguntan cómo lo ha logrado. Algunas incluso dicen que ha recurrido a la magia.

La Kadin rió, tanto por sentirse halagada como por el hecho de que su añagaza hubiera dado resultado.

-De todas maneras -siguió diciendo Lady Ashley-, debe resultar muy difícil seguir siendo la única esposa del sultán Hasán con tantas jóvenes como llegan continuamente.

Los inmensos ojos negros de la Kadin se agrandaron aún más con el asombro.

-No ha habido jóvenes nuevas. Ya sabe que el mercado de esclavos ha sido abolido.

Lady Ashley se acercó a ella.

-Pero nosotras dos sabemos que hay maneras. Y me parece ver algunas caras que no conocía.

-Son sólo rostros jóvenes que se han hecho mayores, más maduros. Ha permanecido alejada de aquí demasiado tiempo.

Lady Ashley se acercó con ingenuo gesto de conspiración:

-Pero en los alrededores de Damasco ha habido raptos. Y los rumores dicen que esas jóvenes están en palacio.

-Y yo he oído que todavía se encuentran en Siria -afirmó ella, contestando a Lady Ashley con un pequeño chismorreó propio-. No permita que su marido permanezca demasiado tiempo en el desierto.

Lady Ashley dejó desgranar su risa a través de las cámaras de mármol de los baños a la vez que lanzaba sutiles miradas a un lado y a otro, esforzándose con gran cautela por ver a través de las paredes enrejadas las cámaras donde seres etéreos se movían y bañaban. Pero la iluminación era deliberadamente tenue y se hacía difícil vislumbrar nada a través del enrejado. y era pronto. Iba a pasar allí todo el día.

Jessica se secó. Empezaba a sentirse más como una tortuga que como una mujer. ¿Cuánto tiempo podría soportar permanecer sumergida hasta el cuello en agua de rosas? Junto a ella, Usta proseguía con la lección del día, un discurso sobre las ventajas que tenía para Jessica su

posición de *guzdeh*. La joven escuchaba de manera esporádica, aunque simulando dedicarle toda su atención. Tendría que aprender a fingir muy bien si había de sobrevivir allí. Y estaba decidida a sobrevivir, costara lo que costara.

-Has sido afortunada -decía Usta mientras presentaba la túnica de Jessica-. Hay cosas peores que hacer el amor con Hasán. Algunos le llaman tirano, pero eso no es de nuestra incumbencia. Sea lo que sea en el exterior, tú sólo te comunicarás con su interior, con el hombre en que se convierte cuando se corren los velos alrededor de su lecho. Y yo puedo decírtelo mejor que nadie... el hombre que se encuentra tras esos velos puede ser muchas clases de amante... Los orientales estudian el arte y el misterio de satisfacer físicamente a la mujer, y el sultán es un hombre inteligente. Su mayor placer reside en hablar con una mujer que posea inteligencia. -La mirada de Usta se hizo brumosa por la nostalgia, recordando un tiempo en el que habría podido convertirse en Kadin si las cosas hubieran ido mejor, si el destino no la hubiera hecho tomar otra bifurcación del camino-. Solía decir que esas conversaciones eran su afrodisíaco favorito.

Jessica observó la expresión de Usta con cierto recelo.

-Pero las mujeres dicen que ha cambiado. Que ahora es un hombre diferente. Que se necesitan pociones y ardidés especiales para satisfacerle.

Usta dio de lado aquella idea con un ademán, al tiempo que se desvanecía la mirada nostálgica.

-Las drogas y las pociones sólo sirven para crear ilusiones de placer. ¿Para qué utilizar las cuando puedes crearlas verdaderas?

Jessica volvió a recordar el momento en que Usta y ella pasaron, a primera hora de aquel día, por delante de las cámaras de la Kadin. Sintió otra vez un frío aborrecimiento. Habían visto a la fila de esclavas destinadas a escoltar a la visitante de la Kadin, y Jessica no había podido resistirse al impulso de echar una ojeada al interior de las cámaras abiertas, aunque lo único que pudo distinguir fue la espalda de una joven esclava inclinada frente a la Kadin y su huésped. La había enfurecido el hecho de que alguien pudiera entrar y salir a voluntad de aquella hermosa prisión. Ahora, después de un largo baño, sus sentimientos no eran mucho mejores respecto a la Kadin, y dejó que las palabras de Usta penetraran hasta el fondo de su mente. Llegaría el momento en que ella se encontrara en situación de enfrentarse a la Kadin en su propio terreno. Y si esa oportunidad no llegara a presentarse jamás, al menos podría proteger a alguna más de las falsificaciones de la Kadin en el gran libro. Se juró a sí misma que Geisla no había muerto en vano, y tampoco el hijo del sultán que llevaba en su seno.

-Existe una delicadeza especial en la forma que un amante tiene de abrazar -dijo Usta despacio, evocando recuerdos-. Cada momento, cada posición puede cambiarse, transformándola en algo nuevo por la intensidad con que se realiza. Practicando blandamente y con moderación, un abrazo se hace tentador. Si se da apasionado y con urgencia, se convierte en algo nuevo..., maravilloso, casi doloroso; de un dolor anhelante...

Su voz se extinguió. Sus ojos acariciaron las paredes de mármol de los baños como si en ellos hubiera un tapiz que representara su pasado.

Jessica, que la observaba atenta, vio el amor que sentía por hacer el amor, así como por el propio sultán, y sintió el aguijón de una ansiosa envidia. ¿Podría tener ella alguna vez esas rememoranzas, esa expresión? Desde luego no con el sultán Hasán. Con un hombre que apenas conocía. Intentó pensar en Charles, se esforzó por recordar su cara, pero en ello no encontró ninguna maravilla excitante como las que Usta parecía ver en sus propios recuerdos.

-En algunas ocasiones, le clavaba las uñas en la espalda -siguió diciendo Usta en voz baja, temblándole los labios- con cuidado... cuando menos se lo esperaba. Daba cierto tono picante a nuestros abrazos. ¡Tienes tantas cosas por delante, Jessica, si fueras capaz de olvidar tu pasado! El hombre oriental es un amante inteligente. Estudia el misterio de satisfacer a una mujer. Aprende a practicar el arte del freno. Hacer el amor durante largos períodos es una virtud que en Oriente se tiene en gran estima. ¿Comprendes?

Usta hizo una pausa. Luego, salió de la bañera y alargó una mano a Jessica, la cual vaciló, estudiando el rostro de su maestra y la experiencia que conservaba en sus rasgos como algo muy valioso. Al ascender el vapor de las perfumadas aguas, el rostro osciló convirtiéndose en la cara de un hombre, con ojos semejantes a guijarros y una áspera barba incipiente ensombreciendo la redondeada mandíbula, enmarcando unos labios que dibujaban un gesto decidido. Lo había visto con indumentaria de beduino; luego, con los harapos de un mendigo, y después...

-Vamos -dijo Usta.

Jessica parpadeó.

-¿Piensas en un hombre?

Las palabras de Usta la sorprendieron.

-Sí -admitió-. En un hombre perturbador.

-¿El inglés?

Jessica sintió descender la capa de agua sobre su cuerpo mientras salía de la bañera.

-No fue nada.

Aceptó la suave túnica que Usta le recogía sobre los hombros y se colocó en la alta grada de mármol que había alrededor de la bañera. Tras la reja de separación, otras mujeres desperdiciaban perezosamente sus vidas en baños perfumados; pero a Jessca ya no le interesaba mirarlas. La curiosidad despertada por sus cuerpos, de tan diversos colores y formas, había perdido su aguijón. Ya no la acuciaba la idea de cautelosa intimidad. A ellas no les importaba, y ya tampoco a Jessica. Quien quería mirar, lo hacía. Una cultura realmente extraña..., exhibes el cuerpo; pero no la cara.

Sacudió la cabeza, con un resurgir de sus maneras americanas, y siguió a Usta por los corredores.

-¿Qué pasará si no le gusto? -preguntó, impulsiva.

-Le gustarás -la tranquilizó Usta-. Te he enseñado todo cuanto sé... y jamás había enseñado todo a alguien.

-Pero, ¿qué pasará si..., qué pasará si yo no puedo...?

Usta se volvió hacia ella, deteniéndose con firmeza en el centro del cavernoso vestíbulo.

-Escúchame, Jessica. Todo cuanto tú valoras depende de que complazcas al sultán Hasán.

Jessica se humedeció los labios.

-¿Lo que yo valoro, o lo que valoras tú?

Usta pareció comprender.

-No debes poner en duda lo que tiene que hacerse -le dijo, hablando despacio y sin inflexiones-

Es tu única esperanza de libertad.

La frase ahondó en la mente de Jessica, colmando un receptáculo frío y vacío con un vino que ella no se atrevía a saborear. Alguien más creía que podía obtener realmente la libertad.

Alguien que sabía lo que era posible y lo que no lo era.

-¿Qué estás diciendo? -murmuró, paralizada. Pero Usta no se atrevió a decir más.

De repente, empezaron a ocurrir cosas.

Jessica sufrió un profundo sobresalto al mirar, más allá de Usta, a las grandes puertas doradas de los aposentos de la Kadin. Media Turquía podía haber distinguido el elegante traje parisiense avanzando como lo hacía junto a la centelleante túnica oriental y los pantalones de harén de la Kadin. Jessica sintió subírsele la sangre a la cabeza.

-Lady Ashley...

Dio un salto hacia delante. Usta la aferró por el brazo, obligándola a retroceder.

-¡No digas nada! -le susurró con tono apremiante-. Pones en peligro su vida y la tuya.

Jessica se soltó, dominada por algo superior a cualquier razonamiento. Luego, quedó petrificada cuando su mirada se encontró con la de Lady Ashley a través del largo corredor.

Hubo de luchar con dos realidades: el reconocimiento, la muerte...

No podía moverse. Ahora Lady Ashley se encargaría de todo. Insistiría en que se la permitiera salir del palacio acompañada de Jessica. Aquél no era el sitio que le correspondía. Era una extranjera, una invitada del Imperio, una representante de...

Lady Ashley volvió la cabeza, reanudando una conversación inane con la Kadin. Jessica vio sobresaltada cómo Lady Ashley aceptaba un regalo de la mujer del sultán, la cual la besaba en la mejilla con un gesto de pura superficialidad y permitía que los eunucos la escoltaran por el corredor..., en dirección contraria.

La joven cautiva tomó aliento para lanzar un sonoro grito. La mano de Usta se lo ahogó en la garganta. No tenía idea de que su maestra tuviera tanta fuerza.

Forcejeó. Los *yataganes* en los cinturones de los eunucos no significaban nada para ella, aunque sus hojas curvas centelleaban al sol que caía sobre las grandes puertas de madera que daban salida al patio y al carruaje que se llevaría a Lady Ashley... sin ella.

Todavía seguía forcejeando cuando se escuchó el chirrido de las puertas al cerrarse.

-Todo ha terminado -le dijo Usta-. Ya se ha ido.

Se encontraban solas en el corredor. Jessica contemplaba los muros de mármol, viendo en ello un mausoleo.

-Se limitó a mirarme por encima.

Desesperanzada, se dejó caer sobre el frío suelo de mármol, contemplando con mirada vacua los pliegues de su túnica, que se ahuecaban en derredor suyo. Cuando se asentó el lujoso tejido, su mente funcionó de nuevo.

Golpeó a Usta con los puños.

-¡Maldita seas! ¡Lo has estropeado todo! ¡Ni siquiera tuve la oportunidad de que pudiera reconocerme!

Usta, sujetando a Jessica por las muñecas, se arrodilló junto a ella, obligándola a recobrar el sentido común.

-No he estropeado nada, Jessica. Soy tu amiga. Te aseguro que esa mujer no puede ayudarte. Jessica se soltó con violencia.

-¿De veras? ¿Mi amiga? Tú sólo obedeces las órdenes del Kislar.

-No me importa quién sea; pero esa mujer no puede ayudarte -insistió Usta-. El único que puede hacerlo es el propio sultán.

-Pero no lo hará, ¿verdad?

Usta la sujetó con fuerza por los hombros.

-Es tu única esperanza.

La antigua favorita sintió el estremecimiento de furia y desesperación que sacudió el cuerpo de su alumna, la cual consiguió soltarse y echar a correr en dirección a sus aposentos en busca de algo que, en esos momentos, ella no podía darle. No hizo, pues, el menor intento por detenerla.

Se puso en pie lentamente, manteniendo su dignidad. Tenía una cadera dolorida por los golpes que Jessica le había asestado con sus ágiles puños. Sabía que la estaban vigilando.

Se volvió despacio y se encontró con el Kislar, que salía de una de las antecámaras.

-Nunca debiste prometerle su libertad -le dijo él, y su voz resonó con su peculiar estilo de elegancia en el vestíbulo vacío-. ¿Por qué le has mentido?

-La libertad es lo único que ella quiere. Tal vez dentro de algún tiempo la desee menos. O quiera algo más. -Usta miró hacia donde se había ido Jessica-. Entretanto, su ansia de libertad la mantendrá viva. Es lo único que la inducirá a dar todo cuanto es capaz de dar, cuando el sultán la llame. Salvará su vida. -Usta bajó sus espesas pestañas y luego, con gran lentitud, volvió a alzar los párpados-. Y la tuya.

La inmensa butaca de cuero que había al otro lado de la mesa del embajador era demasiado mullida para ser cómoda. Lady Ashley ajustó su polisón y se sentó en el borde para dar mayor solidez a su historia. Junto a ella, Charles, tan inquieto que no podía sentarse, se agitaba sin cesar. Randolph, acomodado en su asiento, tomaba notas.

-Está allí, embajador -insistió por tercera vez Lady Ashley al hombre que se hallaba tras la mesa y que aparecía tan hinchado como la butaca-. Está allí. La he visto con mis propios ojos.

El embajador observó a Charles con cierta irritación y esperó a que Randolph terminara de tomar nota de la declaración.

-¿Y está seguro de que la retienen contra su voluntad? -preguntó.

-No hay la menor duda. La raptaron -afirmó Charles con aspereza.

El embajador, tras dar una larga chupada a su puro, se retrepó en la butaca.

-Bien. Entonces..., iniciaremos inmediatamente las negociaciones.

Charles casi perdió el sentido. Pero logró mantenerse en pie y, cuando Lady Ashley levantó la mirada hacia él, le sonrió. Estaba seguro de que dentro de poco tendría a Jessica a su lado.

Pero Lady Ashley no parecía muy dispuesta a devolver la sonrisa.

-Gracias, señor -dijo Charles con voz entrecortada, dejándose caer exhausto sobre una silla junto a Lady Ashley.

El embajador Grant dio fin a otra larga chupada a su cigarro, el cual hizo girar entre sus amarillentos dedos.

-Sugiero que abordemos primero al sultán con regalos -empezó diciendo despacio, e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, mostrando su conformidad consigo mismo-. Pongamos, para empezar, cuatro elefantes y dos tigres.

Charles tragó saliva.

-¿Cómo dice?

-Cuatro elefantes y dos tigres.

Lady Ashley se acomodó en su asiento, cruzando las piernas y con la barbilla apoyada en la enguantada mano.

-No creo que al sultán le interesen los elefantes.

Grant parpadeó.

-Pero le gustan los tigres, ¿no?

-Sólo si proceden de Africa.

-Muy bien. Entonces empezaremos con seis tigres de Kenya.

Charles se quedó con la boca abierta. Lady Ashley se humedeció los labios. Entonces, habló Randolph:

-Sería mucho más fácil traer los tigres de la India, señor.

-No se trata de lo que sea más fácil -advirtió el embajador-. Me doy cuenta de que estas cosas necesitan tiempo.

-Con todos los respetos, debo decir que esta conversación me parece absurda, señor -manifestó Charles-. Es indudable que su posición diplomática aquí debe poseer cierto peso, y no veo por qué no podemos utilizarlo. Exija que el sultán Hasán deje en libertad a Jessica diciéndole que, de no hacerlo, así, correrá el riesgo de perder el apoyo británico.

Lady Ashley, sumamente irritada, se mostró irónica con Charles.

-Su enfoque es demasiado directo y normal para ser apropiado.

El embajador, tajante, dio al traste con las palabras de él.

-Si disfrutáramos aquí de una posición diplomática, acaso podríamos utilizarla. Si no tenemos acceso a través del Imperio otomano, perdemos el paso a la India. Por lo tanto, necesitamos al sultán Hasán...

-Pero el sultán Hasán no necesita a Inglaterra -dijo Lady Ashley, terminando por él la frase-. En realidad, creo que más bien está cansado de nosotros.

-Pero las inminentes perturbaciones... -Charles estuvo a punto de atragantarse con sus palabras y hubo de tomar aliento-. En el palacio, todos corren gran peligro.

Dejándose de sutilezas, Lady Ashley se volvió hacia Charles.

-Lo que el embajador está intentando decirle, querido, es que sería suicidio diplomático sugerir siquiera que el sultán Hasán retiene en cautividad a una súbdita británica.

Charles se puso en pie de un salto.

-Pero, ¡si lo está haciendo! -exclamó rojo de furia-. ¿Cómo podemos actuar con tal lentitud sabiendo que a Jessica la retienen prisionera en un barril de pólvora política que va a estallar de un momento a otro?

Se hizo el silencio. Las palabras de Charles sonaban como un eco en sus mentes.

-Randolph -empezó a decir despacio el embajador-, tal vez pueda acompañar a Lady Ashley a los jardines para tomar el té.

Lady Ashley captó al punto la indirecta y se puso en pie con cierto alivio, estrechando la mano que le alargaba el embajador.

-Embajador Grant... Mr. Wyndon, les deseo buenas tardes -dijo, volviéndose y cogiendo del brazo a Randolph, al que empujó fuera de la habitación-. Parece que nos han despedido -musitó.

Una vez a solas con Charles, Grant se levantó con dificultad de su sillón y se acercó a la ventana.

-Me doy cuenta de que le importa mucho esa joven; pero debe comprender que ciertas... cosas son ya del dominio público. Cosas que harán imposible la reincorporación de Jessica a la alta sociedad.

Charles procuró ignorar la referencia de mal gusto del embajador respecto a la respetabilidad social de Jessica, y dijo:

-Es la mujer con mayor capacidad de recuperación que jamás he conocido. Nada podrá hacer cambiar mis sentimientos hacia ella. Nada.

-Comprendo. Entonces, proseguiremos con los tigres.

Diplomacia. Política. Embajador. Para Charles, aquellas palabras habían perdido de repente todo su significado y se habían convertido en simples sonidos.

Salió ensimismado del despacho de Grant, con la sensación de que se habían burlado de él, haciéndole sufrir una cruel decepción. Todas las nobles aspiraciones que siempre tuvo de abrirse camino hasta una posición en el Cuerpo Diplomático que le permitiera introducir cambios para mejorar el mundo, alimentar algunos estómagos hambrientos y contribuir a la unidad de las naciones, quedaban tras él hechas añicos y se alejaba de ellas sin lamentarlo lo

más mínimo. En ese momento, comprendió que aquellos sueños eran tan falsos, como las «negociaciones» de Grant.

Lady Ashley le estaba esperando en el jardín.

-Lo siento -le dijo, antes siquiera de que él se desplomara en la silla de hierro forjado situada junto a ella en el césped-. Había esperacdo que estuviera usted en lo cierto respecto a la Embajada. Confiaba en que aquí hubieran cambiado las cosas.

-Es inútil -dijo Charles en un tono frío y sin inflexiones-. Pero no voy a darme por vencido. Tiene que haber una forma de scarla de ese palacio.

-La quiere mucho, ¿verdad?

-Haría cualquier cosa por ella.

Lady Ashley habló en voz baja.

-¿Está dispuesto incluso a poner en peligro su posición en la Embajada?

Charles rió mordaz.

-Sin la más mínima vacilación. Me importa un bledo no volver a atravesar las puertas de ese antro de la hipocresía.

La dama le creyó. Su afirmación se reflejaba incontestable en sus ojos cuando él se volvió a mirarla, con una fortaleza poco habitual en Charles. Lady Ashley sintió despertarse en ella una gran simpatía hacia aquel hombre, así como un atisbo de excitación.

-Tal vez pueda ayudarle -le dijo-. Conozco a un individuo lo bastante astuto para entrar y salir del harén. Ha de defender una causa y sospecho que, por esa causa, tiene gran necesidad de dinero. Si quiere, puedo intentar preparar un encuentro.

Si la respuesta de Charles tardó un momento en llegar, fue sólo porque aquella esperanza parecía intangible.

-Inténtelo -le dijo.

Algunas cosas llegan con mayor rapidez que el alba cuando de repente invade el desierto con su luz cruda y repentina. A mediodía, Charles se encontró sentado en una mugrienta tienda de café turco, vestido con una indumentaria abominable que le había prestado el jardinero. Aguardó en una mesa apartada, situada en un rincón peligrosamente oscuro, a alguien que le habían dicho que le conocería a él. Mientras bebía una pobre imitación de té inglés, se maravillaba ante el valor y la intuición de Lady Ashley. Aquel encuentro lo había preparado bastantes horas antes, con anterioridad a la visita que él y ella hicieron al embajador. Sabía cómo iban a marchar las cosas y de qué cordones tenía que tirar, antes incluso de que todo aquello se pusiera en marcha. Su espíritu e inteligencia le recordaban a Jessica, realizados por la pátina de la edad y la experiencia. No sólo era capaz de manejar las situaciones inmediatas, sino que planeaba las futuras.

El peligro potencial había desaparecido por completo ante la fría determinación que se había apoderado de él, hasta el punto de que no quedaba lugar para dudas o temores. Pese al aspecto dudoso de la tienda de café, con sus olores animales y su nada despreciables capas de polvo, por no mencionar las miradas suspicaces que convergían en él, Charles dio al olvido su precaria situación. Tanto el color de su piel como su porte le revelaban como forastero, un

extranjero del que era fácil aprovecharse y que sin duda poseía algo que se le pudiera robar. Pero no le importaba lo más mínimo lo que aquellos ruines seres pensarán o vieran en él. Trataría con el más bajo, con el más viperino de los agentes, si ello significaba la libertad de Jessica. Su propia seguridad, su carrera, su reputación ya no influían en absoluto en sus decisiones, de manera que estaba preparado. Dispuesto a tratar con quien se acercase a él. Entretanto, bebía su té y esperaba.

Gentes oscuras con ropajes oscuros se movían como sombras ambulantes en la penumbra frente al brillante sol del mediodía que inundaba la plaza del mercado. Esa misma luminosidad impedía ver claramente cualquier rostro, convirtiendo a los humanos en lisas siluetas negras. No era de extrañar que se acordara celebrar la reunión allí. La propia tienda era una cobertura perfecta. Y, a juzgar por la comida y el té, sus medios primarios de ingresos nada tenían que ver con los alimentos.

-¿Es usted el hombre que espera?

La voz le sobresaltó. Transcurrieron varios segundos antes de que Charles asimilara la pregunta y contestara.

-Sí, espero.

No se volvió. Se le puso la carne de gallina temiendo sentir la punta de un cuchillo o la explosión de un revólver. Después de todo, allí era el enemigo, encarnando al Gobierno británico que apoyaba al sultán.

Dos hombres surgieron detrás de él, uno por cada lado. El humo envolvió sus cabezas mientras se sentaban a la mesa.

-¿Quién les envía? -preguntó Charles, haciendo caso omiso del atento escrutinio a que le estaban sometiendo.

-Cierta dama -informó el que estaba a la derecha, que tenía una forma extraña de mirar directamente dentro del alma humana.

Charles se inclinó hacia delante.

-Bien. ¿Qué les ha dicho?

-A su prometida la retienen contra su voluntad en el harén imperial, y usted quiere que le ayudemos a escapar.

-Estoy dispuesto a pagar una gran suma.

Los dos nativos se miraron, acostumbrados a descubrir las intenciones de otros detrás de sus palabras.

-Quiero conocer sus nombres -les apremió Charles.

-¿Por qué?

-Una cuestión de confianza. He de confiar en ustedes y deseo que ustedes se sientan igualmente obligados. Creo que es justo.

Volvieron a intercambiar miradas, pero mucho más breves. Era evidente que había hecho gala del auténtico tipo de integridad. Porque el hombre a su derecha, apoyando el codo sobre la mesa, dijo:

-Soy Tarik Pasha. Ya habrá oído hablar de mí.

Charles se echó para atrás y respiró hondo.

-Desde luego.

-Mi amigo se llama Salim. A los dos nos buscan. También lo sabrá.

-Sí. Y comprendo el peligro que corren al venir aquí. También sé que necesitan fondos para mantener a su ejército. Estoy dispuesto a... contribuir.

Tarik indicó al escuálido camarero que se alejara e hizo una pausa hasta que los tres se quedaron de nuevo solos.

-¿Esa mujer es británica?

Charles asintió, para rectificar de inmediato.

-Su padre lo era. Se llama Jessica Grey.

Salim se atragantó con un higo que había cogido de la fuente colocada en el centro de la mesa, e inició un movimiento para levantarse. Tarik le obligó a sentarse de nuevo y evitó su mirada, aunque sabía muy bien lo que pasaba por la mente de Salim.

-¿Qué le pasa? -preguntó Charles.

-El peligro le impresiona. Está pidiendo casi un imposible a un hombre que ya tiene puesto a su cabeza el precio más alto del Imperio.

-Depende de cómo se mire -le sugirió Charles-. Tiene menos que perder y mucho por ganar.

Atrajo la atención de los hombres a la silla que tenía junto a él, que retiró de debajo del mantel. Sobre ella, se hallaba un pequeño cofre. Charles, sin decir nada, levantó la tapa. Incluso en aquella penumbra, el contenido del joyero brilló esplendoroso como testimoniando su valor.

-Me han dicho que esto es suficiente para armar a mil hombres. -A Charles no le importaba que su ignorancia se pusiera de relieve-. Necesito una respuesta.

Tarik y Salim se lanzaron al punto a una acalorada, aunque musitada, discusión en turco.

-Estás loco si lo haces -le dijo Salim, esperando que el inglés no entendiera lo suficiente la lengua de su nación para enterarse de lo que estaba diciendo-. No vale la pena que arriesgues tu vida por esa mujer, y hay otros medios de obtener dinero.

-El desafío es increíble -le dijo Tarik.

-Sólo un loco intentaría entrar en el serrallo, Tarik. Si te cogen, te harán cosas que ni siquiera han sido inventadas todavía. ¿Es que no comprendes que ahora tu vida es más importante que el dinero? Y, con toda seguridad, más que la vida de esa mujer. ¿Por qué quieres, entonces, entrar allí? Dímelo.

-Es una oportunidad, Salim.

-Claro, una oportunidad para conocer nuevos grados de sufrimiento.

-Voy a hacerlo.

Salim se derrumbó como si hubiera quedado exhausto, cerró los ojos, ordenó sus pensamientos dispersos e hizo otro intento.

-Incluso puede estar ya muerta. Tú mismo me dijiste que no era de las que cedían. ¿Cuánto tiempo crees que hayan tolerado su terquedad.

De repente, la mirada de Tarik se hizo profunda.

-Es demasiado inteligente.

-¿Estás soñando?

-Sí -le dijo Tarik-. Con tener la oportunidad de rectificar una injusticia. He descubierto que no puedo seguir soportando lo que hice.

Salim quedó silencioso. El tono con que hablaba su amigo le reveló que estaba decidido a liberar a Jessica Grey lo más pronto posible, y que ya había pensado en aquella aventura antes siquiera de que alguien le ofreciera dinero por intentarlo. Salim sabía que Tarik esperaba una discusión para que su decisión fuera rebatida y comprobar así la firmeza de su resolución. Salim aportó el argumento y pudo ver en los ojos de Tarik que no cambiaría de idea.

Se derrumbó de nuevo en su asiento y se quedó mirando a su amigo, presintiendo que aquella sería una de las últimas ocasiones de hacerlo.

-Acepto -dijo Tarik en inglés, volviéndose hacia Charles.

El prometido de Jessica carraspeó para librarse del nudo que tenía en la garganta.

-Excelente. Les pagaré en cuanto me la hayan devuelto.

-Imposible. Tiene que pagar a Salim tan pronto como yo haya entrado en palacio.

-Pero, ¿y si fracasa? Me habré quedado sin recursos.

Tarik se encogió de hombros.

-Este plan no puede plantearse en términos de éxito o de fracaso. Será cuestión de libertad o muerte..., para mí y para su dama. Estoy dispuesto a arriesgar mi vida para poder armar a mis soldados. Pero es usted quien ha de decidir si está dispuesto a arriesgar la vida de ella. Llámelo una prueba de confianza.

Charles sintió los labios resecaos y que le ardían los ojos. Después de pensarlo, dijo:

-En el palacio, Jessica no tiene vida.

-Entonces, ¿se halla de acuerdo con las condiciones?

-Sí.

-Necesito un poco para sobornos y también algo para...

Tarik sacó del joyero un broche poco corriente, en forma de media luna, cubierto de minúsculos diamantes y con un grupo de ópalos en el centro.

-¿Reconocerá esto su prometida? -preguntó.

-Pertenece a su madre.

-Entonces, me lo llevaré para que sepa quién soy -dijo Tarik, poniéndose en pie.

-Para que sepa quién eres -dijo Salim, entre sarcástico e irónico-. Ella ya lo sabe.

No sonreía. Caminaban juntos por el peor barrio de Constantinopla, un miserable conjunto de pobres alojamientos y tiendas dudosas, y se dieron ánimos al dirigirse a la destartada casa de madera del doctor.

Salim había estado siguiendo a Tarik sin apenas darse cuenta de a dónde se dirigían, demasiado sumido en aquella locura que su amigo había emprendido. De vez en cuando hablaba, formulando algún sarcástico comentario sobre la inesperada demencia de Tarik y

hasta qué punto ello afectaría a la causa. Luego, volvía a sumirse en el silencio. Escudriñaba la apretada tierra que pisaban, la cual crujía bajo sus pies, y apenas levantó la vista algunas veces para dar una mayor fuerza a un comentario.

Pero, en aquellos momentos, mientras se internaban en la oscura y cavernosa calle, un coro de quejidos y gritos, procedentes de la casa de sucios muros grises que tenían ante sí, sacó a Salim de su ensimismamiento. La ripia que colgaba del tejado de pizarra proclamaba lo que tenía lugar dentro de la casa y que, gracias al sufrimiento de unos días, un hombre podía obtener empleo en lugares donde sólo se permitía trabajar a determinados individuos.

-Espérame aquí -le ordenó Tarik. Fueron las primeras palabras que dijo desde que habían abandonado la tienda. Se dirigió a la casa, mientras Salim le seguía con la mirada.

De repente, Salim, dominando su sobresalto, salió corriendo y cogió con fuerza a su amigo por un brazo, impidiéndole que siguiera andando.

-Espera un momento... No puedes hablar en serio. ¿Sabes lo que estás haciendo?

Tarik lo miró con aterradora pasividad.

-Dentro de esa casa está mi pasaporte para el serrallo.

-Esa casa es una cámara de horrores. ¿Acaso no lo hueles? ¿Es que no lo oyes? -Aferró con más fuerza el brazo de Tarik-. El riesgo era una cosa, la mutilación otra muy distinta. Es absurdo. Tiene que haber otra manera. -Contrajo los ojos, preocupado-. ¡Tarik!

-¿De qué otra manera pueden admitir a un hombre en el harén? Sólo los eunucos entran en el serrallo.

-Pero tú no puedes pensar en serio...

Salim se estremeció sin poder terminar la frase.

-Bueno, tú siempre preguntas hasta qué punto estoy dispuesto a hacer sacrificios para lograr nuestros fines. ¿No es así?

-Te has vuelto loco...

Salim retrocedió, como si la demencia de Tarik fuera contagiosa, y trató de descubrir los anillos amarillos que aparecen alrededor de los ojos de un caballo cuando se vuelve loco del todo.

Tarik sonrió.

-Claro que no.

Salim se quedó mirándolo, comprobó que lo decía en serio y que tenía en la mente alguna otra cosa, y respiró aliviado. Una vez recuperado, sacudió la cabeza.

-Tal vez se trate de alguno de tus más provocadores disfraces.

La clínica del médico estaba sólo un poco más sucia que el propio doctor. Tarik se dio cuenta de lo andrajoso de su indumentaria cuando el fatigado cirujano salió de las habitaciones traseras, de las que procedían los quejidos y los gritos, para reunirse con él. La bata de laboratorio que envolvía su huesudo cuerpo, se hallaba empapada de sangre fresca, sobre otras capas gradualmente más oscuras de sangre seca. El propio doctor era un testimonio vivo de la herencia del Imperio otomano, aunque no en esplendor, porque parecía conformar los rasgos de media docena de pueblos: una nariz griega, un pelo negro y grasiento haciendo ondas como el de un árabe, la tez cetrina de un persa que no hubiera comido bastante en los

últimos tiempos. Y era de todo punto imposible calcular su edad. Tarik se preguntaba hasta qué punto podía llegar la competencia de un médico para haber alcanzado tal estado.

Se estremeció preguntándose si acaso la idea de someterse a esa manipulación no era ya casi tan mala como la de hacerla en realidad.

Sin una palabra de saludo, el doctor empezó a salmodiar.

-¿Ha considerado las consecuencias de convertirse en eunuco? -Al asentir Tarik, pasó, casi sin respirar, al segundo punto-. Si sobrevive a la operación, es posible que pueda entrar al servicio del sultán para finales de mes.

A Tarik volvió a correrle un escalofrío por la espalda

-Tengo que estar dentro de los muros de palacio mañana por la mañana.

-Imposible -dijo el doctor, abriendo un poco sus caídos párpados-. No es posible que para entonces se encuentre recuperado de la operación.

Limpiándose una siniestra mancha de la mano, encendió un cigarrillo sin molestarse en ofrecerle a Tarik, el cual observó con mirada astuta a aquel desecho humano, esperando a que el médico volviera a contemplarle.

-No tengo intención de hacerme la operación -dijo con tono conspirador.

Una mueca contrajo la cara del doctor.

-¡Largo de aquí! No me haga perder el tiempo con sus adivinanzas.

-No tengo la menor intención de hacerle perder el tiempo -le contestó con calma Tarik-. Lo único que quiero es que mienta por mí. Introdúzcame con los otros y confíe en mi ingenio para no permitir que me descubran.

El doctor se lo quedó mirando, riendo luego con amargura.

-Me toma por tonto.

-No -susurró Tarik, moviendo despacio la cabeza y metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo, del que sacó, lanzando destellos, una gargantilla de plata con dos hileras de rubíes tallados bordeadas de diamantes-. Le tomo por un hombre muy rico.

Las joyas brillaban en los ojos de un hombre que había renunciado a toda esperanza de reincorporarse al delicado tejido de un estatus social por encima del de un escorpión. Una mano manchada de sangre se alargó temblorosa para coger la gargantilla y pronto brillaron juntos los rubíes y la sangre.

Debajo de su cuerpo desnudo, sentía la plancha de mármol húmeda y fría. Dejó que su mente vagara lejos de la sensación de las manos que le daban masaje a sus extremidades y le perfumaban los hombros, e hizo caso omiso del ligero tirón al rizar su esclavas en ondas el pelo húmedo. Tenía los ojos cerrados. Había perdido la cuenta de cuántas mujeres la estaban atendiendo. Su mente se hallaba en blanco, salvo por la insistente presencia del délfico anuncio que aquella mañana le hiciera Usta.

-El sultán te verá esta noche.

Jessica intentó no aborrecer a Usta. No..., no la aborrecía. Admitió para sus adentros que sólo ella tendría que llevar el fardo de su propia salvación. Nadie podría hacerlo en su lugar, ni Usta, ni el Kislar ni ninguna otra persona. No tenía fuerzas ni tiempo que perder aborreciendo a Usta. Debía conservar la cabeza clara para lo que se avecinaba... La cabeza clara y todo su vigor; En una esquina de la sala vestidor, empezó a sonar la música. Unos eunucos tocaban mandolinas, tambores y flautas vibrantes. Jessica levantó la vista.

Usta encabezaba un séquito de vestidoras, llevando cada una de ellas un elemento diferente del guardarropa. Jessica rodó para colocarse de costado, practicando lo que viera hacer a la Kadin, y se incorporó apoyándose en un codo. Observaba, sin decir nada, cómo desfilaban las esclavas a una señal de Usta, presentándole los componentes de su atuendo para la importante cita de aquella noche con el sultán. Observaba impasible cada uno de ellos: el *diurna*, un caftán con botones de perlas y grandes ojales trabajados con hilo de oro; una camisola de seda, de un rosa pálido, un par de suntuosos pantalones de harén de un azul oscuro; un ancho cinturón salpicado de diamantes, largos hilos de perlas para anudárselos a la cintura, un tocado de cabeza cubierto con alfileres de esmeraldas, diamantes y ópalos; ajorcas de plata, con cadenas de filigrana, tan delgadas como hilos, que terminaban en una placa de plata grabada del tamaño de una moneda; y luego, más cadenas terminando en un vistoso círculo de plata del que colgaban minúsculas cuentas. Sus manos centellearían. Su cabeza deslumbraría. Sus senos inspirarían. Sus piernas asombrarían. Su cintura pasmaría. Incluso sus pies, calzados con zapatillas bordadas con brillantes colores, harían desbordar la imaginación.

Naturalmente, llevaría la cara cubierta.

-¿Merece tu aprobación? -preguntó Usta, que se encontraba a la derecha de Jessica.

Ella asintió.

-Lo que tú consideres mejor.

-Entonces, empecemos.

Las jóvenes esclavas se acercaron al levantarse Jessica y permanecer con los brazos ligeramente levantados. Cerró los ojos sabiendo que, cuando los abriera, se parecería más a una Kadin de harén que a la persona que ella sabía que era. Y la transformación había de ser completa..., por dentro y por fuera.

Seguía escuchándose la música. Jessica se perdió en ella. Al abrir los ojos, Jessica Grey había desaparecido. La mujer que la miraba desde el espejo era una a la que no conocía. Estaba contemplando a una criatura maravillosa, enjoyada y cubierta con tupidos velos; los claros ojos artísticamente delineados con *kohl* negro, acentuada la frente marfileña con minúsculos aros que colgaban de los anillos de su tocado de cabeza, cada uno de ellos adornado con una gema. Estaba radiante, exótica, oriental... La encarnación del misterio, sobre todo para ella misma.

Se refugió en sus propios ojos, que la miraban desde el espejo. Sí, ella se encontraba allí, en alguna parte, todavía segura de sí y dispuesta a hacer lo que debía. Libertad, pensó con tesón, libertad..., libertad..., libertad.

-Gracias, eso es todo -dijo a las esclavas, sorprendida ella misma por la energía de su propia voz.

Las camareras desfilaron sin volver en ningún momento la cabeza. Usta permaneció allí. Jessica se detuvo un instante delante del espejo y luego se acercó a Usta, cuidando de las ajorcas de los tobillos y de las delicadas zapatillas, así como de todas las delicadezas artesanas que le colgaban de la cintura.

-Necesito estar un rato sola -pidió con calma. Usta se limitó a sonreír, besó en la mejilla a su insólita alumna, y salió de la cámara vestidor, perdida en la nostalgia.

Jessica volvió a acercarse al espejo. Esta vez no encontró la imagen perturbadora. Observó con mirada crítica cada pieza de joyería, los hilos de perlas, la cadera, el velo y los adornos.

Afirmándose con una profunda inspiración, alzó los brazos y se quitó el tocado de la cabeza. Luego, volvió a mirarse.

En el patio, ante las Puertas de la Felicidad, filas de eunucos se estremecían con acuciante excitación. Estaban perfectamente colocados a cada lado del sendero que conducía a la residencia del sultán. Contenían el impulso de hablar ante sí por temor a que el Kislár pudiera oírlos; pero intercambiaban miradas de ansiosa expectación, imaginando lo que ocurriría aquella noche en las cámaras del sultán.

Tarik trató de ignorar la mezcla de tensión y excitación, identificándose a medias con aquellos patéticos hombres. Lo peligroso de su situación le ponía los nervios a flor de piel. No estaba seguro de estar pensando con claridad. El valor era una cosa; pero tener que estar allí, en formación, dándose cuenta de que se encontraba próximo a una indecible tortura, estaba empezando a descomponerle. Intentó ahuyentar las dudas que empezaban a atormentarle, la idea de que acaso Salim tuviera razón... Tal vez había caído en la trampa de un gallardo desafío y no hacía aquello por los motivos morales que proclamaba. Sin embargo, Jessica jamás se había apartado de su mente, ni siquiera mientras permanecía en pie en la terraza, viendo impotente la espantosa matanza de miles de seguidores. En muchos aspectos ella era la imagen de toda aquella gente indefensa, un engranaje más en el mecanismo que él mismo había estado forjando. Se debía a sí mismo, a todas aquellas personas y, desde luego, a Jessica, el que quisiera liberarla de su prisión. Iría a la muerte liberado de una culpa, y ella obtendría la libertad que se merecía. Tarik pensó que si, para lograrla, tenía que entregar su vida, ella la tendría.

Música... lejana pero cierta, Tarik se inclinó levemente hacia delante y se atrevió a mirar por el sendero en dirección a las Puertas de la Felicidad. Se acercaba un cortejo.

Uno de los jefes eunucos se situó detrás de él y, sin la menor vacilación, fustigó a Tarik en el hombro con un hiriente látigo. Hizo una mueca de dolor pero se enderezó, intentando captar con una visión general lo que llegaba. Despacio, con gran ceremoniosidad, un grupo de músicos se dirigía hacia las cámaras del sultán, desfilando por el largo canal formado por los

eunucos. Detrás de ellos, marchaba una fila de jóvenes esclavas, llevando cada una de ellas una bandeja de *sis*, *ketabi*, pasteles *revani*, *turlu*, hojas de parra rellenas o *dugun sonbasi*... cena de bodas. Detrás, desfilaba un diván tapizado en seda, colocado sobre una plataforma cubierta de flores, que transportaban seis eunucos iguales en estatura, peso y color. Junto a la plataforma, cabalgaba el Kislár Agha sobre un poderoso caballo negro.

Pero nada había en la comitiva tan deslumbrante como el ser que se recostaba en el diván. Sus ojos recorrieron la fila de eunucos, pero sin verlos. Llevaba el rostro descubierto y limpio de todo afeitado, mostrando su auténtico color marfileño con tonalidades rosadas. Tampoco llevaba *kohl* en los ojos. Apenas iba maquillada. Un toque de sombra en los párpados, levemente animado el color de los labios, aplicado al estilo europeo. Vestía tan sólo una blusa de fina muselina con borlas sueltas y grandes mangas drapeadas, unos pantalones de harén azules y unas sencillas zapatillas de baño. Las únicas joyas que llevaba eran un cinturón cuajado de diamantes que realzaba su esbelta cintura, más fina aún desde su llegada al serrallo. No llevaba nada sobre la cabeza y su pelo rubio, abundante y fino, le caía en bucles sobre los hombros.

Tarik se esforzó por mantenerse sereno... Jessica se reunía con el sultán.

Le flojearon las rodillas. Luchó por mantenerse erecto; pero jamás había pensado que le afectara tanto verla, y, sobre todo, ser testigo de cómo se sometía a un destino que habría de pagar durante toda su vida. Incluso si la liberara en ese momento, siempre se sentiría atormentada por lo que la esperaba al final de aquel corredor de eunucos.

De repente se quedó rígido. Jessica le estaba mirando. Salim tenía razón. Ella sabía quién era. Su intercambio fue incisivo, breve y tumultuoso. Al pasar el diván oscilando por delante de Tarik, Jessica le dirigió una mirada fría, en la que había un fondo de amargura que a Tarik le resultó imposible definir. Y entonces se dio cuenta de cómo la había traicionado, al mismo tiempo que a sus propios ideales. Y, además, de que ella lo sabía.

Por un instante, que fue terrible, Tarik pensó que Jessica iba a hablarle. Sus labios coloreados de un modo delicado, como si acabaran de saborear la más suculenta de las cerezas, se abrieron ligeramente. Tarik se quedó sin respiración.

Los hombros de los eunucos negros se movían con anticipada sensualidad bajo la plataforma que llevaban en andas. Realizaban paso a paso el trabajo para el que habían sido entrenados y ejercitados, así como los otros eunucos permanecían quietos y en silencio como se les había enseñado. Y la mujer a la que conducían no era la misma mujer a la que Tarik arrojara a los leones.

Jessica acrecentaba la estimación que sentía por ella como algo más que un ser absurdamente emocional, epíteto que sólo un bárbaro podría aplicar a las mujeres en general. Él había pretendido ser un bárbaro, pero ocultó a Jessica su auténtica personalidad mientras viajaron a través de Siria y Turquía como apresador y cautiva. Ella cerró la boca, alzó la barbilla y volvió la cabeza, recostándose de nuevo en el diván, contemplando las puertas que tenía ante sí y que pronto se abrirían para ser recibida por el sultán.

Su destino la esperaba a pocos pasos.

Segunda parte

10

No había definición más adecuada para la palabra esplendoroso que lo que se encontraba detrás de las gigantescas puertas de madera del palacio del sultán. Ni siquiera los tiradores con incrustaciones de oro que los guardas hacían girar con tanto cuidado ofrecían el menor indicio de la majestuosidad del interior. Unos eunucos condujeron a Jessica con exquisito cuidado, como si pudiera romperse, y cuando los tiradores giraron y se abrieron de par en par las pesadas puertas, ella, que hubiera sido la esposa de un funcionario, fue admitida en un palacio que muy pocas mujeres llegaron a pisar. En aquel momento, Jessica Grey era una reina en ciernes. Lo que el futuro le reservara ni siquiera ella podía predecirlo.

El gran salón de audiencias de las cámaras privadas del sultán deslumbraba con sus maderas nobles bordeadas por una serie de alacenas profundamente encastradas a cada lado de la larga alfombra oriental que conducía hasta el trono, en que la esperaba el propio sultán. Sus ropajes eclipsaban la brillantez del mismo trono por un pequeño margen y tan sólo por el hecho de que cubrían a un hombre que gobernaba un Imperio. El cuello era como una especie de tirabuzón formado por hojuelas de oro que componían un dibujo, la túnica del terciopelo de las más maravillosas aguas, también dorada. Unos gruesos brocados en rojo y negro ponían de relieve las líneas del torso, la cintura y los brazos. En su fez, lucía una sola pluma de avestruz, inmensa, sujeta por un círculo de perlas.

Se había preparado para su encuentro de la misma manera que hiciera ella. Interesante.

Jessica avanzó unos pasos por el salón, sin sentirse en modo alguno impresionada por aquel alarde de riqueza. Siguiendo las enseñanzas de Usta, inclinó la cabeza e hizo su primer *salaam*. Como respuesta, el sultán Hasán le hizo ademán de que se acercara más. Obedeció, dando exactamente seis pasos y haciendo luego otro *salaam*. El rostro del sultán permanecía impávido. Le indicó que siguiera acercándose. Otros seis pasos..., otro *salaam*. Aquél era el tercero y último. Jessica siguió al pie de la letra las instrucciones, clavando la mirada en la alfombra y cruzando las manos sobre el talle.

Su respiración parecía tan sonora como el Bósforo. Aquello se prolongaba demasiado... y luego:

-¿Vas a quedarte mirando al suelo el resto de la velada?

La voz de Hasán parecía, incluso en aquel salón vacío, más suave que cuando la escuchara antes. Armándose de audacia, Jessica separó las manos, se irguió con porte regio y se quedó mirándolo con la misma atención que él la miraba a ella.

Se sentía atraída ante todo más que por su indumentaria, sus joyas o la pluma, por sus ojos..., distintos a cuantos había visto hasta entonces. El monarca tenía los ojos negros pero llenos de luz. Era como si alguien hubiera dejado caer dos cuentas humedecidas en aceite en una montura más bien cuadrada. Aunque su tez hubiera perdido el lustre de la juventud, aquellos

ojos todavía centelleaban como si fueran de hematites, despertando el interés de Jessica a través del salón.

Al cabo de un momento, el sultán Hasán, llevándose la mano al pecho, preguntó:

-¿Qué piensas de mí? No..., dime, mejor qué pensaste de mí la primera vez que me viste.

Jessicaladeó un poco la cabeza.

-¿Con sinceridad?

Osciló la pluma de avestruz.

-Con toda sinceridad.

-Que no era tan viejo como yo creía.

Una de dos. O daba resultado su audacia, o estaba a punto de morir.

Brillaron los ojos negros, como piedras preciosas, del sultán Hasán y empezó a reír. Bajó del trono y se reunió con ella a la mitad de la larga alfombra. Le ofreció la mano. Jessica la aceptó.

Así empezaron el recorrido de los regios aposentos. Cruzaron numerosas estancias en cuya decoración se mezclaban una docena de culturas y épocas, llegando al fin a una terraza que corría a todo lo largo de los tres inmensos salones que hasta aquel momento había visto Jessica. Primero habían estado en un salón oficial; después, en una espaciosa estancia en la que había toda clase de suculentos manjares sobre mesas bajas. La habitación final fue el dormitorio del sultán, con una maciza cama de columnas, abierta y ya preparada. Cuando se encontraban en el salón oficial el sultán, se detuvo delante de un retrato de Roosevelt y se volvió hacia Jessica.

-¿Qué opinas? ¿Tiene un buen parecido?

Jessicaparpadeó.

-¿Qué quiere decir?

Hasán señaló el retrato.

-¿Es ése el aspecto de Mr. Theodore Roosevelt? Tú lo habrás visto, ¿no?

-No... no lo he visto nunca en persona.

-Pero eres americana.

-Cuando mi madre vivía, pasamos varios años en Tallahassee -le explicó Jessica, preguntándose cómo era posible que no le temblara la voz-. Pero jamás vi al Presidente.

-¿No va a Tallahassee? Terreno peligroso. Sería fácil insultarle dándole una respuesta inadecuada.

-Por regla general no; pero, por las fotografías que he visto, puedo decir que el parecido es excelente.

El sultán Hasán sonrió ampliamente ante la respuesta que deseaba oír, y la condujo a la segunda habitación. Jessica contempló admirada la infinita cantidad de manjares, preparada cada una de las fuentes como una auténtica obra de arte. Se preguntaba qué era lo que ella tenía que hacer. Usta no le había dicho nada de que hubiera una cena.

-¿Quiere que le sirva? -preguntó.

Se dio cuenta de que había hecho el ridículo, al contestarle el sultán:

-Tal vez dentro de un rato. Y dime: ¿Cómo es tu Tallahassee? ¿Es importante?

¡Maldición! No era Tallahassee lo que quería recordar en aquellos momentos, considerando lo que se avecinaba. Presentía peligro en el recuerdo de una época en la que hubiera parecido ridículo lo que el destino estaba a punto de depararle. En aquellos días, no tan lejanos, se habría echado a reír si alguien le hubiera relatado una historia semejante. ¡Caramba! Turquía estaba en el otro extremo del universo. ¿Quién podía pensar jamás en recalar allí? Se esforzó por apartar de su mente semejantes ideas, y procuró contestar de manera aséptica.

-¿Importante? No. No es como Nueva York, Washington o Chicago -admitió antes de darse cuenta de que acaso perdiera el control-. Mucha vegetación, colinas verdes..., una humedad terrible en verano. Pasábamos las horas muertas en el porche.

-¿Porche?

Naturalmente, él jamás había visto ninguno auténtico. El sultán la invitó a pasar a través de las grandes puertas de cristales para que saliera a la terraza, y le pidió con la mirada su aprobación.

-El porche es como una terraza -explicó Jessica-, pero en la planta baja. Al anochecer, todo el mundo se sienta allí.

Hasán se inclinó sobre la baranda.

-Porches. Una idea interesante.

-¿No ha estado nunca en América? -preguntó Jessica conociendo muy bien la respuesta; pero sin poder resistirse a la tentación de ponerlo en su sitio, al menos mientras tuviera la oportunidad.

Al hacer él un ademán negativo con la cabeza, Jessica sugirió:

-Entonces, debería ir.

La mirada del sultán se perdió más allá de sus dominios de mármoles y parras.

-Imposible.

-No comprendo.

-Jamás abandono el palacio.

Cogiéndola del brazo la hizo recorrer la terraza hasta un punto en que la vista era mejor.

-¿Nunca ha estado fuera de su residencia? -le preguntó Jessica.

El sultán se encogió de hombros con suprema elegancia.

-Una vez fui a Brusa. Hace ya veinte años.

Aquello dejó estupefacta a Jessica, que se volvió hacia él sin ocultar su asombro.

-¿No ha visto los países que gobierna?

Otro encogimiento de hombros, aunque esta vez menos indiferente.

-No es necesario. Tengo miles de espías. Ellos me lo cuentan todo.

Jessica sintió un impulso de lástima más inesperado y repentino que una tormenta de arena en el desierto.

-Ellos no pueden decirle qué sabor tiene el vino local, ni traerle los sonidos de las lenguas o los olores de la plaza del mercado...

Calló de pronto, al alzar un dedo el sultán y mantenerlo erecto. ¿Habría conseguido enfadarle?

-Eso es lo que te hace más valiosa para mí que todas las demás mujeres. Puedes hablarme de los porches en Tallahassee.

Parecía más divertido por el asombro de ella que interesado en los porches. «De manera que tú también eres aquí un prisionero -pensó Jessica-, y ni siquiera tus riquezas y tu poder te permiten salir. De hecho, sultán, éstos son precisamente los barrotes de tu prisión.»

¡Santo cielo! ¡Cómo anhelaba decirle todo aquello! Caminaba de nuevo junto a él y, antes de que se diera cuenta, se encontraron en pie, junto a la inmensa cama de columnas. Hasán se quitó la primera túnica, quedando tan sólo con una camisa de noche de seda que centelleaba como el vino, bajo la luz del sol que empezaba a esconderse por el horizonte occidental. Su cuerpo parecía diferente a cuando llevaba las rígidas ropas en la Corte. Tenía los hombros anchos y un poco redondeados, su pecho no había perdido la forma pese a su edad y su apostura entonaba un cántico de grandeza desde tiempos remotos. Su físico era vigoroso, como un árbol, no redondeado como el de su padre. Lo que el tiempo se había llevado, aquel hombre lo había conservado gracias a su valor personal. Se erguía orgulloso. No se avergonzaba por no tener ya los fuertes músculos y los vigorosos tendones que tanto llamaran la atención en su juventud. Jessica aprendió mucho de él en aquellos momentos; supo lo que era envejecer con gracia y dignidad, igual que lo viera en Usta y la Kadin. Cuando él se quitó el fez y se volvió hacia ella, sus ojos brillaron, a la luz de las velas, semejantes a gotas de exquisito aceite, y las mechales grises de un hermoso pelo centellearon, no pareciendo en modo alguno grises. En aquellos instantes, Jessica sintió una gran simpatía por aquel hombre, que no era un tirano, sino, sencillamente un ser perplejo. Al igual que ella abandonó Damasco en busca de una respuesta a una pregunta ignorada, también el sultán Hasán parecía buscar algo. Jessica volvió a sentir en su corazón lástima por él. Y supo también que, por muy bien que la hubieran enseñado, ella no sería su respuesta.

Aquellos aposentos tenían una vista magnífica sobre el Bósforo y habían sido concebidos para aprovechar al máximo el sol poniente. Los tapices en la pared del fondo cobraban vida con el brillo de sus hilos y los mosaicos de los suelos y paredes se movían a medida que iba apagándose la luz, de un dorado rojizo. Por toda la habitación, ardían velas en candelabros de platino, dispuestas a iluminar la estancia cuando el sol se envolviera definitivamente en su manto nocturno.

Hasán se sentó en la cama esperando. Y Jessica se encontró de repente más allá de todo lo desconocido. Estaba junto a un precipicio dispuesta a dar el gran salto. ¿Resultaría herida? ¿La mataría? ¿Sobreviviría algo de su orgullo? Estaba a punto de hacer el amor por primera vez, e iba a ser con un hombre al que no amaba y al que, desde luego, no encontraba motivos para despreciar. «Necesito saber qué debo hacer, papá. ¿Estás ahí? Necesito tu consejo...»

El sultán permanecía sentado, esperando lo que siempre había recibido de las mujeres que fueran especialmente elegidas..., según todas le decían, el honor supremo. *Guzdeh*.

Jessica se decía una y otra vez que todo saldría bien, que todo sería más fácil... si no en esta ocasión, en la próxima... ¿Pero acaso existiría la próxima? Aunque se esforzara por simular una gran pasión, ¿no percibiría él la diferencia entre una mujer complacida y una obligada?

Jessica miró a los ojos intensamente negros del sultán e intentó conocerle, descubrir si era el tipo de hombre incapaz de notar tal diferencia. Y tuvo la respuesta... Lo sabría. Se quedó mirándola con una sensibilidad consciente que iba más allá de su propia satisfacción. No era un déspota ignorante. Jessica había conocido antes a hombres inteligentes y éste indudablemente lo era.

Mantuvo los ojos cerrados durante largo rato; luego, acercándose al lecho, se arrodilló sobre la mullida alfombra a los pies de Hasán. Y dijo frases que jamás había pensado decir, frases que sólo su subconsciente se había atrevido a memorizar.

-He estudiado las artes de cómo satisfacerte. Todo el mundo en derredor mío me ha enseñado a convertirme en la suprema mujer oriental. -Levantó la mirada hacia él-. Pero todo ello no puede cambiar la forma en que fui educada. Me he pasado la vida imaginando cómo sería, y no era así. No por imposición.

Él alzó la barbilla y las cejas a un tiempo.

-Entonces, ¿cómo es?

Jessica tragó a duras penas con la esperanza de no estar mostrándose superior.

-En occidente, el hombre conquista a sus mujeres con tiempo..., galanteándolas... antes del matrimonio.

-¿Me estás rechazando?

Se le heló la sangre en las venas. Inclino la cabeza con gesto sumiso.

-Soy tuya y haré lo que quieras. -Alzo de nuevo la mirada-. Pero si duermo contigo esta noche, será una falsedad. Una falsedad aprendida, que sólo te mostrará lo que me han enseñado. He sido entrenada para halagarte, para darte placer, para sentirme orgullosa de que me hayas elegido. Pero fui elegida a cosa hecha. Y no me siento en modo alguno halagada por ello. ¿Cómo puedo halagarte si no te conozco? ¿Es eso cuanto quieres? Este es un palacio rebotante de mujeres que se mueren por abrumarte con falsos halagos. ¿Es lo que también quieres de mí? Puedo hacerlo. Pero, de ese modo, no te daré a conocer nada de lo que hay en mi corazón.

La habían enseñado cómo hablar a un sultán, y aquélla no era la manera. Sin embargo, su rebeldía había sido impulsada por algo muy profundo en ella, y no tan sólo por el instinto de sobrevivir. Intervenían la dignidad y la compasión que de repente sentía por aquel hombre..., no un monarca, ni un rey, ni un ser divino, sino un hombre.

Jessica permanecía allí, arriesgando su vida, mientras el sultán Hasán reflexionaba.

-¿Y qué hay de especial en el corazón de una mujer que sea merecedor de esa espera? -preguntó despacio.

El amanecer en el Bósforo era una cuestión de luces. Luces en el cielo, en el agua, sobre el palacio de mármol del sultán Hasán. Sin embargo, en el interior, manaba un odio violento con la misma fluidez con que corrían fuera las azules aguas; un odio nacido del tipo de escándalo

del que Oriente se había depurado a sí mismo. Allí cabía esperar tal comportamiento... un hombre que gobernaba una nación no tenía por qué unirse honorablemente a una sola mujer, ni siquiera en apariencia. Allí otras mujeres invadirían el terreno de la primera mujer, logrando con ello el poder, la fama y tal vez, incluso, el amor.

Tarik comprendía todo aquello, aunque ya no aprobara casi ninguna de las tradiciones de su patria. Como lo comprendía, también sabía la furia que contraía los rasgos clásicos de la Kadin cuando le movilizó repentinamente del vestíbulo en el que se encontraba, haciendo chascar los dedos y ordenándole.

-Ve a palacio y dile al astrólogo que venga aquí en seguida.

Con ello, Tarik experimentó una curiosidad tan intensa como la furia que viera en la cara de la Kadin, y corrió presuroso a fin de reunir al consejero del sultán con la única esposa de éste. Como era de suponer, le ordenaron retirarse inmediatamente; pero, abstraídos en su preocupación, ninguno de aquellos dos poderosos personajes se dio cuenta de que se había escondido en un hueco, entre las rejas, agazapándose allí para escuchar.

-Ha estado con él toda la noche -gritó la Kadin al hombrecillo-. Toda la noche. Todavía está con él.

El astrólogo habló con tono tranquilizador y protector.

-Acaso sea el fin.

-¿Y qué pasará si no lo es?

La voz de la Kadin subió de tono.

-¿Por qué estás tan preocupada?

-Debí de seguir mi instinto. Debí darme cuenta de que le satisfaría. Debí de haberla entrenado yo misma.

Tarik adivinó el encogimiento de hombros del astrólogo en el tono bajo de su voz. Era evidente que intentaba calmar la ira de la Kadin.

-Incluso la novedad llega a hacerse familiar.

La Kadin replicó furiosa.

-¿Y qué ocurrirá si le da un hijo?

-Tú eres la primera Kadin. Tu hijo es el heredero.

-Si vive -alegó la griega-. Hasán jamás pregunta por él, nunca lo ve.

-Claro que no. El muchacho se encuentra secuestrado para su propia protección.

-¿Y quién protegerá a mi hijo de ella?

-De manera que es tu hijo quien te preocupa -dijo el astrólogo hablando despacio-. Si ella llegara a tener uno, sería el suyo el que estaría en peligro. Tú eres mucho más poderosa de lo que ella pueda llegar a ser jamás.

Tarik se agazapó aún más al pasar la Kadin cerca de su escondrijo. Respiraba profundamente, conteniendo su enorme ira y la ansiedad que ésta le producía. Guardó silencio, manteniendo la mirada fija en la lujosa alfombra.

-De manera que no es eso lo que te asusta -dedujo el astrólogo.

La desesperación se hizo patente al volverse la Kadin.

-¿Y qué pasará si lo aleja?

-¿Al sultán? Lo perdiste hace años.

-Siempre que me encontré en su presencia, jamás estuvo perdido para mí.

-Entonces harás lo que sea necesario.

-Sí, lo haré. Pero recuerda esto, anciano. Si mi influencia sobre el sultán pasa a esa mujer, ya me ocuparé de que la tuya me siga de cerca.

Tarik conocía el auténtico sentido de aquellas frases, un significado que las palabras no revelaban por sí mismas a quien no supiera escucharlas correctamente. Sabía que la vida de Jessica estaba perdiendo valor, incluso si yacía con el hombre más poderoso del Imperio turco. Supo que tenía que arreglárselas para estar más cerca de ella, para protegerla hasta que se presentara una oportunidad de huida. Tenía que convencer a quienes detentaban un poder real para que le asignaran la compañía de Jessica. Tarik se deslizó a través de los vestíbulos del serrallo, dirigiéndose hacia el aposento del Kislár Agha. Mientras caminaba, reflexionaba sobre lo que habría de decir. Intentó recordar su disfraz de gitano cuando vendió a Jessica al Kislár. ¿Le recordaría el jefe de los eunucos? ¿Le reconocería? Tal vez Tarik se presentó lo bastante sucio y con la indumentaria apropiada para que ahora el Kislár no le reconociese al verle.

Poco importaba. Tenía que correr el riesgo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos una sola vez mientras se dirigía presuroso a través de los jardines con arcadas, donde fue testigo de un hecho que le produjo una extraña punzada en el corazón. El retorno de Jessica al serrallo en su litera rebosante de flores, recostada en el diván de terciopelo, con una especie de vacua fatiga en la cara. ¿Estaba avergonzada de haber pasado la noche con el sultán y muchas horas más además de la noche? ¿Era posible que estuviera interpretando su expresión de forma equivocada? ¿Aquellos rasgos bellos y firmes, aquellos ojos diáfanos? ¿Se aborrecía a sí misma? ¿Le aborrecía a él, al sultán y a todos los hombres, ahora que la habían traicionado y abusado de ella?

El dolor se hizo más intenso. El sentimiento de culpabilidad, junto con otras preocupaciones corroía a Tarik mientras veía a Jessica descender sin ceremonia de la litera ante las puertas del serrallo. No parecía arrogante mientras caminaba entre las hileras de mujeres que se apartaban para dejarle paso, como a algo especial. Y, desde luego, era especial, ahora. Tarik pudo ver respeto y envidia en los rostros de las demás mujeres.

Una de ellas, de porte regio y posición incierta, se dirigió con elegancia hacia la joven americana y la abrazó. Debía de ser Hazinedar Usta. Tarik la había oído mencionar en la charla ociosa entre los eunucos. Una mujer importante. Otro eslabón en la maquinaria del poder.

Tarik tenía los ojos clavados en Jessica y, luego, en el lugar donde ella había estado una vez que las puertas del serrallo se cerraran tras su paso. Sólo al cabo de varios minutos llegó a sobreponerse y logró centrar de nuevo sus ideas en el Kislár Agha y en el delicado trabajo de convencimiento que debía llevar a cabo con gran cautela.

Jessica y Usta recorrieron dos largos corredores antes de hablar. Cuando al fin se encontraron solas, se sentaron juntas en un pequeño diván, en medio del corredor. A Usta le brillaban los ojos, como los de una adolescente curiosa, lo que hizo sonreír a Jessica, la cual se preguntaba si a Usta le parecería tan buena la victoria que Jessica pensaba haber obtenido o si, por el contrario, lo consideraría un fracaso.

-Hablamos hasta el amanecer -dijo a su mentora.

-¿Y luego...?

-Luego seguimos hablando durante todo el día. Hace muchas preguntas.

Usta frunció un poco el ceño, aunque no exactamente decepcionada:

-¿Te encontró interesante?

-Al menos lo parecía. Sí.

Usta volvió a sentarse.

-Entonces es buena señal.

Jessica intentó descifrar el tono lacónico de su profesora sin lograrlo.

-Significa que me encuentra diferente, ¿no? ¿Merecedora acaso de algo más que de una noche de orgía?

Usta asintió vacilante.

-Sí..., eso mismo.

-Y es bueno.

-Claro, sí. Muy bueno.

Jessica se acercó más, ardiente de esperanza mientras musitaba:

-¿Cuánto tardaré en ganar mi libertad?

Sabedora de que le haría esa pregunta, Usta tenía preparada la respuesta, aunque no para aquellas circunstancias. Si al volver Jessica le hubiera hablado de acto consumado, habría sabido mejor lo que debía decir. De manera que empezó a hablar despacio, contándole la mentira de forma gradual, con la esperanza de que pareciera cierta.

-Primero has de ganártelo por completo. Recuérdalo, Jessica..., el poder real llega después de que hayas hecho el amor a un hombre.

Jessica se dio cuenta de la cariñosa reprimenda que se ocultaba tras el consejo de Usta. A pesar de ello, se sentía satisfecha. Un hombre interesado en las mujeres sólo por la forma de los senos y los muslos, la había encontrado a ella interesante por cuestiones más cerebrales. Aquél era el halago supremo. Conquistaría al sultán Hasán; pero interesando su mente.

-Bueno -dijo Jessica dando unas palmaditas en la mano de Usta a modo de despedida, lo que debiera haber sido al revés-. En este momento lo único que necesito es un buen sueño de diez horas. -Se levantó y cogió las manos de Usta entre las suyas-. Gracias por todo. Sé que me has dado tus mejores secretos. Sólo quiero que comprendas que he de seguir mi propio camino y hacer aquello que crea mejor para mí.

Usta asintió con tristeza y apartó la mirada de su discípula.

-Todas hacemos lo mejor por nosotras mismas -musitó.

-Acaso algún día pueda yo ayudarte como tú me has ayudado a mí -prometió Jessica.

Usta se esforzó por sonreír.

-Descansa bien.

-¿Qué hace aquí él?

La voz de Jessica resonó en el aposento con una autoridad que jamás osara hasta entonces.

El propio Kislár Agha se sobresaltó ante aquella intensidad. Señaló con su inmensa mano negra al eunuco que permanecía en pie como un pasmarote en el centro de la alfombra.

-Es tuyo.

-¿Mío? -preguntó ella mirando al eunuco.

-Tuyo.

-¿Por qué?

-Porque ahora te has convertido en una persona muy importante. Necesitas a alguien que te proteja.

-¿Él?

-Es muy fuerte.

Jessica, adelantándose, empezó a dar vueltas alrededor del hombre, disfrutando intensamente con la oportunidad de humillar a quien había despojado su vida de casi todo valor al haberla secuestrado y vendido.

Tarik intentó mantener la mirada fija ante sí y no encontrarse con los ojos de Jessica mientras ella daba vueltas en derredor suyo, observándole con actitud crítica. Esperaba que siguiera el juego y no le descubriera. Esperaba que todavía no le odiara lo bastante para desearle una muerte penosa, ya que con ello sellaría también su propio destino.

-¿Es leal? -preguntó Jessica. El Kislár asintió.

-Y es mío -repitió ella-. Así que hará cuanto le diga.

El Kislár había iniciado ya su retirada, dirigiéndose con pasos felinos y largos hacia las puertas del aposento.

-Cuanto tú desees, lo hará.

Y desapareció entre susurros de brocado.

Tarik se quedó solo en la lujosa estancia de la mujer a la que había condenado a prisión.

¿Condenarla? Ojalá todas las cárceles fueran tan opulentas. Resultaba evidente que había infravalorado el espíritu de supervivencia de ella. No sólo se había adaptado bien, sino que, en unos cuantos meses, en realidad semanas, se había elevado hasta un lugar en el que incluso la Kadin la temía.

Jessica retrocedió, cruzándose de brazos.

-Este no es uno de tus mejores disfraces -dijo con voz neutra-. Creo que me gustabas más de gitano. Te habrás dado cuenta de que no me hubiera sido difícil descubrirte. Las pruebas contra ti serían concluyentes.

-Tú no lo harías.

-Podría hacer que te mataran.

-Eso tampoco lo harás.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? No soy la misma mujer que hiciste recalar aquí.

-He venido para ayudarte a escapar.

Jessica asintió al tiempo que se humedecía los labios.

-¿De verdad? Y una vez que hayamos escapado, ¿a quién volverás a venderme?

Tarik superó el estremecimiento de culpabilidad que le abrumó por un instante.

-Una vez que hayamos abandonado el palacio, me ocuparé de que vuelvas a la Embajada.

-¿Y esperas que me lo crea?

-Tengo pruebas de que te estoy diciendo la verdad.

Jessica entornó peligrosamente los ojos.

-Nada de lo que tú me digas podrá demostrarme que quieres ayudarme.

Tarik, irritado, cambió de sistema e intentó obtener información.

-Tal vez ya no quieras escapar.

Jessica tensó los brazos hasta que le dolieron.

-Acaso haya descubierto una forma de sobrevivir.

Tarik sintió que se ponía rígido y la ira empezaba a asomarle a los ojos.

-Entonces, no hay razón alguna para que me quede.

Girando bruscamente se encaminó hacia la terraza abierta.

-¿A dónde vas? -le preguntó ella al tiempo que le seguía.

-Para una mujer resulta difícil abandonar el serrallo, pero para un eunuco es relativamente fácil pasar inadvertido.

Echó una pierna sobre la baranda.

Jessica captó en su voz la nota clara de la decisión y, dejando de lado su indignación, se precipitó hacia la terraza.

-¡Espera! Tarik...

Se detuvo a poca distancia de él. Ambos se miraron. El espacio que les separaba parecía electrizado por toda clase de emociones. Del odio a la indignación y a la posesión, y aún más allá, en una inesperada correspondencia, cada uno de ellos era una especie peculiar de prisionero. Tarik se encontraba preso de sus propios ideales y Jessica por los muros de aquel palacio y por una creciente seguridad en sí misma que acaso hubiera quedado ignorada de no haber encontrado a aquel hombre que tenía ante ella.

Empezó a hablarle en voz queda, con severidad. Era como si él se encontrara a kilómetros de distancia.

-¿Qué es lo que realmente te ha traído hasta aquí? ¿Un sentimiento de culpabilidad? ¿El remordimiento? ¿Qué ha sido?

Tarik apretó los labios hasta formar una línea recta. Le resultaba embarazoso como a un niño que ella le hubiera adivinado el pensamiento.

-Dinero -replicó incisivo-. Charles me contrató con el dinero de tu padre.

-¿Cómo es que conoces a Charles? -musitó Jessica desconcertada.

-Lady Ashley preparó nuestra reunión una vez hubo confirmado que estabas en el harén.

Jessica permanecía indecisa. ¿Sería verdad? O tal vez no decía más que mentiras. Apenas podía notar ya la diferencia. En aquel laberinto, tantos caminos habían resultado falsos...

-Has podido oír esos nombres en cualquier parte -alegó débilmente-. Ya he sido traicionada dos veces. Una por un hombre en el bazar y la otra por ti.

Tarik, metiéndose al punto la mano bajo la túnica, sacó el broche que Charles estaba seguro de que Jessica reconocería. La joya centelleó bajo la brillante luz del día al acercársela él tanto, que sus colores se reflejaron en los ojos de Jessica desmesuradamente abiertos.

-¿Me crees ahora?

La respuesta fue una solitaria lágrima que le rodó por la mejilla.

En la Embajada se celebraba una de aquellas aburridas aunque necesarias recepciones en honor de los dignatarios y de los súbditos británicos que residían habitualmente en Constantinopla. A medida que pasaba el tiempo, Charles empezaba a encontrar cada vez más insoportables tales recepciones, como si el fondo de su paciencia diplomática se estuviera agotando. Cada mañana, se despertaba imaginando a Jessica sometida a increíbles humillaciones y, cada noche, se quedaba dormido imaginando que la oía llamarle desde las profundidades del perturbado sueño de ella. En cierto modo, la había traicionado, aunque no pudiera imaginar siquiera cómo. Intentaba constantemente mostrarse racional; sin embargo, la respuesta se le escapaba. No debió haberla llevado allí jamás..., un auténtico caballero nunca habría presentado a una dama aquella cultura bárbara, y todavía menos a una joven tan espontánea como Jessica. Tenía que haberse mostrado más prudente, introduciéndola poco a poco en el mundo, y llevarla antes a lugares más civilizados. Primero, a París... y luego a Lisboa, Madrid y Milán, por ese orden. Pero, incluso en 1909, el Imperio otomano seguía sin ser un sitio adecuado para una dama.

Le vino a la mente una idea absolutamente vulgar al ver de lleno a aquella Mrs. Fulana MacZutana, sirviendo té de un samovar y presidiendo una rebuscada mesa llena de *scones* y *cakes* cerca de un grupo de oficiales turcos que charlaban con el embajador Grant. Nunca lograba acordarse del nombre de esa mujer. Mrs. Tetera. Bien, ciertamente no era la primera vez que alguien se encontraba con el remoque derivado de uno de sus rasgos más relevantes.

Al menos Lady Ashley seguía todavía en Constantinopla y por lo tanto se encontraba en aquel momento allí. Charles necesitaba de su serenidad, de su comprensión del problema y, en especial, de su audacia tan poco inglesa.

Charles intentó concentrar de nuevo su atención en la conversación que tenía lugar en su pequeño grupo formado por varias esposas de ciudadanos británicos y el Gran Visir Bey de la Corte del sultán Hasán, que tenían un aspecto muy internacional con su traje inglés y su fez

turco. Bey se dirigía a las mujeres con aire bastante superficial, y Charles procuró prestar atención a lo que decía.

-Envidia a sus maridos -confesaba Bey-, que pueden exhibirlas con toda libertad..., sus hermosos vestidos, sus joyas. En tanto que yo me gasto una fortuna con mi harén. Y ¿para qué? Trajes que sólo visten para satisfacerse a sí mismas frente a las demás.

Como si hubiera sido invocada, surgió entre el grupo Mrs. Tetera. Había estado prestando atención, arteramente, a dos conversaciones a la vez, dispuesta a intervenir en cuanto al tema fuera lo suficientemente picante. Y allí estaba. Charles se preparó a lo peor.

-Señor... Verá, señor, tenemos una pregunta -gorjeó la dama. A Charles le resultó interesante la forma en que Mrs. Tetera se había convertido de repente en nosotros.

-Señora -dijo el Gran Visir inclinándose.

-Hay algo que hace un tiempo nos tiene desconcertados.

-¿De veras?

-¿Es concebible que pueda retenerse a una mujer en el harén contra su voluntad?

Charles se puso en guardia. Tetera jamás había sentido por él demasiada simpatía.

Bey hizo un movimiento negativo con la cabeza.

-Eso no es posible.

-¿Qué me dice entonces del harén del sultán Hasán? -insistió Mrs. Tetera-. Hemos oído que raptan a las mujeres y las someten a una especie de esclavitud sexual...

-Estamos en el siglo XX, señora.

Realmente excitada Mrs. Tetera ya no conoció límites.

-De manera que, si una dama se encontrara en un harén, sería por propia voluntad.

Se había colocado por delante de Charles para lanzar su último dardo y se disponía ya a hurgar en la herida.

-Señora. ... -empezó a decir él.

-No lo haga, Charles.

Era el embajador Grant. Una orden terminante, emitida calladamente por encima del hombro.

-Créame, señora -siguió diciendo Bey-. Es una tarea muy difícil retener a una mujer que no quiere que se la retenga.

-¿Incluso para el sultán?

Charles apretó los puños.

-Si tiene algo que decir, señora, dígalo con mil diablos.

Sintió que el embajador Grant le cogía por el codo como ligera advertencia pero no era la primera vez que Tetera había lanzado insinuaciones hirientes sobre la difícil situación de Jessica. Aquella mujer disfrutaba con las desgracias o los infortunios ajenos, manipulándolos bien con el chismorreo o bajo otras formas de insidias sociales. Le gustaría verla amarrada a un camello con destino directo al Tibet.

Se había vuelto hacia él con un despliegue de inocencia profesional gracias a su cara de vieja dama, colocándole así a él, de forma automática, en situación desventajosa.

-Le aseguro que no tengo ni idea de lo que quiere decir...

-¡Usted sabe demasiado bien lo que quiero decir!

El embajador Grant se decidió a intervenir.

-Ya es suficiente, Charles.

Pero Lady Ashley pareció darse cuenta de la situación y surgió de alguna parte con una gran copa de brandy en una mano y fumando un largo cigarro. Aquello apartó de manera efectiva a Mrs. Tetera de su ataque a los puntos vulnerables de Charles.

-¡Cómo, Lady Ashley...!

-He descubierto que va muy bien con mi brandy -dijo Lady Ashley inclinándose hacia la otra mujer y enarcando significativamente las cejas-. Y ahora se ha apagado. ¿Le importaría, Charles?

Charles aspiró profundamente, tratando de despejarse la cabeza.

-En absoluto. Permítame -dijo encendiendo una cerilla y acercándola al cigarro.

Mrs. Tetera miraba asombrada a Lady Ashley que se permitió una larga y buena chupada a su cigarro.

Rescatado Charles de las malas compañías, ofreció el brazo a su buena amiga y los dos se alejaron del grupo seguidos por todas las miradas.

-Para ser un diplomático, carece de sutileza y de ciertas nociones de conveniencia -le reprochó divertida.

-Estoy harto de las conveniencias -declaró Charles-. Creo que no es más que una palabra para denominar la superficialidad. Bueno, no sé -gruñó bajando la vista-. Empiezo a preguntarme si estaré haciendo o no un favor a Jessica intentando sacarla del harén. No puedo imaginármelo devolviéndola de nuevo a gente como ese viejo buitre.

-Vamos, vamos. Sea cortés.

-Sólo quiero decir que no es justo. Jessica no se merece pasar el resto de su vida siendo objeto de miradas perversas Y de chismorreos maliciosos, como si de repente le hubiera crecido otra cabeza. Cada semana, cada día que pasa, se hunde más profundamente en la sima de la mala reputación. Si al menos pudiera saber lo que quiere...

-No debe pensar así -le reconvinó Lady Ashley-. Haga lo que considere justo y será justo. Usted y yo sabemos que Jessica no está allí de buen grado y es lo bastante fuerte para hacer frente al chismorreo miserable. Lo importante no es lo que la gente piense, sino lo que usted mismo piensa, Charles. ¿Sabe usted lo que siente?

Charles permaneció por un instante silencioso y luego lanzó un suspiro que revelaba sus dudas interiores; pero la mayoría de ellas no tenían nada que ver con la cautividad de Jessica o sobre lo que pudiera estar pasándole.

-Si aún está viva -dijo despacio-, y al menos sabemos que lo estaba cuando usted la vio, es evidente que ha encontrado una manera de vivir en sus circunstancias. Sé que es una joven de recursos, pero en realidad jamás pensé que fuera manejable. Empiezo a creer que no soy digno de ella en absoluto.

-¿Es eso lo que piensa? -dijo Lady Ashley-. Después de todo, pocos hombres tienen el valor de hacer frente a una situación tan difícil del modo que usted lo ha hecho. Jessica no se ha dado

por vencida y no me parece que usted lo haya hecho. Otro hombre, menos íntegro, ya habría renunciado.

-Gracias -dijo Charles; pero sus dudas persistían. No volvió a reunirse con el grupo de dignatarios. Tenía la impresión de que había dejado de pertenecer a ellos. Acaso acabara haciéndolo; pero no en aquel momento... Por ahora, era un hombre que se debatía entre el deber y la lealtad..., un precipicio engañoso...

Aquel día fue único por sus difíciles situaciones. Esa misma tarde, el Gran Visir Bey volvió al palacio del sultán Hasán para emprender otra serie de minuciosas discusiones; pero, en esta ocasión, en lugar de hacer equilibrios en la cuerda floja entre la alta sociedad, los hacía sobre el favor caprichoso del sultán, durante una reunión en el Palacio de Yildiz.

En el salón de audiencias, se encontraban los consejeros habituales... el astrólogo, el Gran Visir Bey, el Kishlar y la Kadin, en su sillón ligeramente retrasado del diván de Hasán. Sin embargo, aquel día la Kadin no disfrutaba de privilegio especial alguno, porque en el salón había alguien más cuya presencia era un insulto para ella. Volvió el rostro velado y los ojos intensamente pintados hacia la izquierda, pero sólo lo preciso para observar la silueta de la otra mujer, la americana, sentada a la izquierda del sultán, vestida con los más hermosos brocados y delicados velos, tan hermosos como los que solía llevar la propia Kadin, la cual intentó evitar que sus ojos revelaran su furia interior; pero sabía que el denso *kohl* y los afeites no eran capaces de disimular el gran odio que sentía. Esa mujer pagaría.

Proseguían las discusiones, problemas y decisiones políticas, mientras el astrólogo argüía con Bey, que, en aquella ocasión, iba ya con su indumentaria tradicional de Oriente.

-Ha habido disturbios tanto en Siria como en Macedonia -dijo finalmente Bey de forma directa al sultán, arremetiendo contra los intentos del astrólogo por minimizar la gravedad de la situación a que se enfrentaban.

-¿Qué ha hecho el Ejército?

-Poco puede hacer. Los oficiales se encuentran en desventaja. Hace ya tres meses que los soldados no cobran su paga y hemos recibido informes fidedignos de Siria de que cada día desertan más soldados.

El astrólogo habló despacio, sin inflexiones.

-Los soldados sirven a su sultán solamente por el honor, no por dinero.

Bey puso en peligro su vida; pero el auténtico honor de que hablaba el astrólogo exigía la verdad, por el bien del Imperio.

-Eso pudo ser verdad en tiempos pasados, pero hoy día ya no lo es. El Ejército tiene que disponer de fondos.

-Acaso lo que los soldados necesiten sea una gran batalla. Una victoria -apuntó el astrólogo.

-Lo que necesitan es dinero para alimentar a sus familias.

Con un solo ademán, el sultán Hasán cortó la discusión.

-Reflexionaré sobre el problema. Podéis retiraros los dos.

Ambos hombres hicieron lo que se les decía; pero en direcciones distintas.

El sultán se volvió entonces hacia su izquierda y se dirigió a Jessica.

-¿No te aburre todo esto?

La muchacha se puso un poco rígida bajo los pliegues de su complicada túnica. Después de considerar con atención la pregunta, dijo:

-Me parece fascinante. Bey es un hombre muy razonable. Parece evidente que sopesa con gran cuidado sus decisiones y opiniones. Es un hombre de conciencia.

-Esa... conciencia -empezó a decir el sultán- ¿es algo que valoras?

-Le concedo un gran valor -dijo ella con un movimiento afirmativo de cabeza.

-¿Y qué te parece mi astrólogo?

Así que era verdad. El sultán Hasán hacía rebotar sus opiniones sobre ella. Aquello aumentaba el peligro y las posibilidades de su presencia allí.

-Creo que es leal; pero sus ideas distan mucho de ser modernas -dijo al cabo de un momento.

-¿Nada de conciencia?

Jessica se limitó a sonreír, divertida por su actitud. No había esperado que le resultara simpático; pero así era.

Hasán asintió con gesto lento.

-Moderno. Ya comprendo... Ven, siéntate junto a mí.

Plenamente consciente del abyecto encono de la Kadin, Jessica se levantó y recorriendo la escasa distancia que la separaba del diván del sultán, se sentó en el borde.

-Quiero mostrarte algo -le dijo, y apretó un botón oculto bajo el marco de madera tallada de su asiento.

Jessica se sobresaltó al ver que se abrían de repente todas las alacenas que había a lo largo de la pared, descubriendo una hilera de armas *Gatling*, largas como mosquetones, montadas y encañonadas.

-Para protegerme de los asesinos -dijo con orgullo el sultán Hasán.

Apretó otro botón y en el salón estalló un pandemónium de fuego graneado.

Jessica se aferró al borde de terciopelo del diván, dándose cuenta de que algunas de las personas que se encontraban en el salón habrían podido ser fácilmente alcanzadas si no se hubieran encontrado de pie cerca de la tarima de audiencias del sultán. Evidentemente, quería hacer patentes sus ideas, costara lo que costase. Intentaba impresionarla y ese intento era perturbador.

El sultán la miraba con expresión resplandeciente.

-Muy siglo XX -comentó.

-Mucho -murmuró Jessica con la lengua pegada al paladar. Pasaron horas antes de que volviera a sentir calor en las manos.

El sol se ponía sobre el patio. Sus últimas luces, de una tonalidad rosada, iluminaban los pulidos mármoles de los muros del palacio, tornándolos de color rubí allá donde quedaban en sombra y rosa donde aún brillaba la luz. Un pequeño grupo de jóvenes soldados vagaban por las zonas ajardinadas, riendo y charlando. A nadie le hubiera parecido extraño.

A menos, naturalmente, que alguien estuviera enterado de cosas.

Incluso mientras el sultán Hasán yacía amodorrado, disfrutando de sus riquezas, y de lo que él creía su seguridad, Tarik miraba por encima de la baranda de la terraza de los aposentos de Jessica. La había despertado hacía unas horas, después de introducirse inadvertido en su residencia, y le había dicho que ya casi había llegado la hora. Se dio cuenta de que ella no tenía idea de lo que aquello significaba... Pensaba que él sólo se refería a su huida. Habían mantenido juntos una vigilancia silenciosa al lado de la baranda de la terraza, en espera de la señal para iniciar la huida. Si Jessica hubiera sabido algo sobre tácticas militares, podía haberse imaginado que la huida de dos personas no necesitaba ser sincronizada con tan excesivo cuidado y que se planeaban otras acciones, que sacudirían al Imperio de un extremo al otro.

En aquellos momentos, la muchacha se encontraba sentada en la terraza, cerca de él esperando una señal a la que no daba todo su valor. Tarik suponía que sólo pensaba en sí misma, en tanto que él había de pensar en todo salvo en sí mismo. Pese al calor de aquella noche estival, Tarik sentía frío. Y también sentía otras cosas más profundas..., la conciencia de lo que estaba sucediendo fuera del gran muro y por todos los campos cercanos, y ansiaba formar parte de todo ello, saber exactamente lo que ocurría, cuándo y con quiénes.

Durante todo aquel tiempo, había intentado mantener la mirada apartada de Jessica; sin embargo, la presencia de ella sentada allí, junto a la baranda, esperando atenta alguna clara señal que significara la libertad, perturbaba a Tarik hasta el fondo de su ser. Era muy bella, de forma clara y definida, no como las mujeres de rostro cetrino de su pueblo, con sus caras redondas y sus inmensos ojos. Los de Jessica, que no estaban sombreados, eran de un azul claro y vivos como los de un pájaro. Su tez había recuperado el puro tono marfileño que él recordaba antes de que la arrastrara al desierto, donde el sol había bronceado sus mejillas. Tenía la nariz y la barbilla bien delineadas y sus labios eran perfectos, ni delgados en exceso ni demasiado gruesos. Poseía un aspecto muy intercontinental, sentada allí con su oriental indumentaria y el leve velo verde alrededor del cuello, ya que, como occidental, no veía la necesidad de cubrirse la cara.

Una parte de Tarik la despreciaba, aun cuando fuese lo bastante habilidosa para abrirse camino hasta lo alto de la escala de intrigas palaciegas. ¿Cómo pudo traicionarse a sí misma? ¿No hubiera sido preferible una muerte honrosa a prostituirse ante un déspota?

Se le revolvió el estómago y, después, se le revolvió más aún ante la idea de que Jessica pudiera sentir, en realidad, algo por el sultán Hasán. ¿Acaso no había visto en ella una expresión casi placentera cuando volvió al serrallo después de pasar con él más tiempo del que ninguna mujer pasara durante una década?

Apretó los puños, conteniéndose para no tocarle la cara, el pelo, y comprobar si era real o sólo una leyenda que él mismo se forjara en su mente. Desde un principio, había quedado impresionado por el valor de ella, y ahora tenía que enfrentarse al hecho de que también era una mujer con recursos y decidida a ocuparse de sí misma, ya que no tenía otra causa que la suya propia. Ningún objetivo. Ningún imperio por conquistar.

Tarik se esforzó en apartar la mirada de ella, en el momento justo para ver a uno de los soldados del grupo que se encontraba abajo, levantar el fez y agitarlo sobre su cabeza como si estuviera despidiendo al sol. Tarik se puso en pie.

-Ésa es. -Al sobresaltarse Jessica y ponerse en pie, le aclaró-: La señal. Ahora debemos irnos.

En aquel momento, ya sólo pensaba en entrar en acción y se convirtió de nuevo en un soldado. Recogió las pocas cosas que Jessica seleccionara para llevarse con ella, y juntos se dirigieron presurosos a la puerta. La muchacha no dijo una sola palabra, no discutió, ni siquiera miró hacia atrás con sentimiento. Tarik no sabía qué deducir de ello.

-De prisa -dijo-. No te separes de mí y haz lo mismo que yo...

Las puertas del aposento se abrieron de par en par segundos antes de que Jessica y Tarik llegaran a ellas, y el Kislár Agha entró rápidamente seguido de un grupo de esclavas.

Jessica se quedó de piedra. ¡Lo habían descubierto!

Pero las esclavas llevaban armas extrañas. ¿Instrumentos musicales? ¿Flores? ¿Manjares? ¿Llegaban para capturarles o para darles de comer?

-El sultán me viene pisando los talones -dijo el Kislár, casi preso de pánico.

-¿Viene aquí? -le interrumpió Jessica-. ¿Ahora?

-Un honor inmenso.

El hombretón negro empezó inmediatamente a enviar a las esclavas de acá para allá, aullando órdenes y haciendo indicaciones.

-Aprisa con el *midye*. Aseguraos de que las olivas son frescas. Ten cuidado con esas hortensias, estúpida. Veamos, ¿dónde está la música? Vosotras dos, traed la túnica azul y las zapatillas de Jessica.

Ella miró desesperada a Tarik. La expresión de éste era de abrumadora y penosa desesperación, al comunicarle en silencio la imposibilidad de intentar huir aquella noche. Para él significaba, tal vez, perderla sin esperanza, ya que Tarik comprendió lo que estaba ocurriendo fuera. No era probable que tuvieran una segunda oportunidad.

Permanecieron allí con aquel intercambio silencioso y descorazonador, ambos alimentando ideas demenciales de una repentina huida, cada uno midiendo la distancia entre ellos y la puerta; pero, en cuestión de segundos, la habitación se convirtió en un hervidero al llegar precipitadamente más esclavas para prepararlo todo con vistas a la inmediata llegada del sultán Hasán.

Demasiado tarde. Un silencio sepulcral se hizo en la habitación. A una palmada de las inmensas manos del Kislár, las esclavas dejaron de afanarse y quedaron inmóviles. El silencio era insoportable. Nada pasó... hasta que Hasán entró en la habitación. Ni siquiera sus

zapatillas hacían ruido alguno sobre los mullidos diseños de la alfombra. Le seguían varios guardaespaldas y el astrólogo.

El Kislar hizo al punto una profunda inclinación.

-Se te traerá todo cuanto quieras. Se satisfará hasta el menor capricho. Toda fantasía se hará realidad.

Prescindiendo de ceremonias, el sultán Hasán señaló a Jessica. «Qué falta de modales», pensó ella impulsiva.

-Lo que quiero es quedarme solo con esta mujer -dijo Hasán.

El Kislar dio de nuevo una palmada. Al punto se vació la habitación con la misma rapidez con que se llenara. Sólo Tarik quedó rezagado, su expresión era una mezcla de emociones conflictivas. Pero, al igual que Jessica, era impotente para cambiar la situación. En sus ojos ardían ideas insensatas de asesinato... ¿Podría matar al sultán y desaparecer con ella antes de que nadie se diera cuenta? ¿Podría escurrirse y ocultarse en la habitación hasta que Hasán creyera que estaba solo con ella? Luego, se dio cuenta, con pena, de que acaso Jessica quisiera manejar por sí misma al sultán Hasán. Después de todo, ahora eran amantes.

La idea de Jessica haciendo el amor con el sultán puso enfermo a Tarik y, por primera vez se dio cuenta de que ése no era el tipo de sentimiento que uno tenía por una mujer a la que trata de rescatar. Y la aventura del rescate ¿no debería ser más excitante que la propia mujer?

Ante lo inevitable, Tarik optó al fin por salir de la habitación. Jessica le vio irse con la sensación de encontrarse atrapada en un torbellino. Un momento antes, había estado haciendo acopio de fuerzas para una huida difícil y peligrosa del lugar más vigilado del Imperio. Y ahora, de repente, tenía que volver a concentrarse para encontrar alguna manera de manejar al sultán Hasán, que no ocultaba en modo alguno el hecho de que sus deseos habían alcanzado el punto de ebullición. Impulsada por su desesperación, se consagró a preparar el *levrek bugulama* mientras intentaba reajustar sus ideas a aquella imprevisible situación... tratando de asimilar el hecho de que, en definitiva, acaso tuviera que hacer el amor con el sultán a fin de poder salir de allí. Jessica había desechado aquella idea. Pero volvía a surgir rotunda. Le temblaban las manos. Mantuvo la mirada baja.

Hasán no apartaba ni un momento los ojos de ella.

-Me han dicho que no te interesan las joyas ni los vestidos. Que no ansías riquezas.

Al no tener nada mejor que contestarle, Jessica se limitó a decirle lo que en realidad estaba pensando.

-Te han dicho la verdad.

-Si es así, ¿cómo voy a cortejarte? ¿Qué es lo que quieres?

La libertad. Tuvo la palabra en la punta de la lengua; pero apretó con fuerza los labios antes de que pudiera escapársele. Le sirvió el café y sonrió.

El sultán se acomodó entre un montón de cojines y aceptó el café, evidentemente satisfecho con la expresión de su sonrisa, lo que hizo comprender a Jessica que su entrenamiento no había sido en vano.

-He estado pensando en tomar una segunda mujer -le dijo él con calma.

Jessica se enderezó aturdida.

Hasán se dio cuenta de su reacción. En realidad, la esperaba.

-Lo que te estoy diciendo es que tienes mi promesa de matrimonio. Puedes ser la segunda Kadin.

Jessica tembló ante la combinación de horror y honor que le provocaba aquella idea.

-En América, un hombre no tiene más que una mujer -dijo temblándole ligeramente la voz.

-Esto no es América -le dijo él sin ambages.

Para el sultán aquello era muy sencillo.

De repente, Jessica se sintió más segura de sí misma, como si el afán de lucha por el poder volviera a correr por sus venas.

-¿Y la primera Kadin? ¿Acaso querrá a su alrededor una segunda?

-La primera Kadin quiere siempre lo que yo quiero.

Jessica, ansiando decirle la verdad, proclamar a gritos frente a él la muerte de Geisla, dejó que la cogiera entre sus brazos mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para lograr evadirse de todo aquello y librarse de aquel hombre que tan poco sabía de la nación que gobernaba.

-Y quiero que la segunda se comporte de la misma manera -le musitó al oído.

El sultán la deseaba sin más demoras.

-Si hubiera de casarme, querría ser virgen hasta nuestra noche de bodas -le dijo calculadora.

Si la tradición inglesa no pudiera sacarla de aquello, tal vez lo lograrán sus propias preferencias. El sultán parecía interesado en ganársela definitivamente, en tenerla como mujer en lugar de como esclava. Pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo... La actitud clásica de quien durante toda su vida, ha visto satisfecho su más insignificante capricho. De pronto, Jessica sintió lástima por él, aunque le despreciara por su ignorancia. Notaba su aliento en la oreja, con una mezcla de olor a café y pilaf. Intentó mantenerse apartada sin llegar, por supuesto, a rechazarle.

-Y yo quiero que mi mujer tenga experiencia -replicó él, mostrando claramente la diferencia entre el hombre oriental y el occidental. Volvió a estrecharla con más fuerza.

Jessica trató de no oponer resistencia; pero su repugnancia natural y la falta de amor hacia Hasán se revelaron de manera espontánea. Desde luego, ya no era un desconocido para ella; pero sentía en el fondo de su ser como una fría piedra al apretarla él contra su robusto cuerpo y empezar a acariciarla con una gran sabiduría.

-Esa forma de cortejar occidental está empezando a aburrirme -dijo-, y, en realidad, no tienes elección. ¿Comprendes?

Era un hombre inteligente pero muy mal acostumbrado. Jessica sabía bien que estaba en lo cierto. No tenía elección. El último instante de tiempo robado se esfumó al desabrochar Hasán los botones de sus túnicas, abriéndoselas por delante y descubriéndole un seno. Jessica cerró los ojos y esperó. Pronto se produciría algún sentimiento, alguna sensación y habría de aferrarse desesperadamente a ella.

Empezó a darle golpes la cabeza. No..., aquello no era en su cabeza. El ruido venía de fuera, más allá de los muros del palacio. Timbales y cánticos, que iban acercándose rápidamente.

Sobre ella, Hasán se quedó rígido y levantó la vista. En cuestión de segundos, la soltó, lanzándose hacia la terraza.

Jessica se cogió al borde de un mullido cojín y dijo atragantándose.

-¿Qué pasa?

Antes siquiera de que terminara de hablar, se abrieron con fuerza las puertas y apareció el astrólogo con una docena de guardias imperiales.

-Se están acercando. Hacia la Tesorería.

-¿Quién? -preguntó Jessica, ignorando su posición-. ¿Qué es lo que pasa?

El sultán se volvió hacia ella. Ya no era el hombre apasionado. Ahora tenía una expresión muy diferente.

-Aquí estarás a salvo. Esto no tiene nada que ver contigo. -Luego, ordenó a los guardias-. Hemos de salir inmediatamente.

Más de un centenar de soldados se apiñaban ante las puertas de la Tesorería Imperial, cantando y golpeando con cucharas de metal sobre latas para expresar su descontento. Era un espectáculo terrible para los hombres armados que se encontraban dentro del recinto, ya que estaban acostumbrados a una vida de orden y disciplina militares. Les hubiera resultado más comprensible que una muchedumbre de paisanos se levantara contra ellos que aceptar que lo hicieran sus propias fuerzas.

Los revolucionarios continuaron con sus cánticos mientras otros cien soldados se incorporaban a las filas de los que, furiosos, clamaban ante el muro de la Tesorería.

-¡Abrid la Tesorería! -cantaban, chillaban, gritaban, aullaban-. ¡Queremos nuestra paga!

Dentro de los muros de la Tesorería, en los andamios, se encontraban muchos más centenares de hombres armados, protegidos de los revolucionarios por el propio muro. Miraban a través de las troneras y por encima del muro, preguntándose qué acción adoptar contra quienes, normalmente, deberían estar formados junto a ellos. Todos sabían que el compañero que tenían al lado podía volverse en cualquier momento e incorporarse a la protesta. Soldados contra soldados. Incluso los que se encontraban dentro de los muros, comprendían los motivos de quienes se hallaban fuera, ya que tampoco habían recibido pagas mucho mejores que los que estaban en el campo.

En el más alto de los andamios, el Comandante en Jefe miró ceñudo a la multitud.

-Es demasiado tarde para andarse con razonamientos -dijo tajante a sus oficiales, los cuales no podían saber si estaba diciendo la verdad o había cedido a las abrumadoras tensiones del momento. ¿Se había hundido ante la violencia de la situación o proyectaba dar a los hombres que se encontraban abajo un escarmiento que sirviera de ejemplo al resto del ejército? Al parecer, ya había tomado su decisión... acaso antes de que nadie se hubiera dado cuenta.

El Comandante en Jefe alzó la mano, bajándola luego con un ademán seco. Una orden inconfundible de abrir fuego.

La luz de la luna brillaba sobre centenares de fusiles. Oscuras siluetas de hombres uniformados, recortándose sobre el índigo de la noche, se deslizaron sobre la parte superior del muro, semejantes a reptiles saliendo de sus madrigueras. Dada la orden, y entrenados para cumplirla, abrieron fuego sobre una multitud de la que fácilmente hubieran podido formar parte. Ninguno de los hombres dejó de tener aquel insidioso pensamiento.

Los disparos iluminaron la noche. Los revolucionarios caían a montones formando una masa contorsionada por la agonía y la muerte. En el suelo del patio, se amontonaban los casquillos de los proyectiles, mientras los soldados proseguían con la siega. Los revolucionarios se desperdigaron, ya sin orden ni concierto, buscando protección a aquella inesperada explosión de violencia. Pero no tenían dónde protegerse. En el campo abierto de los terrenos de la Tesorería, seguían cayendo, cazados con gran facilidad, al brillar sus oscuros uniformes bajo la luz de la luna. La protesta se convirtió en una matanza. El número de muertos seguía aumentando.

El Comandante en Jefe observaba con satisfacción creciente.

Bien, aquellos hombres aprenderían la lección. Los que sobrevivieran, y él se aseguraría de que fueran muy pocos, harían correr la voz de lo que sucedía cuando alguien se atrevía a alzar la voz en protesta frente a la voluntad suprema del Imperio. Aprenderían que jamás hay que anteponer el dinero a la lealtad a los jefes, a su herencia. Se irguió con audacia en el andamio superior, esperando que, desde abajo, los soldados vieran su corpulenta figura y se dieran cuenta de quién estaba a cargo.

Su atención sólo se distrajo por un instante al observar que el joven soldado que estaba junto a él había dejado de disparar su arma y miraba boquiabierto hacia el patio con ojos vidriosos. El Comandante en Jefe examinó durante varios segundos aquel rostro joven preguntándose si el muchacho se había quedado sin munición o, en cualquier caso, por qué no cargaba de nuevo su fusil. Al cabo de un momento percibió algo.

-Sigue disparando, soldado -le dijo.

El joven casi se atragantó al intentar hablar.

-Pero... ¡están desarmados!

-Son traidores. Sigue disparando, si no quieres verte castigado como ellos.

Durante un largo instante, el joven cerró los ojos, cayéndole las lágrimas por las mejillas, recordando su entrenamiento y todas las huecas promesas de gloria que le habían hecho. ¿Qué grandeza había en disparar contra tus hermanos?

Impotente ante la mirada de su jefe, sabía que no tenía elección. Alzó el fusil, apuntó y apretando con fuerza los temblorosos labios, disparó.

En el patio, un hombre que corría cayó sobre el montón ensangrentado de sus camaradas.

Finalmente quedó restaurado el orden, aunque a costa de centenares de vidas. Para el Comandante en Jefe, que ordenaba que se encendiera una hoguera para quemar los cuerpos, el coste había sido mínimo. Sin orden, no había Imperio y, si los soldados clamaban pidiendo

dinero, en lugar de hacerlo a través de los canales adecuados, no habría orden. Las llamas se alzaron bajo el cielo nocturno, esparciendo el hedor a carne quemada y sangre hirviente. Se fue alimentando la hoguera con un cuerpo tras otro y muy pronto el hedor se extendió por todo el Bósforo, arrastrado por los vientos marinos... Un gran funeral a modo de advertencia para todos los que se atrevieran a desafiar la autoridad o la sabiduría del sultán Hasán.

El sultán, flanqueado por sus guardias personales, examinó el lugar en cuanto se tuvo la certeza de que había sido sofocada toda posibilidad de peligro. Su mirada recorrió aquel mar de cuerpos al tiempo que observaba con ceñuda satisfacción cómo los leales recogían los cadáveres de los traidores y los arrojaban para que fueran devorados por las llamas. Se dirigió adonde se encontraba el Comandante en Jefe, el cual le dijo:

-Entre los heridos, hemos encontrado algunos que creemos que son miembros de los Jóvenes Turcos.

El sultán Hasán, inclinándose de manera espontánea cogió el fez rojo de uno de los cuerpos.

-De manera que ahora se disfrazan de soldados -murmuró-. ¿Dónde están los sospechosos?

-En la mazmorra, a la espera de que se les interroguen.

Ni siquiera el sultán pudo evitar un estremecimiento al pensar en los efectivos métodos de interrogatorio que se llevaban a cabo en su Imperio.

-Quiero saber dónde se reúnen los revolucionarios.

-Lo sabremos -aseguró el Comandante en Jefe.

Cuando el sultán regresó a su salón de recepciones, el Gran Visir Bey se encontraba ya allí, esperándole, con un montón de panfletos y papeles en la mano. El sultán los miró ceñudo, disimulando la expresión de ansiosa curiosidad que sentía por aquellos documentos, sospechando su origen y deseando cogérselos a Bey y leerlos de inmediato. Pero avanzó indolente, dejando atrás al hombretón, y dirigiéndose hacia su trono, con parsimonia.

Bey no se molestó en esperar.

-Aquí está cuanto he recogido de los revolucionarios. Hasán hizo un ademán indiferente.

-Déjalos ahí.

Bey puso el montón sobre una mesa de mosaico al tiempo que decía:

-Es posible que los revolucionarios estén implicados; pero no podemos pretender que todos los problemas sean provocados desde fuera. Muchos soldados tuyos murieron esta noche. Tus hombres están levantándose contra ti.

El sultán Hasán enarcó una ceja.

-Exageras la situación del Ejército.

-Has de admitir, majestad, que los problemas existen -dijo Bey con tono suplicante, olvidando los límites en su desesperación.

El sultán se le aparecía en aquellos momentos más como un chiquillo aburrido que como un hombre de cincuenta años.

-No se puede seguir ignorándolos por más tiempo.

-Unos cuantos soldados codiciosos, traidores y voraces, organizan una algarada, y quieres que me crea que todo mi ejército se dispone a desertar. No existe nada grave.

-¿Y qué ha sido lo de esta noche? -gritó Bey con el rostro enrojecido-. La unidad del Ejército se ha visto seriamente amenazada.

La mirada furiosa del sultán le dejó petrificado. Pero Bey le devolvió la mirada con igual frialdad.

Hasán se puso en pie inclinándose sobre su consejero, al igual que el viejo Imperio bizantino se extendía fantasmal sobre toda Constantinopla.

-A pesar de que nuestras opiniones difieren en muchas cuestiones, siempre he considerado tu opinión digna de tenerse en cuenta. Pero acaso puedas prestarme una mayor ayuda en otra parte.

Bey se quedó con la boca abierta. Se estremeció sobresaltado.

-Creo que la situación en Armenia requiere cierta atención -siguió diciendo el sultán Hasán-. De manera que puedes abandonar esta noche el palacio.

Bey se le quedó mirando, consiguiendo sobreponerse. Aquello era el exilio. Simple y llanamente. Sin añadir otra palabra, se irguió, dio media vuelta y abandonó el salón de recepciones. En cierto modo, se sentía contento...

A solas ya, sin otra cosa que el pasado y un futuro incierto, el sultán se acercó a la mesa de mosaico y empezó a examinar los documentos.

Jessica quedó al fin dormida. Una vez que hubieron dejado de oírse los horribles chasquidos de los disparos y, cuando la hoguera empezaba a aumentar en el lejano recinto apenas visible desde su terraza, salvo por los ominosos destellos reflejados en las nubes, Tarik insistió en que tratara de dormir. Ya no era posible predecir cómo llevarían a cabo su huida. Desde luego a partir de ese momento sería necesario algo más que algunos sobornos repartidos adecuadamente.

Pero otros no dormían, y aprovecharon aquellos momentos para llevar a cabo lo que consideraban su deber por el bien del Imperio, de la Kadin y de su hijo, que era el heredero. Salieron de entre las sombras, centelleando sus armas a la luz de la luna que invadía los aposentos de la mujer pálida. Allí no había sitio para ella, y estaba haciendo perder la cabeza al sultán, les había dicho la Kadin mientras, con actitud indiferente, les daba las órdenes.

Iban vestidos de derviches, con los turbantes, las camisas tradicionales y los abombados pantalones cayendo sobre las botas. Sólo sus armas curvas y el talco esparcido por sus caras les diferenciaba de los demás derviches. Los rostros aparecían momificados por el talco y los ojos no eran más que dos agujeros en la penumbra.

Se abalanzaron sobre ella entre las sombras, con un movimiento rápido aunque casual, porque no esperaban que se defendiera. Pero Jessica sólo estaba adormecida, ya que no podía dormir profundamente pensando en lo que le traería el nuevo día. Se despabiló bruscamente al sentir un robusto brazo de hombre rodearle la garganta y, sobre su cabeza, pudo ver el centelleo de una hoja bajo un rayo de luna.

-¡No! -gritó aterrorizada tanto por la hoja curva como por el rostro esquelético de su atacante. Se retorció intentando ponerse fuera de su alcance. La cimitarra se hundió en la almohada. Empezaron a revolotear plumas por todas partes.

El otro hombre saltó por encima de la cama persiguiéndola, mientras el primer atacante intentaba sacar su arma del enredado tejido. Jessica volvió a gritar, pero su chillido fue la plataforma para lanzar un puño impulsado por el terror a las narices del hombre que le perseguía. Se tambaleó pero la agarró por el camisón con una mano y tiró de ella. La joven cayó con fuerza sintiendo el camisón rasgado desde los hombros. Un brazo le rodeó la garganta, ahogando nuevos gritos. El hombre luchó por sujetar con más firmeza su arma mientras mantenía el contorsionado cuerpo contra el suyo. Jessica era ágil y fuerte, lo bastante para hacerle perder el equilibrio y forzar la dirección de su arma; pero lo que no pudo hacer fue soltarse. Aumentó la presión del brazo que le rodeaba la garganta. Jessica sabía que le sería más fácil matarla impidiéndole respirar, por lo que se aferró con todas sus fuerzas al brazo. Hundiendo la barbilla en el pecho, intentó morderle; pero el brazo de aquel hombre era como un barra de marfil alrededor de su garganta.

Agitó furiosa las piernas. Por el rabllo del ojo, vio cómo oscilaba la afilada hoja. Se preguntaba qué sería del otro hombre. Pronto lograría soltar su arma de la almohada de brocado y acudiría a hundirla en ella. En su mente, se agolpaban los pensamientos. Aquel brazo oprimía cada vez con más fuerza su garganta. Ya no podía respirar. Empezaron a perder fuerza sus puntapiés y su campo de visión se estaba transformando en un túnel. Los pulmones le ardían por falta de aire. Le zumbaban los oídos. Jadeó intentando aspirar, con un ruido propio de una pesadilla. Sintió un cosquilleo en las manos al clavar las uñas en el brazo que le rodeaba el cuello. Ante sus ojos estallaron luces.

De súbito la arrojaron al suelo medio estrangulada. Tuvo la impresión, más que verlo, de que sus atacantes se alejaban de ella, precipitándose a reunirse con alguien en la puerta de su salón. Más asesinos. Su alivio sería corto..., demasiado corto para que pudiera recuperarse y huir, aunque ello significaba arrojarse por la terraza para enfrentarse a otro tipo de muerte. Permanecía en el suelo, convertida en un montón jadeante. Su mente trabajaba pero los brazos y las piernas parecían de goma. El pecho le dolía. Sentía la cabeza como un canto rodado. Acaso ya estaba muerta. Tal vez por eso la habían soltado.

Sí, debía de estar en el sueño de la muerte, porque escuchó la voz de Tarik llamándola. Dentro de unos instantes, se hundiría en la oscuridad total, y todo habría acabado.

En el abismo de su mente, privada de oxígeno, Jessica escuchó el choque de cimitarras contra una sola daga.

-¡Jessica!

Algo se agitó dentro de ella. Algo le devolvió la conciencia. ¿Sería posible que todavía estuviera luchando por vivir? Esa voz que la llamaba hacía reverdecer las posibilidades. Pero estaba tan cansada...

La contemplación de Jessica caída en el suelo hizo sentirse a Tarik poseído de una furia inhumana. La llamó por dos veces, perdiendo acaso unas energías que necesitaría para su

lucha con aquellos dos intrusos, cuyo propósito era, ni más ni menos que separarle las extremidades del cuerpo. Jessica permanecía inerte, por muy fuerte que la llamara. Apretó los dientes y dejó que se apoderase de él la ira.

Le hizo un gran servicio aquella inesperada furia de pasiones. Luchó como dos hombres, y fue un digno adversario para los asesinos cuyas armas le buscaban, rasgándole la ropa y también la piel. Él, a su vez, acuchilló las vestiduras de ellos, ansiando sentir que su daga se hundía en la carne, y llevó la lucha desde los dormitorios a los baños, donde se acrecentó contra el mármol blanco y frío. Jadeaban ya los agresores. Tarik era flexible y ágil; pero sus contendientes eran asesinos entrenados en un arte tan viejo como la propia civilización. Apenas lograba evitar el torbellino de sus espadas, y el resbaladizo suelo no le ayudaba lo más mínimo. Hubo de retroceder hasta un caballete de mármol entre dos bañeras y tuvo de luchar para conservar serena la mente entre el ruido del agua que se manaba a borbotones y el recuerdo de Jessica que yacía muerta en la habitación inmediata.

El hombre más cercano a él le siguió hasta el caballete de mármol. Tarik aprovechó un movimiento de desequilibrio y consiguió agarrar la muñeca del hombre y retorcerla con todas sus fuerzas. El asesino aulló de dolor y luego se quedó sin aliento. Entonces, con gesto victorioso, Tarik le hundió su daga en el estómago. Le empujó hasta arrojarlo a la bañera y conservó para sí la cimitarra. El agua le salpicó los tobillos al volverse para hacer frente al segundo asesino. Un rápido reflejo evitó que le cercenara la cabeza. Se inclinó hacia atrás, y la hoja de un *yatagdn* le pasó sibilante ante la nariz.

Ya exhausto, Tarik hizo acopio de todas sus fuerzas y de su instinto de supervivencia. Y también de la ira, que le dio cumplida respuesta.

Enarboló con furia la cimitarra que momentos antes fuera dirigida contra él, atravesando la indumentaria derviche y la carne que cubría. Con toda la fuerza que le confería su amargura, hundió la espada en el cuerpo del asesino atravesándolo de parte a parte. Luego, Tarik sacó el arma, la enarboló de nuevo y se la hundió de plano en la cabeza. El cuerpo del asesino, muerto antes de caer, se deslizó por el suelo de mármol dejando un siniestro rastro de sangre y entrañas.

Tarik, todavía en posición de ataque, sintió un hormigueo en los brazos, caídos a ambos lados. Se volvió poco a poco, sabiendo que tenía que enfrentarse a un horror todavía peor cuando regresara a aquel dormitorio. Permaneció allí exhausto, como esperando que sus atacantes volvieran a la vida y le agredieran de nuevo.

Al volverse, con las piernas entumecidas, apenas dio crédito a lo que veía cuando su mirada enfocó la puerta del dormitorio. Una persona estaba allí de pie, cubierta de harapos, magullada y con aspecto fantasmal; pero tan bella como un amanecer.

Avanzaron temblorosos los escasos pasos que les separaban y se fundieron en un abrazo. Tarik la apretaba con fuerza contra su pecho palpitante, sepultando la cara en su pelo. Aspiró perfume mezclado con el sudor de la desesperación.

-Creí que habías muerto -dijo con un nudo en la garganta.

-Y yo suponía que te habían matado.

Sus palabras quedaron como colgadas en los hilos de la incredulidad. Los brazos de Jessica se deslizaron por debajo de las túnicas de él, hasta encontrar su cuerpo, al que se aferró como si fuera su ancla de salvación.

Junto a ellos, las aguas de los baños corrían rojas por la sangre.

12

El barrio armenio de Constantinopla estaba iluminado por las llamas. Ardía, hasta sus cimientos, la casa de madera a la que por primera vez fuera conducida Jessica. Era natural que el sultán Hasán se hubiera estremecido pensando en los métodos de persuasión de su ejecutor, pero se hacía evidente que habían resultado efectivos para el descubrimiento del lugar donde se ocultaban los revolucionarios. Ahora, la casa crepitaba bajo el cielo nocturno. Las calles estaban vacías; pero millares de ojos observaron cómo los soldados imperiales prendían fuego a la vivienda.

Un pregonero contratado por el Comandante en Jefe recorría las calles cercanas a la casa en llamas, voceando el decreto del sultán Hasán.

«Cualquiera que se llame a sí mismo revolucionario será ejecutado de la peor manera posible. Cualquiera que distribuya escritos o predique ideas revolucionarias será colgado. Así ha sido decretado por vuestro jefe, Su Majestad el sultán Hasán.»

El decreto se repetía con abrumadora regularidad por todo el sector armenio.

Salim lo había escuchado ya demasiadas veces mientras Misha y él corrían calle abajo por detrás de la casa incendiada. Habían escapado por los pelos. El edificio estaba ya casi rodeado y no pudieron evitar ser vistos. Una docena de soldados imperiales les perseguían a través de las oscuras calles. Pero Salim conocía bien la zona y condujo a Misha por un laberinto de calles y callejones, ante ventanas desde las que los aterrados armenios les veían pasar. Sólo vaciló al escuchar la tintineante música armenia que les llegaba desde una taberna cuando cruzaron delante de ella. Cogió a Misha por el hombro para hacerle retroceder hasta la entrada de la taberna.

-Ven por aquí -jadeó. Abrió la puerta y luego la cerró de golpe tras ellos. Los dos rebeldes se recostaron jadeantes sobre la madera. La música se detuvo.

Miraron en derredor suyo. Los armenios sentados ante los mostradores y las mesas se quedaron contemplando a los dos hombres que apenas podían respirar. Nadie se movió.

Fuera, los soldados avanzaban entre charcos formados por las recientes lluvias y, cuando se dieron cuenta de que los rebeldes ya no estaban en la calle, empezaron a registrar casas y tiendas. Entraron enérgicos en la taberna y estudiaron todas las caras. Los clientes interrumpieron sus conversaciones y se quedaron mirando con ligera curiosidad a los intrusos, mientras los turcos buscaban detrás de los mostradores y debajo de las mesas. No encontraron nada. Con deliberado aplomo salieron, sin molestarse siquiera en cerrar. Sus botas resonaban pesadamente sobre el empedrado mientras se dirigían al siguiente edificio.

Uno de los armenios se apresuró a afianzar la puerta echando el cerrojo. El dueño de la taberna abrió una pesada trampa de madera que daba a la bodega. Surgieron de ella Salim y Misha. Este se acercó corriendo a la ventana y atisbó ansioso a través de ella.

Salim aspiró profundamente.

-Has corrido un gran peligro escondiéndonos -dijo al hombre que estaba junto a él.

-¿Cuántos de vosotros hay en el barrio? -preguntó el armenio propietario del local.

Salim aborrecía hablar de números. Desde la gran matanza en la plaza del mercado, las cifras representaban rostros, muchos de ellos pequeños, y evocar los le producía dolor de cabeza.

-Cincuenta..., acaso un centenar.

-¿Podemos ocultar a tantos? -preguntó el dueño volviéndose hacia otro armenio.

El hombre se encogió de hombros y luego asintió. A Salim le pareció que no de forma muy convincente.

-Los esconderemos entre nuestra gente -dijo el tabernero dirigiéndose de nuevo hacia Salim-.

Los vestiremos igual que vamos nosotros y los pondremos a trabajar en nuestras tiendas de manera que nadie sospeche que no son de aquí. ¿Se lo explicarás a tus hombres?

Salim asintió.

-¿Te das cuenta del peligro? -le advirtió, descubriendo, de repente, lo mucho que sus palabras se asemejaban a las que diría Tarik en parecidas circunstancias.

Con los labios muy apretados, formando una amarga línea, el armenio se acercó temerario a la ventana, junto a la que permaneció en pie al lado de Misha, y se quedó mirando la iglesia cerro cana y las llamas al fondo.

-Mi hija fue asesinada en la calle por los soldados del sultán -explicó-. Su único delito fue querer escuchar las palabras de un hombre llamado Tarik. -Volvió de nuevo el rostro envuelto en sombras, salvo por el débil centelleo anaranjado de las llamas en la cercana calle-. Haremos lo que tenemos que hacer.

Salim deseó no haberle entendido, pero lo hizo.

Al otro lado del universo, el sultán Hasán se encontraba sentado en su trono como un hombre montado sobre un blando caballo. Parecía haber envejecido en poco tiempo, pensaba Jessica. Tenía un aspecto ceniciento y preocupado. La joven americana empezó a preguntarse si no habría algo debajo de aquella imagen despótica y caprichosa. Se encontraba sentada a su izquierda, y la Kadin a la derecha. Ambas mujeres colocadas ligeramente detrás del monarca. Frente a él se hallaban el Kishlar Agha y el astrólogo de la corte. Frente a todos ellos, un hombre pequeño, envuelto en pesada indumentaria, permanecía en pie ante el sultán, informándole de lo que sabía.

-Los armenios han procurado refugio a los revolucionarios. Se trasladan de casa en casa en aquel sector, y permanecen sólo unos días en cada lugar. Son como hormigas en el desierto.

Intervino el astrólogo:

-Los armenios siempre nos han creado problemas.

Hasán aspiró profundamente. Todavía no había oído lo que le interesaba.

-¿Y qué hay de Tarik Pasha?

Jessica se puso rígida. El Kislár la miró de soslayo y luego dijo a Hasán:

-A mí me parece que los hombres como ese Pasha tienen la habilidad de morir y resucitar a voluntad... según les conviene.

El sultán Hasán, complacido, devolvió al Kislár su favor con una sonrisa.

-Exactamente.

-Y ése es el motivo de que Vuestra Majestad haya de actuar con rapidez -intervino el astrólogo aprovechando la oportunidad para despojar de la aprobación al Kislár.

Se sentía muy irritado de que Agha gozara de nuevo de la simpatía del sultán, desde la noche que éste pasó con la mujer americana, y estaba dispuesto a quebrantar aquella situación.

-¿Qué sugieres? -preguntó el sultán.

-Debe pensar en hacer lo que su abuelo hubiera hecho.

-Pero era un hombre despiadado -apuntó el Kislár.

El astrólogo lo miró maligno.

-Era muy efectivo. -y luego, dirigiéndose al sultán Hasán añadió-: Salvó el Imperio. -y tú puedes hacer lo mismo, decía con los ojos.

Y entonces habló Jessica. Si se le iba a permitir asistir a aquellas sesiones, insistiría en entender lo que estaba sucediendo. De ese modo acaso podría intervenir en lo que estaba ocurriendo. ¿Y para qué iba a querer el sultán Hasán que estuviera allí, si no deseara saber lo que pensaba? Tal vez no comprendiera bien las peculiaridades de la corte oriental; pero, desde luego, no tenía intención de permanecer sentada decorando su salón de audiencias como una alacena más. Y le convenía recordar que esas alacenas estaban cargadas.

-¿Qué quiere decir? -preguntó señalando al astrólogo-. ¿Qué está sugiriendo en realidad?

La Kadin salió de su silencio y observó tajante:

-El sultán no te ha pedido tu opinión.

-No estoy dando una opinión -dijo a su vez Jessica-. Estoy haciendo una pregunta.

El Kislár abrió la boca para amonestarla, pero el sultán le detuvo con un movimiento de la mano.

-Lo has hecho bien -dijo Hasán al Kislár-. Me divierte. -Lo más asombroso fue que, volviéndose hacia Jessica, se molestó realmente en darle una explicación-: El astrólogo sugiere que el Ejército ocupe el barrio armenio para aplastar a los traidores.

Jessica abrió los ojos incrédula.

-¿Quieres decir asesinarlos?

Al darle con su silencio la respuesta, Jessica miró intensamente a los ojos del soberano, hurgando en su mente con sus propios pensamientos como si fluyeran de cerebro a cerebro. Le habló en tono bajo.

-No puedo creer que vayas a permitir que asesinen a ciudadanos inocentes. No me es posible creer eso de ti...

El astrólogo interrumpió, presintiendo una interferencia.

-¡Hay que eliminar a los revolucionarios antes de que se hagan más fuertes!

Sus palabras resonaron como un eco a lo largo de las alacenas. Luego... silencio.

Hasán se levantó lentamente. Miró a sus consejeros. A la Kadin. A Jessica.

Luego, volviéndose de nuevo, habló al astrólogo.

-Algo falla en tu plan -le dijo-. Hay un problema que no hemos considerado.

El astrólogo se quedó con la boca abierta, como si prefiriera no hacer pregunta alguna. Sin embargo, el sultán Hasán, con su actitud, le había inducido a que preguntara, y no tenía más remedio que hacerlo.

-¿El qué?

Hasán se volvió, puso un pie sobre la tarima de su trono y miró a Jessica.

-Mi conciencia.

Ella se sintió rebosante de orgullo.

Y ese orgullo no se desvaneció. Incluso mientras paseaba con Tarik, a última hora de aquel día, por los jardines del serrallo, no podía ocultar una leve sonrisa de victoria, pese a cuanto su raptor y salvador le había contado sobre la monarquía corrupta del sultán Hasán. Tenía miedo de estar perdiéndola de una manera diferente, y pensaba que acaso había ido allí en vano.

-¿Cómo puedes defenderle? -le preguntó mientras pasaban, como por casualidad, ante las enormes jaulas de los papagayos.

De vez en cuando se cruzaban con mujeres del harén, que también paseaban tomando el sol, y su discusión estaba punteada con períodos de discreto silencio.

-Lo que digo es que puede llegar a ser un hombre muy compasivo -explicó Jessica con tono paciente.

En cierto modo, estaba poniendo a prueba a Tarik, irritando de modo intencionado su severo aborrecimiento por cuanto representaba el sultán. Ella sabía que era leal, muy valiente y que estaba dispuesto a dar la vida por sus principios... y por ella. Pero, ¿acaso no podía madurar lo suficiente para ser capaz de encontrar algo bueno en Hasán.

Tarik la miró ceñudo, preguntándose si no habría en ella alguna parte oculta que tal vez jamás llegara a comprender... ¿Cómo podía hablar bien de un hombre que la mantenía prisionera y abusaba sexualmente de ella? ¿Le habrían lavado el cerebro? Pensó en recurrir a medios enérgicos para hacerla salir de su error, obligarla a darse cuenta de la auténtica calidad moral del autoritario monarca.

-¿Sabes para qué fueron construidas las jaulas de los papagayos?

-No; ni quiero saberlo.

-Pues tendrás que oírlo. Él las hizo construir para que los chillidos de las aves ahogasen los gritos de los prisioneros en la cámara de tortura, que está detrás de ese muro.

Jessica, furiosa, se paró en seco y se encaró con él.

-¿Por qué habría de creerte? Tú tienes tus propios motivos para suponer que todo en él es malo, pero no es ningún monstruo horrible. Yo le he visto comportarse bien.

-¿Qué es lo que tú has visto? -preguntó Tarik sarcástico.

-Incluso teniendo pruebas de que los armenios están escondiendo a los Jóvenes Turcos, se niega a permitir una matanza por parte del Ejército.

Tarik retrocedió entornando sus oscuros ojos.

-¿Y cómo sabes tú esas cosas?

-Habla conmigo. -Jessica se encogió de hombros subrayando su aseveración.

-¿Qué quieres decir con eso de que «habla» contigo?

-Que lo hace. ¿Tanto te extraña que pueda estar interesado en lo que yo tengo que decir? ¿En lo que pienso? Eres mucho más anticuado de lo que suponía.

Tarik se quedó mirándola. Pese a ser una mujer a la que abrazara estrechamente contra su pecho por la alegría de saber que estaba viva, en aquellos momentos le parecía una extraña. Y todavía se sintió más alejado de ella cuando le dijo:

-Hasán me ha pedido que me case con él.

Tarik sintió que se le oprimía el pecho.

-No puedo creerlo.

Algo en su tono, aunque no intencionado, le molestó.

-¿Tan difícil es de creer que un hombre pueda encontrarme deseable?

No..., no era difícil en modo alguno.

-El sultán Hasán encuentra deseables a todas las mujeres -farfulló.

La ira brilló en los ojos de Jessica; pero la mente de Tarik había cambiado de dirección y estaba sumida en un nuevo enfoque de posibilidades, de manera que terminó la conversación bruscamente. Cogiéndola por el brazo, la condujo bajo un frondoso dosel que había al fondo del jardín, hasta que estuvo seguro de que no podían oírles. Luego, se volvió hacia ella con una expresión tan genuina y atrayente como la integridad de un niño.

-Jessica -empezó a decir midiendo las palabras-, si lo que dices es verdad..., si el sultán te presta oído, entonces lo que escuches será de un gran valor. Pueden transcurrir semanas antes de que se nos presente otra oportunidad de huir. Ese tiempo debe utilizarse muy bien.

-¿Me estás pidiendo que me convierta en espía tuya?

-Te estoy pidiendo que trabajes para nosotros.

-Lo siento. No puedo.

Tarik la cogió por los hombros.

-Escúchame. No necesito explicarte nuestra forma de pensar. Tú misma eres víctima de las antiguas costumbres que el sultán Hasán está perpetuando. Creo que has visto suficiente. Va a haber una revolución. Eso es seguro.

-Nada es seguro -aseveró ella luchando contra la idea.

-Lo es -insistió Tarik-. Tú puedes cooperar a frenar el derramamiento de sangre. Puedes ayudar a millares de personas a obtener el tipo de libertad que tú has dado por sentado durante toda tu vida...

-Cállate. No me sueltes una arenga asegurando que el mundo será un lugar mejor para vivir, Tarik. -Sus ojos azules centellearon con tonos violeta por el reflejo de las flores del dosel-. Resulta inadecuado viniendo de un hombre que con tanta alegría me vendió como esclava. No estoy aquí por culpa del sultán, sino por la tuya.

Tarik apartó las manos de sus hombros y cerró los puños.

-Y a mí me resulta difícil sentirme culpable teniendo en cuenta que tu vida parece haber cambiado muy poco.

-¿Por qué? ¿Porque no comparto tu entusiasmo por causas abstractas?

Tarik bajó la voz. Ya sólo era un ardiente susurro.

-Esperaba más de ti.

Jessica suponía que se conocían el uno al otro, creía que habían superado el resentimiento, la amargura y todas las cosas que sentían mutuamente..., pensó que aquella situación había quedado despejada la noche anterior al sentirse tan asombrosamente aliviados sabiendo que los dos estaban vivos. Durante aquellos momentos horribles del ataque, se había encontrado, de repente, temiendo más por la vida de Tarik que por la suya propia. Y el encontrarle vivo... también había salvado su vida. Pero convertirse en espía de una inconexa banda de revolucionarios fuera de la ley...

Le habría gustado comprender mejor lo que sentía. Luchando con sus pensamientos, se apartó bruscamente de él, intentando paliar su malestar con el insulto. En el último momento, volviéndose de nuevo hacia el joven líder, recurrió a una estratagema mezquina.

-Como Kadin del sultán Hasán, sería muy poderosa; pero supongo que no crees que una mujer pueda ser capaz de manejar ese tipo de poder.

Había dado en el blanco. Tarik se quedó mirándola con ojos vacuos.

-Te equivocas. Muchas mujeres serían capaces; pero no tú.

-¿Por qué?

Tarik alzó levemente la cabeza.

-Porque tú no tienes corazón de mujer.

El Kislar irrumpió en el aposento de Jessica, interrumpiendo el desayuno que ella compartía con Usta.

-Partimos ahora mismo para Brusa -dijo, y sin pérdida de tiempo se dedicó a recoger el equipaje de Jessica para el viaje.

La muchacha lo miró por encima de su taza de café.

-¿Brusa?

-El sultán ha decidido hacer una excursión.

Con un suspiro de aceptación, Jessica miró a Usta y se encogió de hombros. Hassán tiene siempre lo que quiere. Levantándose sin ceremonias, empezó a reunir sus cosas.

-Haré que Lanie busque a mi eunuco y...

-No -la interrumpió el Kislár-. Sólo tú y yo. Y el sultán Hasán.

Jessica se irguió.

-¿Sin séquito? ¿Sin guardias?

Usta se quedó mirándole; pero permaneció callada. Su silencio reveló a Jessica que aquello se salía de lo habitual. Bueno... El propio sultán le había dicho que hacía años que no salía del palacio. Pero, ¿por qué ahora? ¿Y por qué con ella?

-Va a ir disfrazado -les explicó el Kislár, mientras metía en una gran maleta varios trajes y camisolas-. Uno de sus sobrinos ocupará su puesto en palacio.

De repente, Usta creyó comprender. Sonrió e inclinándose hacia delante dio a Jessica unas palmaditas en la mano.

-Este es un viaje muy importante para él. Para vosotros dos. Es hora de que aprendas algo sobre el poder real. Es hora de que duermas con tu sultán.

No había transcurrido ni media hora y Jessica ya se encontraba viajando en un automóvil junto al sultán Hasán. Atrás había quedado la indumentaria regia, el fez con la pluma de avestruz, hasta el más mínimo rastro de realeza. En su lugar vestía un traje de calle europeo y llevaba corbata. Jessica iba cubierta por ropa turca; pero no tan resplandeciente como la que usaba en el serrallo. Se tapaba el rostro con un sencillo velo rosa, sin adornos. Tampoco lucía joya alguna. El Kislár conducía el coche y, a su lado, se sentaba el astrólogo, que había encontrado la forma de que le incluyeran en el viaje.

-¿Por qué hacemos esto? -preguntó en voz baja al sultán, en la intimidad del coche.

-Me has hecho ver mi propia ceguera -repuso él volviendo hacia la joven rubia sus inmensos ojos negros, que en la penumbra reflejaban la plata de sus sienes y el recuerdo de la juventud-. Voy a mezclarme con mi gente para saborear los vinos de la tierra y escuchar las diversas lenguas.

Se curvaron un poco las comisuras de su boca. Jessica le estudió, sintiéndose más su igual de lo que nunca se sintiera antes.

-¿Y nada más?

Su sonrisa se hizo más amplia.

-Tal vez haya algo más.

-¿De qué se trata?

De nuevo clavó la vista ante sí, viendo pasar las calles de su imperio entre el Kislár y el astrólogo, sentados en la parte delantera.

-Quiero que descubras las viejas costumbres. Deseo que entiendas la manera de ser de mi nación. Y espero que me comprendas a mí.

Brusa era conocida como la ciudad de las cien mezquitas. Cada una de las cuales representaba una herencia, un recuerdo y un testimonio, remontándose al Viejo Imperio que forjara el metal con el que se crearon Turquía y el Imperio otomano. En las cercanías, crecían espesos olivares verdes y negros, como si allí no hubiera entrado el siglo XX. Y en la lejanía... montañas.

El automóvil del sultán avanzaba perezoso por las angostas calles, ante hermosas y antiguas casas turcas, en su mayoría construidas con madera y en las que había terrazas colgantes. Nadie se molestó en dar explicaciones a Jessica al detenerse el coche delante de una de las casas. Fue escoltada por un sirviente que la guió hasta ella. Poco después, otros servidores llegaron con su equipaje y el del sultán, hasta habitaciones muy orientales. Ningún mobiliario occidental empañaba allí el sabor, como en el palacio de Constantinopla. Las paredes eran de madera labrada, con divanes adosados a todas ellas.

Jessica supuso que se trataba de un segundo serrallo. Comprado o alquilado por el sultán Hasán, o algo parecido. Poco importaba. El soberano lograba cuanto quería.

De repente, los criados dejaron de deshacer el equipaje, al darse cuenta de algo que Jessica no estaba entrenada para descubrir. Un instante después, el sultán entró en la habitación acompañado por el astrólogo.

-No puede salir sencillamente así -estaba diciendo el astrólogo-. Sólo con unos cuantos eunucos como única protección. ¿Qué pasará si os reconocen?

El sultán se volvió hacia él, aunque prestándole una atención indiferente.

-Quiero ver la plaza del mercado. -Se volvió hacia Jessica-. Ponte el traje más sencillo.

Sin una palabra, ella dejó que los sirvientes la condujeran a otra habitación, donde se cambiaría de ropa. Observó en particular el hecho de que, mientras el sultán deseaba ponerse al día con la presencia de ella, seguía hablándole como si fuese una esclava cualquiera.

Caminaron por las calles de Brusa, por debajo de toldos a rayas sobre los que jugueteaban los últimos rayos de sol. Los escaparates de las tiendas estaban enmarcados con alfombras persas y kurdas, con recuadros bordados en oro y plata. El sultán, con su sencillo traje de calle gris, seguía a Jessica, separado de ella por unos cuantos pasos exactamente calculados. Con sus *feridje* y *yashmac* negros, la americana parecía una mujer turca cualquiera yendo de compras; la única diferencia eran los seis eunucos que la acompañaban. Se preguntó si ello sería tan corriente como pensaba Hasán. Se detuvo ante un escaparate con brocados brusa y esponjosas toallas blancas turcas, aprovechando la oportunidad para retroceder y ponerse a la altura del soberano.

-¿Por qué vas detrás de mí? -le preguntó con un susurro intentando no infringir ningún tabú local.

Él le susurró a su vez.

-Porque en Turquía la mujer debe de caminar delante de su marido.

Con amabilidad la hizo adelantarse y siguieron caminando. Aquella tarde, apenas pudo verlo mientras recorrían disfrazados la plaza del mercado. Jessica andaba delante de él, notando su presencia aunque sólo lo viera de vez en cuando. Examinaron las pieles que vendían desde un vagón, y rieron al ver aparecer a un pastor corriendo por las concurridas calles en busca de un balante cordero que se había separado del rebaño cuando se dirigía a la subasta. En Brusa, la plaza del mercado era más primitiva que las que Jessica conoció en las grandes ciudades como Constantinopla y Damasco. Los olores también eran diferentes. Se utilizaba camellos y monos como animales de carga en lugar de los caballos que se habían hecho populares en las

grandes urbes debido a la influencia de Occidente. Los pollos circulaban entre las piernas de los compradores, picoteando las migajas que encontraban en el suelo. Y los niños también correteaban libres, ya que casi todos los negocios estaban formados por una familia en la pequeña economía del pueblo.

Jessica tenía la esperanza de que el sultán Hasán observara las caras de sus gentes, las discusiones que tenían, los trueques, las risas de los niños, los balbuceos de los bebés en los brazos de las madres, la belleza de toda aquella diversidad que ella observara en la plaza de cada una de las ciudades desde que Charles la llevara a Oriente.

De repente, la joven se sintió culpable. Hacía días que no había pensado ni un instante en su prometido... ¿Cuántos días? Y lo que aún era peor: cuando la huida todavía formaba parte de sus planes, apenas podía imaginarse a sí misma pasando su vida al lado de Charles, tan correcto, tan tranquilo, tan británico... ¿Podía acaso consumir su existencia en una embajada, en un pequeño reducto inglés de cualquier país, y pretender que era feliz sirviendo té y evitando los pellizcos de viejos y arrugados diplomáticos? ¿Podría de nuevo abstenerse de intervenir en una discusión política cuando oyera del sultán, de los harenes, de los revolucionarios y de las insurrecciones?

-Ven por aquí -dijo la educada voz de Hasán.

Jessica se volvió al punto. Sobre ella se erguían las agujas de una vetusta mezquita construida sobre las ruinas de una vieja iglesia bizantina. Esta vez, el soberano se acercó a ella y, cogiéndola del brazo, la condujo por un largo corredor de azulejos persas, creados y cocidos en todas las tonalidades de verde, desde el manzana al césped, del ciprés al jade. Los nichos de oración proyectaban sombras cóncavas sobre las paredes con filigranas de oro. Mientras caminaba con el sultán, Jessica vio sobre sus cabezas un techo tan alto como el cielo en el que había pintadas escenas gloriosas de adoración, que debieron costar una fortuna. Sus pasos producían delicados ecos. En el centro de la mezquita se encontraba una fuente de mármol macizo incrustado con porcelana, cuya agua rumorosa desgranaba un himno infinito.

Jessica se sintió embargada por la antigua belleza. Sus ojos lo revelaban al volverse hacia el sultán Hasán. No encontraba palabras para describir la majestuosidad de aquel lugar.

-Sabía que llegarías a entenderlo -dijo él al ver su cara-. Yo también estoy empezando a comprender cosas.

-¿De verdad? -preguntó ella esperanzada.

-Muchas. Hoy sólo soy un hombre de negocios recorriendo las calles. Esta noche volveré a ser de nuevo el sultán, pero me haré cargo de mi imperio. Me he ocultado durante demasiado tiempo en palacio. Ya es hora de que gobierne de veras a mi país.

El rostro cuadrado de Hasán y sus labios delgados, guardaban sus ojos como una ostra su perla y Jessica creyó ver a un hombre muy diferente del individuo mal acostumbrado y enclaustrado, embutido en vistosos ropajes, a quien una turba de esclavos entonaban alabanzas por sus menores caprichos. A Jessica le deleitaba la idea de llegar a ejercer influencia sobre su forma de pensar, sobre la manera de considerar a su gente. ¿Sería posible que ella, Jessica Grey, pudiera detener una revolución sencillamente influyendo en el punto de

vista de un hombre tan importante? ¿Podía una mujer, una esclava, lograr un poder tan puro? Si Tarik estuviera allí sería testigo de ello. Entonces podría comprobar lo que su pequeño peón había aprendido a hacer. Y se daría cuenta de que había otros caminos, que no eran la violencia, para hacer cambiar el rumbo de la Historia. Sonrió.

La luna iluminaba los terrenos del segundo serrallo en el corazón de Brusa. Jessica la contemplaba recreándose con su éxito cerca del sultán y orgullosa de sí misma, cuando le llamó la atención cierto movimiento que tenía lugar en el patio.

Abajo, unos hombres con extraña indumentaria empezaban a reunirse a las puertas de la casa. Se movían de manera obsesiva como ensayando una danza. Los observó durante un momento y luego aspiró profundamente. Derviches..., lo mismo que los que la atacaron. ¿Estaban allí para matarla? ¿O a Hasán? Se agarró con fuerza al alféizar cuando los derviches empezaron a entrar en la casa uno tras otro.

Se sobresaltó al sentir una mano en el hombro. Era el Kislár.

-Si lo deseas, puedes reunirte con el sultán para una ceremonia privada.

-Sí..., claro -asintió con voz temblorosa. El Kislár miró hacia abajo.

-Esos hombres de ahí fuera son derviches. Auténticos. Son hombres santos que están aquí para aconsejar a Su Majestad. No hay nada que temer.

Jessica sabía bien que los hombres que la atacaron iban disfrazados de derviches. Cuando los cuerpos fueron retirados de sus aposentos, se descubrió que bajo la indumentaria propia de los derviches, iban vestidos de soldados. Dadas las condiciones en que se encontraba el Ejército, los asesinos podían haber llegado del exterior. Por entonces se compraba fácilmente a los soldados.

Acompañada del Kislár, atravesó los corredores en penumbra del serrallo, estremecida por los siniestros aullidos de los chacales que merodeaban por las afueras del pueblo, husmeando en busca de cualquier comida. En Oriente, incluso en el meollo de la civilización, estaba siempre cercano el primitivo pasado. Se preguntaba qué había querido decir el Kislár al hablar de «ceremonia privada». Acaso el sultán se disponía a hacer buena la predicción de Usta. Tal vez Jessica no podría evitar por más tiempo una noche en el lecho del monarca. Empezó a preparar su mente, su alma y su conciencia para lo que pudiera ocurrir. Había tenido que hacer aquello en tantas ocasiones, que empezaba a desear que ocurriera para acabar de una vez. Entonces podría considerarlo como una realidad, en pasado, en lugar de verlo como una amenaza pendiente.

El corredor era largo y oscuro. A través de los aullidos de los chacales, llegaba hasta Jessica el sonido de voces salmodiando y de sordos redobles de tambores. La mística orquestación les hacía hundirse aún más en la oscuridad.

El sonido iba aumentando de intensidad. El Kislár abrió para ella una pequeña puerta de madera. Les llegó una oleada de lamentos y chillidos y el martilleo de címbalos acompañado

de enérgicos redobles de tambores. Jessica se cubrió la cara automáticamente al entrar en lo que parecía una especie de capilla.

En el centro de la habitación, se encontraban en pie los derviches sobre una tarima muy grande y sólida, salmodiando, embriagados con el ritmo de los redobles del tambor. Jessica no podía apartar la vista de ellos mientras el Kislár la conducía a lo largo de una pared hasta una cámara enrejada destinada a las mujeres. Al otro lado de la estancia, se encontraba el sultán Hasán sentado junto al astrólogo. El monarca la vio y la saludó con un lento movimiento de cabeza antes de que ella entrara en el recinto enrejado.

Allí permaneció sentada sola.

Los derviches empezaron a girar, agitándose sus vestiduras alrededor de las piernas. Salmodiaban palabras cadenciosas y confusas.

Desde el exterior del receptáculo, el Kislár le explicaba lo que estaba sucediendo.

-Están recitando una oración por los grandes, por todos los que tienen autoridad sobre ellos. El sultán Hasán se enfrenta a graves decisiones, y rezan para que sepa encontrar el camino.

Jessica pensó con suficiencia que ella ya lo había encontrado; pero supo en seguida que no era así. Durante décadas de su gobierno, el sultán se había enfrentado con personas más influyentes, hombres y mujeres. De pronto, se dio cuenta de que el soberano volvía a vestir la indumentaria regia, y se preguntó qué otra cosa había dejado escapar.

-¿Qué decisiones? -preguntó.

-Cosas que no son de tu incumbencia. Problemas de carácter político.

Sin embargo, Hasán la había hecho ir allí por alguna razón. Jessica intentó adivinar de qué podría tratarse. ¿Acaso no se encontraba en aquel lugar por la propia ceremonia, sino por lo que ocurriera después?

El sultán abandonó su asiento y se dirigió a la tarima donde los derviches danzaron girando alrededor de él. Luego, empezaron a cubrirse frenéticamente los brazos y las caras con polvos de talco, mientras realizaban demenciales oscilaciones al ritmo de los tambores. Sus vestiduras, plisadas como acordeones e inmensamente anchas, se alzaban como hongos sobre sus piernas. Eran excitantes, aterradores, asombrosos.

Jessica se adelantó en su asiento, entrelazó los dedos en el enrejado y musitó con tono apremiante.

-¿Qué cosas? ¡Dímelas!

Pero el Kislár permaneció silencioso. Los derviches no cesaban de dar vueltas.

En medio de ellos, los metálicos ojos del sultán tenían una mirada vacua, como si los derviches, a cada giro, le estuvieran despojando de su fuerza, extrayendo de su cuerpo su poder de decisión. Los danzarines inclinaron levemente la cabeza hacia el hombro derecho, como si se sintieran en estado de gracia, y empezaron a imprimir cada vez mayor rapidez a sus giros hasta que las hinchadas faldillas silbaron como el viento.

Jessica sintió frío. Juntó las rodillas, deseando encontrarse de nuevo en sus habitaciones, ya que no podía volver a Inglaterra. Se sentía extraña y fuera de lugar.

Se sobresaltó al callar de repente los tambores. Los derviches se postraron en el suelo. Jessica no se atrevía siquiera a respirar.

El sultán oscilaba en medio de los danzarines postrados, hasta que cada pliegue se hubo desinflado quedando aplastados sobre el cuerpo. Parecía estar en trance. Mirando a las formas que tenía a sus pies, recobró su sentido de racionalidad y alzó los ojos sin dirigirse a nadie, tan sólo a los oídos desamparados de su imperio.

Empezó a pronunciar con voz sonora y majestuosa, rotundas palabras en turco.

El Kislár musitó.

-Dice que ha llegado el momento de que el sultán gobierne, de que tome el control de su imperio. No puede haber más disensiones... ni insurrecciones... Afirma que hay que aniquilar a los revolucionarios... y a todos cuantos les ayudan.

La voz de Mustafá fue subiendo de tono..., haciéndose cada vez más poderosa.

Jessica se apretó contra la reja.

-Cuéntame todo lo que está diciendo. ¡Todo!

El Kislár asintió. Ya no había remedio. Valía más que estuviese enterada.

-En la madrugada de la Fiesta de las Flores, el Ejército marchará sobre el barrio armenio, contra los revolucionarios. Nadie se librará..., nadie será perdonado.

Jessica se puso en pie de un salto, como si quisiera atravesar la reja y exigir una explicación a Su Majestad Imperial. Su primer impulso furioso se apagó con una mirada del Kislár y una triste verdad.

-Nada de lo que hagas o digas cambiará la situación.

Jessica se quedó mirando al sultán, que todavía seguía divagando en turco, semejante a un gigante entre hormigas. Trató de componer mentalmente el rompecabezas.

-Tienes que llevarme al palacio.

Los ojos del Kislár se abrieron desmesurados en su rostro negro como el azabache.

-Eso es imposible.

-Tienes que ayudarme. -Jessica le suplicó, insistió, se lo ordenó. Si alguna vez había de tener algún poder como mujer *guzdeh*, tendría que ponerlo ahora en práctica. -Has de lograr que vuelva. Dile que estoy enferma, cuéntale lo que se te ocurra; pero sácame de este lugar y llévame de nuevo a palacio... ¡Ahora!

13

El automóvil entró de nuevo en los terrenos de palacio, con poca ceremonia. Al detenerse, sólo bajaron Jessica y el Kislár.

Ella corrió presurosa a sus aposentos, donde su azafata personal, Lanie, y otras jóvenes esclavas, se encontraban haciendo pequeños arreglos en su lujoso guardarropa. La otra persona que había en la habitación era una silueta alta, perturbadora, que se encontraba en pie junto a la ventana, vuelta de espaldas a ella cuando entró.

-Ahora podéis iros todas -dijo al punto a las asombradas sirvientas.

-¿Quieres comida o...? -empezó a preguntar Lanie.

-Nada. Sólo deseo que me dejéis sola. Iras todas. -Al volverse Tarik, le miró con un cúmulo de expresiones en los ojos-. Tú quédate.

Sus miradas se cruzaron mientras las esclavas se apresuraban a salir de la habitación. Los ojos de Jessica ardían de esperanza. Los de Tarik de cólera.

Estaban solos.

-¿Dónde has estado? -empezó preguntando él.

-En Brusa.

-¿Con el sultán Hasán?

-Sí..., claro. ¿Qué te extraña?

-¿Por qué no me lo dijiste?

Su voz estaba trémula de ira, de preocupación o de otras perturbaciones indefinibles. Al mirarle Jessica desde el otro extremo de la estancia, le pareció que tenía la mirada vidriosa.

Por un instante, dejó de pensar en el motivo por el que estaba allí, se olvidó por completo de sí misma, salvo por el reflejo que vio en el rostro del falso eunuco.

-No había tiempo.

Él la fustigó con su voz profunda de inflexiones inglesas.

-¿Cómo puedo protegerte si no sé dónde estás?

Jessica calló por un momento, intentando comprender su enfado. Entornó un poco los ojos al tiempo que ladeaba la cabeza.

-¿Por qué te comportas así?

-¿Cómo?

En los primeros momentos, Jessica no supo cómo responder a aquello, cómo aclarar lo que estaba leyendo en la voz y en los ojos de su guardián; pero, cuando habló de nuevo, lo hizo con más esperanza que acertada interpretación.

-Hablas de un modo que parece que yo te importara algo -dijo con voz queda.

Tarik cerró la boca y apretó los labios con fuerza. Dando media vuelta, se alejó.

Al cabo de un momento, sobreponiéndose, se volvió de nuevo, presintiendo que ella no estaba allí por un capricho casual del sultán. Y entonces recordó, una vez despejada la cabeza, la entrada de ella en el apartamento con la mirada llena de ansiedad e insistiendo en hablar sólo con él.

-¿Qué es lo que querías decirme? -le preguntó con tono cariñoso.

Jessica se le acercó con actitud apremiante, cruzando la alfombra con tres largos pasos.

-Tarik, tenías razón respecto a él..., Hasán. -En un principio parecía desesperada, y se dio cuenta de ello. Haciendo acopio de valor, le comunicó:- Quiero ayudarte. No, no digas nada. Escucha. Dentro de tres semanas, mientras el harén se prepara para la Fiesta de las Flores, el Ejército se dispone a perpetrar una matanza en el sector armenio.

Tarik Pasha quedó petrificado. Al principio, Jessica pensó que la iba a tachar de embustera, por tratar de engañarle haciéndole creer que su presencia y sus palabras podían influir sobre el sultán Hasán. Pero vio aparecer en sus ojos una expresión fría, al tiempo que un horror sin

límites, porque ambos sabían que la zona armenia era demasiado grande para poder evacuar a la gente de manera efectiva sin precipitar la matanza. Ni siquiera ella, cuyos sentimientos eran tan profundos hacia la gente que creía que el sultán había perdonado, tenía idea de lo que iba a ocurrir hasta verlo reflejado en la expresión cada vez más aterrada del joven líder revolucionario.

-Tarik... -murmuró, y quiso abrazarle. Pero se había ido.

Sin la menor vacilación, Jessica le siguió al jardín. Permanecieron sentados entre las frondas durante largo rato.

Primero estuvieron quietos, con la mirada fija en el exuberante follaje, impotentes ante la amenaza que bullía en derredor, envuelta en esplendores. Jessica se sentía muy estúpida por haberse creído capaz de hacer cambiar al sultán de forma tan radical que jamás volviera a asumir el tipo de vida que durante décadas le había sido tan cara. Todo ello lo admitió para sí, comprendiendo que era una mujer diferente de la que bajó del tren en Damasco, con su padre y con Charles. Ahora, el mundo se le aparecía más diáfano. Objetivos, fuerzas de voluntad, los efectos de unas sencillas decisiones sobre la vida de las personas, todo lo barajaba en su mente con una nueva perspectiva. El influjo del sultán sobre la existencia de todas sus gentes, sobre cualquiera que pudiese poner en peligro su reino, se le revelaba de forma más penetrante.

-Lamento todo esto -le dijo a Tarik cuando ya sólo se escuchaban los grillos.

-No es culpa tuya -le aseguró él, que se sentía incapaz de disimular la desesperación que expresaba su tono-. Si hay un culpable, soy yo. Debería haber ocultado más lejos a los Jóvenes Turcos -suspiró-. Pero establecer culpas no detendrá la matanza. Me conformaría con encontrar alguna manera de sacar al menos a los niños; pero ello sembraría el pánico. -Alzó la mirada al cielo estrellado y la luna pastel que en él brillaba, deseando encontrarse tan tranquilo como aquella luna e igualmente inútil-. Durante las últimas semanas, mucha gente ha muerto por mi causa. Intento no pensar en ello; pero siempre tengo ante mí las caras de los niños. Siempre que se producen perturbaciones en el mundo, son ellos quienes pagan el más alto precio en dolor, miedo y tristeza... Ellos, que nunca deberían sufrir.

Se interrumpió en seco, tan derrepente que Jessica levantó la vista hacia él.

-Para ti, esto es algo más que un ideal... Me refiero a la revolución -le dijo-. ¿No es verdad?

La luna osciló ante los ojos de Tarik al parpadear.

-Me parece que es casi en lo único que pienso... En lo que siempre he pensado, durante toda mi vida.

-¿Tanto significa para ti?

Allí en el jardín, ante ella, Jessica vio a un hombre hacer un repaso de sí mismo. Tarik se remontó a la época en que todo empezara para él, al momento en que sintió necesidad de cambiar las cosas..., la percepción del viejo orden. Todo surgió en su ser. Esas cosas jamás van sintiéndose de modo gradual, sobre todo el impacto producido por el fervor revolucionario cuando despertó en su mente y en su corazón. Era una manera cruel de marcarse un objetivo en la vida.

Con voz queda, hablando al principio sólo para sí, Tarik dio a Jessica el regalo de su pasado, de manera que también ella pudiera comprender, sin sentir el sufrimiento por sí misma. Era un regalo que concediera sólo a Salim y a algunos otros escogidos. Al sumergirse en sí mismo se la llevó a ella consigo.

-Era una pira funeraria al cabo de un largo asedio. Una batalla que no tenía objetivo... Al menos yo jamás lo conocí. Aquel mes no hubo enterramientos, había que sepultar a demasiada gente.- Calló para aclararse la garganta, esforzándose por proseguir, pues le resultaba muy difícil relatar aquello-. El día antes, mi familia había estado ocultándose de los soldados. Nos refugiábamos en una mezquita... mi padre, mi madre, mis tres hermanos y otras personas, alrededor de un centenar. No creímos que fueran capaces de atacarnos allí. Incluso los soldados imperiales sabían que no debían profanar un lugar santo con la sangre de inocentes. Es una ley no escrita. La mezquita es un refugio sagrado. Nosotros los turcos tenemos muchas religiones; pero casi todos sentimos tanto temor por los dioses de los demás como por los nuestros propios. -Se encogió de hombros, consciente de que aquello parecía una bobada, pero inevitable en el punto de encuentro de diversas culturas-. Pero hoy día se quebranta hasta las leyes no escritas -concluyó con palabras tensas y solemnes.

Las manos de Jessica se aferraron al borde del banco de mármol en el que se encontraba sentada. Sabía lo que se avecinaba y ansiaba tocar a Tarik, ayudarle en su calvario. Pero sería una invasión. Desde su llegada al serrallo, había aprendido mucho acerca de la intimidad.

Tarik bajó la mirada como si lo que se disponía a decir pudiera ser demasiado triste para que lo oyera la luna.

-Cuando los soldados forzaron las puertas, mi madre me cubrió con su cuerpo y recibió las balas destinadas a todos nosotros. No recuerdo mucho más... salvo la pira funeraria. Eso lo recuerdo muy bien. Habían matado a toda mi familia, pero no podía ver sus caráveres a través de las llamas por mucho que miraba. Se convirtieron en nada, entre los incontables muertos.

-¡Dios mío, Tarik! -Jessica se lamentó con él, compartiendo su sufrimiento. -A pesar de que era muy joven, sabía que debía de haber cierta dignidad, al menos en la muerte -dijo con voz firme- Y, a medida que fui haciéndome mayor, empecé a creer que también la vida debía ser digna.

La miraba directamente, con fuerza y audacia, con una firmeza de expresión que Jessica había llegado a reconocerle como única. Ya no sentía temor, ya no se lamentaba. Como quiera que fuese, acababa de superar todo aquello.

Jessica alargó la mano y le acarició la mejilla. Dejó reposar la palma sobre su rostro moreno y suave, de barba incipiente, y sintió palpitar la vida en aquel hombre que se había librado de la muerte, y quería librar de ella a los niños.

Tarik se acercó más a ella y la rodeó con sus brazos. Jessica descansó, exhausta sobre su pecho. Permanecieron abrazados hasta que los grillos se cansaron de su propio canto y la luna estuvo alta en la oscuridad aterciopelada de la noche.

Al llegar lentamente el beso de Tarik, como consecuencia de su mutua tristeza, no era inesperado. Y desde luego fue bien recibido. Jessica se sumió en él. La noche les envolvía con el más cálido de sus mantos, el de un irresistible amor que rara vez llegara al serrallo, que, a

pesar de ser un lugar de pasión, sabía muy poco del amor auténtico, del vínculo entre sentidos y sentimientos, entre intelectos e ideales. Al igual que el propio sultán Hasán, la luna que brillaba sobre Yildiz era totalmente ajena al amor del corazón. Jessica se aferraba a Tarik con una especie de tierna reciprocidad, sin apenas darse cuenta del cambio, cuando él, con actitud ausente, empezó a acariciarle el pelo, los hombros, la espalda a través del vestido de seda, los brazos y, finalmente, incluso los muslos. Jessica se sintió crecer con las caricias de Tarik sin apenas darse cuenta de las oscuras pestañas que cerraban los ojos de él, mientras ella, acurrucada contra su cara, alzaba la vista para contemplarlo. A la luz de la luna, ya no se asemejaba a aquel beduino polvoriento..., ni siquiera a un tipo oriental. En el gris azulado de la noche, sus rasgos parecían inanimados, pacíficamente inmovilizados para siempre, y Jessica ansiaba con toda su alma ayudarle a permanecer así. Si al menos pudiera olvidar...

Acercó la mano a la mejilla de él. La piel de ella se había tornado también opaca y, en aquellos momentos, parecía irreal, lo cual facilitó las cosas, la idea de no ser completamente reales en aquel momento extraño y místico, era una forma extraña de hacer el amor, de entrelazamiento de los corazones con un mero margen de unión física. Después de todo, él jamás la invadió realmente a ella y Jessica jamás supo con exactitud cuándo llegó el momento del cambio..., el instante en que ella empezó a amarle con todo su corazón. Se tocaban, se acariciaban, se tranquilizaban mutuamente, sin llegar siquiera a cruzar el largo puente de la consumación. Pero con toda seguridad aquel seductor viaje estaba en sus mentes como una estrella a su alcance. Los brazos de Tarik la ciñeron estrechamente como un amoroso símbolo de propiedad, no el tipo de propiedad que su cultura entendía que era la mujer para un hombre... Las cadenas de esta especie de esclavitud estaban trenzadas con flores, con cálidas y pequeñas serpientes enroscándose con suavidad en cada uno de ellos, por dentro y por fuera. No había depredación. Jessica sintió la generosidad de su abrazo, aspiró los aromas viriles de su cuerpo, sintió sobre la nariz la firmeza de su mandíbula y apretó su cara contra el suave hueco bajo la barbilla de él, con una maravillosa sensación de intimidad. Se encontraba tan bien... ¿Acaso era algo malo?

Tarik seguía acariciándola para alejar sus dudas, hasta que los muslos de Jessica se deslizaron sobre los de él y se encontró sentada sobre sus piernas, acurrucada contra su cuerpo como un gatito. Valorando la confianza que Jessica tenía ahora en él, Tarik cerró los ojos y aspiró profundamente. Luego, suspiró y comenzó a balancearse, de atrás adelante, de atrás adelante. Vendería su alma por poder conservar libre y límpida la paz que sentía en aquellos momentos allí, con ella. Empezó a tener el sueño demencial de llevársela de allí, al desierto, lejos de Turquía, lejos del Imperio otomano, hasta que aquellas palabras perdieron todo sentido. Jamás había estado tan cerca de abandonar su causa y a la gente que dependía de él. No era justo. Todo poseía un límite. No tenía por qué caer la totalidad del peso sobre sus hombros. Él también era humano..., un hombre con necesidades, con parte de su ser helado ansioso de calor. Acariciaba con tristeza la cabeza de Jessica que reposaba sobre la palma de su mano, hundiendo los dedos en el pelo. Tal vez estuviera dormida. Esperaba que así fuera.

Cuando el aire de la noche se convirtió en un aliento frío, la levantó en sus brazos acunándola, sabiendo que no podría protegerla por mucho tiempo. Paso a paso, con un deseo nostálgico en cada uno de sus movimientos, la devolvió a su jaula dorada.

La Kadin se miró al espejo. Contempló las arrugas alrededor de los ojos que antes fueran perfectos. Vio el rictus alrededor de una boca en otro tiempo maravillosa. Sus trenzas seguían siendo largas, pero ahora ya tenía que aclarárselas con alheña para imitar los reflejos propios de antaño. Y todo ello por un sultán que ya apenas la miraba. Ahora tenía que estar rodeada de cuerpos adolescentes para atraer su atención, cuando en una época el suyo había sido suficiente. Seguía siendo bella; pero ya no era joven. El ambiente del harén necesitaba juventud..., la única cosa que anhelaba y que le era imposible comprar.

Con unas tijeras de mango de nácar, se cortó un pequeño mechón de pelo de la trenza que le colgaba sobre un hombro y lo puso sobre un trozo de cristal. Se quedó mirándolo un instante, como si quisiera imbuirle su propia voluntad y, luego, empezó a cortarlo lentamente, muy menudo, como una cocinera que picara un tronco de apio, al tiempo que, junto a ella, escuchó el satisfactorio crujir del cristal al ser machacado en un mortero. No necesitaba mirar para saber que su joven esclava lo reducía correctamente a polvo. La muchacha ya lo había hecho otras veces.

Una vez el cristal reducido a polvo y finamente cortado el pelo, la Kadin colocó ceremoniosamente ambos ingredientes juntos en un frasquito. Luego, se fue a tomar su baño.

Jessica se despertó sobresaltada. Junto a ella, en el diván, Tarik también se incorporó bruscamente. Ambos percibían una tercera presencia en la habitación, y en seguida la descubrieron. Lanie estaba en la puerta con una bandeja con café. Y los miraba.

Poco a poco, Jessica se dio cuenta de que había estado acurrucada junto a Tarik y que aún llevaba su indumentaria del día anterior. Su calor era como un imán. Le hubiera gustado hundirse en él. Pero Lanie...

-Esto no es lo que parece -empezó a decir débilmente, arreglándose la ropa.

Lanie se dominó con sorprendente aplomo y se puso a servir el café.

-Las damas favorecidas tienen una especie... de relaciones con sus eunucos constantemente - murmuró, aunque su mirada eludió la de Jessica-. ¿Qué prefieres? -siguió diciendo mientras colocaba la cafetera de plata sobre una mesita junto al diván y llenaba dos tazas-. Puedes tener a otra mujer o a medio hombre. ¿Qué cabe hacer cuando el sultán deja pasar tanto tiempo entre visitas?

Aliviada por el hecho de que no se hubiera planteado la virilidad de Tarik, Jessica aún seguía sintiéndose algo incómoda. Lo mismo le pasaba a Tarik.

-Gracias, Lanie -dijo Jessica, indicando con el tono de voz que debía retirarse-. Puedes ocuparte de los baños.

Lanie, enderezándose, hizo un gesto de asentimiento.

-También la Kadin ha enviado un mensaje. Desea que te reúnas con ella esta tarde para tomar el té y pastas. Envió a Usta por ti. Con tu permiso, prepararé tu vestido para la visita.

Pero Jessica miraba a Tarik. Cuando sus túnicas y velos estuvieron preparados, Jessica casi había terminado de escribir lo que podía convertirse en un suicidio si cayera en malas manos. Se encontraba sentada ante un historiado escritorio, garrapateando apresurada, mientras Tarik montaba vigilancia junto a la puerta. Finalmente, Jessica dejó la pluma.

-Todo lo que vi y lo que el Kislar me reveló -aseguró repasando la nota-. Los soldados atacarán a los Jóvenes Turcos en una incursión de madrugada en los barrios armenios.

-Esto tiene que llegar a Salim -dijo Tarik, tratando de pensar.

-Pero, ¿cómo lo sacamos de aquí? -preguntó la joven, acercándose a él-. Desde el ataque a la Tesorería, no se permite a nadie entrar ni salir de palacio. Ni siquiera a los eunucos.

-No puede hacerse con un soborno -le advirtió Tarik, adivinando la sugerencia que iba a hacer-. Es demasiado arriesgado.

-Tal vez pueda obtener algunos momentos de libertad para ti...

Una llamada a la puerta les interrumpió. Jessica se apresuró a esconder la nota entre los pliegues de su *feridje*.

Usta apareció en el umbral.

-¿Preparada?

-Sólo unos minutos -pidió. Y fue a vestirse, apretando contra sí la valiosa nota. Al cabo de un rato, se encontró navegando, con Usta y Tarik, en uno de los miles de caiques que poblaban el Bósforo. Tarik remaba con denuedo por la superficie de las turbulentas aguas. Los esquifes eran perfectos para el Bósforo: pequeños, pero seguros y manejables. Jessica y Usta tuvieron una travesía bastante tranquila. Finalmente, Tarik navegó hacia un angosto estuario entre dos orillas verdeantes y dirigió el caique hacia la playa. Por el brillante césped, sobre un fondo de bosquecillos de cipreses y ruinas de cementerio, docenas de mujeres veladas reían, charlaban y jugaban con sus hijos. Aquel sitio era un retiro de mujeres, al que acudían a tomar el sol con sus sombrillas, sus velos y sus pequeños chimes, seguras bajo la atenta mirada de los eunucos. Vendedores ambulantes circulaban entre los grupos parlanchines, engatusando a las paseantes con sus chucherías, sus cometas de papel, sus molinetes y sus dulces.

Era una hermosa estampa bucólica, y Jessica hubiera sido feliz quedándose en el caique para siempre, flotando eternamente en las azules aguas, contemplando las pacíficas actividades.

-Según un viejo dicho, una vez que se han probado las aguas del Bósforo, jamás dejas de añorarlas -sentenció Usta de manera inesperada-. Conmigo, eso se ha hecho realidad.

Miró a Jessica. Algo la había estado preocupando toda la mañana. La joven notó que se estaba descubriendo y apartó la mirada de Tarik.

-Ya es hora de que tú pruebes las aguas -le dijo su instructora, abriendo mucho los ojos-. Ya sabes lo que tienes que hacer.

-Comprendo -aceptó Jessica, con la esperanza de que Usta no insistiera; pero ésta se hallaba dispuesta a decir lo que tenía que decirse.

Apretó la mano de Jessica.

-Espero que el sultán no haya perdido interés. No puedes volver a esquivarle.

De repente, Tarik dejó de remar. Miró a Jessica y sus ojos parecían magnéticos. Pronto hubo de devolverle ella la mirada.

La expresión de sus ojos era una mezcla de ofensa y alivio... Le había mentado con su silencio, le había dejado creer que sus suposiciones eran fundadas. Jessica no se había acostado con el sultán Hasán. Como quiera que fuese, lo había evitado. El deslumbramiento de su corazón y de su mente se evidenció.

Jessica apartó los ojos. ¿Por qué se sentía avergonzada de no haber cedido? Aquella revelación, ¿había fortalecido o debilitado su imagen a los ojos de Tarik? Apenas sabía ya lo que ella misma sentía acerca de aquello; mucho menos podía saber lo que sentía él.

La tierra crujió bajo el caique, haciéndoles salir de su ensimismamiento. Tarik, apretando los labios, se dedicó a la faena de entrar en el pequeño dique privado, donde el esquife quedó junto a otra docena de embarcaciones. Ayudó a bajar a Usta y luego alargó la mano a Jessica; pero no volvió a buscar su mirada.

Sobre la playa había extendidas brillantes alfombras amarillas para las componentes del harén imperial. En el centro, bajo las frondas de un ciprés, se encontraba la Kadin, riendo muy alegre y chismorreando con... Lady Ashley.

Jessica se esforzó en apartar la mirada de la dama inglesa, intentando mostrarse indiferente y contenta. Pero Tarik sí la miró. Sabían que sería su paloma mensajera. La suerte había intervenido en una causa que había llegado a ser de ella casi tanto como de Tarik. Jessica reflexionó de prisa. ¿Cómo reunir a Tarik y Lady Ashley?

Le hizo un delicado ademán con la mano.

-Tráeme algunos dulces y chucherías..., lo que te parezca que pueda divertir a la dama inglesa. En un principio, Tarik pareció desconcertado; pero luego, con un gesto de asentimiento, se confundió con la multitud.

Jessica sonrió para sí por su perfecta asimilación de una mujer oriental. ¡Divertir a una dama inglesa!

Usta y ella se acercaron despacio a la Kadin, la cual las vigilaba tratando de descubrir alguna señal de reconocimiento, con los ojos clavados en la cara de Jessica. Nada en absoluto.

-Por favor, queridas, uníos a nosotras -las saludó la Kadin-. Hace tanto calor al sol.

-Sí -asintió Jessica-. Pero a mí siempre me ha gustado el sol.

Una joven se sentó en una de las alfombrillas cercanas y comenzó a pulsar una mandolina gitana. Después de unos cuantos acordes, inició una canción. Su voz era aguda y aflautada, exquisitamente oriental. Durante largo rato, las cuatro mujeres se dedicaron a escuchar. Jessica se había dado perfecta cuenta de que la Kadin no les había presentado a Lady Ashley por su nombre. Claro que no..., la estrategia perfecta para dar lugar a un desliz por parte de ellas, para que, accidentalmente, revelaran que se conocían. Juró en su fuero interno que no

habría la menor equivocación. Era posible que su huida del palacio fuera por la vía de la muerte; pero no para satisfacer a la Kadin.

Mientras escuchaban la música, Tarik llegó con una bandeja de chucherías y pequeños regalos, todo ello envuelto en un pañuelo. Jessica le dio las gracias con frialdad calculada y examinó los obsequios arreglándolos de nuevo y comprobando su calidad.

-¿Cuánto tiempo hace que está en el harén? -le preguntó Lady Ashley mientras Usta y la Kadin prestaban ansiosa atención a la conversación, aunque por motivos diferentes.

-En realidad no lo sé -dijo Jessica-. El tiempo ha perdido todo significado.

-¿Ha aprendido, pues, a soportar la interminable espera?

-No hay nada de interminable en ella. Es una forma de vida.

Lady Ashley sonrió.

-Creo que eso es lo que más admiro en las mujeres del harén. Saben sentirse satisfechas.

Jessica se encogió de hombros con indiferencia y observó el enfado en el rostro de la Kadin.

-Las mujeres tejen sus canciones de espera. Es propio de nuestra naturaleza.

-¡Qué poético! -Lady Ashley se volvió hacia la Kadin disimulando a la perfección-. Es realmente encantadora, querida.

La Kadin apretó los dientes, haciendo que sus mejillas adquirieran rigidez.

-¿Le parece?

La voz de la cantante se elevó al llegar la canción a la repetición y las cuatro mujeres volvieron de nuevo su atención a la música. Jessica deslizó inmediatamente la comprometedor nota que llevara en su *feridje* en el pañuelo de la bandeja y dobló las puntas del tejido de hilo. Se dio cuenta de que Tarik la observaba, pero evitó devolver la mirada.

La canción llegó a su fin. Las mujeres aplaudieron con su habitual delicadeza. La Kadin aceptó una cafetera de plata que le entregara una joven esclava y fue llenando cuatro tazas de porcelana, cada una de ellas con su propia y minúscula bandeja de plata.

Jessica alargó a Lady Ashley la bandeja con el pañuelo doblado.

-Gracias por su amabilidad. Por favor, acepte esto en prenda de mi respeto.

Lady Ashley sonrió. Tan pronto como su mano se cerró sobre el pañuelo notó el papel en el interior y estuvo a punto de descubrirlo todo. Recobrándose al instante, saludó con una exagerada inclinación de cabeza a Jessica y se guardó el regalo en el bolso.

La Kadin batió palmas.

-Tócanos otra canción. Y una danza... ¡Preséntanos una danza!

La joven de la mandolina no perdió el tiempo en empezar a tocar de nuevo. Varias esclavas, flores morenas con velos por pétalos, empezaron a bailar una danza turca tradicional..

Ahora ya tranquila, Jessica se dedicó a contemplar a las bailarinas.

Aprovechando la distracción, la mano de la Kadin se deslizó desde su *teridje* hasta la taza de café más próxima a Jessica. El movimiento era gracioso, fluido, inadvertido.

La mandolina cambió de canción y las danzarinas iniciaron una extraña versión oriental de un baile occidental, evolucionando juntas por parejas, ya que no había muchachos disponibles.

-¡La última moda de París aquí, en el Bósforo! -rió Lady Ashley-. Son deliciosas.

La Kadin, cogiendo la taza de café, se la ofreció a Jessica.

-¿Un poco de café?

-Gracias..., tal vez luego. -Insisto.

La miró y luego hizo un ademán en dirección a Lady Ashley.

-Nuestra invitada primero.

-Tú eres mi invitada de honor -le dijo con dureza la Kadin.

-Me siento muy honrada de que me consideres tu invitada.

-Al enfriarse se vuelve amargo, querida.

-Sin embargo, debo confesar algo -manifestó Jessica-. Todavía no he podido acostumbrarme al café turco. Caliente o frío, a mí me sabe amargo. No quisiera que desperdiciaras tus esfuerzos con un paladar tan poco apreciativo.

-Pero se trata de una nueva mezcla... -insistió desesperadamente la Kadin.

Usta las interrumpió.

-Nunca se encontrará un paladar más fino que el mío.

Cogió la taza de la mano de la Kadin y, volviéndose a recostar, tomó un largo sorbo de café.

La Kadin contuvo el aliento mientras observaba a Usta beber la mezcla. Luego, ella también se reclinó sobre un montón de almohadones de seda.

-Ha sido una tarde deliciosa -comentó Lady Ashley. Las esclavas seguían bailando.

A última hora de aquella misma tarde, Charles repasaba una y otra vez la nota de Jessica, absorto en su caligrafía, en sus palabras, pese a su laconismo y a la consciencia subyacente de las experiencias que debía de estar teniendo para conocer todas aquellas cosas. Ella sabía lo que pensaba el sultán Hasán. ¿Tan alto había subido en la estructura del poder de palacio? Intentó recordar a la Jessica que conocía y no podía imaginársela practicando la paciencia y firmeza que semejante proeza requería. Y todas esas referencias a los revolucionarios...

Frunció el ceño.

-No puedo creer que se haya implicado en insurrecciones. Me es imposible aceptarlo.

-Entonces, dígame quién ha escrito esa nota -le desafió Lady Ashley.

-Es su letra -admitió Charles-. Pero, ¿qué demuestra eso?

-Tal vez Jessica se haya comprometido. La mujer que he visto hoy tenía un gran dominio sobre sí misma.

-¿Y qué pasará si Tarik no tiene intención de ayudarla a huir, si la está utilizando como peón político?

-¿No confía en Jessica, Charles?

-Desde luego. Siempre.

-Entonces, debe estar seguro de ella.

Lady Ashley dobló la nota y se levantó.

-¿A dónde va? -le preguntó Charles.

-He de transmitir un mensaje -repuso ella con indomable resolución.

-¡Pero, si lleva ese mensaje a los revolucionarios, pondrá la vida de Jessica en un peligro mucho mayor!

La mirada firme de la dama le hizo sentirse incómodo. Permaneció con los ojos clavados en él durante largos minutos. Luego, habló:

-Jessica lo sabía. La elección ha sido suya. Ninguno de nosotros puede cambiar el curso de la Historia.

Charles se sintió traicionado. Se abatió de hombros.

-¿También se ha convertido esto para usted en una cuestión política?

-Para mí, querido Charles, nunca ha sido nada más sencillo que la política -repuso ella.

La nota fue entregada. Lady Ashley tenía la convicción de que detener su curso, por la seguridad de una sola persona, sería una gran traición, sobre todo después de haber dejado Jessica claramente establecido que estaba dispuesta a arriesgar su vida por salvar la de tantos otros. Desde luego, no era en modo alguno la misma Jessica a la que se le ocurrió escaparse a ver las torres de Palmira cuando sus únicos aprehensores eran un novio que la adoraba y un padre que le consentía todo.

En campo abierto, a las afueras de Constantinopla, en las profundidades de las verdeantes colinas, más de un centenar de desertores del Ejército habían ido a unirse a los revolucionarios. Todos los días llegaban nuevos reclutas al campamento; pero el grupo rebelde seguía careciendo del único eslabón capaz de poner la máquina en marcha. No tenían jefe.

-No es suficiente -decía Salim, tomando para sí el incómodo papel en ausencia de Tarik, mientras recorría el campamento.

-Es más de lo que esperábamos -alegó Misha.

-No podemos enfrentarnos a las fuerzas del sultán Hasán con apenas un centenar de hombres.

-Entonces, ¿qué hacemos?

Salim reflexionó. ¿Qué hubiera decidido Tarik? Casi al instante surgió ante él la respuesta. Evidentemente, más hombres. ¿Y dónde encontrarlos?

-Necesitamos a Murat y a sus tropas. Sin él no tenemos la más mínima posibilidad.

-Pero no se ha comprometido con nosotros.

-De una manera o de otra, va a tener que comprometerse. Y tendrá que hacerlo ahora. Ya no hay tiempo.

En realidad, el tiempo se estaba acabando en todo el imperio, desde las colinas en las afueras de la ciudad, hasta el Palacio de Yildiz en los acantilados del Bósforo. Desde las arenosas plazas del mercado, hasta los lujosos aposentos victorianos de la Hazinedar Usta.

Al entrar Jessica en las habitaciones de su maestra, no vio ni oyó en un principio nada inusitado.

-¿Usta? -llamó. Habían transcurrido largas horas desde que Usta acudiera a ella. Y la joven discípula había aprendido a sentirse inquieta cuando las cosas parecían no discurrir con normalidad.

Usta no estaba en casa. Al volverse Jessica, dispuesta a irse, se detuvo a causa de un extraño ruido que se escuchaba lejano, en los baños privados. Era un rumor sordo, difícil de reconocer debido al gorgoteo del agua, pero lo suficiente extraño para inducir a Jessica a adentrarse en las estancias. Alguien estaba enfermo, vomitando.

Jessica avanzó despacio por el área de los baños de mármol, recorriendo los enrejados departamentos hasta que atisbó una figura inclinada sobre una de las pulidas bañeras rosa. Petrificada por el horror, vio a Usta que levantaba una mano exangüe y se limpiaba un hilillo de sangre de la barbilla.

-Dios mío..., Usta...

El Kislar Agha llamó inmediatamente al médico de la corte, en cuanto Jessica le informó de la enfermedad de Usta. Se extendió una cortina negra junto al lecho de Usta. A un lado de ella, la Hazinedar yacía inmóvil, con la cara irreconocible por la palidez, mientras Jessica le enjugaba la frente con paños fríos. Al otro lado de la cortina, permanecía en pie, vigilante, el Kislar Agha, observando mientras el doctor examinaba a Usta a través de hendeduras cuidadosamente practicadas en el tejido. El brazo derecho de la enferma colgaba a través de uno de los orificios y el médico le tomó el pulso. Al cabo de media hora de examen, el facultativo se enderezó, encogiéndose de hombros.

-Esta mujer está muy grave; pero no puedo encontrar la causa.

-Muy bien -dijo el Kislar, reflejándose en su rostro el dolor-. Se lo agradezco.

Sin más palabras, acompañó inmediatamente al doctor hasta la puerta de las habitaciones particulares.

Jessica permanecía sentada junto a Usta, viendo, impotente, cómo iba progresando la enfermedad. Los espasmos de dolor empezaron a hacerse más frecuentes, ahogándola en la agonía que sentía dentro de su cuerpo y que cada vez era más intensa. En uno de esos ataques, Jessica, cogiéndole la mano, le suplicó:

-Por favor, Usta. Déjame que envíe a buscar a un médico de verdad.

-No serviría de nada.

-Haré que venga un doctor británico.

-No encontrará nada. -Usta casi sonrió pese a sus dolores, ante la expresión confusa de su alumna-. Mi querida niña..., me han envenenado.

Jessica sintió correrle un escalofrío glacial que heló las manos que sostenían la de Usta.

Con cierto esfuerzo, ésta hizo un ademán afirmativo.

-No puede haber otra explicación.

-Pero el médico habría encontrado algo..., algún indicio...

-Hay un veneno que no deja rastro -dijo Usta casi ahogándose con una bocanada de bilis sanguinolenta-. Una mezcla arcaica de pelo picado y cristal machacado servida con café dulce. Durante cientos de años se ha practicado en el harén para librarse de... rivales.

El dolor volvió a descomponerla. Se puso rígida entre los cobertores de suave terciopelo, hundiendo las uñas en la mano de Jessica, la cual la miraba paralizada.

-La Kadin...

-Ya no importa...

-El café -musitó Jessica-. Iba destinado a mí.

-El café iba destinado a todas nosotras -logró decir Usta con un último esfuerzo-. Ahora, vete... Jessica hizo un gesto negativo.

-Quiero quedarme contigo.

Usta logró esbozar una última sonrisa que, pese a todo, le iluminó el rostro, y enseñó a Jessica una última cosa antes de que la lección hubiera forzosamente de terminar.

-Vete -dijo con un esfuerzo titánico-. Habrá muchos sueños antes de que llegue el final.

El corredor estaba frío, vacío. La silenciosa fila de eunucos se había convertido ya para Jessica casi en un elemento fijo en la pared. Caminó dejándolos atrás, aumentando su firmeza con cada paso rápido que daba, y el llanto que humedecía sus mejillas se convirtió en una fuente de valor.

Encontró a Tarik en sus aposentos y se abrazó a él con desesperación, agotando hasta el último sollozo antes de que un único y fuerte impulso de valor llegara a sustituir su dolor. Tarik no entendía lo que pasaba, pero la mantuvo estrechamente abrazada, ya que acaso fuera la última vez..., a pesar de que ni siquiera hubo un comienzo.

-Quiero que te vayas -dijo Jessica, secándose las lágrimas con la túnica-. Te necesitan más que yo. Si no estás con ellos, yo seré la culpable de que mueran.

-Prometí no dejarte aquí, Jessica -dijo él.

-No me lo prometiste a mí. Y yo soy la única que puede decidir. ¿No lo entiendes? -Alzó la cabeza y, con sus ojos humedecidos, encontró el más íntimo ser de él-. Ahora todo ha cambiado para mí. Los armenios y los Jóvenes Turcos ya no son caras anónimas. Los chillones papagayos no pueden apagar sus alaridos. Estoy oyendo las voces..., la voz de Usta..., la tuya..., la mía.

Con ademán inseguro, Tarik le limpió las lágrimas.

-Tienes que acudir junto a ellos, Tarik -insistió Jessica-. Tienes que ir con tus hombres.

Por primera vez desde que pusiera los ojos en él, Jessica vio apuntar la incertidumbre en su expresión.

-Resulta demasiado peligroso intentar la huida...

-Si lo hacemos los dos, sí. Pero tú puedes huir solo.

-Eso está descartado. He dado mi palabra. No me iré de aquí sin ti.

Furiosa por su decisión, le agarró la túnica con ambas manos.

-Me vendiste a cambio de veinte hombres, Tarik. Ahora puedes dejarme por las vidas de miles. Los dos sabemos que sólo tú puedes hacer que triunfe la revolución.

-Si me voy, te encontrarás en un peligro mucho mayor... -empezó a decir Tarik, luchando por mantener quietos los brazos.

-Y si no te vas, todas las muertes serán por mi culpa. No puedes hacer que eso pese sobre mí durante toda la vida -dijo ella en un sordo susurro.

-Jessica...

Ella le empujó y, retrocediendo unos pasos, agrandó el espacio entre ellos.

-Volverás por mí.

Sus palabras eran tan sencillas, tan plenas de convicción y confianza, que Tarik sintió que se quebrantaba su decisión. Ansiaba abrazarla, sellar mediante algo físico el extraño lazo que les unía. Pero, si en ese momento llegaba a tocarla, era muy posible que ya no pudiera dejarla.

Jessica quería dos mundos, él pudo leerlo en sus ojos. Quería que se quedara y quería que se fuera. Su corazón deseaba ambos. Su mente sólo uno.

Antes de que un impulso irresistible le lanzara a los brazos de la mujer que amaba, Tarik, con un esfuerzo supremo, dio media vuelta y salió de la vida de ella.

La transformación fue prácticamente instantánea. Un día después, Tarik Pasha se había convertido de nuevo en el arrojado revolucionario vistiendo la popular levita de los Jóvenes Turcos y cabalgando sobre su nervioso caballo blanco del desierto con Salim a su lado. Apenas recordaba cómo logró salir de los terrenos del palacio... y, además, poco le importaba. Había cortado por lo sano con las últimas semanas, con un afilado cuchillo que apartara a Jessica, al Palacio de Yildiz y a su promesa de liberarla, dejando su corazón sangrando. Antes jamás fue nadie capaz de convencerle de que rompiera una promesa. En su ser se mezclaba el resentimiento frente a Jessica con su inesperada atracción hacia ella..., sí, atracción. Ahora ya eran ambos de la misma especie. Demasiado iguales para su propia seguridad. La valentía de ella le había dejado una vez más desconcertado. Precisamente en el momento en que él esperaba que Jessica pensara tan sólo en sí misma, le había sorprendido sacrificándose. Desde luego era un sacrificio..., ya que si se encontrara en palacio cuando estallara la revolución, tenía muy escasas probabilidades de sobrevivir. Los soldados del sultán atacarían a cualquiera que se moviese por aquella zona y, con toda seguridad, Jessica intentaría aprovechar esos momentos de caos para huir. De estar en su lugar, Tarik lo haría y, en cierto modo, Jessica ya era muy semejante a él.

Murat se reunió con ellos en el lugar acordado. Tarik y Salim se aproximaron a él e inmediatamente Tarik descabalgó, se dirigió al hombretón y empezó a hablar antes incluso de llegar junto a él.

-Nos vemos forzados a dar el golpe. Pero sin tus ejércitos no triunfaremos. ¿Qué contestas?

A pesar de que, hasta aquel momento, Murat había vacilado en unirse a la revolución, el comportamiento directo y convincente de Tarik Pasha forzó definitivamente su decisión.

-Estamos dispuestos a unirnos a vosotros por un mejor Gobierno -dijo con tono vacilante-.

¿Tienes algún plan?

-Exactamente un plan, no -reconoció Tarik-. Pero, al menos, sabemos lo que tiene que hacerse primero. Por favor..., siéntate con nosotros.

Se dirigieron a un suave montículo de hierba, donde Salim extendió un manoseado mapa de la gran Constantinopla. Los hombres se arrodillaron allí. Murat observaba los puntos que Tarik señalaba como zonas críticas.

-El sultán ha ordenado a su ejército que ataque el barrio armenio -informó Tarik-. Planea darles un escarmiento por haber ofrecido refugio a los Jóvenes Turcos. Tienen orden de sacrificarlos como a cerdos.

-¡Por eso hemos de atacar antes! -interrumpió, fogoso, Salim.

-¿Atacar? -gruñó Murat-. ¿Cómo?

-Al palacio. Con tus hombres y los nuestros podemos lanzarnos contra el sultán Hasán.

Murat rompió a reír sin rebozo.

-¿Asaltar el palacio? ¿Con ese puñado de abigarrada tropa vuestra y mis pocos hombres... vamos a hacer frente al ejército del sultán? -Su risa retumbó por las colinas-. Incluso como escritor, tu imaginación rebasa todos los límites.

Detrás de él, ignorados hasta aquel momento, los hombres de Murat también reían. La tez bronceada de Salim enrojeció visiblemente.

Tarik le hizo callar con una mirada y luego volvió a dirigirse a Murat.

-Entonces, ¿hay una manera mejor? -le preguntó.

-Quizá -contestó el soldado-. El palacio es una fortaleza, lo que hace que el sultán Hasán y sus hombres tengan todas las ventajas. Pero, una vez fuera de las verjas...

Calló, cruzando su mirada con la de Tarik.

-...la lucha estará mucho más equilibrada -terminó éste.

Murat sonrió. Pese a las diferencias existentes entre ellos, aquel legendario rebelde y él podían pensar igual cuando las cuestiones eran trascendentales.

-Nos atrincheraremos en el barrio armenio.

-¿Cómo? -dijo Salim, frunciendo el ceño.

-Si Hasán proyecta enviar al barrio al Ejército Imperial durante la Fiesta de las Flores, les estaremos esperando. Podemos atacar antes siquiera de que se enteren de que nos hallamos allí. -Miró a Salim y resultaba imposible saber si bromeaba o no-. Y, en caso de que triunfemos, podremos entonces pensar en tomar el palacio, lo que resultará mucho más fácil si no están allí las tropas para defenderlo.

Salim, confuso y desesperado, se volvió hacia Tarik.

-Pero, si luchamos en el barrio armenio..., ¿cómo podremos proteger a las mujeres y a los niños?

Murat, con un ademán de la mano, dio de lado a aquella cuestión.

-No podemos evitar la pérdida de vidas.

-¡Esas gentes nos han ocultado! ¡Nos han protegido!

-Durante las revoluciones, la gente muere, Salim... -dijo Murat.

-Está bien -les interrumpió Tarik, pues, aunque no fuera fácil, había que tomar una decisión-. Intentaremos hacer correr la voz entre cuantos armenios nos sea posible..., sin arriesgarnos a ser descubiertos. No veo otro camino.

De esa manera daba crédito a la idea de Murat. Éste le miró, pero no dijo palabra, no mostró el menor indicio de aprobación o desaprobación.

-¿Estás, entonces, con nosotros? -le preguntó Tarik. Murat agitó un dedo conminatorio.

-Eso..., todavía no lo he dicho.

Tarik se quedó mirando a aquel hombre tan complicado, preguntándose qué sería lo que Murat quería. Pero había que adoptar una determinación. Acaso se pudiera influir sobre Murat tomando la iniciativa.

Tarik se puso en pie.

-Con mis mejores deseos de despedida.

-Y yo te deseo buena suerte -le dijo a su vez Murat.

A un chasquido de los dedos, sus hombres montaron en los caballos. Al cabo de unos instantes, los desertores y sus líderes atravesaban el ondulado horizonte y desaparecían.

-Sigue sin gustarme -dijo Salim.

-Le necesitamos.

Tarik se acercó a su caballo y cogió las alforjas. El semental resopló y pareció desbocarse, pues estaba todavía medio salvaje, y no le gustaba que lo tocasen. Tarik le murmuró algo en turco y sacó de la alforja las ropas de eunuco. Sin decir nada, empezó a cambiarse.

Salim apareció junto a él y permaneció silencioso unos momentos antes de exclamar:

-¡No irás a hacerlo!

-No quiero tener dificultades contigo, Salim.

-¿Cuántas veces hemos estado a punto de... perderte, Tarik? Si regresas allí, ¿qué posibilidades hay de que llegues a salir vivo? ¿No es bastante que te escaparas una vez? ¿Por qué has de hacerlo dos?

-Por favor, Salim. Tengo que volver.

-Pero, ¿por qué? -Salim volvió a enrojecer-. ¿Por qué volver ahora? Sólo has estado con nosotros unos días.

-Prometí liberar a la mujer.

Salim, cogiendo a Tarik por un brazo, le hizo volverse de cara a él.

-¿Es realmente Tarik Pasha el que está hablando? ¿Acaso no sabes que la mitad del Imperio se prepara a morir por lo que les has estado diciendo? ¿Qué pensarán cuando no estés tú aquí para dirigirlos después de cuanto has predicado? Tarik...

-Suéltame.

-¿Hay algo que pueda convencerte, Tarik?

-No. Nada. Preparar el asalto al palacio era una decisión que tenía que tomar. Allí nadie estará a salvo. No tengo elección, Salim.

Dijo aquello como si de veras no la tuviera, como si no hubiera otro camino. Era como si hubiese vendido su alma o la hubiera entregado..., ninguno de los dos hombres estaba seguro.

Salim se apartó mientras Tarik, vestido de nuevo como un eunuco, montaba en su caballo y tiraba de las riendas al tiempo que dirigía a su amigo una última mirada.

La expresión de Salim le reveló que de repente había madurado. Algo en él revelaba una experiencia mundana. El idealismo se había desvanecido por completo.

Salim apartó la mano del estribo de Tarik, que tocaba en un último instante de contacto físico antes de la ruptura final.

-Así que las cosas han cambiado realmente para ti.

Sólo a unos pasos de donde fuera envenenada, Usta yacía en su tumba debajo de una lápida recién grabada. Las cimas de los altos cipreses susurraban insensibles al impulso de una ligera brisa mientras desfilaba una pequeña comitiva. Pasaron ante la tumba mujeres del harén imperial y también lo hicieron unos pocos amigos y conocidos de la ciudad. Plañideras pagadas gemían por el alma de Usta mientras las mujeres se alejaban del lugar dirigiéndose hacia sus caiques. El único hombre presente era el Kislár, que se quedó en pie, junto a la tumba, con Lady Ashley.

Jessica avanzó con la fila, aturdida y presa del abatimiento, comprendiendo que, en adelante, su vida sería tan insignificante como las melancólicas ruinas de las tumbas entre las que pasaba. Durante toda su existencia, la gente había hecho cosas para ella, la habían mimado y cuidado y siempre había tenido plena conciencia de su privilegiada posición como hija de Arthur Grey. Siempre le habían estado dando cosas. Pero nadie había dado su vida jamás a cambio de la suya.

Apenas se dio cuenta del movimiento de Lady Ashley apartándose del lado del Kislár para ocupar un lugar donde pudiera tropezar con Jessica al avanzar el cortejo.

La voz de la inglesa despertó la entumecida sensibilidad de la joven.

-Está con sus hombres -musitó con voz entrecortada. Y eso fue todo. Lady Ashley volvió al lado del Kislár.

Al fin había ocurrido algo bueno. Jessica sintió encenderse de nuevo una lucecilla en las tinieblas profundas de su alma vacía. También ella había ofrendado algo. Había vendido su ansia por Tarik a las necesidades de otros. Y hasta ese mismo momento no había sentido el menor arrepentimiento..., sólo una tristeza infinita por lo que pudo haber sido..., lo que hubiera sido si Tarik no fuera la fuerza clave de la revolución. Si hubiera sido cualquier otro, entonces habría habido tiempo para descubrir...

No. Jamás habría habido tiempo. Jessica se dirigió hacia su caique sin sentimiento o sensación alguna y permaneció sentada inmóvil como una estatua mientras el eunuco remaba conduciéndola a través del azul Bósforo hacia aguas más turbulentas que las que había debajo del casco de la embarcación. A partir de ese momento, el juego de espera en el harén sería como la fría tumba en que yacía Usta. Jessica estaba preparada.

Sus aposentos se hallaban en penumbra. Jessica tenía la suficiente experiencia para no haber dispuesto un ambiente animado para cuando regresara. De nada serviría disimular. El tiempo sería el único bálsamo aunque al final llegara la muerte.

La estancia estaba vacía. Le habían dejado preparada una cafetera, pero le otorgaban el don de la soledad. Se quitó el chal y lo dejó caer al suelo mientras atravesaba las habitaciones hacia su dormitorio. Se sacudió la lujosa capa de los hombros, que se desplomó tras ella sobre la alfombra; se agitó un instante y quedó inmóvil. No se detuvo hasta que sintió la presión del alféizar contra sus muslos. La luna iluminaba el Bósforo perfilando las líneas del cuerpo de Jessica, más delgado que el día anterior, a través de su transparente camisola. La brisa marina le agitaba el cabello; a ella le hubiera agradado percibir su frescor; pero no podía. Ya no era capaz de experimentar nada. Tal vez fuera que no se atrevía a sentir. ¿Podría llegar a entumecerse hasta tal punto que ni siquiera sintiera la muerte cuando llegara? Trató de convencerse que sólo se debía a lo inmediato del repentino asesinato de Usta. Pero ella era el objetivo real y no parecía probable que la Kadin fuera a fallar por tercera vez. No volvería a engañarse a ese respecto. Había perdido su oportunidad con el sultán y ahora se preguntaba si hubiera sido tan malo hacer el amor con él... por una causa.

Jessica sacudió ligeramente la cabeza. Por una causa. ¿Qué hubiera pensado Tarik de ella ahora, si supiera que estaba viéndose a sí misma bajo el prisma de él? Pero eso ya no importaba. Usta estaba muerta. Había perdido al sultán. Tarik se había ido. El Kislar ya casi no tenía poder alguno. No quedaba nadie que la protegiera y ya no era *guzdeh*.

Pero lo había hecho. ¿No era así? Se había consagrado a un ideal más elevado. Se había sacrificado por las vidas de aquellas gentes indefensas, devolviéndoles su única esperanza para que se convirtiera en la de ellas. Eso, al menos, la hacía sentirse aliviada.

Si moría allí, no sería por haberse resistido tenazmente a entregar su cuerpo al sultán. Al menos habría sido por algo más elevado.

Oyó un ruido a sus espaldas. Al principio supuso que era la brisa agitando algo. Pero cuando se repitió, se volvió para ver qué era lo que interrumpía su soledad.

-¿Lanie?

En la arcada había una silueta.

Ambos oyeron cómo se les cortaba la respiración.

Sonó temblorosa la voz de ella a través de la habitación.

-Tarik.

Se reunieron junto a la ventana. Se abrazaron como el Bósforo abraza las orillas de sus costas. Se fundieron en armonía humana.

A través del desafío, el resentimiento y el recuerdo de que hubiera sido él quien la condujera hasta allí, Jessica flotó hasta alcanzar la estrella solitaria del compromiso. No habría más negaciones, ni más preguntas. ¿Qué puede preguntarse cuando sólo existen dos personas en el mundo?

Tarik se perdió en el valor de ella, olvidando a todos los otros Tarik Pasha que, dentro de su alma, luchaban entre sí. El cuerpo de Jessica era demasiado tierno para rechazarlo, sus besos

demasiado maravillosos. Nunca podría volver a hacer lo que su gente quería que hiciera, si no contaba con la fortaleza de espíritu de Jessica para soltar anclas.

Como en una tragedia antigua, el hombre y la mujer hicieron una nueva creación para sí mismos, pasando en esa melodía humana de los aposentos de Jessica al jardín. La luna saboreó su desnudez y sonrió. Las estrellas hicieron guiños. La brisa tuvo celos porque no podía detenerse y sentir.

Jessica sintió el impulso de la pasión y dio a Tarik todos los beneficios de la experiencia de Usta, cosas que había estado reservando para el sultán, pero esta vez las podía dar sin barreras ni obligación, sin tener que ocultar su desgana. Ahora estaba más que dispuesta.

Deslizó un muslo sobre él. Durante aquellos momentos, su pierna fue como una cometa flotando en el viento. Tarik la besó, retrocediendo luego y cambiando el ritmo. Siguió con un dedo las líneas de la mejilla de ella, mostrándole que la pasión no necesitaba de apresuramientos. Se convirtió en el hombre oriental, el amante de manos acariciadoras que Usta prometiera. Levantándolas en sus brazos, la condujo meciéndola suavemente, a través de los aposentos hasta la cálida humedad de los baños. Entraron en uno de los estanques aromatizados con rosas, y sus cuerpos flotaron en el agua, Jessica en los brazos de él. Sus corazones latían al unísono, los senos de ella contra el pecho de él. Tarik le cubrió de besos el cuello, haciéndola luego volverse boca abajo y la besó a todo lo largo de la espina dorsal... un prolongado y hermoso viaje; besos semejantes a los de la abeja a la flor. La camisola de Jessica flotó alrededor de sus brazos hasta dejar de cubrirle los flotantes senos. Jessica intentó cogerla y su pelo cayó sobre la cara de él... una especie más de caricia.

Los brazos de Tarik la apretaron con fuerza en una clase de posesión que el sultán Hasán jamás conociera; él, que poseía cuanto la mirada podía abarcar. Las cadenas de esa esclavitud eran suaves y gratas, no de hierro, sino como de pequeñas serpientes enroscándose unas con otras. Al cambiar el cuerpo de él y buscarla, Tarik se fundió en Jessica. Oscuras pestañas le velaban los ojos.

La joven americana sabía que esa manera de hacer el amor no era salvaje, inflamada ni devoradora. Se produjo como una serie de movimientos intensos, contorneantes, que fluían, igual a flexibles membranas bajo una marea de sangre y carne. Era una experiencia humana muy hermosa en su fugacidad. Usta se lo había dicho todo pero esto..., este gozo tenía su propia tristeza. Con cada caricia de las manos de Tarik sobre su cuerpo, Jessica sentía el vacío que llegaría cuando no pudiera ignorar por más tiempo al mundo exterior. Ahora sabía por qué la noche era la hora de los amantes.

Cerró los ojos y se dejó llevar por aquellas delicias sexuales, que acaso jamás hubiera sentido en su vida si ésta hubiera transcurrido tal como estaba planeada. Exploró a Tarik con las manos que Usta había adiestrado y encontró que para ella resultaban naturales aquellos movimientos. Pronto olvidó su aprendizaje y se dejó llevar tan sólo por la pasión surgida en su ser.

Amor o pasión, necesidad o desesperación..., ninguno de los dos podría definir lo que les había llevado el uno hacia el otro. Tampoco se atrevían a decir nada, so pena de tener también que

admitir que esa primera vez podía muy bien ser la última. Cada uno de ellos tenía una vida en otra parte, y ni la carne ni el espíritu podrían cambiar eso. Todo el ser de Jessica se abrió a Tarik, el hombre cuya profunda alma había llegado a conocer durante aquellas pasadas contiendas. Ahora había descubierto también su cuerpo. Vio su propia piel mate apretada entre el pecho bronceado y los atezados brazos de él. Sintió sus corazones latir uno contra otro, mientras el agua ascendía sobre ellos con sus movimientos de bombeo. Se fundieron el uno en el otro.

Aquella noche se amaron con increíble fuerza, luchando por mantener el futuro lejos de sus pensamientos, por vivir intensamente el momento presente. Para Jessica la apertura fue purificadora. ¡Al fin era una amante! Ya había alcanzado la cima de esa montaña que parecía tan grande. Ahora, que amaba a Tarik, sabía con certeza que una falsa pasión la hubiera dañado para siempre, lo que habría ocurrido si se hubiera entregado al sultán Hasán, puesto que jamás experimentó junto a él lo que en aquellos momentos sentía. Se sentía contenta al abandonarse al dominio de su propio cuerpo. Sus piernas, sus caderas, sus brazos y su boca se entregaron a Tarik y él devolvió los regalos entre el chapoteo del agua. Y entonces Tarik arqueó la espalda, echó la cabeza hacia atrás y rió... ¡Rió de veras!

Jessica jamás había conocido una risa tan pura, y era la primera vez que veía reír a Tarik. Se echó hacia atrás en el agua, siempre unida a él bajo la temblorosa superficie, y rompió a reír a su vez.

Continuó la larga noche.

La luz marfileña del alba penetró por la ventana y tocó el cuerpo ligeramente velado de Jessica, que salía del sueño entre los brazos de Tarik. Por lo que a ella se refería, el tiempo podía terminar ahí.

Se oyó moverse los picaportes de bronce. Jessica se incorporó, parpadeando bajo la luz manital.

-¿Lanie?

Esta vez fue realmente la joven sirvienta lo que apareció en la puerta. La expresión impávida de la muchacha era un mal presagio.

-¿Lanie? ¿Qué pasa? -volvió a preguntarle Jessica.

La esclava se hizo a un lado. La puerta se abrió más. Y entró la Kadin, acompañada de todo su séquito de damas y eunucos.

La primera mujer del sultán Hasán entró en la habitación sonriendo.

-¿Qué encontramos aquí? Muy íntimo. Delicioso -chasqueó los dedos a sus servidores-. Lleváoslos.

Tarik se precipitó a coger su ropa y su daga; pero los eunucos se le adelantaron, sujetándole los brazos con fuerza y destreza, tal como se les había adiestrado, y lo sacaron de la cama para que todos pudieran verle.

Uno de los eunucos miró el cuerpo desnudo de Tarik y proclamó con una especie de victoria envidiosa y amarga:

-Este hombre no es lo que finge ser.

-Tanto mejor -sentenció la Kadin.

Otros dos eunucos habían sacado a Jessica de debajo de los edredones y la sujetaban firmemente delante de la Kadin, mientras la elegante mujer madura la contemplaba con mirada escudriñadora. En un principio Jessica había forcejeado pero pronto comprendió que todo era inútil.

-Una jovencita muy estúpida. Pero que muy estúpida.

Los labios de la Kadin se contrajeron en una inexorable sonrisa.

14

Jessica pensó lo increíble que era que un hombre abatido pudiera parecerlo aún más vistiendo los ropajes más suntuosos del mundo. También era increíble la rapidez con que una mujer llega a pasar de reina a campesina y cómo la esperanza puede convertirse en abatimiento sólo con el chasquido de un látigo.

El rey presidía una concurrida corte. Las heridas de la decepción velaban las oscuras simas de sus ojos. Ante él se erguía el hombre que había profanado el santuario del harén imperial con su virilidad intacta, tentando con ella a la mujer que el sultán Hasán ansiaba poseer más allá de la simple propiedad. Aquel hombre vestía sólo unos pantalones. Incluso iba descalzo. Tenía las manos atadas. Junto a él, estaba Jessica, con su camisola, sin túnica, capa ni velo. Y la Kadin se encontraba sentada en el lugar que un día Jessica tuvo el privilegio de ocupar... Era el mensaje final de la Kadin.

Los hombres de la corte apartaban sus miradas de la mujer sin velos. Sólo el sultán clavó los ojos en ella y no los apartó mientras reflexionaba sobre aquella traición, sobre aquella transgresión que le demostraba claramente que estaba haciéndose viejo. Monarca o no, era incapaz de emplazar al tiempo.

Se levantó, conservando el dominio de sí mismo con regia experiencia, y se acercó a Jessica, intentando descubrir vergüenza en su mirada. Pero no había ninguna...

-Jessica -murmuró con voz queda y un movimiento de cabeza apenas perceptible. Y dirigiéndose a los hombres de su corte dijo:- No volváis la cabeza. Quiero que miréis esta cara-ordenó mientras reseguía con el dedo la línea de la mandíbula, hasta que retornó el dolor y, a modo de insulto, la empujó adelante-. Miradla, fijaos en ella. Debéis recordar siempre el rostro de una traidora.

El astrólogo se apresuró a preguntar:

-¿Qué se hará con ella?

En su tranquila pregunta, subyacía una corriente de ansiosa excitación.

-¿Acaso puede haber duda? -preguntó la Kadin, haciendo palpar con su aliento el velo que le cubría la cara-. Debería ser ahogada en el Bósforo.

El Kislár, perdido ya el favor en aquel tiovivo político, habló impulsivo.

-Han pasado años sin una muerte ritual...

-Han pasado años sin que una mujer se atreviera a traicionar a un sultán -insistió la Kadin.

Al fondo, como el interminable eco de una pesadilla, un coro de derviches empezó a salmodiar en turco.

-Ahogadla en el Bósforo..., ahogadla en el Bósforo..., ahogadla...

El sultán Hasán escudriñó a su corte, conmovido por el cántico; luego, miró a la Kadin como recordando algo que ahora ya sólo existía en lo más profundo del hechizo, y finalmente contempló a Jessica. Con gesto cortante, hizo callar a los derviches. Aún seguía siendo el sultán. La decisión sería suya..

-Quiero saber lo ocurrido. Absolutamente todo -exigió dirigiéndose a Tarik-. Y tú vas a decírmelo.

Se encontró con un silencio tan pétreo como la mirada... Ni el más mínimo temor, sólo una actitud de claro desafío.

A una mirada del sultán, un corto látigo se descargó sobre el hombro de Tarik, sacudido por el fornido brazo del guardia que se encontraba detrás de él. Tarik apenas reaccionó, debido más a la sorpresa que al valor. Cuando su mente percibió el dolor, ya se había dominado.

La furia imprimió un tono ceniciento a la tez de Hasán.

-Otra vez.

El látigo volvió a golpear, esta vez con mayor fuerza. En la espalda bronceada de Tarik aparecieron verdugones de un rojo intenso. Esta vez el dolor le hizo gritar. A Jessica se le llenaron los ojos de lágrimas.

El sultán hizo un nuevo movimiento de cabeza, que fue seguido de otro latigazo. Tarik cayó de rodillas.

-¡Basta! Diré... lo que quiere saber.

Jessica parpadeó sobresaltada.

Tarik empezó a hablar.

-Me enviaron a este palacio como espía de vuestros enemigos. He utilizado a esa mujer para obtener información. Cuando descubrió quién era, la violé. Y la hubiera matado si...

La Kadin se puso en pie como impulsada por un resorte.

-¡Ella estaba en sus brazos, abrazándolo como una amante!

La corte hervía de murmullos.

-Silencio -ordenó Hasán-. ¿Hemos de creer que tú, un sucio bárbaro de la calle, eres un mensajero de nuestros enemigos, un espía enviado para obtener información. Apenas pareces lo bastante inteligente para saber leer y mucho menos para engañar a una joven inocente...

-Me llamo Tarik Pasha.

Los murmullos se convirtieron en un avasallador vendaval de asombros. Mientras la corte hablaba sin cesar detrás de él, el sultán Hasán contempló largamente y con mirada inquisitiva a aquel hombre, asimilando su extraordinaria afirmación. ¿Sería verdad? ¿O sólo una inteligente añagaza para sacrificarse y proteger así al auténtico Pasha?

A pesar de sus dudas, algo le decía al sultán que, en efecto, aquel prisionero era el propio Tarik Pasha. Un hombre que ansiaba la gloria de la revolución tanto como la victoria, no renunciaría a la oportunidad de morir como mártir, después de mantenerse firme frente a su

mayor enemigo. Se habían escrito historias acerca de hombres semejantes. Acaso Pasha quisiera su propia odisea, la cual haría que su gente se consagrara con más furia a la lucha, una vez supieran que había dado su vida por ellos. Sí, estaba frente al auténtico Tarik. Y por alguna razón desconocida, deseaba que Jessica viviera, y lo quería con la fuerza suficiente para tragarse su renombrado orgullo y pretender derrumbarse bajo el látigo.

Pese a todo, el sultán Hasán no había perdido todavía su audacia juvenil para dejar pasar un buen pulso.

Volvió a su trono e indicó a Jessica que se acercara.

-Ven. Siéntate a mi lado. -Cuando ella hizo lo que le indicaba, el sultán ordenó:- ¡Traed al verdugo!

Jessica se detuvo, a medio sentarse, y se le quedó mirando. Las puertas se abrieron. Entró el verdugo, escapuchado y vestido para la ocasión, pues se hallaba esperando fuera. Llegó junto a Tarik, sacó de la vaina su magnífica hoja y esperó la palabra decisiva de su soberano.

El sultán Hasán, volviéndose hacia Jessica, le habló con una calma aterradora, como si le estuviera preguntando qué prefería para cenar.

-Si este hombre dice la verdad, querrás verlo muerto tanto como yo. -Se volvió hacia el ejecutor de justicia y le dijo:- Prepáralo para la ejecución.

Jessica se dio cuenta de que Hasán no había tenido por qué decir aquella horrible palabra, y que la había añadido por algún motivo específico. Y tuvo su efecto... El hecho de que las manos se le quedaran heladas y al tiempo sudorosas lo demostraba.

Con un gruñido, Tarik cayó de rodillas obligado por las forzudas manos de dos eunucos. Le torcieron la cabeza hacia un lado y la sujetaron con firmeza, ofreciendo al verdugo la posibilidad de un corte perfecto.

Una vez más, el sultán se volvió a la mujer que jamás poseería.

-Tarik Pasha es todo tuyo. En tus manos tienes el poder de la vida o de la muerte.

Jessica tragó con dificultad, suplicando en silencio a Tarik que pensara por ella. Cuando la expresión de él le suplicaba que salvara su propia vida, la joven se mordió los labios y sintió sobre ella la mirada incisiva y cruel de la Kadin y de toda la corte. El Kishlar también la observaba, suplicándole el mismo silencio que le pedía Tarik.

La Kadin ardía de furia, anhelando algo completamente diferente. Si Jessica permanecía callada, habría exoneración y se enfrentaría de nuevo con la amenaza de una segunda Kadin.

La hoja ascendía lentamente.

Jessica se quedó rígida hasta llegar a pensar que su cuerpo no era más que huesos... sin carne, sin corazón, sin mente.

La punta de la espada se inclinó ligeramente hacia atrás, sobre la cabeza del verdugo, anunciando el descenso e inició su caída sobre el cuello desnudo de Tarik...

-¡No! ¡Basta!

La hoja se detuvo sobre la piel de Tarik. Un hilillo de sangre le corrió por el cuello. Había mantenido los ojos cerrados preparándose íntimamente, y entonces los abrió de súbito.

Jessica, con su grito le había salvado la vida, sellando el destino de los dos. Tarik se maldijo a sí mismo por no haberle hablado más sobre la cultura de su país.

Pero nada podría hacer retroceder los últimos segundos transcurridos.

El sultán se apartó de Jessica, embargado de nuevo por la decepción. Estaba perdida para él. Perdida para siempre.

-¡Llévala! -dijo con aspereza.

Cogieron a Jessica y a Tarik por los brazos y se los llevaron en diferentes direcciones. Jamás se había contemplado una mirada tan intensa como la que se dirigieron mutuamente los dos reos durante los últimos momentos de que disponían para verse. A Jessica la sacaron del salón. A Tarik le condujeron junto al sultán con la férrea sujeción de dos eunucos que conocían su trabajo y disfrutaban con él en pocas ocasiones.

La expresión del sultán parecía labrada en piedra. Por unos largos y fatídicos momentos pareció tan impredecible como los tigres en el zoo de su jardín. Al desaparecer la dureza, toda la corte parpadeó sorprendida.

-Debo felicitarte -dijo a Tarik-. A lo largo de la historia del Imperio, ningún otro hombre ha logrado, él solo, causar tal conmoción.

Tarik permaneció impávido.

-Vuestra Majestad me ha dado muchos motivos de queja.

-Eso podría parecer. Pero dime: ¿Crees de veras que alguno de vosotros tiene la más mínima oportunidad de ir contra el Imperio? ¿Piensas que alguien tiene derecho a decirme, a mí, cómo gobernar?

Tarik se inclinó hacia delante cuanto le permitieron las manos de los eunucos que le sujetaban.

-A un hombre -rectificó subrayando cada palabra.

El sultán no pudo evitar sentirse afectado, aunque guardara su compostura, por la inmovible convicción de que hacía gala el prisionero. Intentando contrarrestar el efecto, dijo:

-Entonces, parece que estas molestias se van a prolongar durante algún tiempo.

Sonrió a sus cortesanos, quienes le devolvieron la sonrisa, lo cual pareció reconfortarle. Una vez más, gozaba de su confianza. Pero cuando se volvió de nuevo hacia los ojos que en ese momento le conocían mejor, vaciló un poco y tuvo que volver a recuperarse.

-Eres un hombre inteligente -dijo clavando la mirada en aquellas pupilas-. Admiro tu habilidad, e incluso tu convicción, pese a lo equivocada que es. Pero también eres un hombre en extremo peligroso. -Hizo un ademán con la mano al verdugo-. Llévatelo.

El rebelde fue sacado violentamente del salón, escoltado por una numerosa guardia. El sultán apretó los codos contra los costados intentando que la corte no descubriera lo difícil que iba a serle, ese día, ocuparse del resto de los asuntos pendientes.

Jessica caminaba por las doradas galerías de tulipanes frescos del jardín, flanqueada por eunucos, en una comitiva encabezada por el Kishar. Era una marcha de muerte, y ello se evidenciaba. Mientras las mujeres del harén plantaban los nuevos rosales recién llegados, tratando de no mirar a la condenada, Jessica tenía los ojos clavados ante sí y aceptaba la idea de morir. Era extraño lo familiarizada que estaba con ella. Poco tiempo antes, se hubiera

sentido invadida por el pánico. En aquellos momentos, tal reacción parecía inútil y absurda. Es posible que no fuera consciente de su propia dignidad tal como lo era el Kislár; pero sabía que su última declaración sin palabras en esta vida, sería de una intención magnífica.

Algunas gentes simplemente mueren. Ella, al menos, iba a hacerlo para salvar otras vidas. Las cosas podían haber sido peores. Tarik hubiera podido estar allí también. Sí, claro. Estaba dispuesto a perecer por ella; pero Jessica se había prometido a sí misma que ni una sola persona más moriría a causa de sus equivocaciones o su ceguera. Dignidad.

Llegaron a las puertas del palacio y caminaron hacia los muelles donde esperaban dos caiques.

-Sé que tienes la sensación de que también te he traicionado -dijo al Kislár que había permanecido silencioso.

Se volvió hacia ella mientras los guardias preparaban las embarcaciones.

-Te has traicionado a ti misma -le dijo con tristeza-. Morirás en silencio y tu amante será ejecutado públicamente.

Se dispuso a alejarse. Jessica, aferrándose a sus fornidos brazos, le obligó a dar media vuelta, con el rostro pálido por el sobresalto.

-¡El sultán me concedió la vida de Tarik!

-Sólo por el momento. Tu muerte no le ha comprado más que unos cuantos días.

-Dime cuándo lo matarán -exigió ella-. Dime cómo. He de saberlo.

-¿Para qué? -preguntó él con amargura-. ¿Para verlo en tu último sueño? ¿Qué puedes hacer ahora por él? Todos nos traicionamos a nosotros mismos. Ahora, nada puede ayudarnos.

El hombretón la obligó a subir al caique, tan perturbado por la muerte de ella como si se tratara de la suya propia. Le habían ordenado que extinguiera el último rayo de esperanza a cambio de lograr filtrarse entre las cenizas de la tradición para brillar por un instante ante la puerta del sultán Hasán. Ahora se hundiría en el sedimento de las aguas, y él regresaría como si nada hubiera ocurrido y viviría con semejante pretensión hasta que él mismo empezara a creerla.

Los eunucos introdujeron a Jessica en un gran saco colocado en el fondo del caique. Le ataron las manos con un cordón de plata, otra fruslería del ritual. En el fondo del saco, fueron metiendo una a una grandes piedras, colocándolas alrededor de los pies de Jessica con un siniestro toque artístico. Levantaron los lados del saco alrededor de ella.

La respiración de la muchacha era entrecortada, apretó con fuerza las amarradas manos, levantó la barbilla y cerró los ojos antes de que los cubriera la oscuridad del saco. Muerte, muerte... ¿Es que aquellos bárbaros no conocían otra cosa? ¿Creerían realmente que lo único que se podía hacer era matar? Tarik...

La voz del Kislár, áspera y apasionada, le llegó a través del grueso tejido.

-Dejadme hacer a mí.

El caique osciló. Jessica notó cómo las grandes manos negras cerraban el saco sobre su cabeza y lo aseguraban atándolo. Con la angustia de la desolación Jessica lo sintió por él.

Los eunucos empezaron a remar, conduciendo los dos esquifes hasta mar abierta, adentrándose cada vez más en el azul Bósforo, hacia donde sus brazos inmisericordes harían

un buen trabajo para su sultán. Pasaron junto al avanzado promontorio sobre el que se alzaba el serrallo. Siempre el ritual. Era una tranquilidad y una dirección.

El Kislár permanecía en pie, en la proa del caique que iba en cabeza, mirando ante sí, con la boca apretada. Hizo una señal a los eunucos, indicándoles que se detuvieran antes de lo que ellos habían pensado. Sin esperar nuevas órdenes, los hombres dejaron los remos y cogieron las amarras con las que remolcaban el caique de Jessica. No miraron cómo, dentro del saco, la figura se mantenía erecta y esperaba. No parecía importarles. Tiraron con fuerza de las amarras. El segundo caique se balanceó horriblemente, cabeceó, se venció hacia un lado, lo arrastró el agua y volcó. Las piedras cumplieron su cometido con gran rapidez.

Cuando el saco osciló por un instante sobre la superficie del agua, mientras los últimos soplos de aire penetraban en el tejido, el Kislár Agha cerró con fuerza los ojos. Dejó caer la cabeza hasta descansar la barbilla sobre el pecho y dio la señal para que empezaran a remar de nuevo en dirección al palacio... al que pertenecía.

Jessica estaba debajo de las aguas. Era una expresión sin significado alguno. Sólo expresaba que no había aire.

La tradición había dado una segunda ocupación a la oscilante vegetación de los fondos marinos. Las largas hierbas practicaban una danza lenta al ritmo de las corrientes de la zona que, con el paso del tiempo, se había convertido en un cementerio en tierra de nadie. Las aguas estaban cenagosas, no se parecían en nada a las olas de un azul verdoso que se veían sobre la superficie del Bósforo cuando caía el sol. Entre aquella vegetación, se encontraban los restos de otra media docena de sacos, ataúdes informes de otras tantas víctimas de la corte imperial. Organismos marinos habían hecho presa de las predecesoras de Jessica en el silencioso mundo subacuático, desgarrando los gruesos sacos y dejándolos convertidos en jirones. Entre ellos, yacían algunos desgarrados huesos humanos. El resto había llegado a formar parte de la economía del mar... la supervivencia de los más pequeños.

Las piedras cumplieron bien su misión. Arrastraron a Jessica con ellas hasta que el saco quedó varado en el cenagoso fondo marino reposando sobre él después de algunos balanceos. Jessica flotó dentro del saco, quedando en la parte superior de éste, y la ingravidez del medio marino la hizo sentir náuseas. Al volcarse el caique se esforzó a no hacer una inspiración profunda, suponiendo que sería demencial prolongar lo inevitable; pero cuando las frías aguas se cerraron alrededor de su nariz y de su boca, deseó haber hecho esa inspiración. Súbitamente, la embargó una ansia loca de luchar. ¡No era aquélla la forma de morir!

La sensación del agua fría sobre su piel la hizo ponerse en movimiento. Se forzó a abrir los ojos, aunque no podía ver nada dentro de la oscuridad del saco. Intentó romper con los dientes el cordón de plata que tenía alrededor de las muñecas. Vana tarea. Incluso pareció apretarse más, cortándole la circulación de las manos. El saco..., ¡tenía que salir del saco! Agarró una

parte del empapado tejido; pero era grueso y nada pudo hacer. Empezaban a arderle los pulmones.

Se apoderó de ella el pánico. Sus oscilantes movimientos se hicieron frenéticos. Su mente, incapaz de pensar, se convirtió en un caos de explosiones, mientras su cuerpo clamaba por oxígeno.

El saco se abrió. Jessica salió impulsada de él, asombrada ante su inesperada libertad. Y entonces vio flotar la cuerda con que fue cerrada la boca, como si jamás hubiera sujetado nada. Y Jessica recordó al Kistar.

En su pánico y desesperada ansia de aire, la joven empezó a dar vueltas tratando de subir. Bajo el agua, era imposible saber qué dirección tomar.

Algo la rozó, una cosa ligera. Giró, intentando retroceder ante el esqueleto de una mano humana que se había deslizado de uno de los sacos podridos que había junto a ella. En su mente lanzó un alarido. Abrió la boca y expulsó la mayor parte del aliento retenido en un grito abortado. Su voz sonaba como un puño golpeando sobre carne blanda. Aterrada, palmoteó para hacer alejarse la mano y no se detuvo a ver cómo se desintegraba y los huesos caían desperdigados sobre la vegetación.

El esqueleto le sirvió para indicarle el buen camino. Luz... Había luz... Una placa de un azul blanquecino sobre su hombro derecho..., la superficie.

Luchó por abrirse camino hasta ella. El mar la atraía hacia abajo, hambriento de ella. Los oídos le silbaban y atronaban. Cuanto más se esforzaba por llegar, más parecía alejarse la superficie. Su mente estaba paralizada. Sólo existía el delirio. Agitaba los brazos con desesperación, intentando impulsarse hacia la luz, pero estaba demasiado lejos... y era demasiado difícil... Resultaba más cómodo flotar... ¿Por qué le silbaban los oídos? Ahora el agua parecía tibia. ¿Tarik?

Voces... La voz de Tarik. ¿Y no había alguien más? No recordaba, no distinguía... ¡Estaba tan cansada!

-Gané la apuesta, amigo. Sin trampa ni cartón. Tú montarás guardia al timón, por mí, durante toda la semana entera.

-Eres un tipo asqueroso, cruel y sin corazón, Donny. Y además sin el menor espíritu de camaradería.

-Tal vez no lo tenga, pero me libraré de la guardia durante toda una... ¡Oye! ¿Qué es eso?

¿Has visto lo que hay allí, Thatch?

-¿El qué?

-Allí, de través.

-¡Por las barbas de Job! No creerlo. Toca la sirena. ¡Hombre al agua!

-Bueno, has acertado a medias.

La embarcación del práctico inglés no solía navegar tan cerca de la costa; pero acababa de arribar al puerto de Constantinopla para hacer reparaciones y había decidido costear para protegerse de la tormenta que amenazaba en lontananza. Jamás se les había ocurrido ir a pescar sirenas. Sin embargo, creyeron haber encontrado una cuando se hallaron ante el cuerpo de Jessica.

Yacía empapada sobre cubierta mientras los asombrados marineros se inclinaban sobre ella. La pusieron boca abajo y le hicieron expulsar el agua de los pulmones; pero ella seguía exánime.

-Que me condene si no ha estado a punto de ahogarse la pobre zagala -dijo Donny incapaz de hacer sugerencias positivas.

Otros hombres se agolparon en derredor. No habían visto a una mujer auténtica desde...

-Puedo jurar, sin temor a equivocarme, -comentó el marinero Thatcher.

-Es más fácil que se trate de una joven del harén. Tenía las manos atadas, así que no hay que pensar en accidente.

-Sea lo que sea, apuesto a que se convertirá en una cuando esté seca y planchada...

Donny asintió sonriendo.

-Puede ser nuestra dama de la suerte que al fin viene a visitarnos.

Los hombres se apartaron, algo sorprendidos, cuando la mujer tosió y empezó a moverse. Por la comisura de la boca le caía agua de mar. La tos la había ayudado a recobrar el conocimiento. Rodó sobre sí misma y guiñó los ojos a la luz del sol, tosiendo con más fuerza hasta que se le despejaron los pulmones.

-¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? -barbotó. Thatcher se quedó boquiabierto.

-¡Por los clavos de Cristo! ¡Habla inglés! ¡La sirena habla inglés!

Donny se enderezó al punto e inmediatamente aulló una orden al marinero que se encontraba más cerca.

-Díselo al capitán. Tenemos que notificar esto a la Embajada inglesa. ¡Vamos, despabila!

Todo ocurrió más de prisa de lo que Jessica creía posible. Rescatada al borde de la muerte, se esforzó por asimilar la realidad en su confuso cerebro. Estaba libre... Salvada. Libre...

Los marineros le dieron ropas que no favorecían en modo alguno su silueta ni su feminidad; pero que le parecieron más maravillosas que los suntuosos trajes que había llevado en el harén. La condujeron rápidamente a la orilla, a la ciudad; y al cabo de unas horas se encontró viajando en un carruaje que la llevó al lugar que ya jamás pensara volver a ver.

A la Embajada. A través de la ventanilla del pequeño carruaje, vio una figura que corría. Se sintió consternada. Tal sentimiento la sorprendió, ya que había esperado sentir una gran alegría.

El carruaje se detuvo con un chirrido y la portezuela se abrió al punto. Charles la cogió entre sus brazos.

-Apenas podía creerlo cuando recibimos el mensaje, Jessica -le musitó al oído-. No puedo creerlo...

-Está bien, Charles -dijo ella-. Ahora ya todo ha terminado. He vuelto.

Él, apartándola de sí, la miró. De repente Jessica se preguntó si tendría un aspecto diferente. Tal vez más delgada, y acaso algo cetrina. ¿Estaría verde como el agua del mar que estuvo a punto de tragársela? ¿Tendría arrugas alrededor de los ojos por la preocupación, el pánico, el horror y las pasiones?

Si Charles encontró algo diferente, lo ocultó muy bien.

-Vamos, entra. Has tenido una terrible experiencia. Quiero que la olvides cuanto antes.

Sonrió y le pasó un brazo por la cintura para acompañarla al interior. Cerca de ellos, un botones de la Embajada se mantenía atento. Charles le dijo:

-Tráenos té y algo de comer. Estaremos en el estudio.

En ese momento, Jessica volvió a la vida.

-Y dile a mi padre, a Mr. Grey, que se reúna con nosotros en cuanto pueda.

El botones se detuvo confuso.

-Pero...

Charles le hizo callar con la mirada.

-Haz lo que te dice.

Jessica tenía serias dificultades para desentenderse de todo cuanto le había ocurrido, del harén, del sultán... y de Tarik. Aquellos momentos fueron más difíciles de lo que había supuesto. Mientras se encontraba sentada allí, en el confortable estudio, sentía la intrusión de la cortesía, que les impedía a Charles y a ella decir lo que realmente sentían. Durante semanas, había estado revelando sus verdaderos sentimientos, tan diferentes a las opiniones frívolas que expresara antes de llegar a Turquía. Eran sentimientos auténticos. Se los había confiado a Usta, al Kislár, a Tarik, incluso al propio sultán Hasán. Claro que, para ello, tuvo primero que aprender a descubrirlos. Ahí residía el verdadero milagro.

Hasta el mobiliario de la habitación les separaba. Charles estaba sentado en un sillón de cuero, Jessica en el diván. Y su mente se encontraba en alguna parte del Palacio de Yildiz, absorta en cuestiones pendientes. Aún quedaban cosas por hacer. Su recién recuperada libertad se estaba convirtiendo para ella en una prisión. Aquí no tenía poder alguno. No como el poder que había vislumbrado en el harén.

-No sé siquiera por dónde empezar -dijo con voz débil mirando su taza de té-. No estoy segura de saber explicarme. Me siento desorientada..., como si conociera dos mundos y no perteneciese a ninguno de ellos.

Charles se levantó y fue a sentarse al lado de ella en un intento por salvar la brecha intangible que había entre ambos.

-Tómate todo el tiempo que necesites. Jamás perdí la esperanza, Jessica. Nunca dejé de quererte.

Ella no supo definir si aquello era un tributo o una súplica. Sólo sabía que no podía corresponderle. Todavía no.

-Siempre he..., siempre he contado con tu cariño.

-¿Qué pasa, Jessica?

Sin que Charles se diera cuenta, su voz tenía un tono levemente quejoso. Aquella reunión no marchaba como él había imaginado.

Jessica, apartando la vista, trató de concentrarse en sí misma.

-Tu amor me asusta. He cambiado tanto...

-Las personas no cambian -se apresuró a decir él-. Cambían las circunstancias, y hay que adaptarse a ellas. Yo me adaptaré.

Jessica se levantó y se acercó a la chimenea, quedando de espaldas a él.

-He traicionado todos los valores que compartíamos. Y también he perdido todo cuanto compartíamos. Acaso jamás lo recupere.

-Escúchame, Jessica -dijo acercándose a su prometida, aunque sin llegar a tocarla-, yo me enamoré de una joven en Inglaterra. Me cautivó su inocencia. Pero estoy preparado para amar a la mujer en que se ha convertido.

Realmente desgarrada, Jessica lo miró para ver si él comprendía en todo su alcance lo que estaba diciendo.

-¿Puedes perdonarme cuanto haya hecho?

-Puedo perdonar sin preguntar jamás -le prometió él. Ella se volvió.

-¿Y lo que estoy a punto de hacer?

-¿Qué dices, cariño? No he oído...

-¿Dónde está mi padre? -preguntó Jessica mirando impaciente a la puerta-. Necesito verle. Siempre me ha ayudado a comprenderme a mí misma.

Había llegado el momento. Charles había intentado aplazarlo por algún tiempo; pero ya era imposible. Decidió no intentarlo más.

-Tu padre, Jessica..., no ha venido a Constantinopla.

-¿Cómo? ¿Quieres decir que regresó a Inglaterra?

Charles, se quedó pálido.

Jessica invadió el espacio que había entre ellos con una fuerza que su prometido jamás conociera en ella.

-¿Dónde está mi padre, Charles?

Impotente, le cogió la mano y bajó la vista, incapaz de encontrar la severa mirada adulta de ella.

-Sufrió un ataque. Murió en Damasco.

Al principio pareció incrédula; pero pronto se produjo el derrumbamiento, físico y emocional.

Charles la mantuvo abrazada, protegiéndola con sus brazos, mientras la valerosa joven cedía finalmente a su angustia. Le acarició el cabello.

-Yo cuidaré de ti, Jessica. De todo. Volveremos a Inglaterra tan pronto como sea posible.

Mañana empezaré a hacer planes. Allí la vida nos está esperando para que la reanudem...

Una vida toda nuestra.

Llegó finalmente la mañana, sin que la invitaran ni la desearan. Aquel día, el sol molestaba a Jessica, pues era el gran reloj, inexorablemente, que marcaba la eternidad del tiempo. Su padre llevaba muerto un día más; Tarik daba otro paso hacia la muerte.

Acostumbrada al talante indiferente del serrallo, Jessica, vestida con sus prendas de noche, se fue a dar un largo paseo por el jardín de la Embajada para despejar la mente. No recordaba haberse cambiado de ropa antes de acostarse. En realidad no recordaba nada, y tampoco le importaba. El pasado quedaba perdido. El presente estaba nebuloso.

Vagó por el jardín, al parecer con la mente embotada e indiferente a las actitudes asombradas del personal de la Embajada al verla pasar en camisón. Sin embargo, en lo más profundo de su mente, Jessica tenía plena conciencia de que, si bien había logrado escapar, todavía no era libre.

-Jessica...

Apenas reaccionó a la voz de Lady Ashley, ni se mostró en modo alguno sorprendida al darse cuenta de que la generosa inglesa se acercaba a ella porque necesitaba verla, hablar con ella, asegurarse de que había salido del harén sin excesiva amargura.

-¿Se encuentra bien, Jessica?

Lady Ashley pasó el brazo por el de la joven y pasearon juntas como si fuera absolutamente normal caminar por allí con el atuendo de dormir.

-¿Qué hacen los guardias? -preguntó la muchacha, mirando con evidente desagrado las armas montadas y los centinelas junto a la puerta del parque-. ¿Para qué necesitamos armas aquí?

Lady Ashley suponía que Jessica se encontraría aún bajo los efectos de la conmoción que le produjera la noticia de la muerte de su padre, por lo que no se atrevió a hablarle acerca de la difícil situación, la inminente revolución que ella creía que ignoraba por haber estado encerrada en el harén.

-Supongo que será para protegernos -dijo evasiva.

Jessica se quedó mirando los cañones.

-Un tipo diferente de jaula.

Lady Ashley la hizo alejarse de las puertas guiéndola hacia la rosaeda.

-Naturalmente sabe bien que debería estar descansando en su dormitorio y no vagando con la ropa de dormir. -Se inclinó hacia ella sonriente-. Eso será apropiado para el harén; pero no resulta muy inglés.

Tampoco lo soy yo. Jessica se miró el fino camisón.

-No... nada inglés.

Aquella declaración la sobresaltó, y contempló a su acompañante con una decisión asombrosa.

-Hay cosas que tengo que saber, Lady Ashley -dijo con voz segura, una voz de adulta.

Aturdida ante el súbito cambio, la dama hizo una pausa para comprobar que seguía allí.

-¿Qué cosas, querida?

-¿Qué amplitud tiene la rebelión? ¿Considera que es inevitable?

-Pero, Jessica...

-Si lo es, hemos de actuar ahora mismo. Tiene que ponerme en contacto con los revolucionarios.

-No sabe lo que está diciendo, Jessica.

-Voy a ponerme en comunicación con ellos. Con su ayuda será mucho más fácil; pero de todos modos, lo voy a hacer. He decidido volver al palacio.

-¿Volver al palacio? Pero si acaba de salir de él.

-Así es. Sin embargo, no he terminado. Venga conmigo mientras me visto para el viaje.

La resolución había sido tomada y Lady Ashley comprendió que no habría forma de cambiarla. Lo percibía en la voz de Jessica.

La joven americana se sintió rara al ponerse las enaguas y moverse por el dormitorio buscando las prendas de vestir más adecuadas para viajar por el interior. Había roto definitivamente su silencio y, en los oídos de Lady Ashley, se desgranaron las explicaciones: Tarik esto, Tarik lo otro. El sultán esto, el sultán aquello. La Kadin, Geisla, el Kislar, ejecución, agua, Bósforo, Usta, Tarik, Tarik y más Tarik. Injusticia, bárbaros, primitivismo... Ya no había contención para el torrente de emocionadas palabras. Lady Ashley se dio cuenta de que lo que decía era aterradoramente lógico, aunque pudiera sentirse inclinada a atribuirlo a la conmoción y la desorientación. Jessica sabía muy bien lo que explicaba, con todo detalle, y parecía congruente. Cuanto más escuchaba Lady Ashley, más endebles eran sus argumentos persuadiéndola de que se quedara.

-Así que ya lo ve. Tiene que ayudarme a encontrar a Salim -terminó diciendo Jessica mientras se ponía su falda *Serengeti* y se la abrochaba al costado.

Lady Ashley se sentía incapaz de decidirse.

-Veo que conoce aterradoramente bien la situación; pero, ¿comprende igual de bien por qué se siente obligada a ir?

Jessica la miró.

-Tengo una deuda pendiente.

-¿Con Tarik? -Lady Ashley subrayó intencionadamente el nombre.

-Mi futuro está con Charles -dijo Jessica-. Pero no puedo abandonar Constantinopla hasta que haya terminado con Constantinopla.

-¿Ha pensado en cómo afectará a Charles su ida?

-Claro que lo he pensado. Lo comprenderá. Haré que lo comprenda... cuando todo haya terminado.

-Al menos debe verle antes de abandonar la Embajada.

-No hay tiempo -apretó los labios, y los ojos se le llenaron de lágrimas como si quisiera convencer a su amiga de que no se trataba de un impulso ciego-. Ni siquiera hay tiempo para llorar por mi padre. ¿Me ayudará?

Como había estado vistiéndose y preparándose durante toda la explicación, Jessica colocó muy efectivamente a Lady Ashley entre la espada y la pared. Y sin embargo, no era en realidad una estratagema... A aquella mujer no se la manejaba con facilidad. Se entendían a la

perfección. Sus legados se engranarían al igual que su valor se crecía ante acciones que acaso hicieran retroceder a otras mujeres. En la mirada de Jessica, instalada en la cima de su vieja ansia por la aventura, que ambas mujeres compartían, se reflejaba un anhelo recién encendido por hacer realidad un sueño mucho más maravilloso que cualquier ocioso desafío. Como Jessica dijera, era una necesidad de finalizar.

Lady Ashley se puso en pie.

-Mi carruaje está esperando.

Jessica y Salim recorrieron el campamento de los Jóvenes Turcos y las otras facciones rebeldes: ciudadanos impulsados por el deseo de mejorar sus vidas y las de sus hijos, soldados que llevaban con ellos sus conocimientos sobre acciones militares, miembros de todas las culturas del Imperio, que deseaban establecer entre ellas un lazo más tangible que el del mapa. El campamento se estremecía con una corriente de esperanza. La rebelión era inminente. Incluso los niños peleaban de mentirijillas mientras grupos de mujeres cosían apresuradamente uniformes, para que los rebeldes parecieran una unidad adiestrada. En el transcurso de la Historia, muchas ventajas psicológicas han decidido el resultado de numerosas batallas.

-No es demasiado tarde para salvar la vida de Tarik -le estaba diciendo Jessica mientras caminaban.

-No podemos prescindir de ningún hombre -agregó Salim con una mueca reveladora del dolor que esas palabras le causaban-. En estos momentos, dudo que podamos preparar una incursión lo bastante importante para llamar siquiera la atención, y mucho menos para apoderarnos del palacio. Créame, no hay nada que ansíe más que salvar a Tarik; pero incluso él lo desaprobaría.

-Yo no puedo tomar... -calló con la mirada perdida en la ladera de la colina.

Jessica se estremeció y miró también. Allí no había nada, salvo la cima. Hasta que aparecieron una docena de jinetes, siluetas oscuras enmarcadas en la puesta del sol.

Salim los miraba esperanzado. Se dio cuenta de la presencia a su lado de Misha y otros hombres. Meneó la cabeza.

-Unos cuantos desertores más. Eso es todo.

Pero Jessica no apartó la vista de la cresta de la colina. La situación le hizo permanecer allí. Mientras observaba, aparecieron treinta jinetes más. Y detrás de ellos otros treinta. Luego cincuenta más.

La expresión de Salim cambió. Su desesperanza se trocó en incredulidad y, luego, en confianza.

-Murat... -musitó-. ¡El ejército!

Al decir esto, el rostro de Murat se distinguió en la distancia, mientras cabalgaba hacia ellos en un enjuto caballo del desierto. Detrás, todo el un Cuerpo de Ejército cubría la colina. Parecían abejas sobre un panal.

-Instalad más tiendas -gritó Salim a sus hombres. El tono gozoso de su voz les hizo ponerse apresuradamente a la tarea.

Transcurrieron dos horas y el júbilo dio paso a un serio estudio de planificación... Ahora, la victoria era ya posible. Jessica comprendió sus esperanzas encontrándolas irresistibles, a pesar de que algo en el fondo de su mente seguía recordándole que aquella no era su batalla. Ignoró la vocecilla. Era una lucha humana, y por lo tanto podía hacerla suya si así lo quería. En aquel instante, mientras caminaba con Salim por el nuevo campamento del III Cuerpo, tenía una expresión decidida y firme.

El amigo de Tarik la detuvo a unos pasos de la tienda de Murat, antes de entrar en ella. Era evidente que durante todo aquel tiempo había estado pensando en algo que hasta entonces no se había decidido a comunicárselo.

-Creo que debería hablarle de Murat -le dijo con voz queda-. Puede ser un hombre muy difícil -añadió enarcando las cejas.

-Si hemos de salvar a Tarik, necesitaremos su ayuda -afirmó Jessica.

¿Acaso importaba en realidad el tipo de persona que fuera Murat?

-Ha habido... cierta tensión entre Tarik y él -siguió explicando Salim-. Ambos son líderes naturales. Tarik es el que tiene carisma para atraer al pueblo. Murat es lo bastante duro para hacer lo que sea necesario. Chocan entre sí; pero coinciden en sus objetivos.

-¿Cree que ayudará a Tarik?

Salim se encogió de hombros.

-Rara vez puede predecirse nada.

-Entonces entremos para averiguarlo -dijo Jessica con impaciencia.

En el interior de la tienda, Murat se encontraba ya estudiando planos de las zonas de Constantinopla. Se levantó para saludar a la mujer que le habían anunciado que acudiría. Salim los presentó.

-Disponemos de poco tiempo, señor -dijo inmediatamente Jessica-. Tarik puede ser ejecutado en cualquier momento. Estoy aquí para ayudar en cuanto sea necesario.

El Comandante en Jefe les indicó que tomaran asiento en unas rústicas sillas de madera.

-La captura de Tarik nos enfrenta con dos problemas -dijo prescindiendo de florilegios-. También hemos de infiltrarnos en el barrio armenio y disponerlo para la batalla sin que las tropas imperiales lleguen a enterarse de que estamos aquí. No será fácil. Tengo que planearlo.

-Entonces, dedíquese a ello -dijo Jessica-. Déjeme a mí preparar el rescate de Tarik. Tengo algunos conocimientos de estrategia militar.

Se alzaron las pobladas cejas.

-¿De veras? ¿Y dónde los ha adquirido?

-Lo poco que sé lo he leído en los libros.

Murat se quedó mirando a Salim.

-Naturalmente. ¿Qué otra cosa cabía esperar de un escritor? ¡Ha encontrado una mujer que lee!

Jessica se apresuró a interrumpirle.

-Yo no he dicho que pueda organizar una batalla, sino que sé cómo salvar a Tarik.

Murat permaneció largo rato silencioso considerando la idea, y Jessica se dio cuenta de que estaba sopesando seriamente los pros y los contras. En el palacio había sido testigo de tantas consideraciones vanas, que había llegado a saber distinguir lo auténtico cuando lo veía.

-No puedo arriesgarme a enviar a palacio a uno de mis mejores hombres -dijo al fin Murat.

-Entonces envíeme a mí -le sugirió ella-. Lo único que necesito es un uniforme de soldado y dinero para el soborno.

Incluso Salim se quedó mirándola con la boca abierta. Los ojos de Jessica fueron del uno al otro.

-Bueno, ¿y por qué no? -siguió diciendo-. Conozco el palacio. Y sé lo que hay que hacer.

-Y conoce el harén... -añadió Murat.

-Los chillidos de los papagayos me conducirán directamente a Tarik.

Murat se quedó contemplando la llamada de una linterna de gas hasta que los ojos se le pusieron acuosos. Luego, miró a Salim.

-Estás extrañamente silencioso.

Salim se encogió de hombros y respondió de un modo que no había podido imaginar tan sólo diez minutos antes.

-Parece que sabe defenderse por sí sola.

Como Jessica no estaba dispuesta a que lo dudara, se lanzó de nuevo al ataque.

-Sé que ha existido rivalidad entre Tarik y usted -dijo a Murat-. Pero no le considero capaz de permitir que esa rivalidad le cueste la vida a nuestro amigo.

Le interrogó con la mirada. Durante un buen rato, que pareció eterno, Murat permaneció callado, con la vista clavada en el suelo de la tienda, reflexionando acerca de cada una de las posibilidades, de las alternativas, de las consecuencias, mientras Jessica y Salim esperaban y no se atrevían a mirarse.

Finalmente Murat observó a Jessica como intentando sorprenderla con su pregunta, aunque era lógica.

-¿Cómo se propone introducirse en el palacio?

Ella hizo una mueca sonriente.

A primera hora de la noche, una vez concluidos los planes y mientras se ponía en marcha la acción, Murat se acercó a Jessica con un uniforme de soldado... de una talla pequeña. Observó con detenimiento a la joven de tez clara, redondeadas caderas y notable busto, preguntándose quién sería el idiota que pudiera llegar a confundirla con un hombre, aunque vistiese ropas de soldado. No podía imaginárselo. Era posible que el uniforme ocultara su cuerpo, en cierto

modo... pero, ¿cómo podría disimular aquellos inmensos ojos femeninos, su tez marfileña y los jugosos labios? No obstante, si tuviera de actriz la mitad de lo que tenía de temeraria, era posible que la estrategia diera resultado.

-Si mañana consigue sobrevivir, abandone este lugar -le dijo sin rodeos-. Regrese a Inglaterra con su gente. Usted y Tarik nunca podrán vivir juntos. Al menos en la nueva Turquía.

Jessica se le quedó mirando. Extraña advertencia, en verdad.

-¿Por qué supone que los motivos que me impulsan son sentimentales? Al igual que usted, me hallo comprometida con la causa hace poco tiempo; pero no necesito explicarle mis motivos. Me ha dado lo que necesito. Y eso es suficiente.

Ahogó su indignación ante lo que Salim le contara sobre aquel hombre: que era un fanático incapaz de creer que la gente llegara a olvidar sus diferencias de sangre y cultura en favor de más altos ideales.

Sin embargo, había un fondo de verdad en lo que había dicho. La antigua cultura daría paso a la nueva; pero el cambio no tendría lugar de la noche a la mañana. Sólo con el transcurso de muchos años llegarían a disminuir y disiparse los prejuicios..., tal vez demasiado tiempo para ella y Tarik.

No importaba. Charles estaba esperando y ella volvería junto a él. Naturalmente, cuando hubiera terminado. Tarik formaba parte de algo que en realidad era inexistente para ella.

El último cargamento de tulipanes para la Fiesta de las Flores entró en palacio después de la puesta de sol. Envuelta en una capa que la cubría de la cabeza a los pies, Jessica viajaba en el primer carro, junto al conductor. Como era de suponer, el conductor verdadero se encontraba atado entre los matorrales varios kilómetros más atrás, y el mercader sentado junto a ella era en realidad uno de los ciudadanos turcos del campamento rebelde, un hombre rechoncho que no peleaba bien y que se había ofrecido voluntario para aquella honrosa misión, en lugar de estar haciendo más mal que bien en la lucha callejera que se avecinaba. Jessica le había aceptado gustosa.

Se encontraba acurrucada debajo de la inmensa capa, consciente de que sólo podía hacer aquello gracias a la oscuridad. A plena luz, pronto se darían cuenta de que era una mujer.

Observó cada uno de los edificios del palacio a medida que desfilaban ante ella hasta que, finalmente, se encontraron cerca del serrallo. Sin hacer la más mínima señal visible, a su compañero, saltó del carro. El conductor ni siquiera pestañeó. Los demás carros desfilaban ante ella con su cargamento de flores. Avanzó a lo largo de la fila, inspeccionando cada una de las cargas, hasta llegar al último carromato. Dando la vuelta por detrás desapareció entre las sombras.

Se fue extinguiendo el resonar de los cascos de los caballos. Jessica esperó oculta entre las sombras a que hubiera desaparecido por completo. Enseguida, escuchó atentamente para ver si había alguien más..., alguien que pudiera andar por allí. Convencida de que estaba sola, dejó caer la capa que llevaba sobre los hombros, descubriendo el uniforme de un soldado imperial que le sentaba como un tiro. Le habían oscurecido el pelo con tierra y, en aquel momento, se lo

recogió metiéndolo debajo del fez. El disfraz no era perfecto, pero serviría. Arrojó la capa entre los arbustos y empezó a recorrer los patios a tientas.

Una terrible sensación de inseguridad le recorrió la espalda. Debía de estar loca al intentar un rescate imposible. De repente se sintió más sola de lo que en la realidad estaba. Se dijo, una y otra vez, que Salim y los demás estaban junto a ella en espíritu y que Tarik se sentiría contento con su audacia. También él lo había intentado por ella.

Se quedó petrificada. Un ruido... ¡Papagayos! Sí, era... el chillido de los papagayos en la pajarera contigua a las cámaras de tortura. Ya reconfortada, siguió los gritos de las aves.

Y allí estaba. Un edificio de piedra con barrotes en las ventanas, sospechosamente semejante a cualquiera de las cámaras del serrallo. Sin duda ése fue el propósito, darle aquel aspecto para que encajara perfectamente con la somnolienta paz del ambiente. Jessica se deslizó a lo largo del muro del edificio hasta una de las ventanas con barrotes, y poniéndose de puntillas atisbó en su interior. Una celda vacía. Un montón de paja..., un bloque de piedra, un taburete de madera.

Dobló la esquina del muro y volvió a deslizarse hasta otra ventana, sintiendo un nudo en el estómago. ¿Habrían ya...?

Volvió a mirar: paja, piedra y figura casi inconsciente, cubierta de hematomas y heridas, desnudo salvo por unos viejos pantalones de eunuco. El cuerpo le brillaba por el sudor; pero su pecho se movía a impulsos de una respiración regular.

Presa de alivio y afecto, deseando que hubiera alguna forma de llegar hasta allí, Jessica murmuró:

-Dios mío, Tarik...

Entonces, una mano cayó con fuerza sobre su hombro. Y un áspero torrente de palabras turcas se desbordó en su oído. Tiraron de ella. Jessica sofocó un grito al sentir que la levantaban en vilo y que sus pies abandonaban el suelo. Se desvaneció toda esperanza.

15

El abigarrado ejército de los revolucionarios se deslizaba silencioso en el barrio armenio protegido por la oscuridad. Los soldados tomaron posiciones en callejas, tejados, debajo de carros o en cualquier otro escondrijo donde pudiera ocultarse un hombre. A medida que ellos iban entrando, figuras encapuchadas se deslizaban a su vez fuera de la zona... mujeres nerviosas que se llevaban a sus hijos lejos de allí, dejando a sus hombres como corderos prestos al sacrificio ante la inminente matanza. Ellos se unieron a los revolucionarios ocupando calles y ventanas, construyendo muros con cajones tras los que esconderse, y se dispusieron a una larga y tensa espera.

En otra parte de la ciudad, hombres con uniformes recién hechos recorrían las calles, convergiendo poco a poco, como por casualidad, ante el palacio de Yildiz. Su número era inferior al de los infiltrados en el sector armenio; pero no era menos importante su objetivo para

el éxito de la rebelión. El entusiasmo de una renovada oportunidad, aunque vigoroso en sus mentes y con una gran fuerza impulsora que hacía que sus cuerpos estuvieran tensos como instrumentos de cuerda, no alcanzaba a erradicar de manera absoluta una atormentadora inquietud. ¿Eran lo bastante fuertes? Aunque el entusiasmo fuera muy importante, no bastaba para ganar las batallas.

-¿Quién eres? No te he visto antes.

El soldado borracho había agarrado a Jessica por el hombro y la había hecho girar, creyendo que era alguien a quien conocía.

Le pareció identificar la delgada complexión y los estrechos hombros; pero la cara que intentaba ver guiñando los ojos en la oscuridad de la noche, no le resultaba familiar. Un tipo muy pálido, ese chico, con unos ojos muy grandes mirando adentro de la celda. Probablemente uno de éstos a los que les gusta mirar a otros hombres.

Habló a Jessica de forma áspera y entrecortada, balanceándose sobre las temblorosas piernas. Cerca de él se encontraban otros cuatro soldados, igual de borrachos, luchando en vano por aclararse la vista.

-¿Alguno de vosotros lo ha visto antes?

Jessica sabía que se encontraba en dificultades, pero vislumbró un rayo de esperanza. Aquellos hombres habían estado celebrando algo, posiblemente relacionado con la inminente Fiesta de las Flores. La palmada que el grandullón le dio en el hombro había sido un gesto de camaradería, no de captura y era posible que aún pudiera salir de aquel trance. No entendía nada de lo que le estaba preguntando porque hablaba en turco, pero se le ocurrió una formidable idea.

Moviendo cuidadosamente las manos, indicó con gestos que le habían cortado la lengua. Los hombres la miraban perplejos así que volvió a repetir la simulación esa vez en forma más dramática. De repente el hombretón que la había interpelado se echó hacia atrás riendo.

-No puede hablar. Es mudo.

Echó un enorme brazo alrededor del cuello de Jessica y se la llevó para que participara en la celebración. Ella reconoció la palabra turca que significaba vino y supuso que estaba pidiendo más para ella. Uno de los soldados se sacó del bolsillo de la guerrera una botella; pero, por fortuna, estaban demasiado borrachos para descorcharla sin un esfuerzo colectivo. Los soldados se agruparon alrededor de la botella luchando con el tapón valiéndose de un cuchillo corto. El corcho no pudo salir intacto. Victoria... El soldado grandote celebró un triunfo riendo al cielo nocturno y, alzando la botella, se volvió para ofrecérsela al más joven, al soldado mudo de los grandes ojos.

Pero allí ya no había nadie. En una pequeña habitación junto a las celdas de la cámara de tortura imperial, el verdugo dormitaba tranquilo en su catre. Junto a él, se hallaban el capuchón negro y la indumentaria propia de su oficio, vestimenta que producía escalofríos a quienes le

veían vistiéndola. El hedor de sudor humano y excremento ya había dejado de atormentarle en sus sueños, como le ocurría cuando le dieron por primera vez ese trabajo, y tampoco el pegajoso olor de la sangre, de las heridas infectadas o de la carne quemada que en principio fuera tan terrible que estuvo a punto de que le ejecutasen a él por negarse a cumplir las órdenes de su jefe. Sin embargo, al cabo de tantos años, el aire fresco del exterior le parecía extraño.

Acostumbrado también a estar completamente solo en su destartado cuarto, el movimiento junto a la puerta le hizo salir ligeramente de su somnolencia y se frotó los ojos para ver si había vuelto a colarse una de aquellas grandes ratas. Parpadeó ante lo que le pareció ver, volvió a frotarse los ojos y empezó a incorporarse:

-¿Quién eres tú? -preguntó en turco.

-Un sueño -respondió la visión en turco. El cabello le flotaba sobre los hombros desnudos. Su cuerpo de alabastro brillaba bajo el único rayo de luna que entraba por el ventanuco, sus senos eran de una redondez que jamás imaginara, ya que nunca en su vida había visto una mujer semejante. ¿Un sueño? Se inclinó hacia él con los labios entreabiertos, cálidos y jugosos.

El verdugo se maravilló de su suerte y se preguntó si en un sueño podían tenerse sensaciones. Esperaba que así fuera. Ya las estaba notando.

Percibió un dolor abrasador en el costado y lo confundió con la excitación... hasta que el cálido borboteo de sangre debajo de las costillas le demostró que no era así. El rostro del sueño había cambiado. Ante sus ojos estallaron luces. Intentó respirar, pero el aire de sus pulmones fluyó con una cálida y roja bocanada. Cayó de costado y murió con la cara pegada al negro capuchón.

Comenzó el desfile. El alba al aparecer sobre los terrenos del palacio, halló el parpadeo de millares de pequeñas lámparas desperdigadas entre las galerías doradas de tulipanes, como en un cuento de hadas. Desde su terraza, el sultán contempló el éxodo de soldados, centenares de sus leales, columnas tan anchas que llenarían las calles del barrio armenio. Lo pudo ver con su imaginación mientras desfilaban ante él. En cabeza, iba el verdugo, vestido con su atuendo típico y el capirote, seguido por seis soldados que conducían al animal Pasha, que iba atado y metido en una jaula como corresponde a las fieras. Los soldados de infantería les seguían en grandes y largas falanges. Detrás, llegaron el comandante en jefe y sus oficiales, en caballos con jaeces incrustados de piedras preciosas. El comandante en jefe hizo una inclinación de cabeza y saludó a su sultán conteniendo una sonrisa soberbia.

El soberano le devolvió el saludo, y se esforzó en dominar el recuerdo, aún fresco y vibrante, de una plaza del mercado semejante a la que en esos momentos se dirigían aquellos hombres, una plaza donde los niños jugaban y los mercaderes exhibían sus mercancías a muy escasa distancia de él. Durante veinte años se habían cumplido sus órdenes a rajatabla, sin que ni él mismo las pusiera en tela de juicio. No obstante hoy era diferente, y Hasán libró una batalla

interior, recordando con cierto esfuerzo que había que mantener el orden. Sepultó los recuerdos y los atormentadores complejos de culpabilidad y llegó a convencerse de que no había alternativa. Era la única forma de conservar su poder.

Una vez que el ejército hubo pasado ante su terraza, el sultán no esperó a verles atravesar las inmensas puertas. Dio media vuelta, aspiró con fuerza el aire de sus antepasados y regresó a sus cámaras. La suerte estaba echada y ya no había forma de retroceder.

Las primeras luces del amanecer cabrillearon sobre los muros de mosaico de la iglesia. La luz encendió colores, dibujó sombras y cayó sobre las espaldas de los agazapados revolucionarios. Veían, con silenciosa aprensión, al Ejército Imperial de Hasán marchar sobre el barrio en rígida formación, dirigirse hacia el centro, a la plaza del mercado, y luego detenerse con gran ruido. Colocaron en el suelo la jaula de Tarik. El comandante en jefe condujo a su caballo entre las filas hasta llegar a la cabeza de la formación.

-¡Armenios! Abrid vuestras ventanas y escuchad. ¡Abrid vuestras ventanas! Os traigo un mensaje de vuestro sultán. ¡Abrid las ventanas o los soldados las abrirán por vosotros!

Esperó y, finalmente, empezaron a abrirse poco a poco las ventanas de los sótanos y de las terrazas. La gente tenía miedo de mostrarse pero también de no hacerlo. Vio parte de las caras atisbando a través de las rendijas y sonrió al tiempo que aumentaba la audiencia.

-Venimos a vosotros en nombre de la razón. Durante mucho tiempo os han manipulado los traidores. Ha llegado el momento de que entreguéis a los revolucionarios que se encuentran entre vosotros. ¿Quién será el primero en servir a su sultán?

No hubo respuesta... Sólo un denso silencio. El comandante en jefe se irguió sobre su caballo frente a los hogares y los comercios armenios.

-Acaso no lo hayáis entendido. Hoy va a morir gente. Pero vosotros podéis elegir. ¿Serán los traidores o preferís que sean vuestras mujeres y vuestros hijos? Entregadnos a los revolucionarios.

Al prolongarse aún más el silencio, el comandante en jefe hizo a sus hombres una señal con la mano.

-Traed adelante a ese hombre.

Sacaron de la jaula a Tarik y lo colocaron a la vista de todos.

-Acaso la muerte de este hombre os haga cambiar de idea -anunció el comandante en jefe a los ojos que, semejantes a ratones, le miraban a través de las rendijas de las puertas y de las entreabiertas cortinas-. ¡Mirad con mucha atención! Al igual que esta sangre, se derramará la de vuestros hijos. ¡Verdugo!

Dos soldados obligaron a Tarik a arrodillarse, forzándole a bajar la cabeza. El verdugo acertó el espacio entre la vida y la muerte, colocándose junto al condenado y alzando ceremoniosamente la brillante y curvada hoja.

El comandante en jefe salmodió:

-Por orden de Su Majestad Imperial, el sultán Hasán, se condena a muerte a Tarik Pasha por crímenes cometidos contra Su Majestad Imperial y el Imperio.

Con la cabeza, hizo un ademán al verdugo. La hoja empezó a descender.

Tarik cerró los ojos. Oyó cómo cortaba el aire a sus espaldas y sintió que cortaba algo más. Pero no fue su cabeza la que cayó. En su lugar, cayeron las cuerdas que le ataban las manos y los tobillos y quedó libre. Al ponerse en pie, se libró fácilmente de los soldados que le sujetaban.

El verdugo se quitó el capirote. El largo pelo dorado le cayó sobre los hombros de su túnica plateada. Jessica se adelantó y colocándose junto a Tarik anunció:

-Estáis rodeados de soldados.

Su voz clara resonó entre los asombrados militares.

Salim salió de entre las sombras. Detrás de él, otros dos. Y luego seis más.. A modo de torrente espontáneo, el ejército improvisado de revolucionarios surgió de todos los escondrijos. Los ejércitos eran idénticos: uniformes, armas, nacionalidades. Se apuntaban mutuamente. Era como si estuvieran mirándose en un espejo. Los hombres imperiales estaban confundidos. Aprestaban las armas; pero sus rostros revelaban perplejidad.

El comandante en jefe cabalgó frenético entre las filas.

-¡Abrid fuego! ¡Fuego! ¿Me oís?

-¡No! -gritó Tarik-. ¡Deteneos!

Detrás de él, Murat también hizo seña de que los revolucionarios no dispararan.

-¡Esos hombres son traidores! -Al comandante en jefe le llameaban los ojos.

-¡Estos hombres son soldados! -respondió Tarik-. ¡Como vosotros! ¿Qué os separa? ¿La sangre? ¿La ideología? No. Todo lo que os separa es una orden de hacer fuego:

El comandante en jefe aulló con furia a sus hombres.

-¡Hacedlo!

Se escuchó la voz de Tarik aún más firme, a modo de ruego, a sus paisanos.

-Vuestras armas silenciosas tienen el poder de liberar a nuestro pueblo.

-En nombre del sultán...

-No hagáis nada en su nombre -gritó de nuevo Tarik-. Ha llegado el momento de que la conciencia rechace las órdenes.

El comandante en jefe desenvainó su arma y la alzó en el aire.

-¡Os ordeno que hagáis fuego!

Pero las matanzas de las pasadas semanas no habían sido olvidadas fácilmente. La semilla del resentimiento, una vez plantada, había germinado, desarrollándose. Sus hombres recordaban todavía la angustia de la limpieza de cuerpos, sangre y cenizas después de la matanza ante la Tesorería, cuando les obligaron también a disparar contra sus hermanos. En aquel momento, entre la elección y la solución, recordaban el hedor, el sufrimiento, los gemidos, la culpa y las interminables noches de interrogatorios que siguieron.

El joven soldado que dejara su arma en el andamiaje de la Tesorería, alzaba ahora el cañón con nueva convicción. Antes le habían obligado a disparar contra soldados desarmados. Desde entonces, se había dado cuenta de que, armados o desarmados, los hombres eran hombres.

Salió de entre las filas. El chasquido del cerrojo de su fusil resonó en toda la plaza, un anticipo del estruendoso estampido que siguió.

La boca del arma humeaba.

El comandante en jefe se quedó mirando incrédulo, sufrió una convulsión y luego cayó del caballo. La calle adoquinada fue una fría caricia.

En un instante, ambos ejércitos se fusionaron entre aclamaciones de celebración. Un millar de feces rojos inundaron el aire sobre las terrazas.

Jessica y Tarik se miraron sin atreverse a sonreír; pero unidos por algo que superaba el gozo del momento. Todavía estaban mirándose cuando los oficiales cabalgaron hacia donde estaba Tarik y le entregaron sus caballos como reconocimiento del nuevo liderazgo.

Aceptó dos y luego indicó que dieran también caballos a Salim y Murat.

Se volvió hacia Jessica.

-No tengo palabras para expresar lo impresionado que he quedado contigo -le dijo-. No conozco otra forma de agradecértelo que pidiéndote que te unas a nosotros en nuestra victoria final -declaró tendiéndole las riendas de un gran semental enojado-. Abre el camino hacia palacio. Te lo has ganado.

Jessica le sonrió pero con ello no podía transmitir toda su satisfacción.

-No -repuso Jessica, preguntándose de dónde procedería aquella inesperada nobleza-. Cabalgaremos juntos.

Montó en el semental, extendiendo su túnica plateada sobre la grupa. Junto a ella, Tarik cabalgaba sobre un nervioso bayo. Marcharon juntos para reunirse con Salim y Murat. Y, unidos los cuatro, la joven del harén, el líder rebelde, el militar y el escritor, condujeron a su ejército desde el barrio armenio hasta palacio. La imposible rebelión se había convertido en una revolución en marcha.

El panorama del azul Bósforo fluyendo entre las verdes costas de Europa y Asia, ya no deslumbraba a Jessica. Cabalgó con su caballo por la empinada calle que conducía a las puertas de palacio, la misma calle que un día recorrió como prisionera. Se daba cuenta del aspecto que ofrecía, con el brillante pelo suelto y la túnica plateada, montada en el negro caballo enojado, junto a los tres turcos, seguidos de cerca por el ejército. Pero se sentía menos asombrada de lo que lo hubiera estado hacía unas semanas. Se hallaba embargada de orgullo... Sí, orgullosa de sí misma; pero también orgullosa por haber sido lo bastante afortunada para ver forjarse la Historia, e incluso haber formado parte de ella. Cabalgar junto a hombres de valor tan infatigable era un honor que pocas personas alcanzaban, y Jessica Grey sería, ya para siempre, una de esas pocas. Ya no echaba de menos el extraño poder que alcanzara en el harén, si es que alguna vez había notado su falta. Lo llevaba consigo. En realidad, jamás lo había perdido.

El patio del serrallo era un animado centro floral, con sus galerías de tulipanes y luces, cestas de flores sobre mesas de festín y guiraldas adornando las rejas. El sultán se encontraba recostado en un diván, contemplando con mirada vacua danzar a las jóvenes del harén. En lugar de velos, llevaban ligeras redecillas salpicadas de flores, que resultaban muy eróticas. El desinterés del sultán irritaba a la Kadin y al astrólogo, que se hallaban sentados a un lado. Les gustara o no, empezaban a preguntarse lo mismo: ¿Habría alguna vez otra mujer que llegara a complacer a Hasán?

Al fondo, música turca, de ritmo casi hipnótico, obligaba a las bailarinas a giros más intensos y ademanes más amplios. Retorcían sus cuerpos jóvenes con movimientos fáciles, siguiendo el palpitante redoble con el que bailaran desde su infancia. Todo era como tenía que ser, como había sido durante infinitos años.

Pero entonces... se escuchó un resonar de cascos. La gente que rodeaba a Hasán miró en derredor con expresión interrogante. ¿Caballos? ¿Allí?

Algunos de los músicos fallaron en sus notas; luego, dejaron de tocar al aumentar el insistente sonido convirtiéndose en un martilleo sordo, una ominosa fanfarria por el peligro que todos sentían vibrar en el aire. Cesó la música. Las bailarinas interrumpieron su danza.

Aquella curiosa sensación era más bien un sentimiento. ¿Podían confiar en sus sentidos? Hasán se incorporó en su diván molesto de que perturbaran su corte; pero no tuvo tiempo de dar la orden de que se reanudara la fiesta.

De repente, tembló la reja de la valla en uno de los extremos del patio, sacudiendo las parras que colgaban de ella. La corte se volvió en masa a mirar, y todos contuvieron el aliento al ver aparecer dos grandes caballos saltando por encima de la verja. Sus jinetes se encontraban en perfecta simetría sobre las monturas de cuero bruñido, inclinándose hacia atrás mientras sus caballos se lanzaban hacia el jardín. Aterrizaron con estruendo entre los arriates de flores mientras que la reja vibraba a sus espaldas. Al levantar a los caballos, se produjo un nuevo alboroto, ya que los animales se encabritaban y relinchaban furiosos. Montados en los nerviosos corceles, Tarik y Jessica cruzaron sus miradas con las del sultán y su corte. El astrólogo, aterrado, corrió a ocultarse entre las celosías. Hasán se puso en pie de un salto.

Se hizo un palpitante silencio. En el esplendoroso jardín del serrallo, aleteaban poderes conflictivos: el sultán, el rebelde, la víctima. Sus ojos se encontraron ardiendo de indignación.

Pero, una vez más, faltaba el tiempo. Detrás de los muros enrejados volvió a escucharse el tumultuoso ruido pero esta vez no se debía a cascos de caballos, sino a pies de hombres que salían de la tradición y entraban en la Historia.

Los labios del sultán se abrieron casi como si ya lo supiera. Suspiró levemente.

Tembló la verja viniéndose abajo. Un muro de soldados reemplazó a las rejas, abriéndose camino con su creciente número. Las mujeres del harén, chillando, intentaban cubrirse la cara mientras huían; pero apenas había lugar donde esconderse, ya que todas las verjas del serrallo caían bajo los pies de filas y más filas de soldados. A medida que el ejército avanzaba, iban cayendo vallas, rejas y celosías, incluida la que ocultaba al astrólogo, el cual se derrumbó bajo unos pies desconocidos y murió aplastado antes de que nadie se diera cuenta de que estaba

allí. Jessica lo vio caer, agitando brazos y piernas durante un instante antes de que su cuerpo quedara inerte. Un final terrible, pensó Jessica, aunque merecido. Sintió un súbito deseo de salvar a aquel hombre, pero ya era demasiado tarde y se dijo que él nunca albergó ese deseo hacia los demás.

Dirigió de nuevo su atención a Hasán. Antes de que pudieran cantar victoria, tenían que apoderarse del sultán... vivo. Pensando que su presencia podría influir para que todo se desarrollara con un tono moderado, avanzó sobre su caballo por aquel mar de uniformes. Entonces vio a alguien más: a la Kadin y algo en el fondo de su alma le hizo apretar las riendas y hacer que el caballo se volviera en dirección a ella.

Tarik se dirigió hacia Hasán, hacia un muro de espaldas. Los guardias personales del sultán, formando una humana pared de bloqueo, mantenía a raya a los rebeldes, dando a su soberano tiempo para huir. Tarik desmontó, y se colocó al lado de Salim. Ambos idealistas se enfrentaron juntos a la Historia.

Jessica llegó hasta la Kadin sin saber lo que pretendía hacer. Esperaba que intentara escapar, lo que crearía la perfecta oportunidad para matarla. A Jessica le sorprendió, en cierto modo, su repentina sed de sangre. En ese momento, tenía delante a la persona que más despreciaba en el mundo. Las dos mujeres se miraron desafiantes; una desde el suelo cubierto de flores maltratadas; la otra, desde la grandeza de un caballo. Jessica sabía que no tendría que matar ella a la Kadin. La seguían media docena de soldados que esperaban para cumplir sus órdenes. Si al menos esa mujer intentara huir...

La esposa de Hasán hizo una leve inclinación de cabeza a Jessica. No era exactamente una rendición..., sino más bien un tributo. La primera mujer del sultán no se movería, no rebajaría su dignidad suplicando por su vida. Era posible que muriera; pero no de esa forma. Jessica pudo ver que la Kadin, que enviara a tantos a la muerte, comprendía las dos caras de la moneda en cuanto a morir.

Jessica inclinó a su vez la cabeza.

-Llévósla -dijo a sus soldados. Los hombres que se encontraban detrás de ella se miraron atónitos y contemplaron a la mujer deslumbradora y regia que tenían ante ellos, sin estar seguros de lo que tenían que hacer. Su serenidad les desconcertaba. No sabían cómo tocarla.

La Kadin cruzó las manos sobre el pecho con elegancia y empezó a andar por propia voluntad. Los hombres formaron una fila detrás de ella siguiéndola al mismo tiempo que se la llevaban.

Jessica frenó el caballo y se quedó mirando cómo se alejaba dignamente la Kadin. Una leve sonrisa de admiración distendió sus labios y comprendió. La vio desaparecer entre la multitud, aumentando su pasividad a cada paso, y empezando a sentir satisfacción. En la mente de Jessica surgió el rostro juvenil y bello de Geisla. Aquel pensamiento hizo que se cuadrara de hombros. Bruscamente, hizo girar a su caballo, exigiendo del animal que se abriera camino entre las flores pisoteadas y los resbaladizos guijarros, al tiempo que miraba en derredor buscando a Tarik. Sólo una cosa quedaba por hacer, y ardía en deseos de llevarla a cabo. Le quedaba un mensaje por transmitir: que Jessica Grey no moría fácilmente.

Mientras afuera tomaban posesión, el sultán, después de rebuscar en un armario dorado, sacó varios montones de documentos oficiales que puso en las manos del Kislár. Las suyas temblaban ligeramente pero sin que se notase y cuando habló, su voz seguía teniendo la firmeza que confiere toda una vida de mando.

-Haz que los pregoneros proclamen esto inmediatamente por las calles.

El Kislár hechó un vistazo a los documentos con una expresión desconcertada. Luego, los miró por segunda vez, sólo para asegurarse de lo que veía. Sobresaltado, clavó la mirada en los brillantes ojos negros del sultán.

-¿Cuánto tiempo hace que sabe Vuestra Majestad lo de la revolución? -le preguntó.

-Jamás sabemos nada -repuso al instante el sultán-; pero debemos estar preparados para cualquier cosa. Apresúrate antes de que te sea imposible salir de palacio.

Por última vez, el Kislár hizo una inclinación compléta ante el hombre al que había servido toda su vida.

Una vez solo, Hasán se alisó su indumentaria y se cubrió con el majestuoso fez de la pluma de avestruz, el distintivo de su dignidad real, y luego atravesó la larga cámara de audiencias hasta su trono. Puso la mano sobre el brazo de madera tallada, deteniéndose un momento antes de subir a la tarima y acomodarse en el almohadón de terciopelo. Con aire ausente, jugueteaba con una de las borlas de plata que había junto a su pierna. Después de aspirar larga y profundamente se reclinó en su trono. Clavó la mirada en las puertas dobles profusamente adornadas, al fondo de la cámara de audiencias. Se imaginó a sus enemigos atravesando el laberinto de oscuros pasadizos hasta el corredor iluminado que había detrás de aquellas puertas. Sintió cómo tocaban los picaportes incrustados con oro, como éstos y las puertas su propio cuerpo.

Las puertas se abrieron de par en par. Murat y Salim apartaron la pesada madera y se hicieron a un lado para dejar pasar al hombre y a la mujer que los acaudillaban. Los cuatro se detuvieron en la puerta de la cámara de audiencias.

Tarik y Jessica entraron juntos en ella, uno al lado del otro, con un espacio calculado entre ambos para subrayar su individualidad. Tal espacio no lo habían establecido de manera consciente; pero su efecto fue devastador.

Hasán se quedó mirándolos con blandura, con fría seguridad. Sus ojos pasaron de Tarik a Jessica, quedando fijos en ella.

-Pudiste ser mi Kadin -dijo con voz que revelaba un pesar genuino.

-Ese tiempo había pasado, incluso antes de que nos conociéramos -le dijo ella.

Con sus palabras le demostraba que hacía años que había estado perdiendo las riendas.

Hasán alzó sus canosas cejas y asintió lentamente, humedeciéndose los labios.

-He estado esperándote durante años.

Deslizó la mano por debajo del brazo del sillón con los tendones engarfiados. Jessica se quedó sin respiración y gritó:

-¡¡No!!

Empujó hacia un lado a Tarik, haciéndole caer mientras estallaba un fuego cerrado de ametralladoras. Sobre sus cabezas se disparaba un cargador tras otro, con ruido ensordecedor, mientras las alacenas, llenas de ametralladoras «Catling», se destrozaban mutuamente desde ambos lados de la cámara. El estruendo era aterrador. Jessica se aferraba a la ropa de Tarik y sintió los dedos de él clavados en su espalda.

La cortina de fuego sólo terminó cuando las armas se inutilizaron unas a otras. El salón estaba invadido de humo y del acre olor de la pólvora. Fueron extinguiéndose los ecos de los disparos. Tarik agarró por los brazos a Jessica y la miró con fijeza, asegurándose de que no había sido alcanzada. Se pusieron en pie temblorosos y vieron a Murat y Salim que volvían cautelosos a la cámara desde la entrada del corredor. Tarik les hizo un ademán de cabeza, demasiado aturdido para sonreír. Se volvió de nuevo hacia Jessica.

-Parece que hoy has adquirido la costumbre de salvarme la vida.

Murat, seguido por Salim, pasó furioso junto a ellos y se plantó frente a Hasán con la espada desenvainada. Inmovilizado Hasán por Salim que le tenía fuertemente agarrado, Murat acercó la espada a la garganta del soberano.

-¿Y quién salvará tu vida?

-Esa cuestión ha quedado ya zanjada -repuso con calma el sultán.

-¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

-Me mantendréis vivo -aseguró Hasán-. Me utilizaréis para llevar a cabo una transición pacífica entre nuestros gobiernos. Me convertiré en un monarca constitucional... sin poder real alguno, naturalmente. Ahora, eso corresponde al pueblo.

El pregonero imperial circulaba entre la multitud de ciudadanos eufóricos, intentando mostrarse impávido ante los abrazos que tenían lugar entre kurdos, griegos, búlgaros y armenios mientras anunciaba el fin de una era y el comienzo de la nueva.

-El sultán Hasán ha convocado elecciones generales para un parlamento. El sultán desea establecer la igualdad en el Imperio.

La muchedumbre lanzó vítores y él prosiguió satisfecho:

-Ya no hay división entre musulmanes, cristianos, judíos..., sino que todos trabajan juntos por la gloria del Imperio.

Hubo nuevos vítores y el pregonero siguió su camino para proclamar su mensaje en otros puntos de la calle.

Jessica y Tarik cabalgaban juntos alejados de la multitud, con rostros plácidos.

-Hoy celebran sus semejanzas -dijo Tarik, incapaz de evitar un leve impulso sentimental-. Festejan los lazos humanos que unen a todas las nacionalidades. Pero dentro de unos días recordarán de nuevo las diferencias. -Su mirada pasó de la muchedumbre a Jessica-. Entonces comenzará la verdadera tarea.

-¿Se refería a eso Murat al decir que no había sitio para mí en la nueva Turquía? -preguntó Jessica disimulando una sonrisa satisfecha.

-¿Dijo eso?

-Dijo que no habría sitio para nosotros dos juntos.

Una expresión de sufrimiento contrajo el rostro de Tarik ante la realidad.

-¿Dónde quieres estar tú?

Jessica siempre había creído que sería capaz de expresar sus sentimientos cuando ese momento llegara, pues estaba segura de que llegaría. Sin embargo, ahora se sentía tímida, incluso asustada. Su corazón rebosaba de demasiados sentimientos encontrados.

-Charles quiere que regrese a Inglaterra -dijo en voz baja-. Nunca hablamos de él.

-No teníamos por qué hacerlo -dijo Tarik-. Los dos sabíamos que te esperaba.

Jessica se quedó mirando las riendas que tenía en las manos.

-¿Y qué me dices de ti?

Tarik volvió una vez más la mirada hacia el pandemónium que era el distintivo de su éxito.

-Mi lugar siempre ha estado aquí. -Con el más amplio espíritu de generosidad que Jessica jamás conociera en su vida, Tarik acortó la distancia entre sus caballos y le cogió las manos-. Yo era parte de tu aventura, no de tu vida -le dijo.

Con voz queda Jessica le preguntó algo más.

-Necesito saber si me amaste... al menos por un tiempo.

Tarik, levantándole la mano se la apretó con fuerza.

-Cabalgaste hoy conmigo -fue la extraña respuesta-. Llevabas la cara descubierta. Estuviste en cabeza de una revolución. ¿Acaso no sería eso suficiente para la mayoría de las jóvenes americanas?

A pesar de que Jessica comprendía lo que quería decir, el honor que le había concedido en agradecimiento a su valentía, no pudo resistirse a pronunciar las primeras palabras que le vinieron a la mente.

-Yo no soy como la mayoría de las jóvenes americanas.

Tarik retiró la mano.

-No. No lo eres.

¿Por qué se había empequeñecido tanto Constantinopla?

Sólo hacía unos segundos que salieran por las puertas de palacio y ya estaban entrando en los terrenos de la Embajada británica. Jessica se sobresaltó al ver a Tarik desmontar y acercarse a ella. ¿Aquí? ¿Ya? No...

La ayudó a descender de su cabalgadura, le cogió la mano y apretó los dedos de ella sobre la palma que esperaba tan sólo a unos pasos.

Una atmósfera tensa se estableció entre las tres personas que se encontraban solas en el patio de la Embajada.

-Gracias por haberla traído de vuelta -dijo Charles.

Tarik miró a Jessica.

-La decisión fue suya.

Sin más ceremonias, montó de nuevo su caballo, mirando una vez más a la rubia joven.

Charles descifró los sentimientos escritos en sus rostros mientras tenía a Jessica cogida por el brazo, y sintió la presión. Ella quería correr hacia el caballo. Charles jamás estaría seguro de si fue él quien la había detenido o si ella se detuvo por propia voluntad.

Tarik tiró de las riendas, hizo dar media vuelta a su caballo y atravesó las puertas.

Jessica y Charles le vieron irse pero con emociones encontradas.

-Creí que tus excusas eran por lo ocurrido con el sultán -admitió Charles.

Saliendo de su trance, Jessica le cogió del brazo dirigiéndose con él hacia la Embajada.

-Dijiste que nunca preguntarías.

Al día siguiente a mediodía, Jessica se encontraba en pie en el andén al que hacía varios meses que llegó con su padre. ¿Cómo había habido tantos cambios en tan poco tiempo? En aquel entonces llevaba también un vestido parisiense, no muy diferente del verde claro que vestía en esos momentos. Sus volantes de un jade oscuro, le recordaban a Usta y sentía extraña la ropa interior después de las túnicas sueltas y las camisolas sencillas del harén. Lady Ashley permanecía en pie junto a ella, viendo a Charles y Sheikh Medjuel tomar las medidas pertinentes para acomodar varios baúles del equipaje.

-Sigo recordando la primera vez que nos vimos -dijo la dama tendiendo un cebo a Jessica para poner a prueba su reacción-. Era tan galante su Charles.

-Los dos le debemos mucho... -dijo Jessica con la mente entumecida.

Lady Ashley abrazó a la joven.

-Ha aprendido a vivir una aventura, Jessica -le dijo-. Espero que pueda llegar a aprender a superarla.

Pero Jessica no estaba de humor para filosofías.

-¿Usted lo hizo?

-No de manera muy efectiva. Y jamás por mucho tiempo.

Jessica asintió.

-Estoy haciendo lo que es correcto.

-Claro que sí. ¡Hay tantos momentos en que echo tanto de menos Inglaterra! -admitió Lady Ashley-. Pero ahora ya me es imposible volver. Debe comprender que, en cierta manera, significa considerar sus opciones. Pero si se queda aquí serán fuerzas externas las que decidirán lo que le ocurra.

La idea de que algo, de que alguien le obligara a realizar algo a lo que no se sintiera inclinada, la hizo estremecerse.

-Creo que deberíamos subir ya -dijo cogiendo a Lady Ashley por el brazo.

Regresaron junto a los hombres. Jessica esperó a que Charles mirara.

-¿Está ya todo listo? -preguntó.

-Al menos eso parece -repuso él.

Su expresión era un mundo de interrogantes. Pero no preguntaría.

Se irguió y cogió la mano de Lady Ashley intentando encontrar las palabras adecuadas para aquella despedida.

Jessica miró en lontananza, a lo largo del andén, hacia el desierto. Lejos, muy lejos, se alzó una nube diminuta de polvo, girando y formando una espiral. Alguien cabalgaba montando un caballo que sabía cómo correr por las densas arenas. La revelación fue sobrecogedora.

Siguiendo un impulso, Jessica avanzó sola por el largo andén hasta el final, y se quedó mirando aquel mar de arena mientras la pequeña nube de polvo iba agrandándose cada vez más. El sentido común volvió a tomar posesión de ella al tiempo que también lo hacía Charles.

-Te estás comportando de manera demencial -dijo cogiéndola por el codo.

Los ojos de ella seguían clavados en el horizonte.

-No me importa.

-No es él.

-No puede serlo.

-Lo sé.

Era un beduino. El ropaje índigo se agitaba furiosamente mientras el nómada cabalgaba *djerid* a través de las arenas, sintiendo la excitación que sus antepasados le habían transmitido a través de generaciones de moradores del desierto.

-Si fuera él... -empezó a decir Charles.

-Sí...

Se conmovió el corazón de Jessica. El jinete se acercaba cada vez más.

Charles dejó caer la mano.

-No te volveré a esperar -dijo.

Sin irritación. Sólo la verdad. Y era justo.

Entonces Jessica le miró. Ya no tenía que seguir atentamente al jinete porque algunas cosas el corazón las ve con mayor claridad que los ojos.

-Lo siento, Charles. Sé que...

Charles le rozó los labios con un dedo. Luego, inclinándose, lo sustituyó por sus labios por un delicado momento. Valientemente, dio media vuelta y la dejó sola al final del andén.

El jefe beduino descabalgó, sujetando con fuerza las riendas. Desorbitado, el caballo resopló a modo de protesta y se puso de manos. Voló por todas partes la arena.

Jessica esperó.

El caballo pateó furioso.

-¿Qué puedo hacer? -le preguntó el jinete-. ¿Cómo podría lograr que te quedaras?

La voz de ella llegó a través del espacio que les separaba con tanta suavidad como el roce de una pluma.

-Pídemelo.

Se acercó a ella. Jessica, alargando la mano, cogió los gruesos pliegues de sus ropajes mientras el brazo de él le rodeaban la cintura y la subía a la grupa. Su amplia capa de beduino

envolvió la elegancia europea de ella en un mar de azules y verdes. El caballo partió veloz. El desierto se extendía hasta el infinito.

El Bósforo se sentiría celoso.